

PRÓLOGO

Teresa P. Mira de Echeverría

Cada lector de Ciencia Ficción y Fantasía sabe, de una manera certera o nebulosa, qué es la Ciencia Ficción y la Fantasía. Y aunque este tópico constituya un tema de debate interminable entre críticos, investigadores, miembros del fandom y escritores; el lector *está seguro*, muy dentro de él (con una certeza probablemente no expresable en palabras), qué es lo que entiende, desea, imagina y ansía respecto de estos géneros. Y lo sabe porque cada lector es también un autor, ya sea que escriba o no. Es aquí donde se hace necesario decir que, quien escribe, está muy seguro de lo que escribe (aunque la inseguridad sea su rasgo dominante). Lo que abstrusamente intento decir aquí es: quien escribe de verdad (quien de verdad posee la vocación de escribir), escribe sobre lo que desearía leer, sobre el género que ama, sobre lo que él mismo "disfruta". Así, el lector-escritor posee también esta característica: lee lo que desearía "escribir" (ya sea en un papel/pantalla o en su mente o en un juego o, simplemente, en su disfrute personal interior).

Y, por escribir, entiendo aquí *un acto de creación*.

Leer es, pues, un acto de co-escritura. Cada uno de los lectores de esta antología estarán co-escribiendo todos y cada uno de los relatos aquí presentes. No sólo se sumergirán en ellos y se dejarán arrastrar por sus aguas, sino que las reencauzarán, esto es: los reescribirán. Sus propias experiencias, sus gustos, sus ideas, lo que suele llamarse eruditamente su "bagaje cultural" (que no es más el cúmulo de vivencias que una persona ha tenido) teñirán estas páginas con tonos ligeramente diferentes de los colores originales soñados por el escritor. Y eso hace de esta antología, miles antologías. Tantas como

lectores.

Ahora le toca el turno de hablar del otro componente del acto de "crear": el autor; quien en realidad sabe muy bien lo quiere (incluso, a veces, sin saberlo), y por eso lo ha escrito. Y cuando el escritor se ha esforzado y ha dejado su talento y su imaginación en su obra, el resultado es *una puerta*.

Pues bien, sumemos todos los elementos: un escritor que sabe porque ama lo que quiere, un lector que co-escribe lo que lee, una puerta que resulta *una* en su objetividad y *potencialmente infinitas* en la subjetividad de sus interpretaciones.

Puertas a tiempos remotos y a tiempos abortados. Puertas a mundos distópicos y a distopías actuales. Puertas a la mente de quien escribe y a la de quien lee. Puertas y más puertas creando un universo de libertad absoluta, sin restricciones, sin límites, sin fin... Por eso todos sabemos y no-sabemos qué es la Ciencia Ficción y la Fantasía: porque no puede ser definido lo que no tiene límites.

Los conceptos limitan, acorralan, cercenan y dominan una materia de pensamiento. Y lo hacen para que la mente pueda soñar, ilusamente, que conoce en plenitud lo que ese concepto expone (concepto que, claro está, la misma mente ha creado). Porque cuando el ser humano tiene un concepto tiene certidumbre, tranquilidad, definición, estabilidad y se puede sentar a tomar un café tranquilo ya que el piso se halla firme y quieto bajo sus pies.

¡Sí, claro!

Pero, ¿qué pasa cuando aquello que queremos conceptualizar no reconoce los límites que intentamos imponerle? ¿Cuando un simple nombre o definición no pueden conjurar sus

misterios? ¿Cuando ningún nomenclador agota su esencia? ¿Cuando, en definitiva, lo que queremos capturar está vivo, crece, cambia y hasta muta constantemente? Bueno, lo que estamos acostumbrados a ver: debates sin fin, ideas que son más intuiciones que certezas, y el piso bajo nuestros pies vibrando como si estuviésemos en una nave espacial a punto de despegar... o como si estuviéramos tomando un café sobre la superficie de un planeta que corre frenético a más de diez mil kilómetros por hora alrededor de su sol...

Bien, no pienso que sea prioritario definir aquí qué es la Ciencia Ficción o la Fantasía, pero sí creo firmemente que es un excelente ejercicio el intentar definir las, puesto que cada vez que lo hacemos nos permitimos ver una instantánea de cuánto han cambiado el género, sus escritores y lectores a lo largo del tiempo y del anterior intento de definición. Dicho ejercicio de definición no se daría entonces para "definirlas", encorsetarlas y ponerlas en una vitrina sino para seguir abriendo un debate que, mientras tanto, permita reconocer lo que ya ha sucedido y ampliar más y más sus horizontes. En una palabra, volver más permeables entre sí los "ilimitados límites" de la Ciencia Ficción y la Fantasía y, por lo tanto, más proclives a engendrar nuevas variantes de sí mismas.

Para todo esto es prioritario es escribir y leer (o co-escribir), una y otra vez cada término e idea pertenecientes a estos géneros. Mantenerlos vivos. Narrar, narrar y narrar hasta el hartazgo; tal como se hizo en la época de las cavernas y tal como seguramente se hará nueve millonésimas de segundo antes del fin del universo. Contar los mismos viejos temas de un modo nuevo... los temas nuevos de un modo arcaico... los temas que nunca se superarán... los temas que nos acucian para ser tratados de una buena vez... y los temas que, simplemente, *nos gustan*. Porque, nada en el mundo de la literatura, ni siquiera lo más humilde, es "prescindible".

En esta antología, pues, cada lector verá confirmada sus ideas de lo que son la Ciencia Ficción y la Fantasía, y también las verá contradichas, rearmadas y desafiadas. Y les aseguro que eso los hará muy felices. Porque, seamos sinceros, en el fondo todo lector de estos géneros quiere encontrarse con los tópicos familiares y reconfortantes que nos siguen haciendo soñar una y otra vez, pero también desea experimentar el asombro de lo que jamás nos hubiésemos imaginado ni en nuestras fantasías más alocadas.

* * *

Ahora bien, ¿cómo lograr ejecutar ese verbo, ese acto creador, sin un sustrato que lo permita? ¿Sin un puente mediante el cual la narración pueda llegar desde el escritor al lector?

Y aquí es donde entra en juego *Ficción Científica*. Desde hace varios años **José Antonio Córdoba Montes** nos ha dado la oportunidad a muchos de nosotros de darnos a conocer, de llegar hasta los lectores y de poder interactuar con ellos. Y eso es, desde todo punto de vista, invaluable.

En esta oportunidad, como editor, nos presenta treinta y tres cuentos que muestran todos los lenguajes posibles de la Ciencia Ficción y la Fantasía a través de una asombrosa colección de relatos.

Con esta antología el lector podrá escribir una carta junto a **José Cascales Vázquez**, una misiva intemporal que bien podría ser el resumen de toda nuestra especie, nuestros miedos y nuestros anhelos. Se apiadará del color blanco y aprenderá sobre sus posibilidades, cuando **Malena Salazar Maciá** y **Yoss** se unan para romper por completo las barreras del espacio y las costumbres. Revisitará un Marte tan nuevo como antiguo, de la mano de

Carmen Rosa Signes U., descubriendo en el ínterin que los enemigos intangibles son los más temibles y que el arte puede protegernos mucho más que una coraza de hierro.

Eugenio Barragán conducirá al asombrado lector por los eones pasados y futuros, donde lo más sublime y el azar se dan la mano en una excepcional mueca cínica. Y dejará dócilmente que **Israel Alonso** lo hipnotice con pinceladas surrealistas capaces de pintar, con sangre coagulada, un desierto donde el microcosmos y el macrocosmos se funden en un torbellino que intenta fútilmente (o no) darle sentido a la muerte y, por ende, a la vida...

¿Ya está comprendiendo el lector-escritor el lujo de autores que componen esta antología? ¿Ya sufrió, vapuleado por arenas rojas, doradas y negras? ¿Ya lo encegueció el blanco? ¿Ya lloró el tiempo aún no perdido y meditó sobre esas lágrimas? Entonces es necesario que vuelva a tomar aire y a sumergirse en este laberinto que, como todo laberinto, está creado con el sólo propósito de que se pierda en él.

Mareado por la tromba universal que lo ha vaciado de sí, y aún sin reponerse, el lector choca de frente con un relato sorpresivo y crudo de **Joan Antoni Fernández**. La ternura y la crueldad retratando los límites éticos y físicos del ser humano en un día de las madres perfectamente imperfecto. **Luis Alonso Cruz** recoge la posta y entonces el lector divisa un palimpsesto mental de símbolos sagrados y profanos que deberá descifrar si es que quiere unirse a unas huestes muy particulares (un poco a lo Ph. Dick y un poco a lo W. Gibson). No conformes con esto, la ciencia ficción televisiva se cuele en una historia de *Star Trek* donde **Tony Jim Jr.** hace que el lector lo ayude a coescribir un loco guion fuera del tiempo. Entonces, **Ángel Ortega** le da un volantazo abrupto al derrotero mental del lector, haciendo que contemple el fin junto al principio: lo incomprendible para los adultos contemplado desde los ojos de un niño. Y es ahí, justo cuando está más vulnerable, que **Alicia Pérez Gil** obliga a quien lee y co-escribe esta antología, a preguntarse por la

continuidad de la realidad, por la existencia misma de esta, tal como un nuevo Berkeley que intuyese que la rutina (o el olvido de la sospecha) es la parte más importante de nuestra cordura; invitando al lector a sentarse muy quieto en un mundo pavoroso que nos obstinamos en ignorar, en no ver, para no perder de vista lo único que nos sostiene...

¿El lector observa ya el trabajo que le conlleva escribir junto al escritor relatos tan bien entretejidos? Relatos que lo colocarán ante un espejo de agua viva que no lo dejará en paz hasta que tome una postura o, al menos, hasta que acepte la posibilidad de la duda, de la inseguridad de nuestra aparente tierra firme (ya sea que su suelo esté compuesto por leyes, costumbres, ideas o supuestas *realidades innegables*). ¿Ya puede imaginar el lector la vulnerabilidad de su mente ante un espejo que acentúa ciertos detalles hasta convertirlos en un retrato de lo que hasta hace unos segundos no podía ver por *darlo por sentado*? Pero, ¿también ha sentido el goce profundo de ese descubrimiento, de ese ensanche de su universo, de ese horizonte que se fuga frente a sus ojos? ¡Claro que sí! Y por eso continúa en su derrotero.

Ahora, curtido por las alegrías, penas y desconciertos que ha dejado atrás (pero que, paradójicamente, lleva dentro de sí para siempre), nuestro lector se aventura en un paisaje más gris que todos los grises gracias a la pluma de **Dolo Espinosa**, quien le tiende un preciosísimo enlace con las fuentes últimas del sentido y de la creación; fuentes que el propio lector ya no podrá ignorar que él mismo posee. Armado de ese conocimiento, y seguro ya de su poder, el lector se deja que **Pedro de Andrés** lo conduzca por entre los escombros de un hombre, hacia la trastienda misma de los juegos o quizás de la vida, en un ciclo de sucesiones que se parece mucho a un *reloading*. Y entonces, tras la adrenalina, el lector/co-escritor se sienta un segundo y escucha con deleite el diálogo entre **Alejandro Castroguer** y su imaginación encarnada en un Ray Bradbury que es *su* Ray Bradbury, y le

resulta fácil reconocerse en ese ejercicio: porque es el mismo que él está realizando con el propio escritor... Cuando el lector por fin logra romper aquel *regressus ad infinitum*, descubre un nuevo prodigio: **Guillermo Echeverría** le plantea un incidente aparentemente menor que termina desatando un cambio a escala cósmica. Podría ser que se hallase aquí ante la metáfora de la visión del hombre como creadora del universo (de su propia visión). Pero también podría tratarse de algo más profundo, de la superación de los obstáculos como medio de una evolución mucho más grande que la del propio universo. El lector, desconcertado, mira la superficie y el fondo de las cosas al mismo tiempo... ¿*desconcertado*?... no, no, más bien *emocionado*. Dicha emoción le proporciona un fácil acceso a otra mirada de un autor sobre sí mismo en tanto escritor (sobre todo escritor), a partir de un Henry Miller ganimedano, rejuvenecido eternamente por gracias del hechizo de **Richard Montenegro**. Y entonces, el co-escritor al que hemos dado en llamar "lector", comprende que ha estado reflexionando sobre la reflexión, sobre sí mismo, sobre el escritor escribiendo y sobre la propia escritura de la obra, de la vida e, incluso, de las cuerdas que tejen, como letras multidimensionales, al universo...

¡Ah, lector aguerrido, que has llegado tan lejos sólo para hallarte en medio del camino! Y es que, luego de enroscarse sobre sí mismo y asomarse a sus propias profundidades (que son los abismos de todo escritor, de todo lector y de toda realidad que se precie de serlo y no-serlo al mismo tiempo); el lector se detiene, como un Dante en medio del bosque, justo ante la entrada a los abismos que, tarde o temprano, lo llevarán a las alturas. Porque al fin se encuentra "en la mitad del camino" que es, a una, el centro minotáurico del laberinto y el comienzo de su propio camino heroico.

¿Acaso se encuentra ante un espejismo? ¿Se ha duplicado la realidad o es que ha entrado en un universo alterno? El lector descubre rápidamente que este **Dolo Espinosa** que vuelve

a recibirlo en la antología, como si se tratase de una escalera de Escher, es el mismo **Dolo Espinosa** que antes lo llevara a descubrir cómo quitar el gris de un mundo que se desvanece... pero que, al mismo tiempo, no lo es. Porque cada cuento de un autor encarna una faceta distinta de él, una arista nueva, una nueva revelación. Así, el lector asiente a la invitación y deja que este escritor (que es el mismo y no lo es: algo que ya sabe que es perfectamente posible) le muestre a sus personajes en su vida más íntima. Es decir, le revele que todo personaje tiene, más allá de la imaginación de quien lo creó al escribirlo y de quién lo revive al leerlo, una vida propia inasible, misteriosa y fascinante. Aun meditando sobre la fragilidad y la complejidad de los personajes, nuestro lector casi se da de bruces con **Reinaldo Manso** quien lo ha esperado pacientemente. Hasta él ha llegado el lector para encontrarse con una historia alternativa, una historia llena de giros, como los engranajes de una antigua máquina jamás construida. Como si fuera poco, **Erick J. Mota** repite el proceso desde el otro extremo: estruja la memoria, la historia y la geografía humanas, hasta extraerles la última gota posible de tinta, y con ella escribe esa misma memoria, historia y geografía desde fascinantes universos alternos, vacíos, terribles, llenos e inquietantes, que se interceptan entre sí dentro de la mente del personaje y de la del propio lector. Ahora, se sucede una nueva torcedura imposible del propio espacio antológico, y otra-la-misma **Malena Salazar Maciá** aparece-reaparece. El lector avanza confiado, cree saber de qué se trata esto, pero pronto se topa con un espejo y un terror oculto, un miedo tan ancestral como la esperanza que lo alimenta. Tercer pliegue de la antología sobre sí misma y tercera cara de **Dolo Espinosa**. Bien, nuestro lector ya no se fía: sabe que aquí nada es lo que parece, que nada se repite, que ninguna superficie es un espejo aunque lo parezca. Aquí también debe haber algo nuevo, algo distinto. Y, por cierto, no se equivoca. Porque, luego de haber bebido con nuestro autor las más profundas narraciones en bellísimas copas de cristal, ahora se encuentra sentado a la misma mesa, riéndose a

carcajadas, y compartiendo con él unas alegres medidas de un clásico *remozado*...

El lector se ha cruzado con autores que son y no son ellos, merced a que cada una de sus obras los transfigura. Historias muy distintas. E intuye que él mismo ha estado delineando en su mente el retrato de cada escritor a medida que repasaba este cuento y aquel otro, tal como quien admira los diferentes perfiles de un modelo. Ha llegado al momento en que comprende que él mismo presenta asimismo esos distintos perfiles, y que sus propios escorzos se han ido multiplicado a medida que avanzaba en la antología. Se mira a sí mismo y ya no se ve uno, ni dos, sino múltiple, infinito. Y así salta hacia el próximo escalón, en este derrotero narrativo que lo-los lleva más allá de todo lo que creía conocer.

Yoss... ¡sí, sí, sí, que esto es *pan comido* para el lector, y ambos se dan la mano! Los dos, los tres, los múltiples **Yoss**, y los dos, los tres, los múltiples lectores que son el mismo. Y ambos, *todos*, avanzan por una Tierra que, de pronto, ya no es el hogar del hombre. Y el lector descubre que aquello no era tan *pan comido* como creía... Luego de semejante viaje, nuestro co-escritor es introducido en un fragmento de una saga mayor por **Juan González Mesa**. El relato lo lleva, de pregunta en pregunta, directo hacia el punto nulo que ni una mente humana ni una robótica podrían llegar cruzar para luego volver. A esta altura, el lector ha conocido el destierro y lo irracional, así que se frota las manos ante lo que se le acerca... ¡Qué sí, que son viejos amigos sin conocerse! ¡Como ya lo es con todos los autores que ha leído en esta antología y que, sabe bien, leerá en lo que resta de camino! Así que da la bienvenida a **Erick J. Mota** como si fuera la primera vez porque... pues, ¡porque siempre lo es! Y Erick le responde con una maravillosa historia en la que los poderes ancestrales, las deidades depositadas en América por los esclavos, se unen a la tecnología ciberpunk para poseer a un hombre y hacer de él un mito vivo. Y ahí está de nuevo **Dolo Espinosa** y el lector lo sigue con tranquilidad sabiendo que lo conducirá por otra variante

de lo sobrenatural, una donde la sangre manda por sobre todo las demás y la sed *debe* ser escuchada. Y era obvio que este atajo del camino volvería sobre sí mismo, al mismo punto de partida que no es exactamente *el mismo*, tal como sucede en una escalera caracol. Allí es donde **Alicia Pérez Gil** aprovecha magistralmente para no dejar que el lector se aleje del mundo alter-natural sin conocer a sus pececillos de plata, hechos para y por esa porción del mundo de la literatura que es capaz de temblar ella misma mientras hace estremecer por enésima vez al lector con sus historias...

Luego de tal acercamiento a lo incomprensible y de un perfecto maridaje capaz de unir la Ciencia Ficción con la Fantasía, el lector se ha hecho amigo de aquellos a quienes ha leído más de una vez en distintos cuentos, o más de una vez en el mismo único y exacto cuento amado. Ya tiene sus preferidos, pero no se decide. Todos son excelentes escritores y el lector lo sabe. Ha trabajado codo con codo junto a ellos, reescribiendo cada historia en su mente y en sus vísceras. Y ahora rebosa de entusiasmo, de una suerte de *entheós* frenético y báquico. Quiere, *necesita* de esas historias que aún lo aguardan más adelante. Y corre sin ningún reparo hacia ellas, como quien se arroja al vacío del espacio para hundirse en la aventura de imaginar.

Y la imaginación lo recibe con una renovación, con una mixtura de los clásicos vistos en primera persona. **José Manuel Da Silva** hace poner al lector en el lugar de la bestia y de la víctima, y lo ayuda a reflexionar junto a la tela de una prosa bien construida. Luego de esto, y todavía temblando, el co-escritor se acerca a **Luis Silva**, quien le enseña no sólo sobre los trágicos terrores que ha creado la historia sino sobre otros miedos, mucho más funestos y sutiles, escondidos en el interior de los anhelos más bondadosos. Sin darle un respiro, **Joan Antoni Fernández** le tiende una mano para conducirlo por la más feroz de las competencias del Sistema Solar, una en la que sólo los dioses triunfan y jamás aquellos que

ostentan el nombre de *humano*. Entonces el lector piensa en cómo estos relatos lo han llevado al límite de su propia humanidad, de lo que significa ser quien es. Pero, ¿quién es? ¿No es esa la pregunta fundamental de la Ciencia Ficción y la Fantasía? **Reinaldo Manso** no tarda en acudir en su ayuda: tal vez la mejor fórmula sea que quien no es humano nos enseñe a serlo. Tal vez la humanidad se comprenda mejor desde la vereda de enfrente de nuestro propio ser... Y, siguiendo esa tesis, es como se teje el *Yin* y el *Yang* del siguiente relato, uno en el que una servidora (sí, con bastante pudor, **Teresa P. Mira de Echeverría**) intenta mostrar, a través de un robot aficionado a Rameau y de una humana enamoradísima de él, cómo es probable que nuestra naturaleza se explique en la conjunción de lo que somos y lo que no somos; como si fuésemos un ente que sólo logra ser plenamente él mismo cuando es más de lo que su esencia le dicta, o sea, cuando es capaz de superarse a sí mismo y engullir las estrellas...

Ahora el lector, fortalecido con universos que se fusionan con la carne humana y el metal pensante, con bestias que no lo son y con humanos bestializados y bestializantes (y habiendo estado sumido en decisiones humanas que sólo le corresponderían a dioses); se siente lo suficientemente fuerte como para entrar en el último recodo del laberinto, aquel que puede llevarlo a todo sitio o a ninguno, al límite del universo o a su mismo inicio, o quizás... ¿por qué no?, al centro exacto de sí mismo...

Malena Salazar Maciá recibe al lector con una sonrisa misteriosa. Imposible hablar de esas empanadas y ese café sin decir demasiado. Cuando por fin lo averigua, el lector sale corriendo (incluso emocionado hasta cierto punto), y colisiona con las esencias complejas y turbias que **Luis Carbajales** ha depositado allí para confusión de sus personajes y, posiblemente, de sus lectores. Sí, el fin del laberinto está acerca; el lector lo intuye, lo percibe. Y, de pronto, como en uno de esos bellísimos especiales *whovian* navideños donde

la nueva reencarnación del Dr./Dra. se revela, **Joan Antoni Fernández** lo agujonea por última vez para enseñarle que el costo de la perfección es quizás un cambio drástico realizado para que todo siga igual... Es posible que el lector dude, pero también es muy posible que este año ya no vea los regalos de Navidad del mismo modo que solía hacerlo... Ni al mundo que lo rodea.... Y eso, ese impactante golpe final, pone en escena la mismísima luz que la Ciencia Ficción y la Fantasía proyectan sobre la vida y el universo: un faro de posibilidades rompiendo la oscuridad del conformismo e impulsando, una y otra vez, el cambio. Siempre el cambio.

Y es entonces que, tras el singular y poco ortodoxo regalo final, nuestro lector llega al colofón de ese camino esférico que le ha trazado una antología digna de Pascal, *cuyo centro temático está en todas partes y cuya circunferencia formal en ninguna*. Camino que, por supuesto, lo ha depositado en el principio de sus propios sueños...

* * *

Treinta y tres puertas (multiplicadas por la cantidad de lectores que los aborden y exponenciados por la cantidad de experiencias que los precedan) se abren ahora ante nosotros. Y vale la pena cruzarlas.

Ser capaces de detenernos a contemplar, a desentrañar, a disfrutar todas y cada una de esas palabras sudorosas, que fueron soñadas y salieron del esfuerzo y las ilusiones de un ser humano con el que podremos entablar la más maravillosa de las conversaciones a través del espacio y del tiempo: la de aprender, de algún modo, mutuamente.

Teresa P. Mira de Echeverría

Bs. As., Julio de 2017

A quien corresponda

Cascales Vázquez, José

Las dos primeras décadas del siglo XXI fueron las más prolíficas en el desarrollo tecnológico de la historia de la Humanidad. Los descubrimientos en el campo de la mecánica cuántica y la comprensión de la ciencia por parte de la población, generó un pico de demanda social hacia los científicos para que nos pronunciásemos sobre los viajes en el tiempo.

La gente quería saber si sería posible conocer a sus antepasados, si su enfermedad mejoraría, si los hijos tendrían un buen futuro, si les tocaría la lotería, si los dinosaurios desaparecieron por el choque de un cometa...

Hicimos todas las especulaciones, simulaciones y experimentaciones posibles. Desgraciadamente, la física fue tozuda no queriendo cambiar sus leyes.

Extenuados por el esfuerzo, sentenciamos:

"Las teorías de viajes en el tiempo no son más que eso, teorías. El pasado es pasado y es imposible volver a él. El futuro es futuro y es inalcanzable".

En aquellas reuniones, algunos defendíamos otras alternativas para los viajes al futuro. Recuerdo el último rifirrafe:

—El futuro no está creado y existen infinitas posibilidades, infinitos caminos que se desarrollarán de infinitas formas y no los hemos descubierto. Hoy por hoy, viajar al futuro es imposible, aunque existe otra posibilidad. —No era la primera vez que utilizaba mi argumento, pero la comunidad ya estaba derrotada por las evidencias.

—Amigo Isaac, el futuro es influenciado por los hechos que acontecen, puede moldearse superficialmente, pero siempre surgen interacciones que modifican el comportamiento del tiempo y convierten al futuro en impredecible. Por eso es imposible ir al futuro. —El doctor González utilizaba las conclusiones a modo de dogma.

Yo me defendía.

—No hablo de máquinas, ni de entrelazamientos cuánticos, ni cuerdas cósmicas, ni agujeros de gusanos, ni pliegues del espacio - tiempo. Tampoco hablo de leyes imposibles de ejecutar. Hablo de cerrar los ojos y abrirlos cientos de años más tarde. Un viaje unidireccional sin posibilidad de retorno al pasado.

Y me replicaban.

—Tu y ese imposible despertar en el futuro. De todas formas, ¿de qué nos serviría, ahora en el presente?

A pesar de tener la respuesta preparada, me tomé un breve momento para observar los ojos del doctor, intentando penetrar en su mente, hundir mis manos en su cerebro y abrírselo para dar cabida a nuevas perspectivas. A pesar de la incomprensibilidad, no cejé en el empeño.

—A nosotros no nos servirá de nada, ni siquiera tendremos certeza del éxito. —Regresé al silencio unos segundos mientras giraba 360° mirando a todos los reunidos sin ver a nadie. Quería empujar mis palabras hacia sus cerebros, deseando una convergencia de todas esas mentes brillantes hacía mi argumento y convertirlo en un punto en común. —Les servirá a ellos, dispondrán de la experiencia directa de nuestras vivencias y especulaciones en el siglo XXI. Tendrán una historia viva del pasado y un análisis real de aquel presente. Un aviso de lo que nos preocupaba para el futuro, su presente. Así, tal vez, ellos podrán dirigir su futuro.

—Isaac, tu viaje al futuro es un suicidio sin paliativos.

Esas fueron las últimas palabras que escuche del doctor González.

Me expulsaron del gabinete de asesores de la Organización Mundial de la Ciencia, en ese preciso instante.

Me largaron, pero no estaba derrotado.

Impliqué a varias corporaciones para obtener apoyo financiero y técnico.

Recluté a un reducido equipo de "creyentes" que me ayudaron en mi empeño de ser el primer viajero al futuro.

Gracias a *SpaceX Corporation*, desarrollamos una cápsula espacial que se lanzó hacia la órbita del asteroide *2016 HO3* el 14 de febrero del año 2025. En su interior, dos vasos *Dewar* para la criopreservación humana, cedidos y adaptados por *Alcor Life Extension Foundation*, diseñados específicamente para albergar dos cuerpos completos de personas sumergidas en nitrógeno líquido a 77K (−196 °C).

El cuasi-satélite de la Tierra, *2016 HO3* era perfecto para nuestros planes, nunca se alejaría más de cien veces la distancia entre la Tierra - Luna y su órbita sería estable durante cientos de años.

No hubo mucho tiempo para experimentaciones y teníamos muchas cosas que resolver si queríamos "volver" quinientos años más tarde.

Asumimos riesgos.

Se crearon cinco equipos de trabajo, basados en la reanimación y coordinados por mí:

El primero se centró en la reparación de los posibles daños por la falta de oxígeno.

El segundo eliminó la toxicidad de los crioprotectores.

El tercero evitó las fracturas ocasionadas por la tensión térmica.

El cuarto desarrolló la congelación de tejidos no vitrificados correctamente.

El quinto trabajó sobre la regeneración exhaustiva de tejidos.

Creamos nanomáquinas y nanopartículas, ensambladores moleculares, reparadores estructurales... una cantidad inmensa de organismos y dispositivos microscópicos que restablecerían la estructura celular y química a nivel molecular, antes de la recuperación térmica.

Y lo conseguimos, yo soy la prueba viviente de que el viaje al futuro es/fue posible.

En el año 2029, yo tenía treinta y ocho años y hoy, según lo que se lee en las pantallas, en el año 2529 sigo teniendo los mismos años, pero quinientos años más viejo.

Fatalmente, un éxito no completo.

Mi compañera no ha sobrevivido y su vaso *Dewar* solo contiene restos óseos de lo que fue una persona, no sé lo que ha ocurrido, pero tampoco lo investigaré ni lo podré compartir con la humanidad del futuro.

El futuro tomó una senda sin futuro y yo con él.

Fin de la grabación con destino "A quien corresponda"

Blanco

Salazar Maciá, Malena & Yoss

Todo comenzó con aquel perro.

Oswaldo se daba balance en el portal como era su costumbre cada tarde, cuando los González se aparecieron con el dichoso animal. Le habría sido difícil ignorar su llegada, por otra parte, su casa en las afueras del barrio se alzaba justo al lado de la de los vecinos nuevos.

Según le comentó luego la señora González a Petra, la esposa de Oswaldo, se habían mudado sobre todo por el terreno tan grande que tenía la casa. Allí podrían armar una finquita, si no para vender nada, por lo menos para el autoconsumo, ya tenían dos matas de mango y una de aguacate y pretendían sembrar algunas cosas más.

Por cierto que la señora González podría, de quererlo, muy bien pasar por señorita. Nadie sabía decir muy bien qué edad tendría. De cutis muy fino, sin una sola arruga, el pelo rubio platino le llegaba casi por la cintura. También tenía los ojos grises claros y la tez blanca como la leche... pero, sobre todo, una silueta que ya quisieran muchas modelos.

Ni una libra de más y de lo más bien distribuidas. Pese a esa obsesión por vestirse sólo de blanco que compartía con su marido y que a Oswaldo al principio lo llevó a sospechar que fueran santeros o algo así, costaba trabajo despegarle los ojos de arriba. Y eso que no se vestía descarada ni mucho menos. Nada comparable, en todo caso, a Petra en sus buenos tiempos, cuando la mulata recién llegada de Oriente tenía revuelto al barrio entero con su sandunga, sus bajichupas y sus minishorts, antes de engordar de ese modo... ni que hubiera parido diez hijos, coño.

Sí, estaba buena la vecina... ¿o sería nada más que uno siempre se fija en la vaquita nueva del corral?

En fin, volviendo al asunto canino... a Oswaldo le pareció muy bien que si los González querían dedicarse a la agricultura, de entrada se consiguieran un perro: así espantarían a los muchachos del barrio, una recua de chismosos metomentodo que a la menor oportunidad se colaban donde quiera que hubiese mangos, mameyes o lo que fuera, aunque no fuese época y hubiera cercas de alambre de púas o hasta de cemento con

vidrios en lo alto.

Lo único que le extrañó un poquito es que eligieran un perro ya adulto. La gente casi siempre prefería criarlos desde cachorros; se decía que así salían más fieles. Aunque, claro, así también demoraba más en estar listo para guardián, y si uno tenía apuro...

La verdad era que él, carpintero de toda la vida hasta que se retiró, no era experto en el asunto ni mucho menos, pero este al menos tenía cierta pinta de pastor alemán. Sólo que completamente blanco. Pastor belga, tipo Groenendael, comentó un vecino, ex policía, que decía saber del asunto... y pudiera ser, ¿por qué no?

El caso es que la nariz del can era rosa pálido, casi del color de la leche recién ordeñada. Si hasta los huevos los tenía cubiertos de una pelusilla blanca.

Difícil habría sido no notarlo. El mismo día de su llegada, el puñetero animal color yogurt sin sabor entró a su jardín y cagó justo en el medio del portal... Y Osvaldo habría jurado que mirándolo de reojo con socarronería.

Temiendo que Petra, siempre tan obsesionada con la limpieza, fuera a ponerlo de vuelta y media por aquellas cagarrutas, un Osvaldo bastante encabronado se puso la camisa y fue a tocarles por primera vez a la puerta de sus nuevos vecinos.

Le abrió el señor González, de nivea guayabera y blanco pantalón. Era un tipo alto, calmado, y físicamente casi idéntico a su esposa: de cabello rubio platino y más pálido que un huevo hervido. Incluso sus ojos parecían incoloros.

Por suerte, al menos esa vez la sangre no llegó al río; el hombre no sólo escuchó pacientemente la justa queja de su vecino sino que recogió él mismo los excrementos del animalito. Aunque, por supuesto, Osvaldo no le comentó nada de la miradita casi humana del can. Sobre todo porque el señor González le prometió solemnemente que no volvería a suceder nunca nada por el estilo.

Y la verdad es que desde entonces controló bien al animal.

Quizás incluso demasiado bien, porque, de hecho, desde el día siguiente Osvaldo no volvió a ver al perro jamás. Lógicamente, pronto acabó pensando que lo de la mirada socarrona del animal se lo había imaginado él.

Aunque, claro, las cosas no terminaron ahí.

A los pocos días, el señor González en persona llevó a la casa al gato.

Ocurrió a media tarde. Osvaldo estaba en la gloria: en el portal, dándose sillón, leyendo su periódico y fumándose un buen tabaco, mientras en la cocina Petra refunfuñaba que él nunca la sacaba a ninguna parte, lo cansada que estaba de ser la esclava de aquella casa y cómo le gustaría viajar a tantos, tantos lugares, ¡le daba igual a dónde, con tal de que fuera bien lejos de allí!

En cualquier caso, Osvaldo vio perfectamente cómo González llegaba con el nuevo inquilino en una cesta. El minino también era adulto y blanco como una nubecita de verano. Y dejando aparte el tener un ojo verde y otro azul, (mejor para él, pensó Osvaldo, porque los gatos blancos y ojiazules son siempre sordos) tampoco tenía otra mácula visible.

Claro, le extrañó un poco que alguien que ya tenía un perro llevara a casa también un gato.

Pero en las semanas siguientes acabó por suponer que el can ya estaría acostumbrado desde antes a los felinos y viceversa, porque no escuchó ladridos ni maullidos, ni ningún otro ruido de los clásicos indicadores de una pelea de animales. Y eso que la casa de los nuevos vecinos y la suya casi estaban pared con pared, por culpa de una ampliación ilegal que emprendiera el anterior dueño de la actual residencia de los González, «reforma» que acabó por llevarlo a la cárcel... aunque luego nunca nadie se preocupó por corregir el desafuero urbanístico, para variar.

Si ya bastante curioso resultaba el hecho de que a los vecinos les gustasen tanto y solamente los animales albinos, ¿sería quizás por su propia palidez? ¿Por su gusto en ropas? Su curiosidad se vio todavía incrementada cuando poco después, el señor González se apareció nada más y nada menos que con pollos blancos.

Tijerona en mano, Osvaldo podaba un par de arbustos de laurel en su propio jardín cuando vio llegar al vecino con los volátiles. Los tuvo que trasladar uno a uno, porque, otra vez, eran animales adultos y por eso venían cada uno en su propia jaula. Lo único de color que resaltaba en ellos eran las crestas de un rojo tomate. Osvaldo, de buen talante pese al sudor vertido en la tarea de jardinería, o precisamente por ello, se dijo a sí mismo, pensativo, que por suerte no la tenían también blanca... o si no habría podido

muy bien pensar que lo que el señor González estaba llevando a la casa eran gallinas zombis.

Y así, lentamente, la fauna descolorida en casa de los González se fue incrementando. No mucho después el cabeza de familia se apareció con doce periquitos australianos en una pajarera. Todos color nieve recién caída, por supuesto, e idénticos hasta en el mínimo detalle. Casi enseguida vino con una tortuga blanca, grande como un plato de pizza y que daba la impresión de pesar sus buenas libras, a juzgar por el esfuerzo que le costaba cargarla.

Oswaldo nunca había visto una jicotea así, pero no le pareció correcto preguntarle así de sopetón al vecino cómo la había conseguido, ni si la quería para comérsela o pensaba tenerla como mascota: sin dudas, era algo muy exótico que no se encontraba así como así a la vuelta de la esquina, y como tras el intercambio de palabras por el perro blanco, semanas atrás, no se podía decir que tuvieran precisamente confianza...

Así que lo dejó pasar, de nuevo.

Pero a la tortugona descolorida le siguió una jaba de nylon llena de peces gatos albinos, una pareja de pavorreales blancos, una pecera de plástico con media docena de raticas de laboratorio...

Y al cumplirse tres meses de la mudanza de los González, Oswaldo ya estaba medio mareado de ver entrar tantos animales blancos en casa de sus vecinos... y, lo más intrigante, jamás salir ninguno.

Al principio pensó que los matarían para comérselos. Nada raro ¿para qué, si no, se criaban bestias?

Pero qué va: la casa estaba siempre inusualmente silenciosa y tampoco se propagaba hedor alguno que pudiese delatar criaturas muertas o siquiera hacinadas.

Y el caso es que tampoco los veía jamás en el patio.

Así que llegó a pensar que los González se dedicaban al tráfico ilícito de especies albinas o algo por el estilo. ¡Y los muy malditos tenían que ser súper habilidosos! Se las arreglaban siempre para salir de los ¿valiosos? ejemplares el mismo día que los

adquirían; lo mejor para evitar a los chivatos del barrio. Que, le constaba, eran unos cuantos...

Revolucionario a todo y militante del Partido desde sus ya lejanos cuarenta, henchido de deber cívico y de espontánea combatividad contra el delito y lo mal hecho, Osvaldo incluso llegó a renunciar al sueño para vigilar la casa de sus vecinos durante algunas noches.

Pero nunca advirtió el menor movimiento inusual; lo único que ganó con sus guardias voluntarias fue una bronca atómica con Petra, que lo acusó de estarle cazando la pelea a «esa perra descolorida». Porque, al cabo de algunos meses, seguían sin conocer los nombres de pila de los González, ¡para que hablen luego del exceso de confianza entre vecinos!

La infidelidad era algo en lo que Osvaldo ni siquiera había pensado. Bueno, en honor a la verdad... no demasiado. Así que era inocente: la vecina podría estar muy bien, sí, no lo negaba... pero era demasiado delgada para su gusto. Siempre había tenido debilidad por las mujeres más envueltas en carnes.

Vaya, mucho más como Petra que como la señora González. Aunque últimamente, en verdad, su esposa ya se hubiera ido un poco en vicio con lo de engordar...

Como último recurso para salvar su matrimonio de tantos años con la mulata y suspirando, Osvaldo le reveló todas sus sospechas sobre los tejemanejes de los vecinos y le preguntó si no le intrigaba tanto lleva-y-trae de animales blancos.

La respuesta irritada de su mujer, antes de cerrarle la puerta en la cara y ofrecerle la agradable oportunidad de apreciar durante esa noche las virtudes del viejo sofá de la sala con sus tres muelles salidos, lo preocupó bastante: *Mijito, ¡mira que tú tienes la cara dura! Mejor invéntate otro cuento mejor para tu vigiladera dela rubia escuálida y desabría esa. Además ¿cuáles animales blancos? Yo también vivo aquí y no he visto ni uno...*

Atónito, Osvaldo quiso creer que aquella declaración de Petra sólo se debía a que la mulata estaba tan encabronada que su cerebro se negaba a procesar la información obvia.

Así que lo intentó de nuevo en la mañana.

Pero ya desde el inicio se dio cuenta de que volver al tema no había sido buena idea.

Esta vez no hubo gritos ni acusaciones; fue mucho peor. Mientras él le replanteaba con mucho tacto a su esposa (y tratándola cariñosamente de «mími» y «amorcito», como se debe, que conste) la pregunta clave de si no encontraba bastante extraño que los González metiesen esas manadas de animales blancos en su casa y que nadie nunca viese a ninguno después, Petra lo dejó hablar cuanto quiso, pero todo el tiempo observándolo con una indescifrable expresión.

Que resultó ser nada menos que lástima; en cuanto el ex carpintero dejó de hablar, su mujer le acarició la cabeza, de repente incongruentemente cariñosa, y le sugirió que descansara más y vigilara menos a los buenos vecinos.

Y no, no le parecía nada raro que a los González les gustasen tanto los animales blancos. Ni los verdes ni los azules, que para gustos, los colores.

Después, en cuanto quiso darle muy mimosa una amitriptilina «por tu bien, pipo», Osvaldo huyó aterrado de la casa... hasta la hora de almorzar.

En los días siguientes, el enigmático tráfico de animales albinos en casa de los González continuó. Lo peor era que el único que parecía advertirlo era Osvaldo.

¿Habrían hipnotizado a Petra, aquellos malditos?

En todo caso, no sólo a ella: hizo averiguaciones discretas en la cola del pan, en el agrito particular de la esquina, ente los habituales de la cuadrilla del dominó de las cinco y entre su relevo de las seis. Indagó en el usual puñado de muchachos mataperros del barrio con sus palomas *¿no les habrán robado ninguna blanca, por casualidad?*, con el mensajero de la bodega, y casi mata del susto al florero al literalmente saltarle encima a su bicicleta para preguntarle si los nuevos vecinos compraban muchas flores y de qué color *¿no serían blancas todas, eh?*

Pero la única confirmación de sus sospechas fue precisamente por parte del florero: los González siempre le compraban mariposas. Y sólo mariposas.

En cuanto a todos los otros del reparto tan discretamente entrevistados, no tenían ni la más remota idea de lo que les hablaba. *Son buenos vecinos, gente tranquila que no se mete en ná*, repetían todos como un himno, con sonrisas flojas; *¿cinco chivos blancos...? Bueno, ellos tienen un patio grandísimo, ¿no? Entonces ¿que tengan lo que les dé la gana! Pa' eso es su tierra ¿verdad? Osva, mi herma, ¿no te estará afectando el calor? Es que ya es tremendo para esta época del año. Mira ¿tú quieres un consejo de amigo, así, gratiñol? Mejor vete unos días con Petra pa' la playa... les recomiendo Varadero, que es como otro país, y ¿no está diciendo ella siempre que quiere viajar? O mejor entoavía, dale tú solo una quincena pa' casa de tu hermana, así refrescas el moroco y de paso tumbas de una buena vez esa muela bizca tuya de los bichos blancos de los vecinos...*

Por supuesto, al arrojar su encuesta de ciudadano con conciencia tales resultados, Osvaldo no podía ni pensar en irse a ninguna playa con la mulata, ni solo y así como así a casa de su hermana. Y menos en «tumar esa muela bizca». Más que roerlo, la intriga ya lo masticaba hasta la cintura.

No podía dormir de tanto aguzar el oído cada noche, pegando incluso un vaso a la pared divisoria de su cuarto con la casa de los nuevos vecinos. Se preguntaba y se volvía a preguntar qué rayos harían los González con todos aquellos animales, en por qué no los veía ni los escuchaba, ni había hedor en su finca.

Porque si los mataban, algo debía olerse... ¿quizás los enterraban en el terreno detrás de la casa? Después de todo, él siempre había vigilado el frente de la casa. Nunca el patio...

Carajo. ¿Sería el patio?

Montó guardia sobre el trocito de tierra de marras por toda una semana, pero así tampoco se esclareció el asunto. Petra estaba cada vez más preocupada, al verlo con ojeras, atontado, con la piel pálida y sin apetito, por muchas exquisiteces que se desviviera en cocinarle. *Te estás poniendo tan blanco como los vecinos, pipo*, le comentó un día, y Osvaldo tuvo un extraño ataque de nervios, donde vociferó que él no era un animal blanco y que, de serlo, jamás iría a casa de los González a que se lo comieran.

El resultado fue que Petra, ex campeona panamericana de los 65 kg en sus buenos tiempos, optó por trabarlo en una creativa llave de judo para obligarlo así a tomarse la dichosa amitriptilina, que hizo lo suyo poniéndolo a dormir por doce horas.

Cuando Osvaldo hubo superado un poco el sopor del fármaco, su mente sólo procesaba

una idea: aquello no podía seguir así. Si no quedaba otra, tendría que entrar en la casa de los González y acusarlos directamente. Aunque no tuviese pruebas, sus convicciones revolucionarias serían suficientes para...

¿Para qué?

Que el diablo se lo llevara si sabía para qué. Todavía no pensaba con mucha claridad, pero el caso fue que cuando volvió a parpadear y caer en la realidad, ya estaba parado frente a la puerta de sus vecinos, hirviendo de justo fervor cívico, con el dedo índice en alto, apuntando al timbre.

Pero no llegó a tocar el botón.

Inexplicablemente, la puerta se abrió para él.

Aunque no sola, porque sosteniéndola estaba el sonriente señor González.

—Pase y siéntese, Osvaldo... ya habíamos notado su notable resistencia al campo hipnótico. El único del barrio, todo un fenómeno estadístico. Pero tardó usted un par de horas más de lo que calculamos—fue su amable frase de recibimiento, que dejó a Osvaldo literalmente sin palabras.

Al trasponer el umbral que tan amablemente le franqueaba el anfitrión, un curioso cosquilleo lo colmó, naciendo de su cabeza y extendiéndosele por todo el cuerpo acto seguido. Aunque estaba demasiado concentrado en captar el entorno como para prestarle mucha atención a aquel escozor, que por otro lado desapareció casi de inmediato.

Aunque aquella era la primera vez que entraba en la casa de los González, no le sorprendió demasiado constatar que la sala, y por lo que podía ver a través de la puerta, también el resto del inmueble, era tan blanco y descolorido como sus dueños.

—¿Campo... hipnótico? ¿fenómeno... estadístico? ¿Calculamos? ¿Quiénes? ¿Quiénes son ustedes y qué quieren?—logró balbucear al fin, mientras se dejaba caer

más que se sentaba en una amplia y nívea poltrona—. ¿Qué coño tienen ustedes en contra de los colores, para empezar?—continuó, ya más repuesto del asombro inicial, y blandiendo el índice como un húsar blandiría su sable, tras ponerse de pie al cabo de varios intentos fallidos por adoptar aquella postura erecta de probada superioridad evolutiva y moral.

Cuyo efecto, por cierto, resultó algo disminuido por el desagradable hecho de que el señor González le sacara su buena cabeza de estatura a su iracundo visitante.

—Cálmese, Osvaldo—siguió sonriendo el casi albino, al tiempo que muy calmado, renunciaba a la injusta ventaja de su superior altura para sentarse en otra butaca tan blanca como todo en su casa—. Y, como tenemos tiempo... ante todo ¿no sería mejor si, para empezar, le contesto una pregunta a la vez? Nosotros... nosotros somos el equipo que opera esta... llámémosle estación de relevo interdimensional.

—¿Estación... de relevo... interdimensional? —repitió Osvaldo, sin entender demasiado, aunque tampoco le sonó muy bien ninguno de los 3 términos—. Y antes dijo campo no-sé-qué y fenómeno qué-sé-yo-cuánto. ¿Quiere decir espías, radares, escuchas del enemigo y todo eso? ¿Y lo confiesa así de entrada, tan fácil, entonces? —añadió, tratando de disimular su decepción.

Realmente, esperaba más reticencia por parte del delincuente; empezar, así de sopetón, con una confesión completa, como mínimo rebajaría bastante sus méritos como detective...

—Qué espías ni qué enemigo. Ustedes los humanos en general, y los cubanos en particular, siempre con su paranoia —el señor González hizo un vago gesto impaciente en el aire—. Supongo que le dispararían un misil antiaéreo a un ángel sin dudar un instante, si tuviera la mala suerte de aparecer en sus radares.

La alusión hizo nacer una sospecha incómoda en el cerebro materialista del ex carpintero. Tragó en seco y por un momento pensó en callarse. Pero acto seguido cambió de idea: si después de todo ya habían venido a Cuba tres Papas... y cosas más raras se habían visto...

—Entonces ¿son ángeles? —dijo casi tímidamente, volviendo a sentarse, muy atento a cualquier respuesta.

Pero el señor González sólo lo miró un instante, asombrado, y luego soltó una carcajada. Breve y educada, como de quien no quiere ofender la algo dudosa inteligencia de su interlocutor.

—No, Osvaldo —le explicó pacientemente—. No somos agentes de la CIA, ni ángeles. Ni siquiera somos extraterrestres... bueno, en rigor, sí lo somos, pero antes que ser de otro planeta, somos de otro... universo.

—Invasores, o infiltrados ilegales, de cualquier manera —acotó triunfal Osvaldo—. Seguro que ni siquiera sacaron visa turística ¿a que no?

—No la necesitamos. Tampoco vinimos para quedarnos. Somos... viajeros en tránsito, más bien —le corrigió el señor González—. Es que su planeta, su universo, no nos interesa por sí mismo de modo especial. Pero da la casualidad de que ocupa un sitio crucial en la intersección de ultraplanos del multiver... —por un instante pareció ruborizarse y volvió a sonreír—. Disculpe, se lo diré en términos más simples para que pueda seguirme; su realidad es como un nodo ferroviario, un cruce de carreteras o un aeropuerto internacional: hay muchas... rutas que llegan y salen de aquí.

—Tráfico ilegal de inmigrantes, entonces —porfió Osvaldo—. O de no sé qué otra cosa. Drogas, seguro...

—Y, bueno... en cierto modo —aceptó suspirando el señor González, tras mirarlo de hito en hito como si le hubieran salido cuernos o cosa por el estilo—. Ah, y le informo que hay varios puntos similares en el globo, no crea que este de La Habana es el único.

—A menudo basta con tirar de una punta de la madeja para revelar toda la red. Y con neutralizar ciertas partes clave para que todo el conjunto se desarticule —repitió Osvaldo algo que había escuchado en un *Tras la huella* ¿o era *CSI Las Vegas*?, tratando de sonar enterado, competente y amenazador...

Pero no demasiado; el señor González, aunque delgado, era bastante más alto que él, después de todo. Además ¿y si estaba entrenado en algún arte marcial extraña? Trató de refrescar mentalmente la defensa personal que le enseñaran en la previa del Servicio Militar... sin mucho éxito ¡hacía ya tanto tiempo de aquello! Cuando la Zafra de los Diez Millones, como mínimo. Y nunca fue muy bueno, tampoco.

—Supongo que el condicionamiento es demasiado fuerte. Simplemente, no pueden

dejar de verlo todo en esos términos —se resignó de nuevo el señor González, encogiéndose de hombros—. Pero, en fin... la clave del asunto es que cada... nodo tiene ciertas características muy particulares. Digamos, longitudes de onda prohibidas. Para los siete nodos de esta, su Tierra, es el color. Nada que no sea casi por completo blanco puede salir de aquí sin un gran despliegue de energía que, sinceramente, preferimos evitar.

—¿Salir hacia dónde? —preguntó Osvaldo guiñando un ojo como para dar la impresión de que entendía muy bien de que le estaba hablando, aunque la verdad es que ni puñetera idea ¿estaciones de relevo? ¿Nodos? ¿Longitudes de onda? Seguía sonando a radistas de la CIA infiltrados, como en *En silencio ha tenido que ser...* ¿o serían salidas ilegales, balseros, cigarreras y eso?

—Ahora tampoco es lo que piensa. Salir hacia otras realidades —dijo paciente el señor González—. Así que, bueno... la cuestión es que, aunque para la estancia de nuestras... entidades, en este planeta podríamos escoger cualquier envoltura corporal viva, por razones puramente logísticas preferimos transferirnos también a receptores blancos. Claro, se necesitan animales de cierto nivel neuronal mínimo para albergar una conciencia, incluso por algunos minutos... por eso no sirven amebas ni insectos, aunque le confieso que tenemos muchas expectativas con nuestros más recientes experimentos con colonias de termitas... pero fuera de eso, basta con una correspondencia muy aproximada de los índices de masa corporal para servir como hospedero temporal.

—Ah, claro... basta con una correspondencia aproximada de la masa; si usted lo dice —asintió Osvaldo, ¿qué otra cosa podía hacer? Y acto seguido, sintiéndose muy orgulloso de sí mismo, añadió—. Y con los animales blancos ¿qué pasa entonces? ¿Por qué no queda nada cuando... cuando hacen lo que hagan con ellos?

—No puede quedar; cuando la conciencia prosigue su viaje hacia otra realidad... digamos que su hospedero material se desintegra sin dejar rastros —declaró muy docto el señor González—. Masa convertida completamente en energía ¿entiende? La ecuación de Einstein.

—Claro... Einstein, cómo no —trató de sonar completamente convencido el ex carpintero, y mientras se levantaba con toda la naturalidad de la que fue capaz, agregó, mirando de reojo al señor González—: Bueno, querido vecino... lamento de corazón este malentendido, pero ahora que me ha aclarado todo de ese modo tan convincente, creo que puedo regresar a mi casa tan tranquilo...

—Por supuesto —sonrió el señor González, sin hacer el menor ademán para detenerlo—. Pero antes ¿qué tal si me repite todo lo que le dije?

Oswaldo tragó en seco, respiró profundo y para su sorpresa, comenzó a decir de carretilla:

—El plan de pesca de agua dulce de la provincia de Las Tunas para 1991 fue fijado en 400 000 toneladas, comprendiendo las capturas de tilapia, tenca, carpa y amura. En este estimado no se incluyen las tilapias en proceso de aclimatación al agua salobre de los manglares ni los recientemente introducidos peces gato híbridos... —al fin calló, confuso.

¿Qué coño era aquello? ¿Pesca de agua dulce, en Las Tunas? Si él nunca había trabajado en la pesca, ni ido más allá de Santa Clara.

Miró al señor González, entre sorprendido y preocupado.

—¿Campo... hipnótico? —preguntó.

—En efecto, y lo siento de veras —se excusó su anfitrión—, pero tenemos que tomar nuestras medidas de seguridad. Esta operación, después de todo, se supone más o menos secreta para todos los... gobiernos locales. Evita complicaciones... Así que, para curarnos en salud, como dicen ustedes, cuando atravesó el umbral, que en realidad es un superinductor de campo, cambiamos... ciertos detalles en su neurología. Cada vez que trate de contarle a alguien lo que le revelé, el resultado será como acaba de experimentar.

—¿Siempre hablaré de pesca? —se preocupó Oswaldo—. Porque nunca me gustó mucho el pescado. Si acaso, los mariscos...

—No, cada vez será un tema distinto —lo tranquilizó el señor González, casi dolido—. Béisbol, el transporte, lo mala que está la cosa, dominó... los usuales. Pero para su personal alivio, le doy mi más solemne palabra de que ninguna de nuestras actividades aquí perjudica en lo más mínimo a su país o a su especie —sonrió nuevamente—. Incluso estos cuerpos, el mío y del... la señora González; le doy mi palabra que no fueron robados a ningún humano vivo o muerto, sino sintetizados de modo completamente seguro, aunque lo bastante sofisticado como para poder rebasar cualquier examen físico o incluso autopsia sin revelar su origen estrictamente no humano. Tienen huellas digitales, apéndice y todos esos anacronismos inútiles, ya sabe...

—Bueno, pues me alegro por ustedes —señaló Osvaldo, por decir algo—, entonces ¿eso es todo? Si entendí bien, me dejan ir así de fácil porque no podré contarle nada a nadie; cada vez que lo intente empezaré a hablar cáscaras de piña ¿no?

—No, no es todo —dijo casi con alegría el señor González—. No evolucionamos a partir de ancestros predadores... ni siquiera ocasionales, como sus antepasados primates. Así que... no somos agresivos. Nuestra política empresarial tampoco es intimidatoria, ni punitiva... básicamente, tratamos de causar buena impresión en la población local, colectiva e individualmente, si no queda más remedio que revelar nuestra presencia a algunos. Por lo tanto... estoy autorizado a ofrecerle algún tipo de compensación por sus... molestias. Todo lo valiosa que quiera. Pero siempre dentro de los servicios que ofrece la estación, claro...

—Qué ¿me van a regalar un perro blanco? —se burló Osvaldo—. No, gracias. Y tampoco quiero un gato.

—Osvaldo ¿nunca ha querido viajar? —le dijo de pronto el señor González, con la misma sonrisa que usaría el diablo para tratar de comprar el alma de un pecador.

—Ná... me gusta mi país, y en Cuba, como La Habana no hay otro pueblo —dijo Osvaldo, interiormente muy orgulloso de su condición de capitalino por nacimiento... y de su integridad: podrían enredarle la lengua con sus brujerías hipnóticas extraterrestres, sí, pero ¿no iban a comprar tan fácilmente a un verdadero revolucionario como siempre había él sido!

—Osvaldo, le aclaro que mi... esposo no se refiere precisamente a otros países —la voz de la señora González, que apareció en ese momento desde la cocina, sorprendió al visitante—. Le estamos proponiendo otros mundos, otras realidades, otras dimensiones...

Y en ese momento Osvaldo, que se había quedado sin habla detallando a la recién llegada ¡qué bien le quedaba a la muy condená aquel vestidito entallado color nieve! ¡Ni Petra en sus mejores tiempos con sus minishorts, caray! tuvo una inspiración genial:

—Pues, si de compensaciones valiosas hablamos —hizo hincapié en el plural, evitando a duras penas babearse ante los niveos y largos muslos de la anfitriona—. Tengo una idea. Creo que sé a quién podría interesarle de verdad eso de los viajes... aunque, por supuesto, para mí todavía quisiera otra cosa. Un poquito distinta, pero que a ustedes

tampoco les costaría demasiado... supongo —y guiñó un ojo con picardía al matrimonio.

Dándose balance en el portal, como cada tarde, Osvaldo vio pasar al señor y la señora González. Los vecinos lo saludaron casi con afecto: caminaban rápidamente, tirando ambos de una cuerda en cuyo otro extremo trotaba juguetona una nivea yegua de al menos dos años.

Osvaldo no pudo menos que preguntarse qué clase de turista estarían esperando ahora los encargados de la estación de relevo. Por supuesto se alegró de no tener que saber nunca a qué se parecería el viajero en cuestión: aquel caballo blanco era, con mucho, el animal más grande que hasta ahora habían traído a la finca.

Incluso más grande que la ternerita con la que se habían aparecido los solícitos vecinos el día antes de que él al fin pudiera regalarle a Petra su sueño más querido: una gira por el mundo.

O más bien, por los mundos...

Otros mundos, y mientras más lejanos, mejor.

¿Regresaría alguna vez, su mulata?

Bueno, según los González, las realidades eran casi infinitas, así que probablemente, si lo hacía, no sería muy pronto.

Y no es que él tuviese apuro por verla regresar, precisamente...

Ni siquiera aunque los viajes la hicieran bajar un poquito de peso, por cierto.

—Pipo, ya está el café —anunció una voz musical desde dentro de la sala de la casa, y al segundo siguiente salió, descalza y contoneando las caderas apenas enfundadas en el

breve short blanco de jean desflecado, una belleza casi adolescente. Un tope igual de níveo y ceñido cubría apenas los rotundos pechos de la muchacha (sin sostén, como bien se apreciaba por transparencia del fino tejido), que portaba en una mano un plástico con una humeante taza del néctar negro, mientras que en la otra sostenía un habano y un encendedor—. ¿Te lo prendo, mi chini? —inquirió, entre solícita y juguetona.

—Deja, mimi, me gusta más hacerlo yo mismo. Mejor ven y dame un besito
—respondió Osvaldo, tendiendo los brazos hacia la esbelta jovencita.

Sí, esa gente sabía hacer las cosas, pensó, disfrutando el suave olor de la epidermis juvenil de la pizpireta rubita. Aquella niña estaba hecha a mano, justo como se la había recomendado el doctor.

Sonrió, feliz, mientras su lengua se entrelazaba con la de la muchacha: seguro que todo el mundo estaba comentando la suerte que había tenido ¡mira que, apenas tres días después de perderse la malagradecida de Petra, llegar una sobrina de los González a vivir con el matrimonio... y encapricharse nada menos que con un ocambo como él!

¡Con tanto muchacho y ya no tan muchacho que se bebía los vientos por la condená!
Que estaba muy buena, la verdad... si a uno le gustaban bien blancuzas y con el pelo tan rubio que casi parecían canas, claro.

Desde las arenas de Marte

Signes U., Carmen Rosa

*"Hay que guardarse bien de un agua silenciosa,
un perro silencioso y de un enemigo silencioso".*

Proverbio judío 23

Habíamos salido de la tierra en dirección a la base marciana para los entrenamientos básicos estándar, misión que se alargaría dos años antes de partir rumbo hacia la conquista de algún otro planeta.

Aterrizamos en *Marte* un planeta sobreexplotado en el que aparte de las máquinas de procesamiento natural para aumentar el oxígeno de su atmósfera – que se mantenían casi milagrosamente –, y unas obsoletas instalaciones mineras carentes de los servicios básicos, nada quedaba ya. Tuvimos que acostumbrarnos de inmediato al ambiente polvoriento y difuso de bajo contenido en oxígeno.

Pronto descubrimos, para nuestra sorpresa, que no estábamos solos. Los invasores, imperceptibles e inquietantes, se convirtieron en una amenaza invisible. Ni los sensores de movimiento, calor, radiación, ni la visión nocturna de nuestros trajes servían para nada. Sentíamos cómo nos rodeaban. Se introducían por todos los rincones de nuestra nave, de nuestra mente, de nosotros, volviendo locos a los hombres que, desesperados, no sabían qué hacer para evitarlo.

Nos sometieron intangibles como el viento, pero con la fuerza de un tifón. Ante ellos toda aquella tecnología bélica, capaz de conquistar mundos hostiles, quedaba reducida a juguetes. No había lugar dónde esconderse. Nos redujeron prácticamente de inmediato. Nuestro despliegue de defensa había sido rápido; precisos nuestros ataques (según el procedimiento *Standard*), pero infructuosos. La señal de ayuda que emitimos ante la primera sospecha de peligro de nada nos ayudaría, meses tardarían en venir a socorrernos y dudábamos de que pudieran hacer nada que nosotros no hubiésemos intentado ya. Estábamos desolados, abatidos.

Todo el planeta se convirtió en una prisión. La arena rojiza se posada, se impregnada

por doquier. Fuimos despojados de todo, incluida la ropa. El ambiente seco del planeta se tornaba fresco cuando se acercaban, una sensación que aumentaba al contacto con nuestros cuerpos. Pero aquella humedad no provenía de ellos sino de nosotros mismos. Tardábamos minutos en darnos cuenta de que absorbían el agua de nuestro organismo. La deshidratación era casi inmediata, y en cuanto el proceso daba comienzo no había vuelta atrás. Así vimos morir a muchos de los nuestros. Sus gritos aún retumban en mis oídos.

Mezcla de agua y arena, aquella maldita arena de Marte, comprendimos que nos necesitaban para vivir, ¡*éramos su alimento!* Pero algo sucedió. La posesión que nos acartonaba hasta convertirnos en sacos de hueso y que a punto estuvo de aniquilarnos, fue interrumpida.

Al parecer algo en nuestra fisonomía, ajeno a algunos de nosotros, les detuvo. El primero de los tatuajes que encontraron despertó tanto su interés que dejaron todo lo que estaban haciendo para rodear al *Sargento* levantando un tornado gigantesco alrededor suyo que incomprensiblemente no le engulló. La imagen de aquella *Madonna* en su espalda pareció asustarles; después llegaron los nombres de mujer; las palabras soeces; la inscripción *Amor de Madre* dentro de un corazón ensartado; la insignia del batallón; el rostro de ese héroe caído en la batalla de Plutón del que ya casi nadie recuerda el nombre; o la representación sensual de una *pin-up* de seductoras formas.

Todos los que poseíamos uno, fuimos desechados. Imposible saber el porqué. Durante días creímos habernos salvado, pero la euforia duró bien poco. Comenzaron a aparecer miembros desollados con tatuajes. Manos, brazos, piernas, incluso torsos y cuellos se convirtieron en la única señal de la nueva incursión de aquellas bestias. Señal alarmista de que habían emprendido una caza selectiva hacia nosotros.

Lo único que teníamos claro era que temían aquellos grafismos, por eso los desechaban. Entonces fue que decidimos tatuarnos todo el cuerpo. No importaba el qué, sino el hecho de no dejar ni un milímetro de nosotros sin grabar. El *Brigada Madison* lleva inscrito el nombre de todos y cada uno de nosotros, incluidos los muertos; uno de mis mejores amigos consiguió que alguien garabateara el retrato de su mujer e hijos; y yo tengo impresa la historia de todo esto. Aquella decisión nos salvó momentáneamente la vida. Un nuevo obstáculo reta nuestro intelecto para la supervivencia, porque sin agua no se puede vivir aquí.

Ahora estamos aprendiendo a cazar a nuestros opresores para extraerles el vital elemento. Un trabajo complicado, pero no imposible. Hemos creado unos campos de electricidad estática que son capaces de retener parte de esa arena en suspensión. Los filtros, contruidos con los aislantes térmicos de nuestra nave, pueden recoger la humedad. El envoltorio externo de nuestros enemigos polvorientos, ya es nuestro.

Desde las arenas de Marte el *Regimiento de Infantería Ligera de la 4ª Sección Lunar* capitaneado por el *Brigada Madison* resistirá hasta que vengan a por nosotros. Algo que espero que ocurra antes de tatuar totalmente mi cuerpo, o de que nuestros enemigos descubran el espacio que aún queda libre sobre mi piel.

Después de tanto tiempo

Barragán, Eugenio

Los rayos de sol logran traspasar el oscuro cielo. La temperatura asciende hasta alcanzar los 50° centígrados. Las gruesas capas de hielo se funden y forman una maraña de riachuelos que se pierden en la extensa planicie desértica. El agua se filtra por diferentes capas sedimentarias y fluye sobre un lago natural. Las suaves luces de la caverna subterránea se encienden y amortigua la luminiscencia que coloniza el bosque de estalagmitas. Una bomba absorbe agua y rellena uno de los depósitos alineados a unos metros. En una estrecha galería se pone en funcionamiento una de las lavadoras. En el extremo opuesto, una puerta conduce a las galerías de las antiguas poblaciones mineras.

Un dedo de metal rueda por la arena impulsada por el viento hasta que topa con la cúspide de una pirámide enterrada. Unas luces se encienden intermitentemente. La brisa descubre las paredes inclinadas y de la superficie de piedras se despliegan unas placas solares. Las excavadoras desentierran una de las calles que circundan la majestuosa pirámide. Unos robots bípedos limpian los escalones que descienden hasta el vestíbulo de la amplia entrada.

—Bienvenidos al casino Keops —saluda el recepcionista con los ojos y boca protegidos por una rejilla protectora—. Sólo falta un minuto para que se abran las puertas. No se salgan de la cola, por favor.

En cuanto el reloj interno ha calculado el paso de tiempo, el recepcionista levanta el brazo izquierdo. La puerta se abre al mismo tiempo que tañe una campana y suena una suave melodía de arpa.

—Ya pueden pasar. No se arremolinen, por favor —avisa el recepcionista que no puede doblar el codo por el polvo acumulado entre las articulaciones metálicas. Tras varios intentos consigue que el brazo vuelva a su posición original. Después de auto chequearse advierte que ha perdido el dedo índice. Mueve la cabeza a derecha e izquierda y escruta: por las escaleras, por el mostrador, entre las dunas que transforman rápidamente el paisaje. Un chip emite un aviso del percance al taller de reparación situado en el subterráneo tres, al lado de las vacías oficinas.

La arena se desliza por los escalones y se desparrama por el suelo: un espejo que refleja las imágenes del techo: las aguas del río Nilo flanqueado por cañas de papiro que se mecen suavemente por la brisa. Un refinado aroma de esencia de nenúfares inunda las salas.

Las azafatas de la entrada giran rápidamente sobre sus ruedas y forman dos filas. Saludan al

vacío en diferentes idiomas con sus alegres caras andróginas. El director del casino, un androide, inspecciona el correcto funcionamiento de la apertura del casino.

La puerta se ha encallado y permanece abierta. Otro golpe de viento vuelve a depositar arena en la entrada. Un robot barre el suelo; otro, limpia las juntas con una brocha y logra desatascar el engranaje.

En la sala de juegos, el robot que dirige la mesa semicircular del Black Jack, baraja las cartas. Dirige su atención hacia las diferentes sillas vacías y repite: —hagan sus apuestas, señores—. Abre el mazo en forma de abanico, la deposita sobre el tapete y con la punta del dedo levanta las cartas en forma de acordeón.

—Apuesta mínima, una ficha. Enfrente tienen las taquillas de cambio. A los primeros clientes, la casa les oferta un descuento del 10%. Aprovechen la ocasión—. Pero nadie hace cola delante de las máquinas automáticas ni toca las cartas.

De las cuatro mesas de ruleta, una permanece inactiva.

—Próximamente, la mesa número cuatro estará plenamente operativa—repite intermitentemente uno de los crupier.

El androide se ajusta la corbata y estira de su impoluta chaqueta. Espera a los clientes con marcados rasgos tristes que se acentúan tras un rápido vistazo a la recepción. Desconoce el porqué está vacío el casino. No ha recibido ninguna información desde el centro de control de la Tierra. Levanta los hombros con un rictus de impaciencia, enarca las cejas. Ni siquiera se auto regenera las arrugas de expresión. Su diseñador estaría orgulloso de las desarrolladas funciones empáticas que le programó.

Baja por las escaleras mecánicas con la cabeza gacha. Busca algún cliente para mostrarle el casino. Con una mano se mesa el pelo y estira de un mechón. No siente dolor, sólo desesperación por la falta de visitantes.

En el supermercado, un robot de mantenimiento se desplaza hasta la pared del fondo. La persiana se abre y con el brazo articulado recoge unas latas de refrescos para reponer las máquinas expendedoras de bebidas.

El androide recorre un amplio pasillo, flanqueado a un lado por los óleos de los presidentes

de los Estados Unidos. Al otro lado, unos monitores ofrecen diferentes visiones de las áreas recreativas: «El casino Keops. La primera área recreativa sostenible que sobrevivirá a las pirámides de Egipto...»

El cuadro de Abraham Lincoln se ha desprendido de la pared y yace sobre la moqueta. El androide sigue su itinerario prefijado sin inmutarse.

—Dos hectáreas de la más avanzada ingeniería a su servicio distribuidas armónicamente —canta uno de los monitores que ha detectado el paso del androide.

—Disfrute de las áreas recreativas de Nueva Las Vegas —recita el último monitor con una melodiosa voz.

Al pasar por el último cuadro, el androide se para un momento sobre una fotografía. Como cada primavera, se embelesa examinando la inauguración del complejo turístico, los detalles del frondoso bosque tropical, las pistas de aterrizaje, cada componente del equipo que diseñó el casino. Finalmente, tintinea con el dedo sobre una de las personas. Recuerda fugazmente que respondía los test de empatía. Su cabeza descansaba sobre la mesa del laboratorio, conectada a un ordenador, mientras su creador comprobaba las diferentes conexiones sobre una pantalla. No se podía concentrar con los reflejos de las paredes y el murmullo de los asistentes del segundo piso, pero finalmente, lo consiguió. Recuerda la ovación que se desvanece en cuanto el robot de mantenimiento pasa por encima del cuadro y astilla el cristal. El androide se gira alertado y permanece inmóvil. Sigue con la mirada al robot que acarrea unas latas que repondrá en una de las máquinas expendedora de refrescos.

El androide percibe como la fotografía se desprende del cristal y aparece otra, con los diferentes modelos de robots enarbolando la bandera americana. Al pie se puede leer: «Colonia Argos, sesenteavo estado de los EEUU de América.» Se agacha para recogerla y la vuelve a colocar en su sitio.

Sobre la mejilla del androide resbala un denso líquido. El cerebro positrónico capaz de ejecutar 10 millones de operaciones por segundo y hablar en 50 idiomas sólo tiene una excusa: la válvula del fluido lacrimal no funciona correctamente. Camina hacia los comedores, una gran sala de 300 metros cuadrados. La legión de camareros uniformados con impecables fracs permanece inmóvil.

La vela de un candelabro cede por el imperceptible movimiento sísmico y la cera se derrama sobre la mesa. Un camarero recoge los cubiertos; otro, los platos. El primero cambia el mantel y lo deposita en un cesto vacío. En una terminal, teclea una serie de códigos y solicita recambios de velas al almacén. El segundo robot coloca minuciosamente los diferentes

elementos de la cubertería bajo el foco que ilumina tenuemente la mesa. Cuando calcula que todo está en orden, traslada la cesta. Abre la puerta de vaivén de la cocina. Pasa por delante de unas mesas alargadas, cada una de ellas presidida por una placa de cocción y una nevera. Deja atrás a los cocineros que esperan delante de la terminal el pedido de algún menú. Traspasa el umbral tapado por unas gruesas tiras de plástico. Vacía la cesta con el mantel al final de un largo pasillo, en el interior de una lavadora.

El androide se aleja de la puerta de la recepción. Detrás de una mesa ovalada, una azafata coloca las diferentes láminas que guiarán a los huéspedes durante su estancia en el casino. Pasa por delante de uno de los camareros que aguardan para dirigir a algún visitante a su alojamiento. Entra en una habitación al azar. Las luces se encienden automáticamente. Los paneles muestran fotografías de diferentes paisajes de la Tierra y relajantes lugares del universo: las playas de Ipanema, las cumbres nevadas de los Andes, los fiordos noruegos, la nebulosa de Andrómeda. Carga una matriz de datos y coteja que la mesita de noche, las toallas y el albornoz están correctamente colocados sobre la colcha para transmitir una armoniosa sensación de seguridad y relax al visitante. Los paneles y las luces se apagan en cuanto sale en dirección a una de las salas de actuaciones con capacidad para cinco mil espectadores.

El robot canta una canción, pero no emite ningún sonido. Cada vez que toca una nota, la estancia devuelve el eco. Una cuerda se rompe y finaliza la actuación. Por los altavoces de la sala suena una ovación en el silencio. El robot se levanta de la silla, alza un brazo y saluda en dirección a la platea vacía. Con el impulso, el suelo recibe el impacto de la guitarra y el brazo.

—Y con esta última actuación, cerramos el espectáculo por hoy. Esperamos que el distinguido público haya disfrutado y nos volvamos a ver pronto.

El cantante camina pesadamente, se agacha a recoger el brazo y desaparece entre bambalinas. Abre un receptáculo de metal y se mete en el interior. Cierra la tapa y espera a que se active el programa de reparación. Unos brazos metálicos examinan los daños y se afanan con movimientos rápidos en reparar el brazo. Al lado, otros receptáculos permanecen fuera de funcionamiento.

El androide se levanta y se detiene en la sala de apuestas deportivas. Observa a través del cristal como el robot de clase M abre la puerta. Unos granos de arena ensucian los sillones que rodean unas mesas con los boletos esparcidos por la superficie.

—Enseguida aseo el asiento —se disculpa y se afana en limpiar la superficie con su brazo en forma de aspirador.

Los monitores que ocupan una de las paredes explican cómo rellenar los diferentes boletos de apuestas deportivas. En el resto aparece el mensaje de: "En breves momentos retransmitiremos algún acontecimiento deportivo. Disculpen las molestias"

El androide se desplaza en dirección a su despacho. En el exterior, las antenas parabólicas se orientan, buscan la señal de los satélites que comunican todos los casinos interplanetarios. Un relámpago se dibuja sobre el cielo. Un trueno retumba. Una tormenta seca se aproxima al casino y anuncia el final de la temporada. La alarma se dispara. El mecanismo de las placas solares permanece encallado por unas piedras de gran tamaño que ha arrastrado el viento.

De una rampa aparecen los robots de mantenimiento. Apenas se puede leer nada de la descolorida publicidad adherida a la coraza. En cuanto desencallan la plataforma, regresan al almacén y aparcan en el sitio que tienen asignado. Uno de ellos yace sobre la irregular superficie. Los eslabones modulares de la oruga se han averiado y ha caído de bruces. Mueve los brazos rítmicamente como si fuera una señal de auxilio. El robot levanta la cabeza. Un ojo chisporrotea y explota. El viento sopla con fuerza y la arena le sepulta en segundos.

En el supermercado, los robots cesan su frenética actividad. Entran en modo de mantenimiento y se paran en un rincón del almacén. Las luces se apagan con un fuerte chasquido de fondo.

Los camareros ocupan su puesto en los receptáculos de las paredes del comedor. El androide cuelga la vistosa chaqueta del casino en el armario y se sienta delante de la terminal donde espera alguna señal de la Tierra.

—Seguimos sin comunicación hacia el exterior —rezonga—. Encoge los hombros y se masa el pelo. Las funciones emocionales se reinician después de rebosar los umbrales que garantizan el correcto funcionamiento. El androide se reclina en la silla. El respaldo y el reposapiés se mueven lentamente. Una cubierta se desliza para protegerle.

El robot del Black Jack recoge las cartas y las fichas. Las ruletas dejan de girar y los crupieres regresan a su posición. Las azafatas se colocan en fila cerca de la puerta. Sus gráciles rostros dejan de sonreír en cuanto entran en las cabinas.

Los robots de la entrada bajan con parsimonia las escaleras, se introducen en la sala de las tragaperras y permanecen inmóviles. El mostrador se desplaza lentamente y tapa la puerta. Las luces de neón anuncian: Próxima apertura... La arena rellena los escalones hasta que desaparece el letrero luminoso. La temperatura desciende bruscamente.

El casino Keops de la abandonada colonia esperará otro soleado día de primavera, que se repite cada noventa y tres años terrestres, para recargar las baterías y abrir las puertas otra vez.

El desierto es infinito

Alonso, Israel

1.

Una vez soñé que volaba sobre un inmenso océano, negro como la sangre roja. Una inabarcable extensión de agua que me devolvía un reflejo extraño y desmadejado, mi cuerpo desplazándose mansamente como un muñeco de trapo abandonado en la corriente, como si me hubiese ahogado arriba entre las nubes y aquello de abajo fuese un cielo de tormenta, con mi alma perdida viajando al fin del mundo, colgando atrás el hilo de plata a modo de estela o cola de cometa. No hubo revelación ni epifanía al despertar, no me sentí nacido de nuevo, pero estaba empapado en mitad de la cama, como si de verdad me hubiese sumergido en aquellas olas infinitas. Vomité un borbotón de agua salada y respiré en un estertor.

No había recobrado aún el aliento cuando sonó el teléfono, una alucinación que vibraba sobre la mesilla al compás de un tono por defecto que nunca me había molestado en cambiar. Una irrealidad pulsátil que me gritaba desde la mesita de noche, un agujero en el tiempo que me impelía a reaccionar, a dejar atrás el rigor mortis de la parálisis del sueño, urgiéndome a despertar.

Pero ni siquiera me hacía falta mover la mano, alcanzar el aparato, deslizar el dedo por la pantalla y llevarme las palabras a la oreja. O no era necesario o lo hizo una versión de mí que no era yo mismo, una reverberación, una onda en la superficie que escuchó al otro lado las palabras que ya flotaban boca abajo en el fondo de mi cerebro ahogado.

Mi padre se acababa de suicidar. Como lo hiciera su padre. Como se suicidó su abuelo.

2.

Hay un perro aullando. Una puerta mal cerrada golpeando una y otra vez, una y otra vez. Hay otro perro que ladra. Y una mujer que grita algo ininteligible a través del

rugido del viento. Hay un paraguas roto que pasa volando como un borrón en el paisaje. Hay un borracho tirado en el suelo, la sangre de su cabeza tiñendo solo un instante el agua alrededor para desaparecer de inmediato. Hay una mujer que grita pidiendo socorro, la misma mujer quizá, el mismo perro aullando. Hay granizos del tamaño de pelotas de tenis, aerolitos inmisericordes, heraldos helados del caos. Hay un sonido como de disparos en la lejanía. Hay un caballo negro que relincha aterrorizado cuando pasa volando frente al ventanal de unos grandes almacenes. Hay una gasolinera que explota en las afueras, la cortina de humo negro hermanándose con la Gran Nube que ha engullido la ciudad. Hay una mujer que ya no grita y unos perros que ya no ladran y un borracho que ya no volverá a beber. Hay un tanque, madre del amor hermoso, hay un tanque que pasa volando en pos del caballo, en pos del paraguas roto, llevándose por delante la fachada oeste del hospital.

Y hay un tornado.

Hay un tornado descomunal que se va a comer todo cuanto existe.

3.

En el tanatorio todo son reproches mudos, censores silentes que arañan con sus miradas mal disimuladas el cerebro de mi madre, que se ha perdido dentro de un agujero negro después de llorar, maldecir y gritar hasta perder la voz por completo. Ya no da las gracias a cambio de pésames, ni siquiera se molesta en asentir con la cabeza a quienes le estrechan las manos o le ofrecen abrazos, tila o consuelo. Tan solo mira sin ver, con unos ojos verdes que son mis ojos verdes, cada vez más apagados, sin pestañear, sosteniendo la mirada en un punto inconcreto de la pared, observando desde cuencas de muerta viviente algo que habita en las profundidades de un cuadro que desde aquí no alcanzo a ver.

Mi hermana apesta a tabaco y a humedad. Ha debido conducir toda la noche sin descansar, fumando un Camel tras otro, cantando con la radio a través del llanto quebrado, revolcándose en su propia angustia a través de letras que cree que le hablan a ella; de nuestro padre, de la muerte de pronto, de su propia depresión, benzodiazepina y destornilladores con granadina. La he observado un rato, con los ojos y las fosas nasales, he presenciado el acto de prestidigitación a través del cual los cafés de la máquina llegan a una de sus manos, llenos, negros y humeantes, y desaparecen, vasos arrugados, vacíos, a través de la otra mano segundos después. Se le han reventado algunos capilares de la cara de tanto llorar y tiene un hematoma en los nudillos, quizá de pagar su frustración con una pared o una puerta.

Siento angustia por ella y por mamá, pero el sofá me absorbe. Estoy rodeado de voces susurrantes, envuelto por el bisbiseo de las ropas al rozarse, del sorber de mocos de los que no tienen cabeza ahora mismo para pensar en sacar un pañuelo. Todo es como una nana dulce. Un arrullo como de palomar, como de monstruos que frotan sus zarpas de terciopelo mientras se comen tus sueños. Sueño. El sofá me está tragando y los párpados son trozos de carne inerte que quieren descansar en paz.

Mi madre da un respingo y yo lo noto, la fluctuación del aire que nos separa en la sala me cruza la espalda y miro, no la miro a ella, no, sino al cristal y al ataúd abierto, a ese «yo» tan mal envejecido que parece dormido, la boca semiabierta como si respirase. Por un momento he pensado que podía haberse movido, que podía haberse resbalado, sonreído, parpadeado. Busco a mi madre y sigue en su sitio, estoica estatua de carne tensa y músculos tensos, parada en mitad de la marea de condolencias falsas y falsa pesadumbre. Apenas es perceptible pero algo ha cambiado desde la última vez que la miré. Sus manos, crispadas, blancos los nudillos de hacer fuerza sujetando un bolso que es, sin duda, un ancla. Sus manos apretando con fuerza, demasiada fuerza, pero el resto de ella inmutable, observando el cuadro con una lágrima, una más, partiéndole el perfil en dos como si su rostro fuese una máscara superpuesta. Y me mira. Y sabe que me he dado cuenta. Y su mirada se torna grave, dura, una advertencia transmitida sin abrir la boca que pasa de sus labios cerrados a mis ojos secos llevando consigo un escalofrío.

¿Qué ves, mamá? ¿Qué ves en ese cuadro? Y ella niega con la cabeza, leyéndome las ideas, subrayando su mirada de peligro, de inminencia, con un rictus severo que tan solo dura un parpadeo. Y vuelve a mirar al cuadro, demasiado lejos para que yo pueda saber qué mira. Ni quién la mira a ella.

4.

Los vehículos blindados del ejército proyectan un brillo acuoso bajo la lluvia torrencial. Algunos soldados besan fotos, rezan a los dioses de sus padres o lloran sin tratar de esconderse. Las comunicaciones con las tropas dentro de la ciudad se han perdido y no necesitan prismáticos para ver lo que está sucediendo. El tornado ha alcanzado proporciones bíblicas y parece estar creciendo conforme los edificios se derrumban y las explosiones se suceden. La Gran Nube, el majestuoso cumulonimbo que sirve de extremo superior del tornado, parece el hongo radiactivo de una explosión nuclear, su inabarcable vientre encendiéndose y deformándose, preñado de rayos y relámpagos. Alguien ha dicho que también parece una nave nodriza, un gigantesco platillo volante que gira sin control, el tornado es su rayo abductor que tantea el suelo en busca de víctimas sin importar lo que se cruce en su camino.

—Es una cara —ha dicho uno de ellos; qué más da cómo se llame si en menos de una hora habrá muerto—. Mirad. Es una cara.

Ha señalado, con todo el temblor que puede albergar un ser humano, una zona de la tormenta y ha seguido insistiendo, aunque nadie más parecía poder o querer ver la pareidolia.

—Es un ángel destructor. Es el ángel exterminador —ha seguido insistiendo un rato, ya más para sí mismo que para convencer a nadie. Ahora está sentado, abrazándose las rodillas tras uno de los tanques y aún no ha dejado de repetir su mantra de pánico.

El sargento continúa hablando por radio rascándose la nuca como quien escarba, con saña y dedicación, intentando hacerse entender por encima del ruido. Están lejos, pero el tornado es muy grande. Y parece seguir creciendo. Conforme lo hace también aumenta el estruendo que lo acompaña. Millones de abejas furiosas; de eso parece estar compuesto el tornado a juzgar por el zumbido que llega hasta los aterrados oídos de los soldados. La última estimación de velocidad, cuando aún quedaban equipos tomando mediciones, cuando los cazatormentas todavía estaban al pie del cañón, arrojaban datos imposibles. Aquello alcanzaba los cinco kilómetros de diámetro y parecía albergar vientos que llegaban a los setecientos kilómetros por hora. Los números eran ridículos, pero desde la loma en que se encontraban, dispuestos en formación como si pretendiesen intimidar a la tormenta, podían ver claramente que no estaban tratando con un tornado normal. Aquello era la madre de todos los tornados.

El sargento corta la comunicación por radio y se gira hacia sus hombres y mujeres, haciendo gestos para que se acerquen. Como una mente colmena, todos tienen la misma pregunta orbitando por encima de sus cabezas: si no han acudido para ayudar en las labores de desalojo, ¿qué hacen aquí?

—Tenemos nuestras órdenes —grita, haciendo bocina con las manos.

La ola de nerviosismo se propaga a través de todos ellos como una descarga eléctrica. Sus cuerpos se tensan esperando escuchar malas noticias, poniéndose en lo peor, recordándose a sí mismos quizá por qué decidieron alistarse en un primer momento, tal vez sopesando los pros y los contras de la desertión, de poner tierra de por medio, de huir lo más lejos posible de aquella maldita cosa. Pero hay otra cosa que se asienta en todas y cada una de sus mentes, como una garrapata adherida a la parte trasera de cráneo, un prurito indeseable justo donde no llegan a rascarse: no pueden huir del tornado. Nunca podrán huir lo suficientemente lejos.

—Nuestras órdenes son mantener la posición —dice el sargento y todos son testigos de cómo envejece de golpe, de cómo se apaga en el fondo de sus pupilas el brillo que convierte a los humanos en humanos. Se inician algunos conatos de protesta. Alguien, tampoco importa su nombre, quita el seguro de su arma en mitad de la confusión, y envía una orden del cerebro a los músculos del brazo y la mano para levantarla contra su superior. Matar y huir. Un plan sencillo. Pero no tiene tiempo a ejecutarlo, porque el sargento prosigue:— Tenemos que mantener la posición, soldados. Y negociar. El Alto Mando quiere que negociemos con... eso.

La enorme mano del sargento parece querer abarcar la tormenta en un gesto desganado. Todos miran al tornado como si fuesen una sola persona, en perfecta sincronía, y entonces sí, entonces sí que pueden ver el rostro colérico que conforman las nubes.

5.

Mi hermana no soportó la presión. La noche en que falleció, ahogada en su propio vómito abrazando un portafotos digital con la pantalla rota por la mitad, yo soñé que volaba sobre un terrible desierto que estaba hecho, lo sé porque lo sabía entonces con esa lucidez insólita del durmiente, de huesos triturados. Mi padre volaba a mi lado, rígido, como amortajado, y la fuerza del viento, su fricción contra el aire, iba deshaciéndole la piel, que abandonaba su cara lívida y sus manos, cruzadas sobre el pecho, como se desprende la arena de un reloj, como se deshace un terrón de tierra lanzado contra un vendaval, alimentando con su propia humanidad las fluctuantes dunas blancas.

—Volamos —decía—. Volamos, hijo.

Y su boca, entreabierta en una línea fina, tumefacta, dejaba escapar también retazos de sí mismo, como humo de un cigarro que nunca fumó por miedo al cáncer que nunca lo mataría, entregándose al desierto en un vuelo suicida. ¿Qué podía esperarse? Siempre tuvo miedo, también tuvo miedo, mucho miedo de eso, siempre, de acabar como su padre, como su abuelo, matándose un día porque el peso del mundo era demasiado, a pesar de los hijos, a pesar de la felicidad, a la que solía recibir con demasiadas reservas, consciente de que no había nacido para disfrutarla por completo. Yo también tengo miedo a terminar mis días como él, como ellos. Es una sombra pegajosa que siempre me acompaña y que también me deja ser feliz solo a medias, esclavo como soy, como somos todos, de esa herencia tácita que nos empuja a convertirnos en nuestros padres, de acabar cometiendo sus errores y no ser capaces de repetir sus aciertos. Esa misma

herencia que sume a mi hermana en lodazales mentales de los que no es capaz de salir por más que se esfuerce. La sonrisa idiota, drogada, la sonrisa triste de mi hermana es la sonrisa de mi padre y es la mía, porque lleva como nosotros el sabor del miedo en los labios, el miedo a acabarse de pronto, sin fuerzas para enfrentarse a un universo hostil que solo nosotros podemos ver, por herencia, por esas raíces negras de herencia.

Yo intento responder a mi padre que quizá no deberíamos seguir volando, pero solo soy testigo, inútil personaje de mi propia ensoñación, sin capacidad real para decir ni hacer, solo pensar y contemplar cómo se va muriendo de nuevo, volando hacia un sol que parece estar al otro extremo de un largo túnel.

—Volamos —repite y yo intento asentir, pero ni eso. Y su cara ya no es apenas una cara, tan solo una masa informe de sangre difuminada, carne deshecha y huesos que se van quedando atrás alimentando el paisaje, haciéndolo crecer—. Este desierto es infinito, hijo. Este desierto es el infinito. Es la suma de todos nosotros, de nuestros sueños y nuestras pesadillas.

Quiero gritar y no puedo pero, aun así, abro la boca y lo intento con todas mis fuerzas.

El grito suena en la habitación de mi casa y salgo despedido, mi alma vuelve al cuerpo, como decía mi ex mujer cuando me ocurría a veces, y la cama cruje como si de verdad hubiese caído desde el techo. Y el teléfono está sonando. Y yo ya sé qué va a haber al otro lado. Más tanatorios, más café de máquina. Más personas que se dicen familia, que se dicen amigos, juzgando a mis muertos por atreverse a salir por la puerta de atrás, por la cobardía de abandonar el camino antes de que el vengativo dios del Sinaí los llame a filas.

Miro mis manos cuando se mueven solas en busca de las malas noticias y veo el polvo blanco desprenderse de ellas y ensuciar mi cama, el suelo, el teléfono, mi cerebro cansado y sucio de polvo de huesos.

6.

El grupo de soldados corre como si ya estuvieran muertos, como si fueran fantasmas en fuga, como las sombras negras de personas aniquiladas que dejó tras de sí el Enola Gay en Hiroshima, siluetas de personas que esperaban sentadas en las escaleras del banco

cuando la muerte inundó el mundo, de gente que paseaba, rumiaba, discutía y amaba, un retrato devastador dibujado en la piedra y el asfalto, como las estatuas sorprendidas de Pompeya, seres humanos muertos de pronto, inmortales en la postura que tenían cuando, igualmente, la devastación se hizo presente, fulminante. Así son las figuras de los soldados que se alejan del tornado cargando con sprays de pintura, su equipo de ataque y defensa olvidado frente a la línea de tanques, sumidos en una misión que no comprenden.

—¡Aquí! —grita uno de ellos y hace señas al que tiene más cerca, para que avise a los demás, porque el zumbido letal del tornado se come sus palabras. Todos se detienen, una separación de varios metros entre sí y, de manera mecánica, clavan rodilla en tierra, agitan los sprays de pintura reflectante, roja, amarilla y azul, y comienzan a escribir en el suelo el mensaje acordado, a cumplir las órdenes.

La más joven de ellos, que aún no sabe que será la única que sobrevivirá al anochecer de ese largo día, se detiene un instante entre una letra y otra, como si se hubiese olvidado de pronto de la forma en la que se usa el aparato que tiene en las manos, como si hubiera desaprendido el idioma en el que está escribiendo, como si viera a un animal mitológico, una pintura rupestre, en lugar del escueto mensaje:

DETENTE. PODEMOS AYUDARTE.

—¡Vamos, vamos! —grita y gesticula el mismo soldado de antes. Todos se incorporan y vuelven a correr, sintiendo que el tornado está cada vez más cerca, sabiendo que quizá no lleguen junto a su sargento y acaben absorbidos por el descomunal embudo.

Corren con todas sus fuerzas, pero siguen pareciendo siluetas muertas, fotografías detenidas en mitad de un paisaje hambriento, los enormes granizos, ahora del tamaño de naranjas, formando una batería de artillería cada vez más próxima. Uno de ellos cuenta los metros mentalmente, para volver a detenerse y repetir el mensaje. Como si la naturaleza supiera leer.

7.

En el tanatorio nos han dado la misma sala, estoy seguro de que no lo han hecho a propósito, pero es la misma donde velamos el cadáver de mi padre. La sensación de

irrealidad es superior por repetición. Los mismos rostros torvos, las mismas palabras de ánimo, insustanciales y vacías, llenas de nada, cubiertas de polvo de huesos.

No quiero soltar a mi madre, la rodeo con los brazos como si fuera a desplomarse en cualquier momento, como si no supiese estar de pie por mucho que rehúse sentarse y dejarse devorar por los mullidos sofás, asépticos y funcionales tronos de plañidera. No ha llorado y eso me da miedo. No ha soltado una lágrima, no ha dicho una palabra, no se ha arañado la garganta en un grito aterrador como la última vez. Tan solo se ha dejado llevar mansamente hasta la sala seis, sin aspavientos, rígida como una piedra, y me ha parecido ver incluso una cierta sensación de urgencia, cierta ansiedad por llegar y colocarse en el mismo sitio exacto donde permaneció la última vez, por situarse delante del cuadro, a mirar más allá de la pintura. Quizá por eso no me permite que la suelte, porque quiere que vea lo mismo que ella, que *entienda* lo mismo que parece haber entendido ella. Es una pintura impropia de este tipo de sitios, eso lo puedo saber sin tener ni idea de historia del arte. Lo habitual son cuadros de paisajes, sin elementos que hagan pensar, playas idílicas, bonitas puestas de sol, como invitando a los dolientes a dejar partir a sus seres queridos con la promesa de que estarán en un lugar mejor, tranquilo, en paz. Pero este cuadro no es exactamente así. Hay una mujer en primer plano, sentada sobre la hierba en una colina ocre, como arrastrándose, su vestido rosa destacando sobre los verdes y los marrones, su manos colocadas como si gateara y observando, de espaldas al espectador, una vieja granja en la lejanía. Da la impresión de que intenta llegar a ella, o que la contempla con arrobamiento, pero es imposible saberlo sin verle la cara.

—El mundo de Cristina —dice mi madre en un susurro, para no despertar la curiosidad de los buitres congregados. Se tapa la boca con una mano al tiempo que habla y desde fuera casi parece que está llorando, pero no.

El mundo de Cristina. Mi hermana Cristina, tumbada plácidamente en su cama de madera, a nuestra espalda, su rostro tranquilo como si jamás hubiese estado cubierto de vómito seco, con una sonrisa natural, su sonrisa triste, ahora para siempre, dibujándole un hoyuelo. El mundo de Cristina, lleno de tinieblas por una profecía que se muerde la cola, el miedo a suicidarse que impulsa a mi familia al suicidio, uróboros, lemniscata y maldición familiar. Este desierto es el infinito.

—Mamá —digo, acariciándole una mano fría con mi mano fría.

—No —me interrumpe—. El cuadro. Lo busqué cuando llegué a casa, ¿sabes? «El mundo de Cristina». De un tal Andrew Wyeth.

Asiento, forzando una sonrisa, temeroso de que mi madre haya perdido finalmente la

cabeza, que la herencia mortal sea vírica, y ella se haya contagiado, y su repentino interés por el cuadro del tanatorio donde velamos a su marido y a su hija sea una señal de algo grave, con patas de alambre, un tumor, un derrame, un apocalipsis fraguándose en un cuerpo destrozado por la pérdida, un suicidio agazapado.

—Entiendo.

—El pintor vivió en esa casa del fondo. Cristina, la chica de la foto, era su vecina. —Ignoro el hecho de que haya dicho foto en lugar de cuadro—. Sufrió la polio de pequeña, pero no se conformó con vivir encerrada. Salía a la colina a coger ramilletes de flores que guardaba en el bolsillo de su vestido. Se arrastraba, David. No quería usar la silla de ruedas y se arrastraba para ir y volver. El pintor le rindió este homenaje porque le impresionó. Es el mundo de Cristina. ¿Lo entiendes?

Miro el cuadro sobrecogido. Es una historia de una belleza arrolladora, una imagen vívida de una realidad sórdida y hermosa, la cárcel de los huesos, el encierro de la fragilidad y la batalla cruenta de una mujer que, de espaldas, podría ser mi hermana.

—¿Se suicidó? —digo, sin poder evitar que las palabras salgan de mi boca temblorosa. Me arrepiento de inmediato, pero a mi madre no parece importarle. Ni siquiera parece oírme, los ojos secos agujereando la pintura.

—El mundo de Cristina. Y allí está tu padre. Míralo —dice, y apenas señala con la barbilla.

Y allí está mi padre, sí. Puedo verlo asomado a la ventana, solo una mancha de pintura, una mota, un reflejo, que se expande en mi retina llenándolo todo. Ahí está mi padre. La habitación gira de pronto, como un tornado que me hubiese engullido, y siento que pierdo el conocimiento.

—Volamos —digo entre dientes mientras caigo.

8.

La soldado llega exhausta y se derrumba como un fardo antes los pies del sargento. Sus compañeros han caído. A uno de ellos le ha abierto la cabeza un granizo y ni siquiera ha sido capaz de cargar consigo el cuerpo exangüe, no se ha atrevido ni a mirar atrás. Ya cometió ese error cuando el tornado se llevó a los dos primeros, ya observó como en *stop motion* la cara de terror del pelirrojo, su boca desencajada en un rictus, mientras era absorbido, invocado, abducido, llamado a formar parte de la familia del tornado, a girar alrededor sumido en el insoportable zumbido de abejas dementes. Había caballos ahí arriba, medio granero, un tanque, más soldados, como abalorios, extraños atrapasueños colgados del larguísimo cuello de la Gran Nube, con su rostro gigante y colérico.

—Señor... han caído todos —dice, llorando.

—¡Lo sé! ¡Y esa puta cosa no se ha parado en los seis primeros mensajes!

La mayoría de los soldados ha huido aprovechando la confusión, solo quedan cuatro, la extenuada sobreviviente de la misión suicida y el sargento, que estudia los acontecimientos a través de unos binoculares, mordiéndose el labio inferior con saña caníbal.

—Señor... ¿deberíamos?

—¡Espera! ¡Se ha parado! ¡Se ha parado!

El tornado, en efecto, se ha detenido justo cuando el epicentro de su embudo ha quedado encima de uno de los mensajes del suelo. El sargento deja caer los binoculares sobre el pecho con el rostro demudado de sorpresa. Lo que queda de sus tropas se acerca, haciendo visera con las manos. ¿Y ahora qué? ¿Qué se supone que deben hacer ahora?

—Señor, se ha parado. ¿Cree que está leyendo nuestro mensaje?

—No lo sé, joder. No lo sé. Pero me encantaría saber cómo se supone que tenemos que negociar con un puto huracán.

—Tornado, señor —dice alguien que va a morir en los próximos minutos.

—Lo que sea.

9.

Vuelo sobre la nieve siguiendo el rastro de un animal herido que ha debido arrastrarse durante kilómetros, su sangre en el manto blanco formando una gruesa línea roja de la que no puedo apartar la mirada, hipnotizado por la armonía, por la simetría de los dos hemisferios blancos, cegadores, en que se divide la superficie helada sobre la que se mueve fugaz mi sombra errante. No puedo apartar la vista ni quiero, porque sé quiénes vuelan conmigo hacia una puesta de sol que se derrite.

—Volamos —dice la voz de mi padre a mi izquierda, la que fue la voz de mi padre, ahora un gorgoteo cavernoso y sibilante, una mezcla de bufidos y gruñidos que brotan de algo que ya no es humano, algo que ni siquiera me siento capaz de ver.

—Volamos. —Es mi hermana quien habla a mi derecha, su voz cantarina de siempre, matizada con tabaco, alcohol y barbitúricos, con el deje pastoso de los locos y los insomnes. Mi hermana muerta. Volando conmigo.

Mis labios están cosidos con hebras de niebla, pegados entre sí con tanta fuerza que intentar despegarlos para hablar me produce un dolor tan grande que estoy a punto de despertarme. Pero quiero seguir soñando, quiero saber qué ocurre, quiero saber si, como otras veces, mi vuelo es el aviso de la llegada de la muerte, el desbordamiento incontrolable de mis seres queridos a través del abismo insondable del tiempo.

—¡No! —grito, y noto cómo me desgarró por dentro del esfuerzo. La habitación de un hospital titila, superponiéndose su imagen a la nieve manchada de sangre.

Mi hermana vuela hasta colocarse delante de mis ojos, volando de espaldas al suelo, desnuda, abierta en canal, con un corte en forma de i griega que solo he visto de verdad en las películas, fruto de una autopsia que ni siquiera han debido hacerle pues sus deseos eran otros, sus sentimientos iban por otros derroteros. A través de la herida abierta veo caer hacia arriba coágulos de sangre muerta, negra, pastosa, formando pompas que flotan hacia mí, explotando contra mi cara y mi cuerpo, llevando a mis labios el ferroso sabor de la muerte.

—David. Tienes que venir con nosotros.

—No voy a seguiros.

—David. Este desierto es infinito. Este desierto helado es el infinito. Volamos por siempre. Después de nosotros no hay nada. Ven. —Mi padre habla solemnemente, con su gorgoteo estertóreo.

—Mamá morirá —añade mi hermana, clavándome sus ojos tristes, suplicando con sus ojos tristes que me mate, que cumpla con el destino que se me ha regalado y me suicide, que vuele con ellos por el desierto infinito—. Morirá porque estamos malditos.

—Yo lo comprendí al final —añade mi padre—. Y comprendí entonces a tu abuelo. Y al mío. Fui un egoísta trayéndoos al mundo sabiendo que tarde o temprano tendríais que...

—Teníamos que morir por nuestra mano, David —mi hermana sonrío y de la boca también brotan pompas de sangre negra que impactan contra mí—. Tienes que morir tú también. No hemos tenido hijos.

—Hicisteis bien en no tenerlos. O seguirían trayendo la condenación y la mala fortuna a cuantos nos rodean y quieren. Esto debe terminar contigo, David. Esto acaba contigo.

—O acabarás matando a mamá.

El paisaje vuelve a titilar y reaparece la cama de hospital en la que me encuentro, el gotero, la televisión anclada a la pared, los fluorescentes, la ventana que no se abre, el rostro tenso de mi hermana plantada de pie a un lado, la figura de mi padre, vestido con el traje con el que lo enterramos, en lugar de cabeza una filigrana de humo blanco, arena de huesos y sangre y carne y humanidad que se esfuma.

Parpadeo.

Mi padre vuela ahora junto a mi hermana, tomados de la mano mientras siembran con trozos de sus cuerpos la nieve de debajo. Pienso que quizá la sangre sea nuestra. Quizá la sangre sea mía.

—¡Tienes que hacerlo, David! —grita mi padre, usando el tono impositivo, la orden incontestable, como si todavía fuese un niño y elevar un poco la voz bastase para zanjar cualquier discusión.

Alguien me zarandea.

—David, haz caso a papá y muérete.

Parpadeo.

La habitación, mi padre y mi hermana, un doctor pasando una linterna por mis ojos, sosteniéndome los párpados con dedos embutidos en guantes hipoalergénicos.

Parpadeo.

—Es decisión tuya, David. Haz lo correcto.

Pero decido vivir. En ese momento decido vivir. Tampoco ahora hay ninguna revelación mística, ninguna iluminación esotérica, no hay epifanía ni coro celestial que acompañe el momento, pero decido vivir y romper la maldición que me acompaña, romper la baraja, darle la espalda a un destino paradójico, a mi miedo devorándome y matándome y no muriéndose. Decido vivir. Y ayudar a mi madre a superar lo sucedido y quizá volverme a casar; sin hijos, eso sí. Sin hijos.

Parpadeo.

10.

Hace ya horas que el sargento ha dejado de buscarle la lógica a lo que sucede y se limita a actuar como un robot, trabajando solo para solventar las necesidades inmediatas, las

crisis urgentes, y olvidándose por completo de querer entenderlo todo.

—¿Señor? —dice la soldado.

—No lo sé. No sé qué demonios hace ahora, pero se ha detenido. Y seguimos vivos.
—Mira la expresión de su subordinada y se apresura a añadir:— Algunos de nosotros seguimos vivos, gracias a dios.

Otro de los hombres aparece a la carrera, se nota en su cara que ha estado llorando y gritando, y quizá también haya vomitado, pero sigue aquí, con los suyos, a pesar de la muerte que zumba tan cerca, con su hipnótica órbita de animales, árboles y personas.

—Señor, lo he encontrado. Lo tengo —jadea, dejando en manos del sargento un megáfono del ejército lleno de polvo, oxidado por algunas partes. Es una reliquia que no creen haber usado nunca, pero el soldado recordaba haberlo visto en el fondo de una de las cajas de suministros, al fondo del camión donde jugaba a las cartas con sus compañeros muertos.

El sargento se vuelve a rascar la nuca con furia y mira el aparato como si estuviese mirando una serpiente de cascabel, con la mano alejada del cuerpo y una ceja levantada. Sin mediar palabra con los suyos, tal vez por miedo a que lo tomen por loco antes de tiempo, comprueba que el megáfono funciona, se lo lleva a la boca y comienza a hablar:

—Le habla el sargento... —De pronto se interrumpe. Traga saliva y replantea la situación—. Hola. Mi nombre es Saúl y tengo muchísimo miedo. Aquí delante hay más personas, todas muertas de miedo. No sabemos qué quiere. Ni siquiera estoy seguro de por qué le hablo a un huracán. —Fulmina con la mirada al soldado que le ha traído el megáfono, antes de que lo corrija—. Un tornado. Estoy hablando con un puto tornado porque alguien en la capital me ha dicho que podía funcionar. Que parecía que usted... —continúa tras tragar de nuevo saliva, mirando de cuando en cuando a sus subordinados en busca de aprobación. No solo está hablando con un tornado, sino que además le habla de usted—. Parecía que usted no se comportaba de manera errática, sino que mostraba tener cierto grado de inteligencia.

La información que le había llegado había sido confusa, pero se hablaba de dos ocasiones en las que el tornado había manifestado un comportamiento que parecía responder a una configuración inteligente. Una vez, cuando se detuvo delante de un cementerio y se dio la vuelta por donde había venido, algo que algunos interpretaron como un milagro, y otra ocasión en que los gritos de una madre parecieron detenerlo el tiempo suficiente para sacar a su niño pequeño de un coche con la puerta bloqueada por

un impacto. La mujer maldijo a gritos a la tormenta y al tornado y este, según le habían dicho al sargento, había esperado pacientemente hasta que madre e hijo se hubieran puesto a salvo para continuar destruyendo cosas y matando a gente inocente.

De pronto la Gran Nube pareció cambiar de color, del gris lechoso a un negro irisado de violetas. Al sargento le pareció que se llenaba de cicatrices. Y una voz, una voz poderosa que resonaba con infinitas variaciones de la misma estridencia, una voz como un trueno, formada por ruidos, zumbidos y silbidos que no habían nacido para hablar, una voz que no era humana, retumbó en toda la colina.

—¿Qué quieres, Saúl?

11.

—Lo lamento muchísimo, David —dice el médico, que me parece un espejismo flotante a los pies de la cama. Ha empezado explicándome que llevo tres días aquí tras un desmayo en el velatorio de mi hermana, que no me despertaba, que había tenido una crisis, que todo estaba más o menos bien conmigo, sea lo que sea ese más o menos, que no me preocupara por nada pero sus palabras, sus modales, sus gestos, iban coloreados con algo más que yo no quería ver, que no estaba dispuesto a ver porque sería injusto, sería cruel, sería una broma pesada—. Tu madre sufrió ayer un infarto. Te acompaño en el sentimiento.

Mis manos. Mis manos aún llevan trozos de nieve teñida de sangre, de polvo de huesos, de triste memoria de sueños viejos. Mis manos en mi propio regazo, reflejo en las aguas del tiempo que muestra mi propio entierro. Mis manos encrespadas como zarpas de bestia, como manchas turbias derramadas sobre las sábanas. Mis manos. Contemplo mis manos y dejo de escuchar al doctor y su ristra de palabras bienintencionadas. Miro las líneas de mis manos, carriles de destino y ventura, esa que llaman de la vida tan corta y tan abrupta, y no escucho romperse la ventana, esa que no se abría y que ahora no se cerrará nunca, ni al médico salir disparado contra la pared de la izquierda, a lomos de una ráfaga de viento que lleva consigo hojas de un árbol centenario que no vivirá mucho más tiempo. No oigo ni veo nada mientras la misma ráfaga caprichosa se lleva de nuevo al doctor, esta vez en la otra dirección, sacándolo por la ventana rota, seccionándole una arteria con uno de los cristales que aún resisten en el marco y arrojándolo al vacío desde una planta seis. No veo nada de eso porque contemplo mis manos, como si no fueran mías, como si fuesen las manos de un muerto, como si me hubieran cosido las manos de un muerto mientras dormía. De todos modos, por mucho que hubiese querido ver cómo la tele era arrancada de su pared, como los sofás para las visitas taponaban el agujero

que antes era una ventana para, finalmente, estallar en pedazos por la fuerza succionadora del viento, por mucho que hubiera querido verlo no habría podido, porque a mi alrededor ya estaba surgiendo el remolino de viento, la susurrante coraza que iba a acompañarme de aquí en adelante.

Cuando me levanté de la cama, el techo de la habitación, sus paredes, el hospital, fueron destrozados y esparcidos en todas direcciones, cuando el cumulonimbo de la tormenta, la Gran Nube, encontró suelo y formó el tornado a mi alrededor, el ruido blanco del interior del embudo como un bálsamo para dejar de pensar en lo injusto y lo cruel. Mi compañía muda, hombre y tornado, dispuestos a salir a pasear hasta que no hubiera adónde ir.

12.

El sargento no debería haber seguido hablando. Debería haberse callado en cuanto el hombre tornado le dijo que prefería no seguir escuchándolo. Que se callara de una vez. Debería haber guardado silencio cuando vimos la tormenta crecer, los rayos cayendo en ramas kilométricas, el propio tornado incrementando visiblemente su virulencia. Pero quién puede tenérselo en cuenta. Quién no habría hecho lo mismo en su lugar. Al menos en ese momento había un diálogo, existía una posibilidad de detener todo aquello. Pero ahora... ahora solo queda correr, huir, ser más rápida que algo que es más rápido que tú.

El sargento no debería haber dicho que pensase en su familia. Pero él no lo sabía. Nadie puede reprochárselo. Sobre todo porque ahora está muerto, sus miembros y su cabeza separados del tronco por una habilidosa tromba de aire, orbitando la tormenta junto a los caballos, los establos y el resto de muertos inocentes. Debería haber callado. Y ahora ya no volverá a hablar. Y no queda nadie para detener el caos que se avecina.

Hay que correr.

13.

Esta noche he soñado que volaba mientras mi propio cuerpo lo hacía, suspendido,

acunado por mi tornado, nana salvaje de mis noches y mis días. He soñado que volaba junto a mis padres y mi hermana, y todos aquellos amigos que una vez me importaron. He soñado que volábamos en pos de una puesta de sol que ahora sé que nunca alcanzaremos. El desierto es infinito.

Ahora camino por las ruinas de otra ciudad. Lo sé porque de vez en cuando puedo ver cosas en el suelo, en el círculo a mi alrededor, cada día más grande, cada día más tranquilo. Ya nadie deja mensajes escritos en el suelo. Ya nadie lo intenta. Ni siquiera sé si queda nadie más aparte de mí y de mi tornado. Mi camino hacia delante, siempre hacia delante, hacia una puesta de sol que tampoco puedo ver. Pero miro mis manos y pienso que estoy cerrando un círculo, que estoy rompiendo de algún modo una maldición familiar. No necesito suicidarme para no hacer daño a los demás. Ya no hay un *los demás*. Ya no puedo hacer daño a nadie. El desierto es infinito. El tornado es infinito.

Yo soy el tornado.

El día de la madre

Fernández, Joan Antoni

—Está bien, volvamos a empezar.

El zumbido de la maquinaria rasgó el silencio. Por vez primera, Alex fue consciente del ruido ambiental que percibía a través de sus sensores. Colores y formas difusas se dibujaron dentro de su campo visual. Ajustó de forma automática la nitidez del enfoque y captó una figura imprecisa que se cernía sobre él.

—¿Puedes visualizarme? —La voz áspera de Bata Blanca sonó estridente.

—Sí.

—Perfecto. Incorpórate.

Alex obedeció con presteza y saltó al suelo. Las articulaciones de sus extremidades chirriaron por el esfuerzo y todo su cuerpo se bamboleó, buscando el centro de gravedad. Tras calibrar su posición, logró estabilizarse y quedó inmóvil. Entonces contempló la imponente figura del otro.

—¿Estás operativo por completo?

—Sí.

—Bien, bien...

Alex observó a Bata Blanca con detenimiento. Era un individuo alto y enjuto, de rostro anguloso con la nariz afilada. Sus ojos marrones le escrutaban vivaces bajo unas cejas de pelo cano. Un rictus surcaba sus finos labios, pretendiendo sonreír sin ganas.

—Iniciemos el proceso. ¿Cuál es tu comando principal?

—Quiero a mi mamá —Alex parpadeó, a la vez que infinidad de datos cruzaban su mente y el SO elegía la rutina preestablecida en su memoria.

—De acuerdo —el rictus de Bata Blanca se expandió, semejaba el surco de una lombriz sobre la arena—. Ahora vamos a verla. Sígueme.

Alex trazó una ruta válida de locomoción y movió sus extremidades inferiores para trasladarse tras la figura de Bata Blanca. Ambos salieron de la habitación y avanzaron por un estrecho pasillo. La luz era intensa y se reflejaba en las paredes de pintura metálica. El eco de sus pisadas resonó con fuerza, haciendo vibrar sus sensores auditivos.

—Aquí es —Bata Blanca se detuvo ante una puerta cerrada y miró a Alex con expresión adusta—. Chequea tu programación básica y revisa tus comandos de rutina. Quiero que actives las redes neuronales y mantengas actualizados los patrones de conducta. Mantén el contacto abierto con el Control Central, presto a una desconexión de urgencia. ¿Lo has comprendido?

—Sí.

—Conforme, ya puedes ver a tu mamá.

Bata Blanca se giró y empujó el batiente de la puerta con decisión.

Al otro lado, un rostro femenino, ajado y tembloroso, les miró con esperanza.

El sol brillaba con fuerza, esparciendo sus rayos sobre el césped del gran parque. Alex corrió con torpeza sobre la hierba. Iba riendo con entonación metálica, persiguiendo la pelota que había chutado. El balón iba alejándose de él, rodando hacia el estanque. En la orilla nadaba un grupo de patos.

—¡Alex, no vayas tan lejos! ¡No te acerques al agua!

—No, mamá.

Algo más apartados, guarecidos bajo la sombra de un ciprés, Bata Blanca y otro hombre les observaban en silencio. Alex aumentó de forma automática la capacidad de sus sensores auditivos y escuchó la conversación que la pareja mantenía en voz baja.

—Estamos a punto de lograrlo, doctor —dijo Bata Blanca con ansiedad.

—Estoy harto, ingeniero —el otro lanzó una patada al suelo y miró hacia madre e hijo con aspecto preocupado—. La mujer ya no puede más, mírela usted mismo: está a punto de sufrir un colapso, no sé si resistirá tanto esfuerzo. ¿Por qué diablos me dejé convencer por usted? Todo este asunto es una verdadera locura.

—Comprendo que ha sido duro para todo el equipo —el tono de Bata Blanca era monocorde, sin la menor empatía—, un desafío así no es fácil de superar, pero ya estamos a las puertas del objetivo final. Confíe en mí, señor. ¡Falta muy poco!

—Maldita sea su estampa, ingeniero —el hombre rechinó los dientes con rabia—. Quiero resultados. Teníamos que haber usado clones, como siempre...

—¡Clones! —Bata Blanca mascó la palabra con desprecio—. Ya le he explicado a usted varias veces la diferencia, aunque sigue sin entenderlo. Debemos ser innovadores para tener éxito. Un clon nunca, repito, nunca duplicará los sentimientos de una persona muerta. Sería... otra cosa diferente.

—¿Y usted me quiere hacer creer que eso de ahí sí es igual, es el mismo crío? ¿El que falleció?

—¡Por supuesto que sí! O al menos puede llegar a serlo. La diferencia radica en los recuerdos implantados, así de sencillo. El cerebro humano edita de forma constante la información que almacena. —Bata Blanca se excitó mientras seguía hablando—. Un mismo sujeto puede recordar cierto suceso con variaciones, según la etapa de su vida. Es el tratamiento de los recuerdos que realiza nuestra mente lo que nos hace únicos, la conexión neural que va conformando. Un clon, aunque tenga un cerebro idéntico al nuestro, no ha almacenado las mismas vivencias, no de la misma manera. Por ello su mente será distinta, tendrá la actitud y las emociones de una persona diferente.

—¿Y qué más da? Seguirá sintiendo.

—Cuando usted vino a verme, me planteó el reto de recrear con exactitud al hijo muerto de su paciente. Ella no aceptaba una simple copia; un sustituto era un fracaso, algo inadmisibles en su rol de madre. Quería al Alex de antes del accidente. Con el mismo proceso mental e idénticos sentimientos, mantener la relación emocional establecida. En resumen, seguir educándole como antes, cuidarle y desarrollar su mente como si el trágico accidente no hubiera ocurrido nunca.

—Como si Alex no hubiera muerto —el hombre se estremeció.

—En efecto, ése era el reto.

—¡Qué locura! Sólo a ella se le podría ocurrir algo semejante.

—Pero lo hemos conseguido —Bata Blanca alzó la voz, henchido de orgullo—, En el interior de esa torpe carcasa metálica existe un cerebro electrónico muy sofisticado, donde están replicadas las neuronas biológicas de su hijo muerto. Hemos transferido los recuerdos de la mente del Alex original a una matriz digital, así pudimos implementarlos y programarlos para que se combinaran igual que en el cerebro humano donde se crearon, conformando el mismo patrón. Es una réplica exacta del patrón mental del niño, justo antes de morir.

Algo pareció estallar en el interior de Alex, rompiéndose. ¡No, no, no! Patitos...

—¡Alex, ven! ¿Qué te pasa? ¡Vuelve enseguida!

Una repentina angustia se había apoderado de él y echó a correr hacia el lago.

—¡Alex, aléjate del lago! ¡No, no vayas allí! ¡Otra vez no, por favor!

Los dos hombres echaron a correr ante los gritos histéricos de la mujer, Pero Alex ya estaba muy cerca del agua y empezó a chapotear hacia el interior del estanque.

—¡Patitos, patitos! —Chilló a la vez que avanzaba—. ¡Quiero los patitos!

Mientras se hundía hacia el fondo, contempló las tres figuras humanas que llegaban hasta el borde de la orilla y miraban hacia abajo. Hacia donde estaba él, hacia la negritud que empezó a envolverle entre chasquidos.

El ingeniero observó al médico y a la mujer con expresión fría, tratando de aparentar amabilidad. Estaba harto, cansado de aquel juego que el doctor le obligaba a realizar. Pero precisaba de su dinero, de su consentimiento como impulsor del proyecto. Si él no estaba de acuerdo, si se retiraba, tendrían que cancelar el experimento. ¡Y faltaba tan poco para lograr el triunfo! Había que convencerle.

—Estamos a punto de culminar el proceso —insistió en el tono más relajado del que era capaz—. Un intento más y alcanzaremos el éxito, en esta ocasión no habrá ningún accidente como el ocurrido ayer. Hemos tomado todas las precauciones para que no se repita de nuevo.

—¡Ya está bien! —el médico se sulfuró y dio un puñetazo sobre la mesa—. ¿Cree usted que resulta agradable repetir una y otra vez el suceso que le costó la vida a... el hijo de mi paciente? ¡Es usted un demente! No puedo consentirlo más...

—Doctor, por favor —ella habló con apenas un hilo de voz, acallando al hombre y haciendo que se mordiera los labios. Entonces la mujer se volvió hacia el ingeniero y le miró con intensidad—. ¿Me asegura usted que esta vez será la definitiva? No sé si podré resistir de nuevo una escena semejante. Es una pesadilla que se repite sin cesar, que me destroza. Ya no lo soporto.

—Señora —el ingeniero se levantó y cogió su mano con delicadeza—, se lo aseguro. Hasta ahora hemos tenido varios fallos, lo acepto. Resulta muy complicado calibrar la implementación exacta de las neuronas, hay que recrear una por una todas las sinapsis existentes dentro del cerebro original. Pero ya está todo mapeado, si no fuera por ese estúpido accidente de última hora... No contábamos con una repetición tan fidedigna de la conducta en el sujeto. Ahora ya estamos prevenidos, no nos cogerá otra vez por sorpresa...

—Yo sólo quiero saber si es usted capaz de devolverme a mi hijo.

—Por supuesto, señora —el hombre bufó desconcertado—. Déjelo todo en mis manos. Un intento más y lo lograremos.

Ella se volvió hacia el doctor y éste desvió la mirada hacia el suelo, sintiéndose confuso y avergonzado. Al fin la mujer suspiró y cuadró el mentón.

—Está bien, una vez más. Reviva a mi pequeño Alex. Devuélvame a mi hijo.

La estancia estaba en completo silencio. El ingeniero se acercó a la forma humanoide, tendida sobre una camilla, y contempló su estructura metálica con embeleso.

—En esta ocasión no quiero fallos —gruñó hacia los operarios del Control Central, al otro lado de la cristalera—. Si el androide se acerca a menos de cinco pasos del lago, lo desconectan de inmediato. ¿Ha quedado claro?

—Sí señor —sonó una voz metálica en el audífono.

El hombre suspiró y se paró erguido ante la masa inerte del robot.

—Está bien, volvamos a empezar.

En la sala de espera, el doctor miró a la mujer con inquietud. Las dudas volvieron a asaltarle. ¿Estaba haciendo bien al permitir que su paciente sufriera semejante angustia, manteniéndola en esa ilusión malsana? A pesar de su condición, ella también tenía sus derechos, lo decía la ley. Tal vez sería mejor dejarlo correr, abandonar el Proyecto Nana de una vez por todas. Había sido un iluso al pensar que algo así podía ser realizable.

Mejor interrumpirlo todo antes de que la situación empeorara. Confesar a la mujer la verdad, aunque fuera a costa de romper sus ilusiones...

Pero él se sentía incapaz de hacerlo, y no sólo por estar comprometido con el proyecto: le faltaba valor. Había cogido cariño a la paciente, sin importar que sus sentimientos maternos no fueran reales, sólo un implante en la matriz de su mente. Parte de un experimento del gobierno sobre estímulos humanos.

Ella sólo era un modelo beta de Madre de Alquiler, la primera de una serie de androides con cerebro emocional, un ensayo para el cuidado de la infancia.

La auténtica madre de Alex también murió aquel día, ahogada en el lago mientras trataba de salvar a su hijo. La paciente actual sólo era una burda imitación, una copia creada para reproducir sentimientos humanos.

¿Cómo iba a contarle a ella que todo era falso?

Que, a pesar del dolor, carecía de un algo impreciso.

Que ella jamás se arrojaría al lago para salvar al niño.

Que aunque llorara su pérdida, sólo era madre por un día.

El exilio de Caín

Cruz, Luis Alonso

Había llegado a un punto, en el que las cosas habían tomado rumbos muy raros. Habían pasado tres años desde que me escapé de la cárcel y me rescataran de ese basural...

Por integridad, y por algunas deudas contraídas en la cárcel, me había alejado del negocio de las drogas. Por ahí un eventual pase de cocaína intravenosa o acido parasimpático pero nada grande.

Uno de esos raros momentos del día, era justamente al dormir. El sueño siempre era el mismo: Era el año 1332, iba en una caravana rumbo a una fortaleza en Jerusalén. Éramos unas 50 personas, armadas con todo lo necesario para defendernos en el camino, además nuestras capas y banderas tenían una figura principal: una rosa en fondo negro y en la parte inferior estaba en latín la frase "Caballeros de la Fe y la Devoción"

En el camino, llegábamos a una cueva donde pasamos la noche y dado el cansancio del viaje todos quedaban rendidos en el acto. Sin embargo, yo me quedaba despierto, y esperaba hasta que eso aparecía.

La veía en el techo de la cueva, una lagartija transparente casi albina. Lo más inquietante eran sus ojos, de un rosado intensísimo. Al cruzar nuestras miradas, este ser me comenzaban a proyectar en la mente una serie de visiones que iban desde murales llenos de ángeles, pasando por planos con cálculos hechos a manos, un púlpito lleno de mezcladores de sonidos, colores y luces, etc...

Había también escenas de batallas (algunas las había visto en documentales, en la escuela, cuando aún me interesaba la Historia), otras eran de seres deformes que al dar la vuelta tenían una belleza muy particular...

Y al final, el sueño siempre era incoherente: gente corriendo de un lado para el otro dentro de una catedral gigante, siendo pisoteada y yo agazapado detrás del púlpito...pero lo más extraño era siempre esta proporción que se dibujaba en las paredes de esa catedral 1:3:2

Hoy es la mañana del año 2503, es tiempo de tomar un par de píldoras e inyectarme anabólico 33, para mantener la masa y el tamaño que adquirí en la cárcel. Solo así es bueno salir a la calle.

Ese día había pactado una entrevista de trabajo, solicitaban alguien que supiera mezclar música, la paga se veía bien y bueno la zona me era familiar Nupro City Sector 15. Sí, era a 5 sectores de donde todo había sucedido (estaban frescos los recuerdos de mi persecución por traficar la droga The Lord, de la chica cayendo por el rasca cielo en mi cumpleaños y mi captura) pero quería enfrentar a mis demonios; así que decidí vestirme con el traje de aquel payaso que había matado en el basural hace tres años.

Afuera, habían empapelado toda la cuadra con unos afiches que hablan de una Legión Minerva, pero la milicia urbana se encargaba de arrancarlos y luego prenderles fuego. En esos momentos lo mejor es pasar desapercibido y actuar como si nada pasara.

Llegué a la cita y me recibió un tipo medio desgarrado, alto, de ojos negros, cabello oscuro, pinta de adolescente (aunque me dijo que tenía 42 años) y lo reconocí; era el mismo tipo que me salvó hacía tres años en el basural. Le había perdido el rastro (y por lo que veo dejó su trabajo en el basural) y me alegró verlo, aunque él no me reconociera, pero en fin no quería usar eso para obtener ventaja; yo quería el puesto por mis propios medios. El galpón donde me recibió no tenía más que una mezcladora de música. Ya habían dos postulantes más, un par de payasos que no tenían oído o habían sufrido algún defecto que mutó sus gustos musicales luego de aspirar tanto Locnoter.

Yo, simplemente, había llevado una memoria donde tenía mi música, pero al momento de insertarla en la consola salió un mensaje de error de lectura...—¿y ahora qué— pensé.

Enoch (así recordaba que se llamaba este tipo) se acercó y pensé que todo terminaría ahí, era lógico pensarlo ¿qué demonios haces con un tipo que quiere mezclar música y le falla la memoria? —Toma, trata de mezclar esto y si bailo eres el hombre que estaba buscando— me sorprendió, pero lo fue más cuando vi que lo que me daba era una memoria en forma de reptil, una lagartija albina, ¡como la de mis sueños!—así que este será mi día de suerte—pensé. Los ojos del reptil, de un rosa vivo, comenzaron a parpadear y como un autómatas, la lagartija-memoria, se dirigió a la consola y se conectó con ella mediante una especie de espina. Apareció una lista de canciones, era una marea incontrolable, como ver piezas de Tetris cayendo a enormes velocidades.

"Deja que tu instinto funcione" era lo que sonaba en mi mente. Me facilitó mucho que la mezcla, en su mayoría, eran canciones del siglo XX (siglo del cual conocía algo), especialmente de una época llamada "Madchester" en honor a la que fue Manchester de finales de los años ochenta y principios de los noventa del siglo XX. Lástima que la ciudad ahora sea una laguna de azufre.

Todo fluyó, fueron dos horas donde estaba componiendo una sinfonía con cada canción que

elegía y mezclaba, y el baile nos tomó por asalto tanto a Enoch como a mí.

"Mañana vente a este galpón, conocerás a mi otro socio. No tendrás que convencerlo, el confía en mí. Además te reconocí desde que llegaste, eres el tipo que salvé en el basural; Hernie ¿no?...Es bueno volverte a ver...ah! Soy Enoch, mucho gusto".—así fue como se despidió y yo regresaba a casa.

Esa noche tuve otra vez el mismo sueño, sólo que con una variante: la caravana por fin llegó a su destino, todos bajaron de sus caballos y estábamos frente a la catedral de la fortaleza. Nos esperaban dos monjes guerreros para empezar la misa y en el momento de la comunión pude ver el detalle del cáliz, tenía como relieve a un reptil. Al terminar la misa, ambos daban la bendición a cada uno, y cuando llegó mi turno y estuve a punto de verle los rostros, todo se oscureció... Afuera el amanecer llegó y yo había despertado de golpe.

Esa mañana conocí al socio de Enoch: Kreuz. Ambos eran parecidos, solo que el último tenía una figura más marcial, como que estuviera acostumbrado a dar órdenes.—"Vamos a ir a donde pondrás música desde este fin de semana"— me dijo y nos dirigimos todos al carro-reactor.

Adentro Enoch me inyectó una sustancia que me adormeció, mientras me decía:— "disculpa es necesario que lo hagamos por seguridad del local...no te conocemos aún y además el lugar solo lo conocen por invitación"

Al llegar Kreuz me inyectó otra sustancia que me devolvió la consciencia:— "Llegamos, te presento lo que será tu local de trabajo: El Exilio de Caín"— y lo que tenía frente a mí me recordó otra vez mis sueños: era la Catedral.

"Construimos el Exilio de Caín siguiendo un patrón. ¿Has escuchado de la Iglesia de Santa Sofía? Pues nosotros seguimos el modelo de la nave y la cúpula para esta discoteca. Como verás también existe un púlpito, ese será el lugar de las mezclas o sea, ahí estarás".

"Acompañamos la música con un efecto en la cúpula, cada quince minutos las formas cambian: el patrón es ángeles-grifos-gárgolas-escenas de las guerras médicas-partes de la batalla de Kursk y luego todo se repite. Cada patrón es exacto y automático".

"Por otro lado la proporción entre el púlpito, la nave y la entrada es así: 1:9:4, el cuadrado de los tres primeros números según este orden 1:3:2"

Después de la explicación, hablamos sobre mis honorarios, las condiciones de trabajo y firmamos el contrato, que luego Kreuz quemó en mis narices diciendo que era un ritual de confianza como lo hacía un tal Tony Wilson del siglo XX—"la gente es rara"—pensé.

La noche de mi debut llegó, estaba en el pulpito y a la fiesta le llamaban: Reunión de la Fe y la Devoción y otra vez recordaba mi sueño.

Todo empezó puntual, la mayoría de las ciento cincuenta personas que estaban en la fiesta vestían al estilo gothic metal del siglo XXI, Enoch y Kreuz vestían parecido solo que eran más marciales que el resto, en realidad ellos parecían que estaban dirigiendo un ejército... y me fue tan familiar verlos así.

La fiesta ya andaba por la tercera hora, cuando reventó una de las paredes y entró la maldita milicia urbana, y todo era como mis sueños, el desorden de la gente cayendo, pisándose y pensé que otra vez estos me buscaban por lo que había pasado e instintivamente me oculté en el pulpito. Tiempo después supe que habían dado el aviso al Secretariado de Justicia y Protección de la Patria Insular de que La Legión Minerva haría una importante reunión, así que mando a su milicia urbana, nunca falta un informante en todas las fiestas de la ciudad, especialmente en aquellas donde ponían música que estaba en la lista prohibida del gobierno insular y tal parece que el Cold Wave del siglo XX está en esa lista.

De regreso a todo este caos, alguien me habló—"No te habíamos contado esto"—era la voz de Enoch—"Kreuz y yo somos los líderes de la Legión Minerva. Sí, los que empapelamos los muros, así como los que causamos destrozos en los Hornos. Sí también hemos matado gente, pero que ya no lo eran y sí, los perseguidos por el gobierno insular"—Yo no sabía que pensar; además el ruido de los disparos era infernal—"Mira, toda la gente que está aquí ya está condenada a morir o a desaparecer en alguna de las cárceles. El motivo es que nosotros somos una resistencia que combate al gobierno unificado, pero además somos traficantes de "The Lord", mejor dicho lo hacemos y traficamos"—Quedé aturdido, en realidad sentí una furia hacia Enoch y Kreuz; por su culpa el gobierno insular me había perseguido al traficar con esa droga y no pararon hasta meterme en la cárcel hace tres años.

"La fórmula le se le apareció a Kreuz, mientras estaba en una catedral en lo que fue Moscú. Él me dijo que fue una epifanía. Al frente tenía la imagen de una virgen rusa, luego esa imagen comenzó a despintarse y formó un charco en el suelo del cual emergió una cabeza media sólida y líquida que vomitó una sustancia mientras que de lo que quedaba de la imagen, se iban formando cadenas de carbonos, hidrógenos, sulfatos y otros elementos.

Kreuz comprendió que ésa era la fórmula de la sustancia que vomitaba esta cabeza, pero aún no entendía para que le sirviera, sin embargo la apuntó porque presentía que luego le sería necesario.

Días después comenzaron los intentos de sintetizarla, trabajamos mucho y al final quedó The Lord. Los efectos de apertura de entendimiento es lo peligroso para este gobierno y por eso nos persiguen."

Hice una pausa y le hice la pregunta—"Entonces todos estamos metidos hasta el cuello en esto ¿no?—"Sí, así que toma esta pistola y comienza a matar a esos que vienen por ahí"—respondió Enoch

Tengo que confesar que me causo mucho placer matar a esos malditos milicianos, aunque el olor de tanta carne chamuscada me dejó una alergia que aún me dura.

De la pelea logramos escapar 50 personas, las otras espero que hayan tenido mejor suerte y estén muertas porque la prisión... bueno yo ya la conocía.

Ahora (y lo más importante) es que por fin entendía que mi destino, junto con los de Enoch y Kreuz, estarían para siempre unidos, muy a mi pesar.

El extraño caso de los guionistas freakies viajeros del tiempo

Tony Jim Jr.

Aviso: Para trekkies sin complejos

Sala de guionistas.

Estudios Paramount.

3 A. M.

3 de Octubre del 1966

—Bueno, creo que ya iría siendo hora de empezar a desarrollar el episodio de la semana que viene —dijo uno de los guionistas allí reunidos

—¿Y por donde empezamos? —preguntó uno de ellos.

—Pues por el principio, lógicamente... Como diría Spock —respondió uno de ellos.

—Clarooo, muy bien... ¿pero cuál es el principio? —preguntó el guionista que había hablado primero.

—Los títulos de crédito...

—Bien, eso ya lo tenemos hecho, así que ya nos podemos ir...

—Habría que hacer algo más... Algo que justifique nuestro misero sueldo —dijo el guionista que había hablado primero.

—Pues por el sueldo que tenemos, bien poca cosa haremos...

—Pero algo, algo, algo habrá que hacer.... Por poco que sea... —insistió el guionista.

—Eso, centrémonos señores... Creo que un buen comienzo sería pensar donde ambientamos la historia...

—Eso es fácil: La ambientamos en el universo de Star Trek...

—Lógicamente me refería a algo más concreto... Por ejemplo: en un planeta...

—Muy bien, un planeta ¿Tenemos rocas de cartón piedra suficientes? —preguntó el guionista.

—Aquella grandota que teníamos se rompió al apoyarse el gordo de Shatner en ella.

—Sí, pero solo está rota de un lado, si evitamos que la cámara capte el boquete, todo arreglado...

—Vale bien, entonces insertamos una imagen de Spock con la cara iluminada por la pantalla de su ordenador, que eso siempre queda bien...

—¿Y que pasa en el planeta?

—¿Ponemos algún tipo de planta con esporas que provoquen la locura de la tripulación? ¿O alguna especie de trífidos que dejen a la gente ciega?

—De ser así, el episodio tratará de que todo parece muy bonito, pero hay algo malévolamente que al final se descubre. Aparentemente es el paraíso, pero tiene su serpiente maligna, así en plan bíblico... Un poco como el mundo de los eloi que tiene a sus morlocks...

—¿Cómo? ¿De que estás hablando?

—Es una referencia a la máquina del tiempo de H.G. Wells —aclaró el guionista.

—Yo esa peli no la he visto...

—¿Y si no tenemos plantas de esas de esporas? —preguntó uno de los guionistas.

—¿Tenemos rocas y precipicios escarpados?

—Habría que ver que queda en el almacén.... Puede ser que tengamos algo de eso. Y si no, nos vamos al monte a rodar, claro...

—Bueno, de tener más rocas podemos poner al Kirk en un combate a lo gladiador, en manos de un alien todopoderoso...

—Eso, así hace algo de gimnasia el tío gordo...

—Sin olvidar que sería la excusa perfecta para que se le rompiera accidentalmente la camiseta, que eso seguro que le gusta y le compensa el poco ejercicio que tenga que hacer en la lucha...

—Pues sí, porque no hay dinero para dobles y la pelea la tendría que hacer el propio mister Shatner...

—Y si no tenemos más rocas y precipicios, pues buscamos algún decorado antiguo... Y en él unos tipos mágicos juegan con los humanos para pasar el rato...

—Si tenemos algunas columnas, los tipos estos malvados podrían ser dioses griegos o romanos que juegan con los humanos para pasar el rato...

—Bueno, el caso es que llega otro momento dramático en que no pueden contactar con la nave, por una misteriosa interferencia no se pueden teletransportar... O no pueden usar la lanzadera por que no ha pasado la "inspección técnica de vehículos" de la flota o algo así... O se les ha quedado sin batería la lanzadera... O sin gasolina... No sé como funcionan esos chismes, la verdad...

—De todas formas, como todo esto depende de si tenemos suficientes piedras de cartón ídem (piedra), creo que podríamos pensar otro escenario por si al final no tenemos material para montarnos un planeta, más o menos creíble...

—Pues si nos quedamos sin planeta, podemos montar una batalla espacial, con montones de naves... A lo Star Wars... vamos, o tipo Babylon 5 (anacronismo total, porque aún no se ha inventado ni Star Wars ni muchos menos Babylon 5, pero lo digo para que me entendáis, vamos)

—No te flipes.... Que no sé yo si podemos pagar tantas maquetas de naves alienígenas...

—Si no tenemos plata para maquetas de naves, podemos hacer una nube espacial psicodélica con el humo de algún cigarro o alguna combinación de gases que nos monten los de efectos especiales...

—Claro, claro, quemamos algo y los de atrezzo nos matan...

—O hacer alguna entidad alinígena con forma de zanahoria enorme, así como un cono, que lo devora todo... No sé como explicarlo... Como un embudo espacial gigante que atrapa la nave....

—Vamos, un 3D de esos de maíz de toda la vida...

—Volvamos en todo caso a lo del planeta, ¿entonces podemos pagar unos buenos aliens?

—Hombre los aliens son siempre caros, así que mejor podemos pensar en que sean gansters, o romanos, o monjes, o nazis malvados...

—Ah, ¿pero hay nazis que no sean malvados?

—Bueno, o si no podemos poner unos robots malvados o unos robots incomprendidos tipo los de Asimov....

—Claro, claro, no tenemos dinero para aliens, pero sí para robots...

—Serían robots de apariencia humana obviamente, así como replicantes o androides, tipo Blade Runner o Galáctica, pero Galáctica la nueva, claro (otro anacronismo, claramente, aún no se ha rodado Blade Runner ni Galáctica, ni la vieja, ni mucho menos la nueva, claro).

—Nada, déjate de anacronismos... Estamos en los sesenta, ponemos unos hippies y ya está, que de eso tenemos muchos... Salimos a la calle y por un bocata choped (¿está inventado el choped?) encontramos un montón de ellos dispuestos a currar como figurantes o lo que sea...

—Si claro, paz y amor y sexo a mogollón...

—Espera que se me ha ocurrido algo mejor: ponemos unos niños malvados, tipo los niños del maíz o algo así... ¿O los niños del brasil?

—¿Y si ponemos unos niños robots hippies???

—Nada de niños que es complicado rodar con niños, aunque sean niños robots y ya no te digo nada si además son niños hippies, que los hippies son muy protestones...

—Se os va mucho la perola, como si os hubierais fumado algo... Vosotros sí que parecéis hippies, que lo estáis flipando, dejar el tema ya y volvamos a lo de los aliens...

—¿Cómo pagamos a los aliens?

—Simple, serían aliens de apariencia humana: tipo rusos, chinos o de alguna etnia rara... O les pintamos la cara a unos tipos y ya está...

—Claaaaro, les pintamos la cara en plan clown, en plan arlequín, un lado de la cara negro y otro blanco... Sí, sí, ya, ya.... Unos aliens con la cara pintada, eso no es nada creíble... No digas tonterías...

—En cualquier caso hay que hacer algún comentario social... Sobre racismo, humanismo o algo que acabe en ismo...

—Eso, a ver si nos dan un Emmy... ¿porque se han inventado ya los Emmys, no?

—No sé, pero algún premio de esos sociales tiene que haber, que estamos en los 60 y eso está de moda, lo de los derechos civiles y esos rollos...

—Otro posible argumento sería que algo o alguien ponga en tela de juicio el mando del capitán Kirk...

—Eso nos daría mucho juego, porque prácticamente cualquiera o cualquier cosa podría disputarle a Kirk el mando... incluso la zanahoria gigante de la que hablábamos antes...

—Sí, otro capitán, o un almirante o un embajador podría discutirle el mando al capitán...

—Incluso se lo podría disputar otro Kirk...

—¿Como que otro Kirk?

—Sí, podría tratarse de un duplicado de Kirk, o un robot con apariencia de capitán Kirk o incluso una mujer-kirk...

—Pues ya me dirás tú de donde sacamos una mujer barriguda y calva que haga de Kirk femenino...

—Bueno, podría tratarse de un super-ordenador... o de un alien todopoderoso...

—Para ahorrarnos contratar un nuevo actor, podemos hacer que sea el propio Spock quién dispute el mando a Kirk... Con que diga que el capitán hace cosas ilógicas ya tendríamos la justificación que provocara la disputa...

—Si se tratara de un super-ordenador, seguro que utilizando la intuición humana se lo cargan... y si es un alien todopoderoso... así como un Dios, hay que tener en cuenta que todo Dios tiene una fuente de energía... siempre... (ahora no sé porqué me ha venido a la mente lo de las pilas del conejito... de Duracell)

—Evidentemente todo Superman tiene su kryptonita...

—¿Y como lo hacemos en el caso de que quien disputara el mando a Kirk fuera un duplicado de Kirk, un gemelo malvado, o un robot-kirk o una chica-kirk?

—Eso es más fácil todavía, el autentico Kirk se quita la camiseta... y santaspascuas... ya queda claro quién es el autentico e inimitable capitán de la Enterprise....

—¿El que se quita primero la camiseta es el autentico Kirk?

— Claro que si hubiera también alguna chica de por medio, el Kirk también tendría que mostrar su "hombría" ligandosela, y besándola apasionadamente.

—Uy no, ahora me imaginaba a Shatner besando a una chica-kirk.... iiiiiuuuuuuu.... que asco...

—Sí, eso es demasiado retorcido incluso para un argumento de ciencia-ficción... Kirk besando a Kirk... Aunque no será porque a Shatner le falten ganas....

— Ya eso sí, si pudiera, Shatner, se estaría besando todo el día y diciéndose lo guapo que es....

—Pero hay que poner algo sexy, eso seguro... que haya algo de "marro"... de ligoteo, algo sexual que eso siempre vende....

—Por no decir, que el propio Shatner lo exigirá —añadió uno de los guionistas.

—Hombre, primero tendrá que saber con quién se lía... Si el co-protagonista, o el malo del episodio, o la estrella invitada es un lagarto alienígena, no creo que Shatner quiera besarse con él...

—¿Tú eres el guionista nuevo, no?

—Sí, creo que eso, que fuera un alien lagarto, no sería ningún problema para macho-man Shatner...

—En cualquier caso hay que moderarse un poco, que estamos en los 60, pero sin pasarse, que también tenemos espectadores republicanos, conservadores y anunciantes que también son conservadores (y no quiero decir que sean fabricantes de conservas). No podemos poner que Kirk se lía con el primero de turno.... que se lía con el patriarca del planeta, o con Spock, o con un superordenador, ni mucho menos por ejemplo, que bese a una mujer afroamericana...

Eso sería impensable...

—Por suerte para Uhura... En todo caso la tendríamos que liar con el Spock (ey, como en la nueva peli)...

—Eso, estaría mejor visto, que Uhura se liara con un alien orejudo, que no con un hombre blanco, wasp, de Iowa...

—No me convence tampoco, ¿quién podría imaginarse al Spock liándose con alguna fémica? Con lo lógico que es y falto de sentimientos, por no hablar de que si se enterara Chapel se la cargaría...

—Bueno, siempre quedaría el recurso del pon farr....

—Bien, señores, centrémonos, que se nos hace de día y aún no hemos acabado...

—A ver, repasemos lo que tenemos...

—Pues tenemos acción, misterio, intriga, una zanahoria gigante, algo social y un poco de sexo, pero no demasiado.... Y quizás algunos hippies...

—Pues vaya, faltan bastantes cosas....

—¿Que tal si ponemos algo patriótico también? Para captar a los espectadores y anunciantes republicanos que hayamos podido espantar y ofender....

—Bien pensado. Al final del episodio, Kirk puede hacer un comentario patriótico, algo sobre la libertad, la dignidad y esas cosas...

—Claro, que se intuya o se deduzca que nosotros los yankis podemos ir por la galaxia difundiendo los valores de nuestra amada patria: la libertad, la democracia, la dignidad, el fast-food, la coca-cola....

—El sexo, la guerra, el imperialismo.... —añadió otro de los guionistas allá reunidos.

—Va, ahora fuera bromas...

—No, no... Es buena idea...

—¿Como?!, ¿es buena idea decir que somos unos odiosos capitalistas imperialistas machistas???, que quieres, que nos pongan en alguna lista negra? o ¿que vendamos la serie a los rusos?

—No hombre, no, quería decir, que es buena idea introducir algo de humor....

—Aaaaahhhhh (de alivio) —dijeron el resto de guionistas a coro.

—Ah, me habías asustado....

—Lo que había pensado es que después del discurso del Kirk, pues Spock hace algún tipo de

comentario, dice algo que es ilógico y entonces McCoy se ríe de él y todos los del puente ríen...

—Claro, y Kirk sonríe también, aunque él es porque está pensando que alférez sexy se va a cepillar esa noche....

—Jajajajajaja —rieron todos los guionistas.

—Pues sí, es buena idea, digo lo del chascarrillo final, eh....

—Aaaaaahhhhhh —dijeron el resto de guionistas.

En eso, se ilumina la sala, una cegadora luz cae sobre los guionistas... ¿Van a ser abducidos?, no, no, nada de eso... Es como una puerta que se abre, haciendo que la luz del exterior entre en la penumbra de la sala donde estaban "trabajando" y se oye una voz, así como de un ser todopoderoso:

—Buenos días señores

—Buenos días señor Roddenberry —respondieron todos los guionistas.

—¿Buenos días?, ya decía yo, ¡se nos ha hecho de día! —observó uno de los guionistas.

—¿Insinúa que llevan toda la noche trabajando? Suerte que no les pago por horas —dijo Roddenberry.

—Claro, claro, digamos solo: suerte que nos paga... —dijeron los guionistas.

—Bueno, vale ya de insinuaciones y críticas, a ver que tienen.... —dijo Roddenberry

Uno de los guionistas le pasa a Roddenberry las hojas donde han ido apuntando lo que se les ha ido ocurriendo...

—Déjeme ver.... mmm... Ajá... no sé, esto es muy esquemático... no? —

—Bueno, hay que ir perfilando los detalles.... —dijo uno de los guionistas.

—Pulir alguna idea —añadió otro guionista.

—Organizar un poco el material...

—Hay que pasarlo a limpio...

—No sé, no sé, no me convence mucho... Suerte que ya he contratado a algún que otro escritor de verdad... Uno de esos que escriben ciencia-ficción... Tengo a un tal Harlan Ellison, un David Gerrold, a Norman Spinrad y al señor Theodore Sturgeon, entre otros —dijo Roddenberry.

—¿Qué quiere decir?, ¿qué no nos piensa pagar nada?

—No hombre no, nada de eso... Si eso, ya usaría yo sus notas de ustedes, si fuera necesario, para escribir yo mismo alguna cosilla, algún guión propio. Y si al final llegara a usar alguna de sus ideas, ya les pagaría algo si eso.... —respondió Roddenberry.

—Claro, claro... Lo dicho, suerte que nos paga...

El parpadeo

Pérez Gil, Alicia

Como en la mayor parte de las ciudades del mundo, una intrincada red de agujeros horada el suelo de Madrid. Trenes rodeados de la más absoluta oscuridad cruzan la urbe cientos de veces al día. Puesto que uno sabe que sólo verá la luz cada dos o tres minutos, una luz artificial, mortecina, que cambia los rasgos de las personas, subir en uno de esos trenes requiere cierto ejercicio de fe. Gina siempre ha creído que esa alternancia entre luces y sombras del metro es la manera que el gran gusano metálico tiene de parpadear. La otra creencia de Gina es que cuando alguien parpadea la vida se detiene. De alguna manera, cuando las personas cierran los ojos durante ese lapso inferior a un segundo, no saben lo que ocurre en el mundo en realidad, no pueden estar seguros de lo que verán cuando el ojo vuelva a abrirse. Por eso, presume, el parpadeo es un reflejo incontrolable. Si la gente pudiera elegir, no parpadearía, no perdería el mundo de vista.

El parpadeo del metro no es tan rápido como el del ojo humano. Dos o tres minutos son mucho tiempo. Algunas veces hasta cuatro minutos si las estaciones están muy alejadas unas de otras. Sí, es mucho tiempo cuando se trata de asustarse.

Es el miedo y nada más lo que determina las acciones de la gente durante esos apagones intermitentes. El miedo y no los modales, la educación o ponerse en el lugar del otro. Algunos de los viajeros leen, que es una manera de decir que eligen estar en otra parte; otros escuchan música, que es una modo de conectar con las emociones, eso que hace que la gente se sienta viva. Otros, incluyendo a Gina, emplean toda su habilidad en simular que no miran a los demás cuando a lo que en realidad se dedican es a examinarlos al detalle.

Esta mañana el vagón de Gina va hasta arriba. Se las ha apañado para sentarse entre una monja vestida de monja y una mujer con aspecto de trabajar en una oficina. Frente a ellas se sientan varias personas a las que no parece preocuparles el estado de sus zapatos, que se ven descuidados. A Gina esto le parece despreciable. Desde su punto de vista los zapatos cimientan todo lo demás. No se puede construir nada sobre la base de unos zapatos demasiado gastados, pasados de moda o feos. El hombre del medio lleva zapatillas; un par de Chuck Taylor que en algún momento fueron blancas y que obligan a Gina a echar un vistazo a sus delicadas sandalias de tacón alto. Siente un enorme alivio al comprobar que siguen tan impecables como cuando ha salido de casa.

El tren llega a la siguiente parada y la vida regresa. Los lectores levantan la vista de sus libros y respiran porque el nombre de la estación es el mismo de todas las mañanas. Aparentan comprobar a qué altura del trayecto se encuentran, pero lo cierto es que necesitan saber que la vida continua y que se felicitan porque el parpadeo no ha sido

definitivo.

Una anciana entra en el tren. Parece frágil, probablemente porque lleva un abrigo delgado que cubre apenas su cuerpo, también delgado. Tiene el pelo gris, lacio y fino y se adivina que lleva la ropa bien planchada. De todos modos huele a hospital. Un intrincado mapa de arrugas deforma su cara cuando sonrío a nadie en particular. Solo sonrío. Esa sonrisa convierte el trayecto en una antigua forma de ritual.

El primer acto es protagonizado por el hombre de las zapatillas que ya no son blancas. Se levanta y sonrío a la señora. No le *devuelve* la sonrisa porque la mujer no le había sonreído a él, la suya había sido una sonrisa general, de ambiente, una envoltura en la que ahora todos ellos están presos; de modo que la sonrisa del hombre es en realidad la primera frase del diálogo, pronunciada como a la fuerza, como producto de un hechizo.

—Siéntese aquí, por favor.

La viejecita y su delgadez, la viejecita y su abrigo tan delgado como ella, llevan su olor a hospital hasta el asiento que antes ocupara el hombre. En cuanto se acomoda, un segundo hombre se levanta.

—¡Eh, colega! —dice, dirigiéndose al primero.—Siéntate aquí. Yo me bajo ya mismo.

Una tercera persona, una adolescente que juega al *Candy Crush*, llama la atención de aquel sobre su asiento libre y así la ola sigue su camino. Una marea de gente que se sienta y se levanta, impelida por la obligación de continuar con lo que se ha empezado porque si la ola se detiene, todo se detendrá.

Llega el turno de Gina, pero Gina permanece sentada. Echa un nuevo vistazo a sus sandalias y calcula cuántas paradas faltan para llegar a su estación. No son menos de doce tras las que aguarda un largo día de trabajo en la tienda. Puede que no haya escogido el calzado adecuado, pero no va a empeorar el día añadiéndole media hora más en pie en un tren traqueteante.

Todo el mundo la mira.

Alguien carraspea.

Una tos suena al final del vagón.

Gina hace como que no se da cuenta.

La energía del tren ha cambiado de tal modo que podríamos decir que se trata de un tren completamente diferente. La gente ya no parece amable, no les interesa en absoluto ser amables. Se les ha olvidado la anciana que huele a hospital. Sólo quieren, necesitan, que Gina ceda su asiento a la mujer vestida de oficina para que la monja a su vez ceda el suyo a Gina. Esa es la única manera que conocen de que la vida continúe. En eso consiste el ritual. Así podrán vencer a la muerte que acecha en cada parpadeo.

Pero Gina no coopera.

Así que sus vecinos de vagón se aprestan a actuar como todas las multitudes han actuado a lo largo de la historia. Solo esperan el primer comentario, la primera chispa que haga estallar el fuego. Porque el fuego arde bien en la oscuridad.

La monja alza un rostro en el que no hay trazas de bondad. Gina le devuelve la mirada dispuesta a devolver también las palabras necesarias. No aceptará reproches, reprimendas o reconvenciones. No aceptará citas de la biblia. Pero no está preparada para lo que sucede. La monja la señala con un dedo huesudo y grita. Todas las almas del infierno han sonado en ese grito. La cacofonía de un coro demoníaco.

Los otros pasajeros reconocen la señal y abandonan sus asientos. Todos menos la anciana enferma, que parece dormir. Gina se encoge en posición fetal. Se protege la cabeza y las partes blandas del cuerpo.

Entonces el tren llega a la siguiente estación y la luz de los fluorescentes inunda el interior del vagón. Las puertas correderas se abren y la gente lo abandona, lo vacía con prisa al mismo tiempo que nuevos viajeros lo llenan de una vez más. Algunos de ellos leen, otros escuchan música; la mayoría examina al resto.

Gina ha sobrevivido a este parpadeo.

El hombre de la casa

Ortega, Ángel

El salón de la casa de Jamie rodeaba la carretera en sus caras norte y oeste. Era divertido ver los coches pasar por delante del chaflán e inmediatamente después verlos alejarse por la ventana del comedor.

Jamie no tenía padre y su madre era una de esas personas que resoplaba y se quitaba el sudor con el dorso de la mano todo el rato. Tenía un gesto permanente de fatiga en la mirada y siempre estaba cargada con algo muy pesado, sea una bolsa de la compra o una caja de cartón. Jamie había dejado de intentar que prestase atención a sus dibujos y a sus construcciones de ladrillos de madera.

Jamie también tenía una hermana, Becca, con tres años menos que él. Al contrario que su madre, Becca parecía tener siempre energía para llorar un poco más fuerte. Si se caía: llanto. Si no encontraba un juguete: llanto. Si no ponían lo que ella quería en la televisión: llanto. Era su solución maestra.

Soportar a Becca resultaba muy difícil algunas veces. Jamie había decidido poner espacio por medio, como había hecho con su madre, pero ella a veces advertía el desdén y se lo reprobaba. Tú eres el hombre de la casa, le decía. Tienes que cuidar de tu hermana hasta que crezca, le decía. Jamie asentía y volvía a sus creaciones sin público.

A veces en la televisión, en las noticias, hablaban de una plaga. La quinta o sexta vez que Jamie oyó hablar de ella le preguntó a su madre. Ella se sentó, dejó la cosa pesada que en ese momento llevaba en las manos y empezó a explicarle lo de la plaga con palabras copiadas de los telediarios para terminar llorando en silencio y tapándose la cara con las manos. Estamos buenos, pensó Jamie. Entonces llegó Becca y empezó a berrear al ver que en la televisión no estaban poniendo sus dibujos animados.

Insatisfecha su curiosidad, Jamie imaginaba qué sería esa plaga. Era algo siniestro, sin duda, y él la imaginaba como un dinosaurio gigante de película japonesa, imparable y destructivo. Así Jamie cenaba un sandwich de jamón y queso y almorzaba palitos de pescado e imaginaba una plaga arrasando ciudades y puentes.

A veces venía la señora Patel cuando ellos estaban solos en casa. Era una mujer grande y morena, con una sonrisa siempre en la cara, que les llevaba platos de carne cocinada con muchos olores o dulces recién hechos con hojaldre y miel. A Jamie le caía bien, era simpática y hacía como que le interesaban sus dibujos. Sabía que era su madre quien le

había pedido que cada cierto tiempo subiese a su casa para llevarles algún plato diferente y casero, porque ella no tenía tiempo de hacer otra cosa a los niños que congelados para comer. Jamie había escuchado esa conversación hacía años.

Una vez Jamie, a la vuelta del colegio, preguntó a la señora Patel por la plaga. Su gesto cambió inmediatamente y empezó un relato incompleto y titubeante del que Jamie apenas entendió que el propio hijo de la señora Patel estaba en las fuerzas médicas luchando contra ella y que era muy, muy contagiosa.

Si era así no podía ser un monstruo gigante, pensó, sino una enfermedad. Apartó sus dibujos de monstruos gigantes y empezó una nueva serie de escenas de mutaciones a cuál más excesiva. Pero por primera vez temió.

Un día su madre se levantó ojerosa y con una expresión de cansancio mucho mayor que otras veces. Tanto Jamie como Becca acudieron preocupados a la mesa de desayuno mientras su madre intentaba mejorar el gesto inútilmente. Solo estoy resfriada, decía. No parecía eso, pensó Jamie, pero los mayores saben más de estas cosas. Entonces su madre le cogió por el brazo y le arrastró un poco hacia ella; bajando la voz volvió a hacer el discurso de que él era el hombre de la casa y que tenía que ocuparse de su hermana cuando las cosas fueran difíciles. A diferencia de otras veces, Jamie sintió un trago amargo y un leve vértigo. Pero no hará falta porque tú estarás aquí, dijo a su madre. Ella le abrazó y empezó a llorar y a llamarle mi niño repetidas veces. Jamie notó que se derrumbaba y lloró con su madre, pero no como ella, sino a gritos, como dejando salir un desconsuelo que no sabía que tenía dentro.

Su madre se vistió resoplando y cogió su carpeta del trabajo. Se aseguró de que Jamie ya no lloraba y le despeinó los pelos de la coronilla. Mi hombrecito, dijo. Después abrió la puerta y se marchó.

No volvió.

A la hora de cenar Jamie empezó a sospechar que algo malo había ocurrido; un par de horas más tarde tuvo la certeza. Becca berreó que quería cenar, pero también tenía demasiado sueño como para que el estruendo estuviera a la altura de sus berrinches habituales. Jamie le puso un cuenco de cereales a su hermana, aguantó estoicamente las protestas acerca de tomar un desayuno para cenar y finalmente la vio quedarse dormida en la silla con la cuchara en la mano. La remolcó como pudo y la metió en la cama. Con el corazón encogido se sentó como tantas otras veces en una silla delante de la ventana del chaflán, a ver los coches aparecer por allí y desaparecer por la ventana de atrás. La noche y la desolación hacía que las luces parecieran fantasmas. Volvió a llorar, esta vez en silencio, hasta que se quedó dormido.

Por la mañana, cuando la luz inundaba la casa, Jamie se acercó a despertar a su hermana

pero la encontró con los ojos ya abiertos. Le preguntó por Mamá dos veces mientras él pensaba qué decirle. Su silencio no provocó un alud de lágrimas y gritos sino que Becca saltó de la cama, murmuró algo y se lanzó derecha a la cocina.

Jamie no tenía hambre, solo pensar en tragar algo le producía una sensación de náusea. Fue a la cocina y preparó un cuenco de cereales para Becca, mientras ella le observaba sin mucho interés. Se ha ido a trabajar temprano, dijo Jamie. Ella le miró en silencio y asintió. Jamie se propuso no contarle nunca la verdad, pese a que esa verdad era solo una conjetura.

A media mañana la señora Patel llamó a la puerta. No se sorprendió de que no hubieran ido al colegio y les dijo que a partir de entonces no lo hicieran. Tenía cara de haber llorado pero se esforzaba en ocultarlo. Estas cazuelas tienen comida para vosotros, dijo, racionadlas porque no sabemos hasta cuándo podremos ir a la compra. Se quedó mirando fijamente a Jamie y se dio cuenta de lo pequeño que era. Abrazó a los dos hermanos a la vez y se marchó sin darles tiempo a decir nada. Nunca volvieron a verla.

Jamie se quedó mirando a la ventana, en silencio. No jugueteó con los coches que pasaban como hacía otras veces. Pensaba en su madre, más seguro que nunca de que no iba a volver, y sintió un vacío abrumador y que el tiempo iba a transcurrir despacio.

Así pasaron los días, comiendo poco para no gastar las provisiones y no haciendo nada. De vez en cuando Becca explotaba en sus llantos porque no le gustaba la comida, o por que Mamá no volvía, o por cualquier otra cosa. Jamie lo soportaba estoicamente. Otras veces se comportaba de forma casi adulta, y Jamie se sorprendía y mantenía la conversación. En otras ocasiones Becca se escapaba de casa para jugar con Sheila, la vecina de al lado, y a la vuelta Jamie se veía obligado a regañarla por no decirle dónde había pasado la tarde, como si él fuera una Mamá que había crecido de repente y que debía mantener el control.

Un día, agotado, se quedó mirando por la ventana observando los coches como le había gustado hacer tantas veces. Había menos que nunca, muchos estaban abollados y todos conducían más aprisa que de costumbre, como perseguidos por algo. Jamie se preguntó cuántos días llevaba pasando eso, los vehículos como en una carrera, casi chocando unos con otros.

Pero también vio algo más. Por la acera izquierda, casi pisando la calzada, venía un hombre vestido con un traje y con la cara manchada de algo rojo como si hubiera hundido la cara en una tarta. Andaba tambaleándose, muy torpemente, con los brazos extendidos, como pidiendo un abrazo. Los coches pasaban a toda velocidad a su lado haciendo que los faldones de su chaqueta aletearan. Unos diez metros más atrás de aquel hombre caminaba una mujer vestida con ropa de hacer deporte, con el mismo paso inseguro que el hombre y con la cabeza torcida en una postura casi imposible.

Empezó a pensar que alguno acabaría atropellado cuando ocurrió exactamente eso: un descapotable rojo que venía haciendo esos golpes a la mujer directamente en las piernas, lanzándola hacia adelante al lado del hombre del traje. Se quedó tumbada como un trapo viejo. El descapotable hizo un quiebro raro y desapareció de su vista.

Jamie se quedó aterrorizado, tapándose la boca con ambas manos. La mujer caída allí, hecha un guiñapo, le resultaba una visión horrenda pero de la que no podía separar los ojos.

Se quedó un par de minutos mirando helado la escena y la mujer se levantó poco a poco con una de sus piernas doblada al revés. Los daños no le impedían andar, aunque hacía su paso más trabajoso que antes.

Otro par de figuras renqueantes apareció al fondo. Alguno tocó el claxon para hacer que se apartaran, pero no hacían caso.

Se sentó de espaldas a la ventana, intentando negar lo que había visto hasta que se quedó dormido.

Cuando se despertó, Becca estaba sentada a la mesa de la cocina, donde solían comer. Jamie se levantó y las imágenes de lo que había visto por la ventana volvieron a asaltarle. Se sentó frente a su hermana, que le miraba sin mucho interés.

Dice la madre de Sheila que Dios ha venido a llevarse a los buenos, dijo Becca. Jamie tardó en entender la frase. Lo que él había visto no tenía nada que ver con eso. ¿Quiénes eran esas figuras temblorosas y descoyuntadas? ¿Los buenos? ¿Los malos? Por eso Mamá ya no está, continuó ella. Jamie tragó saliva. No te enteras de nada, terminó Becca.

Jamie miró la esquina donde solía tener la pila de piezas de madera con las que construía. Allí estaban, abandonadas. No había pasado mucho tiempo pero le resultaban un recuerdo remoto, como si formaran parte de otra vida. Se sentó delante del montón y cogió algunas piezas. Las colocó en una torre que estaba ya empezada pero notó que ya no le importaba todo aquello.

Los días se fueron sucediendo despacio. Todo consistía en discutir con Becca por la comida o por el baño o por cualquier otra cosa, y a veces en mirar por la ventana pasar los coches sucios y las personas temblorosas y deformes. De alguna forma era una rutina, llena de detalles truculentos y extraños, pero sin Mamá para poner algo de

cordura.

La rutina se rompió cuando ocurrió el accidente.

Jamie estaba mirando cuánta comida les quedaba, separando las cacerolas vacías de las que aún tenían algo aprovechable, cuando se escuchó un frenazo estruendoso y un golpe aún mayor seguido de un rechinar de metal sobre ladrillo. La casa tembló como si se fuera a venir abajo. Jamie dejó las provisiones y se lanzó a la ventana del chaflán pero ahí no se veía nada, así que corrió hacia la ventana del comedor y miró. Había una furgoneta luchando por liberarse de algo retrocediendo a todo gas y gente a su alrededor gritando y alzando las manos. Finalmente consiguió desengancharse y salió a toda velocidad. El estruendo del motor dio paso a gritos y comentarios de gente aterrorizada.

Jamie sintió un golpe en el corazón, como de algo terrible.

Bajó corriendo las escaleras de dos en dos a la máxima velocidad que le permitían sus piernas. Esquivó un mueble que se había caído desparramando su contenido de tazas y platos por el suelo. Giró, salió a la calle y llegó al lugar del accidente.

Dos mujeres que se llevaban las manos a la cabeza le impedían ver. Cuando se apartaron vio lo que parecían dos montones de ropa ensangrentada. Su cerebro estaba bloqueado y no entendía lo que veía. No son montones de ropa. Son dos cuerpos machacados.

e acercó dando pasos lentos hacia el primer cuerpo. Apartó un trozo de tela y vio que se trataba de Sheila, la amiga de Becca, horriblemente retorcida. Jamie se estremeció porque entendió de quién era el otro cuerpo.

Se acercó con la seguridad de que se iba a sentir aterrorizado y comprobó que era Becca. Difícil de reconocer, pero era ella. Inmóvil. Manchada.

Jamie se dejó caer en vertical y se sentó en el suelo. Estaba demasiado agotado para llorar, pero a la vez era la única reacción que su cuerpo le pedía. Una señora le dijo algo y le tocó en el hombro. Otra le cogió las manos. No podía moverse, casi ni respirar siquiera.

Entre gritos llegó la madre de Sheila, con los brazos en alto, sollozando. Otras tres personas estaban llorando alrededor del cadáver de Sheila.

Jamie miró al despojo que hace un instante era Becca. Si no lloro yo por ti nadie va a hacerlo, susurró. Dejó escapar dos lágrimas.

Ya en casa se dio cuenta de lo grande que era para una persona sola. Tantas habitaciones, tantas sillas. Becca volvió a su mente. Ya no tengo que preocuparme por ella, pensó. Ya no soy el hombre de la casa. Por fin mi cabeza puede descansar.

Se sentó apoyado en una de las paredes del salón, con una manta. Fijó su mirada en la mesa grande donde ya no se sentaría nadie y trató de dejar su mente en blanco. Claros se sucedieron a oscuros. La calma fue llegando poco a poco. Un día alguien entró en la casa y se llevó las cacerolas de la señora Patel que aún tenían comida. Él no trató de impedirlo.

Mientras Jamie dejaba que la vida le abandonase, la humanidad se desmoronaba.

El príncipe

Dolo Espinosa

Cielo gris. Grises montañas. Bosque gris. Grises campos. El castillo es gris, la ciudad es gris, el reino es gris. El mundo es gris. No hay atisbos de ningún otro color, sólo gris, en toda su variedad de tonos, desde el casi blanco hasta el casi negro, pero siempre gris, gris, gris. Omnipresente, triste gris.

El hombre, sentado en lo alto de la colina, observa, suspira y recuerda como era el mundo antes de que el gris lo llenara todo. Antes de que se llevaran al príncipe, el rey falleciera sin heredero y el mundo quedara abandonado a su suerte.

Antes -recuerda- el aire era tan diáfano que se podía ver a más de un kilómetro y, en un buen día, hasta era posible oír el zumbido de una abeja a tres kilómetros... o al menos eso decía siempre su padre. Los colores eran tan vibrantes que casi dolían, la comida era tan sabrosa que aún salivaba al recordarla. Las ciudades estallaban de ruido y color. Los campos eran fértiles. El mundo era un lugar rebosante de vida, de vida colorida y ruidosa, de vigorosa y maravillosa vida... Ahora, sin embargo, el aire era pesado y difícil de respirar, no había más color que el gris, la comida no sabía a nada, las ciudades parecían habitadas por grisáceos zombis, en los campos sólo crecían unas raquíticas plantas, la vida se arrastraba aplastada bajo la monotonía del gris.

El castillo, entonces, era el centro del mundo. Caballeros Guardianes llegaban a él desde todos los puntos cardinales, con resplandecientes armaduras y brillantes estandartes. Las banderas flameaban en torres y ventanas, las damas y los caballeros paseaban por jardines y veredas luciendo lujosos ropajes. Se celebraban justas, fiestas y bailes sólo para festejar la vida. La magia se agitaba en el aire, palpitaba en todos los corazones, pululaba por todas partes, como la savia se extiende por el árbol, llevando fuerza y energía a todo el reino.

El rey, con su palabra, sostenía, creaba y unía a todo y a todos. A través de él surgía la vida y la magia. Era el único en todo aquel maravilloso mundo capaz de crear, imaginar e inventar, los demás se nutrían de su inefable fantasía y su arte con las palabras. Sólo el rey y su heredero podían sustentar y hacer crecer tanta maravilla como el mundo albergaba.

Por eso el nacimiento del heredero fue celebrado con los mayores fastos, la llegada del pequeño príncipe aseguraba la continuidad de todo un mundo y eso merecía las mayores celebraciones. El príncipe sería instruido desde su más tierna infancia en las artes mágicas de la creatividad y la palabra. Se entrenaría su imaginación constantemente para que fuera lo bastante fuerte y poderosa como para poder crear y sostener. Se le cuidaría y protegería porque perderle a él equivalía a perder el futuro.

Pero nadie recordó al Oscuro Señor, ladrón de palabras, enemigo de todo aquello que olera a creación y amante de la muerte pues lo creían vencido y escondido en el mundo sin magia de donde procedían él y su hermano, el Rey. De modo que nadie estaba preparado para su sorprendente ataque cuando las celebraciones por el nacimiento del heredero se hallaban en su mejor momento. El ataque fue rápido y efectivo y, antes de que nadie pudiera reaccionar, el Oscuro Señor había desaparecido

en la noche llevándose entre sus brazos al recién nacido de cuya vida dependía todo un mundo.

Durante días y meses el rey y sus caballeros buscaron sin descanso al pequeño sin el menor resultado. Finalmente un espía real informó de que tanto el Oscuro Señor como el pequeño se encontraban en el mundo que llamaban "real", donde el Ladrón de Palabras fingía ser su padre. El niño se encontraba custodiado por invisibles y poderosos guardianes casi imposibles de vencer.

A lo largo de los años el rey envió caballero tras caballero en busca del niño, sin resultado alguno hasta que, finalmente, y en contra de lo que su sentido común y sus consejeros le recomendaban, decidió acudir él personalmente a rescatar a su hijo.

Aquel fue el principio del fin. El rey regresó derrotado y herido de muerte. Tal vez podría haber sobrevivido a sus heridas sino fuera porque el dolor de perder a su hijo y el futuro del mundo le habían debilitado la voluntad de vivir. Al poco tiempo de regresar, el rey falleció.

El dolor recorrió cada ciudad y cada pueblo, lloraron las mujeres, lloraron los hombres, lloraron los niños y hasta las bestias lloraron. Lloraron por el hombre que habían amado pero también por ellos mismos. Sin Rey y sin sucesor, su futuro estaba sentenciado. Sin nadie que creara, alimentara y sostuviera la vida, el mundo no tardaría en morir.

Se siguieron enviando caballeros en busca del príncipe, se siguieron probando sortilegios y encantamientos para comunicarse con él y atraerle. Y, mientras tanto, el color y la energía vital fue desapareciendo de todo y de todos. En los lugares que aún conservaban algo de fuerza, todo era gris, en aquellos otros en el que la vitalidad casi había desaparecido, todo era horriblemente transparente.

El hombre sentado en lo alto de la colina, había oído decir que, en algunos lugares el color y la vida habían regresado tímidamente y se decía que, tal vez, el príncipe, aún sin saber quién era o qué hacía, se había acercado, de alguna manera, a este triste mundo. Le gustaría creer que eso es cierto, le gustaría pensar que, de alguna manera, el príncipe (el rey, en realidad) había logrado escapar de su prisión y de sus guardianes y que, más pronto que tarde, vendría a traerles la salvación. Sí, le gustaría mucho creerlo pero viendo la desolación y la gris tristeza que lo rodea, lo pone seriamente en duda.

El hombre se levanta lentamente, cada día se siente más cansado. Las fuerzas se le escapan y siente que no falta mucho para comenzar a volverse transparente y luego, finalmente, desaparecer. Antes de continuar su camino susurra una pequeña rogativa para que, si es cierto lo que cuentan, el príncipe regrese antes de que sea demasiado tarde.

En su cama, a menos de un mundo de distancia, el jovencísimo Liam despierta sobresaltado y con la mente llena de imágenes de un mundo gris. Liam, intentando no hacer ruido para no despertar a su padre, se levanta y va hacia su escritorio. De un cajón secreto (si su padre se entera de que pierde el tiempo escribiendo lo castigaría de por vida), extrae unos papeles y una vieja pluma. Tras meditar un par de segundos, Liam comienza a escribir.

En otro mundo, en un mundo gris y cansado, un árbol moribundo comienza, lentamente, a reverdecer.

Entre bambalinas

de Andrés, Pedro

Me calé la capucha en un vano intento de que la cellisca hedionda no me quebrara la piel. Después de dos días sin articular palabra, tuve que chasquear la lengua para que no se me quedara pegada al paladar. En casa, con Mako, era complicado que la cháchara se detuviera por más de diez minutos. Me faltaba práctica en el silencio. Otro ramalazo de nostalgia me angustió las entrañas. Aferré con saña la correa del fusil, un recordatorio en mi hombro de lo que me había llevado de vuelta al Juego.

Ya conocía ese escenario. Había combatido antes allí, pero eran otros tiempos. La memoria me jugaba malas pasadas, demasiadas partidas y demasiados niveles, pese a lo cual había seguido negándome a colocarme implantes de recuerdos. Mako me lo recordaba cada vez que se le presentaba la ocasión, cuando no encontraba las gafas u olvidaba la contraseña de seguridad.

La última vez que había atravesado Arcadia llevaba conmigo a mi equipo y yo todavía era una leyenda viva. Aquel día, en cambio, me sentía solo, hambriento y congelado, y luchaba por recuperar a mi hija no por la gloria en los noticiarios. Solo. Nadie haría guardia si me quedaba dormido, estaba forzando los límites en mi búsqueda tras cuarenta y tantas horas de vigilia. Me crujían las rodillas y los tobillos se me habían cementado. Cada vez que me detenía en un punto alto, al que llegar me había costado un triunfo, escudriñaba las calles adyacentes entre la niebla sucia. Después, retomar el paso era una sinfonía de dolores punzantes bien localizados.

Me froté los ojos por enésima vez. Los efectos de los estimulantes habían cedido ya. Tenía que buscar un refugio donde echar una cabezada o el cansancio me vencería en el peor momento, cuando me convirtiera en un blanco fácil. *Game over*, fin del juego.

Estaba en el cruce de la Novena con Castaños. Rebusqué en la maraña de mis recuerdos naturales; me llegaba la socarronería del viejo Jason, ahora retirado con comodidad en Miami: «Jefe, mete el culo en esa casamata. Hay tantos cascotes en el suelo que ni una hormiga se te acercaría sin que la oyeras». Solo que no recordaba haberme escondido nunca en ningún agujero en esa zona. El cabronazo de Poli había escogido un buen mapa para su juego final.

Oteé los callejones con los prismáticos antirreflejos. Tenía que encontrar la plaza de los escombros. «Uli, con un chip como ese del anuncio, no necesitas dormir más de media hora», decía Mako señalando los carteles luminosos o en la pantalla de grafeno de la calle Mayor, siempre en lucha con mi negativa a los implantes. Mako nunca me llamaba

padre. O papá. Pero Uli me sonaba igual de tierno; solo nos teníamos el uno al otro en un mundo cada vez menos humano.

Oí los pasos a mi izquierda. No había perdido el instinto por completo. Sin dejar de escuchar en esa dirección, traté de concentrarme en el otro flanco. Se habrían dividido y me rodearían tan pronto me localizasen. Una lluvia desganada, apenas unos copos de polvo húmedo, se depositaba sobre las grietas del asfalto. Gracias a su superioridad numérica y táctica, los hombres de Poli podían permitirse el lujo de ser imprudentes. Un impacto bien dirigido y se acabó Uli. Era un simple humano en extinción al que la edad no perdonaría los excesos. Me obligué a prestar atención al lance. Parapetado tras unos bidones contra una pared, quité el seguro del arma. Tenía una buena visión a ambos lados y la espalda cubierta, era todo lo que cabía hacer en una espera que la adrenalina tornaba en frenética. Los dos de la derecha hicieron ruido entre los desperdicios. No caí en la trampa, vieja como el mundo. Sin desviar la mira telescópica del flanco izquierdo, aguardé a que hicieran un movimiento. Trataban de cubrirse con unos muros semiderruidos. Si hubiera apuntado al señuelo de la diestra, se me habrían echado encima sin remedio. Disparé una, dos, tres veces, antes de que los cuerpos cayeran blandos sobre el agua irisada de los charcos y ya tenía fijados los blancos en el lado opuesto. Una vez fallida la estrategia, habían salido en desbandada. No dudé en dispararles por la espalda.

Refrené la euforia del triunfo. En lugar de salir corriendo a recoger munición de los cadáveres, me obligué a recuperar el ritmo cardiaco. Había derrotado a las cinco patrullas anteriores, a pesar de que planteasen maniobras más complejas. No podía creer que ese burdo asalto final fuera lo último que les quedaba. Recogí una piedra y la lancé contra los vidrios de un Ford abandonado. El ruido de cristales resonó en el bulevar. La sombra del francotirador se movió lo mínimo para revelar su posición. Lo abatí antes de que se diera cuenta de que le había tocado caer en su propio gambito, inutilizando el sacrificio de sus compañeros de pelotón.

Aún esperé diez minutos de inmovilidad casi absoluta, dejando que la sangre resbalase por la mejilla sin molestarme en restañarla. Era el rasguño de una esquirra de cemento que el disparo postrero del tirador había arrancado del parapeto. Pura chiripa. Si Poli respetaba los términos de su desafío clandestino, solo me restaba enfrentarme a él como jefe final, una vez me había deshecho de todos sus hombres. Iba a recuperar a Mako. Una vez que estuve razonablemente seguro de que la calle estaba desierta, decidí no buscar refugio para dormir. Lo haría allí mismo, acurrucado con la pared que me había salvado la vida. Desenvolví la manta, húmeda y manchada de detritos, sin tiempo para melindres. Me envolví con la tela y cerré los ojos, olvidando en ese mismo instante el cansancio, la sangre que se disolvía en la lluvia sobre mi jeta y casi hasta mi objetivo. El picor en los párpados no se aliviaba ni cerrándolos, pero el pozo gris del sueño tiró de mí con fuerza.

Desperté en medio de la desorientación. Estaba oscuro y me dolían los músculos, poco

acostumbrados a la acción real. Miré el reloj. Había dormido casi cinco horas y tenía la sensación de que no me costaría volver a perder el sentido. Me puse en pie despacio, sin sobrepasar la altura del abrigo por la pura precaución, tan arraigada en mí. Flexioné metódicamente las articulaciones, con especial cuidado en las contracturas del cuello. Qué diferente estaba resultando todo. En los viejos tiempos me habían aclamado como el rey de los deportes electrónicos; me había alzado desde las ligas inferiores a la máxima categoría en un tiempo record. El público me adoraba. Uno tras otro, los campeones caían ante mi equipo en espectaculares batallas campales retransmitidas a millones de espectadores a través de la red. Siempre procuré dejar a Mako al margen, mantenerla apartada del *show business*. En nuestro pequeño apartamento no había dispositivos de conexión y la chica se veía forzada a entretenerse con lecturas, ejercicio físico y videojuegos más anticuados que yo. Intuía cierta desesperación en Mako, aunque no se quejara en exceso. Era una muchacha adorable. Cualquiera otro me hubiera puesto la cabeza como un bombo, incapaz de resistir la presión social en las aulas.

Y ahora el bastardo de Poli la había secuestrado para obligarme a volver a la pista siquiera una última vez y en condiciones de absoluta ilegalidad. Sin cámaras, sin público y en franca desventaja. Hijo de puta. Al viejo se le había ido la chaveta, incapaz de asumir su rol de eterno segundón o su imposibilidad de derrotar al gran Uli. Y lo peor de todo era que arrastrase a Mako en su locura, al escenario del que yo siempre había tratado de alejarlo. Iba a matar a Poli, mi primer asesinato real, con sangre de la de verdad, no salpicones rojo brillante. No habría agujero en el mundo donde esconderse de mí. Recogí la mochila y me puse en marcha, animado por la furia que insuflaba energías renovadas en mi maltrecho organismo. Tenía más que claro adonde dirigirme. De las tres ubicaciones posibles, el teatro era la elección más fiable, el escenario de la última derrota de Poli antes de retirarse, defenestrado por la prensa especializada. Confiaba en encontrarlo allí en persona y más le valía no haber tocado un solo pelo a mi hija o no tendría una muerte fácil.

No entré de inmediato. Prefería mantener la ajada fachada en observación. A esas alturas, Poli ya debía saber que sus patrullas eran historia, que solo quedábamos él y yo, y que no habría cuartel. Me comí hasta el último resto de las provisiones pues necesitaría toda la energía posible para finalizar el asunto.

Según caminaba entre los coches, pensaba en Mako. En sus ojos limpios, en su perpetua aceptación, siempre a la sombra de la fama del padre que le negaba la posibilidad de continuar por el mismo camino. ¿Era Mako feliz a su modo o sufría en silencio? En apariencia, se resignaba sin emitir queja alguna, pero había visto el brillo de su mirada cuando veíamos por la calle algún anuncio relativo al Juego. Mako hacía como que no lo había visto y yo como que no advertía el disimulo. Puede que me hubiera puesto una venda a mí mismo para no ver la realidad. Decidí hablar con ella cuando todo acabara, debía considerar mi actitud y empezar a tratarla como a una mujer. En el vuelo del tiempo no me había percatado de que Mako ya no era una niña.

Las puertas del edificio estaban abiertas de par en par. La alfombra que tapizaba la doble escalinata ya no lucía el rojo glamuroso de antaño. En la mugre que la cubría, busqué huellas recientes sobre la miríada de rastros viejos. Me daba igual subir por la derecha o la izquierda, mi objetivo era el patio de butacas. Dada su tendencia al melodrama, Poli me estaría esperando sobre el escenario. El acceso tenía las hojas atrancadas con excepción de la que se hallaba en el extremo del pasillo. Demasiado obvio, compadre. Puede que nunca me hubiera vencido, pero no lo subestimaría. No en vano era el segundo jugador con más finales a la espalda. Según la variante Raven, un jugador confiado entraría por la puerta abierta en lugar de pensar que la trampa estaba allí. Lo más lógico era tratar de desatancar una de ellas para acceder a la platea. Yo, sin embargo, no usaría ni una ni otra, consciente de que Poli las habría trucado todas. Todavía me quedaba algún as en la manga. Aún recordaba aquellas semifinales contra los Pegasos en la que Jasón encontró el túnel que accedía al escenario desde el sótano.

Si llegaba a la trampilla de atrezo sin ser detectado, tendría la opción de sorprender a Poli, parapetado a buen seguro de frente a las puertas por si lograba sortear los explosivos de las principales. No recelé de la facilidad con la que encontré el paso. Debería haber sospechado, pero me entró la prisa. Demasiado viejo para esa mierda del Juego. Cuando asomé la cabeza por el hueco, me encontré con la boca negra de un revolver apuntándome a la cabeza.

Podría haberme dejado caer por la trampilla. De no sufrir una rotura de tobillo, podría haber huido de la situación y replantearme la táctica. Sin embargo, ver a Mako empuñando el arma por delante de un Poli sentado con la expresión de placer más retorcida que recordaba me dejó congelado en el sitio, incapaz de reaccionar. Me había equivocado en todo; por mi cabeza pasaron, una vez más, todos los detalles que yo había ido enterrando en mi autocomplacencia de padre convencido. Qué estúpido y que poco margen de error.

—Sal, Uli —me ordenó con una voz que no parecía la suya. Mi pequeña... No relajó la postura de disparo ni por un segundo. El condicionamiento de años de práctica me decía que no era una mera fachada. Si no le obedecía, dispararía contra mí. Poli aplaudía desde el desportillado sofá con lentitud ensayada. Estaba asistiendo a la apoteosis de su propia locura.

—Estás peor de lo que pensaba, Poli —le dije, ignorando con deliberación a mi hija. Necesitaba ganar tiempo. No podía dejarme matar de esa manera, no por su propia mano. Tenía que encontrar la forma de solucionarlo, de volver atrás en el tiempo, de recuperarla.

—Tú sí que eres un desecho, Uli —respondió con la vieja mirada venenosa—. Mírate.

Un anciano de cincuenta años, sin un solo servo que te aporte movilidad, que impida que tus maltratadas articulaciones te dejen tirado en el momento culminante...

—Él nunca quiso que me comprara implantes... —interrumpió Mako, como si buscara explicarse.

—Calla, niña. No te he dado vela en este entierro para que me estropees la escena —graznó Poli.

—¿Qué le has prometido, bastardo? ¿Que le permitirás ponerse de chips hasta el culo y ser la caña en la universidad? —me volví a Mako aunque me dolía verla así—. Hija, deja el revólver, hablaremos en casa. He tenido tiempo de reflexionar desde tu secuestro, podemos arreglarlo.

—¿Secuestro? —Se mordió el labio y sus ojos enrojecidos ni parpadearon—. No me secuestró, Uli. Fui yo la que se puso en contacto con él. Estoy harta de ti, de tus imposiciones. Quiero ser una campeona del juego, superar todos tus logros.

Le temblaba la voz, pero no era miedo sino ira. El arma, en cambio, permanecía firme. Salí despacio del hueco y me planté delante de Mako. No era una buena situación. Me tapaba la línea de tiro hacia mi verdadero objetivo. Avancé un par de pasos hasta que Mako me ordenó que me detuviera, demasiado lejos para intentar cualquier movimiento para apartarla y dejarme el disparo franco. Poli estaba desarmado, complacido en su propia astucia. Se sentía ganador por vez primera aunque fuera en aquel lugar desangelado tan alejado de las cámaras. Mi fusil había quedado bajo la trampilla. Tenía una automática en la cintura, pero Mako llevaba toda la ventaja: ya me estaba apuntando.

—Te lo dije, Uli —me dijo con displicencia—. Los implantes podrían haberte salvado ahora, pero tu cuerpo inútilmente humano y viejo jamás podrá ser tan rápido como para disparar primero.

—¿De verdad crees que sería capaz de matarte, hija? —La misma pregunta me arrancó lágrimas de los ojos. Al contrario que Poli, yo no estaba sobreactuando—. Antes me dejaría asesinar mil veces. No, he venido a liquidar a ese hijo de puta —señalé a Poli— y a pedirte que vuelvas a casa.

Quise añadir que la quería, que no podía vivir sin ella, como si no estuviera a punto de

liquidarme, que yo... Todo lo que me salió fue:

—Yo puedo entrenarte, Mako.

Una frase rotunda, simple y contundente, que omitía a propósito el tratamiento de «hija». Mako era una adulta y yo no me había dado cuenta hasta el último momento. Fueron las primeras palabras que hicieron mella en su determinación. Se giró hacia Poli en ese instante de duda que yo necesitaba. Mi brazo se movió a una velocidad inusitada. Antes de que terminase de abrir mucho los ojos, antes de que la sorpresa calara en él, mi bala había taladrado un orificio perfecto en medio de su frente despejada. Se quedó en la misma postura de antes, con las dos manos abarcando los reposacabezas del sillón. No había brotado ni un solo hilo de sangre todavía cuando Mako, con el revólver colgando junto a su cadera, se volvió a mí con incredulidad.

—¿Cómo has hecho eso, Uli? —Seguía sin ser la hija a la que adoraba, pero tenía su atención; volvía a dominar la escena.

Me adelanté despacio y, sin oposición, le recogí el arma de entre los dedos.

—Mako, tenías razón. Soy demasiado viejo para esto —dije sin ganas, derrotado en mi propia victoria, y señalé unos finos nervios metálicos que ninguno de los dos había advertido cuando salí de la trampilla—. Antes de entrar en Arcadia me di una vuelta por el mercado de implantes.

Me encogí de hombros.

—Y ahora, hija, hablaremos de tu entrenamiento...

Entrevista a un Ray Bradbury imaginario

Castroguer, Alejandro

Fuera, al otro lado del ventanal que ilumina la habitación del hotel, es 1967. Dentro, la sola presencia de Ray Bradbury convoca al mismo tiempo la Era Paleozoica y el tiempo de conquistar Marte. Su mirada es vieja como fósil de brontosauro. Y sus palabras, nuevas como un amanecer en el Planeta Rojo.

Después del saludo inicial, el periodista afronta la entrevista de forma inusual.

—El año pasado se estrenó *Fahrenheit 451*. ¿Ha podido ver la película?

—Julie Christie, qué mujer. Me enamoré perdidamente de Lara y de aquel palacio entre la nieve— dice Ray arrastrando su mirada más allá del ventanal, como si de alguna manera pudiese alcanzar un lejano río donde dar de beber al brontosauro.

—No en vano dicen que usted es el último romántico.

—Tonterías.

Al escritor le habría gustado decir "*paparruchas*" recordando a Scrooge. Incómodo, el periodista cambia de tema.

—¿Qué opinión le merece la carrera espacial entre los Estados Unidos y la URSS?

—Un gasto excesivo de dinero. Y de vidas, Grissom, White y Chaffee en el Apollo 1, y Komarov en la Soyuz 1.

De repente la voz de Bradbury se eleva como un cohete con destino a Marte.

—Hablemos de la poesía encerrada en una canción como de *The End*. De la valentía de Martin Luther King al denunciar el genocidio de Vietnam. De Glenn Gould echado sobre el piano, sus manos diciendo a Prokofiev. O de la muerte del Che Guevara.

El periodista traga saliva sin saber cómo continuar la entrevista.

Extremo cuidado

Echeverría, Guillermo

La claridad nos despertó.

Clara se acercó, pasé mi brazo izquierdo por debajo de su cuello, y ella apoyó su cabeza en mi hombro. Nos quedamos así, remoloneando un rato. Su cara estaba muy cerca, de modo que podía verla bien sin mis anteojos, aunque perdiendo algunos detalles, como las manchas de sus iris.

La luz del sol traspasaba la lona e iluminaba con un resplandor tenue y amarillento el interior de la carpa.

Después de media hora, nos levantamos. Eran las siete treinta. Clara fue a servir el café hecho el día anterior que quedaba en el termo, mientras yo seguía la rutina de todas las mañanas para ponerme los anteojos: abrir la cartuchera, tomar los anteojos por el puente, separar las patillas, estirar el cordón y ponérmelos; acercarme a la palangana y la jarra, sacármelos, echarles agua por los dos lados y volver a ponérmelos; sacar el pañuelo que está debajo de la almohada, secarlos y ya no volver a quitármelos por el resto del día.

Eran anteojos especiales, tenía miopía muy alta, veintiuno en un ojo y dieciocho en el otro. El grosor que deberían tener los cristales, de aproximadamente tres centímetros, estaba reducido a casi uno; y ya no tenían ese verde oscuro que hacía que en la escuela nos llamaran "anteojudos culo de botella", recuerdo haber dejado a uno sin dos dientes por llamarme así.

Por eso tenía que tener un cuidado extremo con ellos; después de la "Última Guerra" y de los pulsos electromagnéticos que terminaron con ella, ya no había tecnología para hacerlos ni para diagnosticarlos, ni siquiera para unos anteojos comunes.

Obviamente estaban hechos a medida, así que no servía para nada ir a una óptica y tomar cualquiera. ¿Quedarían ópticas que no estuvieran destruidas? Las ciudades eran un caos, por eso vinimos a las sierras, para alejarnos de la gente. Una ciudad sin luz ni teléfonos es presa del miedo, y la gente con miedo hace barbaridades; saquea, mata, roba; ya no hay control social, ni familiar, ni personal. Por eso nos fuimos.

Para alguien con miopía, no tener puestos los anteojos hace que el mundo se desdibuje. De las cosas cercanas solo se ven formas y colores; se pierden los detalles, los límites, las líneas. Obviamente la luz influye: cuanto menos luz ilumine los objetos, menos detalles se ven.

A media distancia, los objetos pequeños que están sobre superficies grandes, como una mesa, se confunden con el fondo; solo se ven los colores dominantes que se van atenuando a medida que los objetos están más lejos, salvo que exista mucho contraste.

Para intentar leer o escribir sin los lentes, hay que acercarse a casi un centímetro; imposible.

Si uno está un rato sin los anteojos puestos, algunas cosas se ven mejor, pero no mucho, no es la gran cosa; solo un mínimo acostumbamiento y acomodamiento de los ojos a la nueva situación, hasta que empieza el dolor de cabeza porque uno trata de enfocar más de lo que sus ojos resisten.

Y de lejos, solo se ven formas borrosas y colores brillantes.

Uno se siente perdido en medio de una niebla muy tenue que lo desvirtúa todo.

Es frustrante.

Incluso con los anteojos puestos, si hay determinadas combinaciones de colores, luces y sombras, algunos objetos no se notan lo suficientemente bien.

Estábamos acompañados por Yamila y Esteban, a los dos los conocimos en el taller de ciencia ficción al que íbamos todos los viernes.

La vida era y es difícil, tenemos que cuidar todo al máximo; el café y el té que nos quedan son sólo para ocasiones muy especiales. El molinito de café tiene despegada la base, y como ya no tenemos pegamento, está atada con un hilo. Dependiendo de lo que sea, es muy difícil arreglar algo que se rompe. Y tenemos productos que cuando se acaben ya no se podrán reponer.

No tenemos radios, ni celulares, ni laptops, ni mp3, ni televisión, ni nada electrónico;

solo libros, cuadernos y lápices.

Los días pasaban rutinarios: dormir, procurarnos el alimento del día, cocinar, comer, higienizarnos, volver a dormir. Cuando no hacíamos nada de esto, nos tomábamos tiempo para escribir, leer, charlar. Nos sentábamos sobre alguna piedra y mirábamos el paisaje tratando de descubrir cosas nuevas todos los días, y anotarlas o recordarlas.

Muchas veces vimos grupos de gente que se desplazaban buscando un lugar donde establecerse, cuando notábamos que se acercaban demasiado, levantábamos todo, y nos íbamos para apartarnos lo suficiente del resto del mundo.

Todo era recordar o imaginar: películas, cuadros, imágenes, libros que no pudimos traer con nosotros, poemas, frases, caras, lo vivido el día anterior. Aunque recordar es un buen ejercicio, estábamos desacostumbrados y por momentos resultaba agotador.

Cuando el último resplandor del sol todavía iluminaba el paisaje, entrábamos a nuestra carpa para ya no salir hasta el día siguiente. Entonces aprovechábamos para estar desnudos y disfrutarnos, aunque fuera solo mirándonos. Me gustaba descubrir nuevas pecas en su cuerpo, nuevas marcas; mirando sus pecas trataba de encontrar dibujos significativos, como en la antigüedad hacían con las estrellas; cuando encontraba uno, lo dibujaba y le ponía nombre.

Disfrutábamos mucho más del sexo; ya no había horarios, ni viajes agotadores en colectivo o subte, ni jefes, ni usuarios, ni clientes, ni nada; solo tranquilidad. Es una de las pocas ventajas de toda esta situación.

También teníamos que cuidar los preservativos, lograr que duraran lo más posible. Tener un hijo en estas circunstancias no sólo es complicado, sino también peligroso.

Las dos parejas manteníamos nuestra intimidad resguardada, pero cuidándonos entre nosotros. Nos juntábamos para buscar alimento y almorzar. Los viernes por la tarde nos reuníamos a tallerear lo que escribíamos durante la semana o para charlar sobre lo que leímos. Tratamos de mantener aunque sea eso de nuestra vieja vida. Muchas veces escribimos sobre mundos post-apocalípticos y ahora estábamos viviendo en uno.

La vida transcurría así, con privaciones, con ventajas y con cuidados; hasta que todo se derrumbó.

Ya era el mediodía, y mientras caminábamos para recolectar hongos, sin querer resbalé al pisar unas hojas mojadas, se me salieron los anteojos y caí sobre ellos. Se partieron por el puente y un vidrio se estrelló; ya no servían, el cristal era insalvable y no tenía otros.

Clara trató de que no me cayera, pero no pudo evitarlo.

Me quedé de rodillas mirándolos. Ella no dijo nada, solo me sostuvo la mano y me acompañó.

Quise ir a la carpa. Me tomó del brazo, agarró los anteojos, y me condujo.

Una vez adentro, lloré y lloré por horas. Clara se sentó con las piernas cruzadas y yo escondí la cabeza entre ellas. Mientras me acariciaba el pelo trató de convencerme de que todo estaría bien, pero no logró hacerlo. Me dijo que iba a ayudarme en todo y que me cuidaría como yo la había cuidado todo este tiempo.

En los días siguientes me preguntaba qué iba a pasarme si a ella le ocurría algo. No quería ser una carga para Yamila y Esteban. Los tres me decían que no pensara en "qué pasaría si", pero no podía evitarlo; de noche me despertaban las pesadillas.

¿Y si a los tres les pasaba algo?

Estuve meses sin reírme. Vivía en un mundo de formas borrosas.

Clara tenía que hacerlo todo sola. Yo ya no me sentía útil, ella me insistía para que la ayudara y yo terminaba haciéndolo, pero no porque estuviera convencido que era de utilidad, sino por miedo, no quería separarme de ella por nada, ni siquiera dentro de la carpa.

Ella me leía; era imposible para mí sin los anteojos. Yo le dictaba cuando tenía ganas de escribir, que era casi nunca, y ella me alentaba a que imaginara historias ahora que no podía inspirarme en lo que veía; pero yo no quería ser más carga de lo que ya era, y cuando se lo decía se enojaba conmigo. Por suerte, no le duraba mucho.

Para seguir explorando su piel y encontrar nuevas pecas, casi pegaba mi cara a su

cuerpo, así que ella aprovechaba para alentarme a recorrerla con mi boca, pero muchas veces no tenía ganas. Era muy difícil para mí no encerrarme, no estar enojado.

Afuera de la carpa ella era mi lazarillo, me tomaba de su brazo y caminaba muy despacio; adentro yo sólo podía hacer cosas que no requiriesen que viera detalles, como secar la poca vajilla que teníamos o moler café.

Los dolores de cabeza eran constantes y la pesadez sobre los párpados también; a veces me quedaba horas durmiendo porque los dolores minaban el poco ánimo que tenía.

Cuando Clara me pedía algo me enojaba y le gritaba que me dejara tranquilo, que no podía ayudarla, pero siempre terminaba pidiéndole perdón, y ella siempre lo hacía.

Pasó casi un año, y los dolores ya eran crónicos aunque menores que al principio.

Aprendí a manejarme sólo en muchas cosas, sin depender tanto de Clara.

Sí dependía cada vez más de su amor.

El ejercicio de recordar era para mí mucho más importante y no tan cansador como antes. Era un placer hacerlo con los tres. Sentía mucha paz y tranquilidad estando en su compañía.

Después del accidente, Yamila y Esteban trataron de alejarse un poco para no molestarme, pero de a poco fueron siendo cada vez más importantes para Clara y para mí.

Durante un tiempo traté de escribir con letra lo suficientemente grande como para poder verla y no quitarle tiempo al resto, pero gastaba mucho papel así que volví a los dictados. También volví a buscar dibujos con sus pecas, y a disfrutar del sexo; ahora era ella la que siempre llevaba la iniciativa.

Cuando había mucha claridad, veía una especie de puntos brillantes que pasaban por delante de mis ojos. Era muy extraño. También solía ver pequeñas manchas muy parecidas a diminutas líneas de color marrón.

La vida seguía igual de complicada, pero todos estábamos en un período de tranquilidad; poco a poco íbamos acomodándonos a nuestra nueva situación.

Con el paso del tiempo dejé de ver aquellas líneas y los puntos brillantes fueron transformándose en minúsculos "hilos": algunos estirados completamente, otros formando medialunas, otros cerrados, algunos en tirabuzón, otros retorcidos, y así, produciendo cientos de formas distintas. Los veía en todos los objetos y cada vez eran más. Fueron pasando de hilos aislados a grupos de ellos; primero eran grupos muy pequeños, pero fueron creciendo poco a poco en tamaño.

Me asusté mucho, me desesperé, no quería quedar ciego. Empecé a recordar las palabras de mi oftalmólogo: "si ve destellos de luz, venga a la guardia", ¿sería esto a lo que se refería?

Les conté a los chicos lo que veía: pequeñas "manchas", en todo, que eran agrupaciones de esos hilos. Cada tipo de hilo parecía vibrar de forma diferente, y los distintos grupos de hilos componían una especie de "sinfonía" donde se mezclaban las diferentes vibraciones.

No podía comprender qué me pasaba, ¿tendría que ver algo con los opérculos que tenía en cada ojo?, ¿mi vista estaría mutando?, ¿los pulsos electromagnéticos habrían alterado mi visión?

Las manchas eran muy pequeñas. También eso me sorprendió: el grado de detalle que veía siendo que las manchas eran tan chicas. Y otra cosa sorprendente: solo las veía en los objetos, no en las personas o en otros seres vivos.

En medio de este nuevo proceso, tuvimos que mudarnos. Un grupo grande de gente venía hacía nosotros, así que levantamos el campamento y nos fuimos en dirección

contraria hacia donde se dirigía el grupo.

Entre los tres me ayudaban a desplazarme. Era muy raro verlo todo como envuelto en bruma, y al mismo tiempo, captar pequeñas porciones hasta en su más ínfimo detalle. Durante el camino un cachorro de Setter Irlandés, seguramente vagabundo desde hacía mucho tiempo, se pegó a mí y ya no me dejó nunca. Me miraba con atención y me seguía paso a paso. Yo le puse "Boneco" y lo adopté tanto como él a mí.

Muchas veces, Clara, Esteban o Yamila, tenían que apurarme porque me detenía a prestar atención a las manchas. El miedo y la aprehensión estaban dejando paso lentamente a la fascinación. Podía enfocar un solo objeto y calibrar la profundidad de la mirada. Era impresionante poder observar el "interior" de las cosas.

Tardamos cuatro días en encontrar un lugar lo suficientemente lejos de aquel grupo de gente.

Durante las noches me quedaba mucho tiempo fuera de la carpa, mirando y contándole a Clara lo que veía. La oscuridad o la luz no tenían nada que ver con lo que percibía.

Cada cosa tenía una configuración distinta, y si agudizaba la profundidad de la mirada, podía ver los componentes de lo que estaba enfocando y la configuración de cada uno de ellos.

Una noche, mientras cenábamos, Yamila recordó la teoría de cuerdas; ¿sería eso lo que mis ojos percibían, las cuerdas que componen todo lo que existe?, ¿sería el único que podía hacerlo?, ¿habría otros más como yo?

La vida había perdido para todos nosotros algo de la monotonía que había tenido hasta ese momento. Cuando nos juntábamos los cuatro, trataba de dibujar lo que veía, pero era difícil. Esteban dibujaba mucho mejor que yo, así que con mi boceto, trataba de que el dibujo se pareciera lo más posible a lo que veía.

A medida que el tiempo pasaba, las manchas se iban haciendo más grandes, y el miedo volvió. Después de casi once meses, algunos objetos ya los veía completamente en esta nueva forma: piedras, tazas, platos.

Y un día el pánico volvió a apoderarse de mis sentimientos. Mientras Clara se movía

sobre mí, una mancha apareció en su vientre, fue tal la cara de terror que puse que se apartó y me preguntó qué me pasaba. La abracé todo lo fuerte que pude y le dije, con lágrimas en los ojos, que no quería dejar de verla como era.

Me pidió que le contara lo que veía.

Hablamos mucho.

Por un tiempo no salí de la carpa, tal como cuando todo comenzó. Entre los tres hicieron hasta lo imposible para que aceptara mi nueva condición y la tomara como algo bueno. Tuvieron que batallar mucho para conseguirlo. El amor de Clara fue lo que me sostuvo. La amistad y el cariño que nos teníamos con Esteban y Yamila se convirtieron en inquebrantables.

Cuando logré aceptar aquello, comprendí que tenía una especie de don. El cambio se fue acelerando. Todo esto era tan inverosímil...

La capacidad de ver en profundidad se acentuó a límites infinitos, podía ver mucho más allá de los componentes de los componentes de los componentes de las células que formaban parte de todo lo orgánico.

Progresivamente fui viéndolo todo en esta nueva forma. Podía distinguir una cosa de otra, entre los objetos más grandes, por ejemplo, un árbol de una piedra; pero también podía hacer esa distinción hasta entre las partículas más ínfimas imaginables.

Y por fin ocurrió. Un día desperté y todo era "cuerdas". Quería darle un nombre a todo esto, y como nunca iba a poder comprobar si eran cuerdas lo que veía, asumí que era así.

Todo era una inmensa composición de vibraciones, de música para mis ojos. Clara se transformó en un ser mucho más hermoso del que ya era, un ser brillante que vibraba fuera cual fuese el nivel al que la observara. Yamila y Esteban también se convirtieron para mí en seres hermosos. Era fascinante verme a mí mismo de esa forma, ver mi interior hasta lo más pequeño posible.

Poco a poco, todo el miedo se esfumó. Estaba feliz, exultante. Clara se contagió de mi felicidad.

No tenía más miedo a caminar, a recorrer; ya no necesitaba que fuera mi muleta.

Ahora compartimos la vida igual que como la compartíamos antes de que mis anteojos se rompieran. Mejor incluso. Ya no tengo que tener miedo de que algo que me ayuda a ver se rompa. Antes, estaba tan pendiente de mis anteojos, que incluso cuando teníamos sexo, si yo era el que se movía, temía que la transpiración detrás de mis orejas hiciera que los anteojos resbalaran y cayeran. Creo recordar que una vez cayeron sobre sus senos, y ella los apartó rápido para que no me preocupara.

Ya no.

Al tacto sigo sintiéndola igual, la escucho igual, su sabor y su aroma también son los mismos. Sólo la veo de otra forma, pero sigue siendo mi Clara.

Es maravilloso ver cómo todas las cuerdas de nuestros cuerpos van cambiando sus frecuencias de vibración cuando nos acariciamos, cuando nos besamos, cuando tenemos sexo o cuando sentimos el más pequeño placer. Cómo un leve roce hace que algo vibre distinto por unas milésimas de segundo. Al tomar una hoja, al correr una piedra con el pie, al acariciar a Boneco.

El mundo es el mismo, pero lo veo diferente, más completo, de forma más abarcativa.

Única.

Henry de Ganímedes

Montenegro, Richard

Poca gente se atreve con 40 años y con una familia auestas abandonar todo e irse a vivir para encontrarse consigo mismo pero Henry Valentine Miller estaba hecho con otra pasta y se atrevió a lanzarse al abismo inseguro de la vida verdadera. En Europa caminó, durmió, pasó hambre, aprendió, fornicó como pocos, escribió y publicó. Durante mucho tiempo sus libros fueron prohibidos por supuestamente ser apologías a la pornografía, los muy tontos censores no se percataban de que eran apologías a la vida sin barrotes.

Los hallazgos de su aventura fueron fructíferos para él y para sus amigos, esos que crecen año a año cuando quizás por una inocente sugerencia de un amante de ese reputado pornógrafo alguien abre por vez primera un libro de Miller. Quizás la sorpresa inicial para una persona que vive bajos los empañados valores de una clase media victoriana sea causada por la diáfana visión de la sexualidad pero la sorpresa final y constante que provocan sus libros se deben a la sinceridad. Como dicen por ahí Henry es un hombre de una sola pieza. Alguien que te habla con la franqueza de un amigo de verdad, un valor que es difícil de conseguir en la vida y en el mundo de las letras.

Una vez conversando con una amigo, después de nuestro saludo habitual al sol en la plaza magnética de Valencia, se me ocurrió preguntarle si había algún equivalente venezolano de Miller en el mundo literario nacional, mi amigo miró largo rato al cielo mientras mordía un mondadientes y me dijo:

— ¿Me preguntas si existe alguien dentro del mundillo literario local que reúna saber, experiencia, humildad, un irrefrenable apetito por la vida, le gusten las mujeres y las bicicletas, sea capaz de escribir libros dedicados enteramente a sus amigos y que tenga una casa donde bellas van a cuidarlo por gusto y no para lograr ser publicadas en alguna imprenta universitaria o de alguna gobernación, mientras pasean desnudas por toda la casa. Alguien con el que puedas conseguirte en la calle, compartir un café y que puedas hablar de literatura sin que te parezca una pedante guía de estudio mimeografiada. Y que días después de esa conversación te quede buen sabor de boca y te provoque ir a visitarlo. Alguien que te interese por el simple hecho de ser gente de verdad. Alguien que asuma la elaboración un buen desayuno y una inspiración profunda con bizarría día a día?

— Si, a eso me refiero

Apenas terminé de decir eso y él plegó su rostro solo como puede hacerse frente a una

estrella supermasiva. Por momentos pensé que iba a convertirse en un agujero de gusano. Pero en un suspiro su cara volvió a la normalidad. Ya tenía miedo de viajar sin moverme.

— Naaaa, nada que ver, solo en los cuentos de hadas criollos como Juancho y los cazabes mágicos

— Aaah ¡Pero si eso no existe!

— Por eso lo digo. En el mundo literario venezolano alguien así solo puede ser un personaje de ficción en un cuento de hadas.

Después de eso mi amigo reventaba en carcajadas y yo le seguía.

Recuerdo como en una de esas sesiones de saludos solares mi amigo con franqueza inusitada dijo:

— Creo que Miller es un Hermano Mayor

— ¿Si? ...¿Tú crees?... ¿Vendrá de Ganímedes?

— Debe venir de otro sistema solar. Su capacidad de seducción sin igual, la presencia de un ego no guerrerista, su dominio de la belleza cotidiana de la sexualidad y su capacidad para vivir de la escritura denotan su pertenencia a una sociedad miles de años más avanzada que la nuestra.

— Eso explica muchas cosas -dije yo- Y no olvides su peculiar aptitud de hacerse más joven con los años

— Si, no la olvido. El vino de muy lejos para enseñarnos el camino.

— Espero no le pase como a Jesucristo.

— No le pasará, seguramente tiene acceso a todos los registros históricos de los grandes maestros. Hoy no valdría la pena dejarse crucificar. Ya utiliza otros medios para difundir el mensaje por lo menos. Ya escribe directamente sus libros canónicos. Así el mensaje tendrá menos erratas a largo plazo. Quizás hasta hagan películas sobre su vida.

— ¿Y a que actor buscarían para personificarlo?

— Por ser un Hermano Mayor supongo que al que a tu papá y a ti tanto le gusta.. Spock

— Ah, Leonard Nimoy

— Y si él no acepta quizás funcione el de Kung Fu

— David Carradine...

— Si, cualquiera de los dos calvos y con anteojos funcionaría para desperdigar la palabra

— ¿Y qué nombre le pondrías a la película?

— Ah, ni idea. Mmmm quizás le pondría Henry y June y sería una biografía épica. Pero realmente no sabemos si esta sociedad estaría lista para un filme de es tipo.

Lo usual después de las conversaciones post saludo solar era el intercambio de libros canon... de Miller y de sus comentarios con la esperanza de hallar nuestro camino.

Muchos saludos solares pasaron y aún seguimos buscando el camino sin olvidar que a medida que pasan los años más jóvenes debemos ser.

Hogar de papel

Dolo Espinosa

Gualberto Torralba nació de la pluma o, por mejor decir, de las teclas de Arcadio Lozano, escritor con su poco de fama y su mucho de egolatría que se creía mejor literato de lo que en realidad era; dato éste que poco hace al caso de nuestra historia pero que nunca está de más aportar.

Era Gualberto personaje terciario de una novela costumbrista de nuestro autor. Uno de esos personajes grises que el lector tiende a olvidar por lo poco que aporta al relato. Uno de esos personajes, en fin, que el autor pensaba llegaría a mucho y, misterios de la creación literaria, se quedó en casi nada; cuestión que poco o nada preocupaba a Gualberto (Berto para los amigos) que era de carácter poco ambicioso y que gustaba, en realidad, de pasar desapercibido.

Otra cosa, sin embargo, preocupó a nuestro amigo Berto casi desde su nacimiento y era ésta la posibilidad de acceder al mundo que dicen real. Gualberto había visto atisbos de este mundo mientras Arcadio escribía su novela. En esos momentos en que su personaje no tenía nada que hacer, Gualberto, aprovechando la ventana abierta en ese instante entre ambos universos, se asomaba al mundo exterior (o interior, que esto no se sabe, o puede que alguien lo sepa pero no la que esto cuenta) e intentaba curiosear lo que en él había.

Pero desde esta atalaya, estaba claro, poco podía descubrir. Como mucho, la pequeña habitación donde Arcadio escribía y que él llamaba estudio en un intento de darle un aire intelectochic a lo que no era más que un minúsculo dormitorio habilitado como despacho. Así, Berto llegó a conocer a la perfección el bonito (y un poco cursi) cuadro de margaritas colgado tras la silla de Arcadio, las fotos de la familia del mismo sujeto al lado del ordenador, una ventana siempre entornada que apenas dejaba pasar un rayo de luz y sonidos amortiguados del exterior y un ficus a punto de palmarla por deshidratación galopante pues nadie se acordaba de echar ni medio vaso de agua a la pobre planta.

En fin, demasiado poco si tenemos en cuenta que uno de los principales rasgos de Gualberto era su insaciable curiosidad, la cual le había transformado en una auténtica enciclopedia andante, una Wikipedia parlante que de todo sabía y de todo opinaba.

Llevado, pues, de esta inagotable sed de saber, o hambre de conocer o, si se prefiere, afán de descubrir, nuestro amigo Gualberto no paró hasta encontrar no ya una minúscula ventana, sino una puerta, portón, pórtico o simple portillo que le llevara de su mundo

novelesco a nuestra realidad.

Y lo hizo.

Encontró su entrada a este lado del espejo.

Le bastó con hallar, entre los múltiples lectores de la historia de la que formaba parte, uno capaz de vivir tan intensamente lo que leía, con una imaginación tan vívida y potente, que al leer se viera arrastrado y sumergido en el relato. Uno que, sin apercibirse de lo que ocurría, abriera el camino entre ambos mundos. Y aprovechó Gualberto cierta tarde en que este uno se quedó dormido mientras leía, momento idóneo por dos razones principales: primero, porque el sueño permitía que la puerta permaneciera abierta aún cuando el lector hubiera abandonado la lectura; segundo, porque el encuentro vespertino entre el susodicho interfecto y Morfeo hacía más discreto su paso de un mundo a otro (Berto, como ya se ha dicho, odiaba ser el centro de atención, y tener que responder a las preguntas del señor gordo que roncaba con el libro en la panza, no era algo que le entusiasmara especialmente).

Salió Gualberto a toda prisa de la casa del durmiente, cerró con sumo cuidado la puerta, aspiró hondo el aroma de la realidad... y recibió en plenas narices el aliento petrolífero de un todoterreno que, justo en ese momento, arrancaba a toda velocidad.

No fue la mejor de las bienvenidas pero Berto estaba encantado.

Paseó por toda la ciudad comparando colores, olores, sabores, sonidos y el tacto de las cosas reales con las cosas ficticias. Notando cuanto más intenso era todo en este mundo que en el suyo. Ya había imaginado él, allá en su mundo novelesco, que no era lo mismo construir un paisaje a base de palabras que verlo con tus propios ojos. Las palabras pueden ser muy bellas, pensaba Gualberto, pero nada es comparable a la experiencia real de las cosas.

De modo que Berto decidió mandar a paseo la novela de la que había salido y quedarse en el mundo real; a fin de cuentas, su personaje era tan insignificante que nadie, ni tan siquiera su creador, se percataría de que había desaparecido de la novela.

Y comenzó nuestro anodino, ficticio, curioso y osado Berto a construirse una nueva y real vida.

No alargaré este relato narrando todas las peripecias de Gualberto para conseguir alojamiento, trabajo e identidad, pues prefiero dejarlo para otro momento y lugar en que, tanto los lectores como yo, dispongamos de más tiempo y espacio, pero dejo constancia de que las andanzas que llevaron a Gualberto hasta lograr eso que llaman una vida normal, fueron múltiples y dignas de ser narradas.

El caso fue que, a medida que pasaba el tiempo, Gualberto comenzó a añorar más y más su mundo de ficción. No es que llegara a odiar la realidad como la odia aquel a quien la vida maltrata, es que echaba de menos lo que había sido su hogar.

Al principio no era más que una pequeña punzada de nostalgia cuando veía un libro; algo que casi no percibía y que no le impedía disfrutar de todo lo nuevo que vivía. Luego fue una necesidad casi física de pasar horas y horas en librerías y bibliotecas, hurgando entre los libros, buscando aquel del que había salido para leerlo una y otra vez. Poco a poco, la añoranza fue ganando en intensidad, la novedad de la realidad fue transformándose en normalidad y el deseo de regresar a su mundo de ficción ganó terreno en detrimento del de vivir en la realidad.

Así, mientras continuaba con su vida real, sus amigos reales, su trabajo real.. Gualberto decidió iniciar la búsqueda de alguien que le abriera la puerta de regreso.

Pensó, en primer lugar, que tal vez él mismo podría lograr encontrar el camino si leía la novela de donde procedía con la suficiente intensidad y concentración. Pero, por mucho que lo intentó no logró abrir ni un pequeño agujerito en la cortina que separaba ambos mundos.

Buscó, luego, al lector panzudo sin saber muy bien cómo iba a hacer para convencerle de que él, Gualberto, era un personaje de ficción y que debía volver a leer aquella novela para, de esta manera, abrir el pasadizo entre los dos universos y que él, Gualberto, pudiera regresar. Se pasó días y días preparando cuidadosamente un discurso que a él le pareció lleno de fuerza, muy convincente y extremadamente conmovedor. El pobre Berto trabajó en balde: el señor panzón hacía tiempo que había dejado su casa, la ciudad y el país para irse a trabajar a los U.S.A. donde daba clases de historia española en una famosa universidad de aquel país.

Sin desanimarse, pensó en dedicar sus esfuerzos en la localización de alguien que tuviera la misma poderosa imaginación y la misma pasión lectora que el hombre que le había abierto las puertas a este mundo, pero pronto se dio cuenta de que era una empresa demasiado gigantesca para llevarla a cabo él solo.

Más tarde, se decidió a ir en busca de Arcadio Lozano ya que, a fin de cuentas, él era su creador y, sin duda alguna, alguien con la imaginación suficiente como para abrir una brecha interuniversal que le permitiera el regreso. Pero cuando, tras arduo trabajo, Gualberto logró contactar con Arcadio Lozano, éste dio muestras de no tener la mente tan abierta como en principio pudiera pensarse. El escritor le escuchó con gran atención para, a continuación, sufrir tal ataque de risa que Gualberto creyó que iba a contemplar en directo la muerte de Arcadio ahogado en sus propias carcajadas. Era evidente que su creador no se había creído nada de la historia de Berto y si alguna duda le cabía, esta se disipó cuando Gualberto fue "amablemente acompañado" por dos enormes gorilas fuera de la presencia del afamado escritor.

Intentó a continuación Gualberto dedicarse él mismo a la escritura pensando que, quizás, si se sumergía en la creación de relatos, su fuerza creadora sería bastante para hacer posible la ingeniería mágica que daría como resultado un hermoso camino hacia su hogar. Lamentablemente, resultó que su fuerza creadora estaba falta, por así decirlo, de unas cuantas sesiones en el gimnasio y no era lo bastante poderosa para hacer realidad su sueño.

El pobre Gualberto se iba hundiendo, lentamente y sin remedio, en las ciénagas de la desesperanza. Pasaba las tardes paseando por la ciudad sin rumbo fijo. Cuando se sentía cansado de este vagar, se metía en alguna biblioteca, cogía su libro, su hogar, y, entre suspiros de nostalgia, leía una y otra vez aquellos pasajes en que él aparecía.

Y fue ahí, en la biblioteca a la que ambos acudíamos casi a diario, donde conocí al pobre Berto. Una tarde me preguntó por el libro que estaba yo leyendo y acabamos charlando animadamente sobre literatura. A los pocos días, trasladamos la conversación a una pequeña y acogedora cafetería. Y allí, animado quizás por el reconfortante aroma del café, la nostalgia de los días otoñales que vivíamos, el calor acogedor del local y la confianza que, al parecer, yo le inspiraba, Berto me contó toda su historia.

Y yo no tuve la menor duda de que todo era tal y como me lo había contado.

Y tampoco tuve la menor duda de que debía ofrecerle mi ayuda.

Fuimos a casa y leí para él. Leí la novela de la que había salido. En realidad, la leímos juntos, en voz alta. Paladeando las palabras, intentando darles vida, dejándonos arrastrar por la historia. Concentrándonos, aislándonos de la realidad. Y cuando íbamos ya por la mitad del libro, y nuestras voces estaban enronqueciendo por el esfuerzo continuado y yo estaba a punto de sugerir un descanso, en ese preciso instante, noté que algo cambiaba en mi salón, percibí un aroma a tinta y a papel, escuché rumor de voces extrañas y vi un como a modo de desgarrar en el aire que Gualberto miraba con una

sonrisa arrobada.

¡Habíamos conseguido abrir la puerta! ¡Berto podía volver a casa!

Nos abrazamos, lloramos de alegría por su regreso y pesar por la despedida. Nos dijimos adiós mil veces y, finalmente, Gualberto Torralba atravesó la abertura entre realidad y ficción y volvió a su hogar.

Escribo esto después de tantos años con la esperanza de que se abra un poco la ventana, lo suficiente para que Gualberto reciba mi mensaje y sepa que no le he olvidado y que ahora me ha llegado el momento a mí.

Que yo también me cansé de este mundo real.

Que encontré alguien dispuesto a ayudarme.

Que muy pronto yo también volveré a mi hogar.

Y que tenía razón cuando me decía que los personajes de ficción no estamos hechos para este mundo real.

Invasión

Manso, Reinaldo

¡Uff, que alivio! Una larga y cálida meada. No podía más, tanta cerveza caliente... Ya no soy tan joven.

Éstas son las cavilaciones que pasan por mi mente mientras vacío la vejiga en un matorral cercano a la casa de guardeses donde me alojo junto con otros dos compañeros. Me llamo Bertolino, y junto con mis colegas estamos encargados de ahuyentar a los cazadores furtivos que se internen en el bosque real de Rendlesham, junto a la costa del condado de Suffolk, en el nordeste de Inglaterra. Hemos pasado la noche bebiendo.

Mientras me ajusto el pantalón, alzo la vista hacia el mar y entonces la veo. Sin luna resulta difícil estimar la hora, pero no creo que sea ya medianoche, y allí cerca del horizonte hay una estrella muy brillante, nunca he visto nada parecido. No le habría dado mayor importancia, si no fuera porque parece estar volviéndose cada vez más brillante. ¡No puede ser una estrella, todo el cielo está cubierto de nubes de tormenta! Es como una gran chispa verde-azulada con cola. ¡Se está acercando muy rápido, quizá un trozo de cielo está a punto de caer sobre nosotros! Doy un grito de alarma para que mis amigos salgan la cabaña y corro a azuzarles. Al salir al exterior, ya no vemos nada. La estrella fugaz ha desaparecido. Empiezan a tomarme el pelo, pensando que el alcohol me había hecho ver visiones. Les hago callar con un exabrupto. Cuando se hace el silencio descubrimos que en la zona de la playa, más allá de una pequeña colina boscosa, se percibe una claridad creciente. Mi amigo Hall dice que estará amaneciendo, pero no puede ser eso. También se escuchan ruidos y silbidos extraños. Decidimos acercarnos a investigar, guiándonos por el sonido...

Lentamente, el silbido se convierte en zumbido y el zumbido en alarido retumbante. Entonces, con una lentitud aún más exasperante, de un agujero cercano y todavía humeante se alza una forma de enorme joroba. Los tres nos abrimos en abanico, indecisos sobre lo que hacer a continuación. Alguien decide por nosotros. De esa forma extraña, tímidamente, surge el espectro de una especie de haz luminoso. Y enseguida brotan llamas reales y brillantes resplandores entre mis compañeros. Primero, Bill, el más alejado; y luego, Hall. Diríase que algún chorro flamígero nos alcanza, produciendo con el choque llamas blancas. Por suerte para mi, me encuentro al final del arco recorrido por ese gigantesco dedo ardiente, y puedo apartarme a tiempo sin grandes quemaduras, dando un gran salto hacia atrás. Mis amigos se han convertido en teas de fuego andantes. A la luz de su propia destrucción los veo tambalearse y caer, como si la muerte hubiese saltado de uno a otro. Tengo la impresión de que algo extraño, una luz sorda y deslumbradora que hace caer por tierra cuantas cosas alcanza, incendia los abetos y las zarzas secas... Rápida y regularmente esta muerte flamígera completa la curva, cuál inevitable espada de fuego... Todo esto se ha efectuado con tanta rapidez que, tras apartarme, me quedo inmóvil, sordo y ciego por el ruido y la luz... Y todo

queda de nuevo en tinieblas. Todo es negrura y soledad. Salgo corriendo sin mirar atrás, tratando de alejarme todo lo posible de aquella masacre.

Al principio no veo más que el camino por delante; pero de pronto acapara mi atención algo que baja rápidamente por la pendiente opuesta, Me parece ver al principio el tejado húmedo de una casa, pero sucesivos relámpagos me permiten cerciorarme de que la cosa gira con rapidez. Un nuevo relámpago y aquel objeto dudoso se me aparece claro, preciso, brillante...

¡Y qué objeto...! ¿Cómo describirlo? Un trípode monstruoso, más alto que varias casas, va dando zancadas sobre los pinos jóvenes, aplastándolos en su carrera... De pronto, los abetos del bosquecillo que hay junto a mi se apartan a su paso como frágiles rosales ante un hombre que se abre camino. Son arrancados en seco y derribados y aparece un segundo trípode gigantesco... Al momento, el enorme mecanismo pasa a mi lado, dando grandes zancadas. Vista de cerca, la cosa es incomprensiblemente extraña porque es una máquina, de paso mecánico y de ruido metálico, entre los intersticios de sus miembros escapan bocanadas de humo y vapor. Un engendro del diablo. Suspiro de alivio, creyendo haber pasado desapercibido. De repente, aquella cosa se detiene, alza una de sus enormes patas y sin darme tiempo a escapar, la deja caer sobre mí. ¡Arrgh...!

19 años antes

A lo largo de toda la semana, habían ido llegando diversas carrozas y carromatos a aquel valle oculto a gran altitud entre los picos del Pirineo español, y cuyo único acceso transitable era a través de un túnel de quinientos metros excavado en pura roca. Las carrozas viajaban con las ventanillas cubiertas, para impedir a sus ocupantes identificar el camino seguido. Se trató de una operación bien coordinada, pues a pesar de las grandes distancias a cubrir, todos los convocados llegaron con muy pocos días de diferencia. Al llegar el último, el que procedía de más lejos, Flandes, se les convocó a todos al salón principal del castillo donde estaban alojados.

Eran en total seis hombres, casi todos ya entrados en años, y que se encontraban sentados alrededor de una mesa, en completo silencio, impuesto quizá por los soldados armados que los habían conducido hasta allí y que ahora se encontraban firmes, a lo largo de todo el perímetro de la habitación. La tensa espera duró poco. Una figura embozada con una amplia capa de terciopelo verde entró por una puerta lateral, y entre los chirridos metálicos de la lujosa armadura que vestía, recorrió los pocos metros que lo separaban de la cabecera de la mesa y, sin descubrir su rostro, se dirigió a los presentes:

—Caballeros, lamento las molestias que les he causado por esta urgente convocatoria y el secretismo con el que he tenido que actuar, pero las circunstancias son graves. La reina católica de Escocia, María Estuardo, ha sido derrocada y capturada por la hereje Isabel I de Inglaterra, y se teme por su vida. Nuestro amado rey Felipe II, a quién Dios colme de bendiciones, ha decidido prepararse para reconquistar aquel reino que nunca debió abandonar, y me ha pedido que forme un colegio de expertos para el desarrollo de nuevas armas y tácticas guerreras que faciliten la invasión de aquellas islas. En los últimos años, todos ustedes han remitido a la Corte diversos memoriales sobre sus hallazgos o invenciones sin recibir respuesta. Y ello no ha sido por falta de interés, todo lo contrario, sino porque yo mismo he eliminado todo rastro de las mismas, para evitar filtraciones en ese semillero de espías que es Madrid.

Esta revelación provocó un gran revuelo entre todos los presentes, que empezaron a protestar airados, con gritos y fuertes puñetazos sobre la mesa. Pero, a un gesto del encapuchado, los soldados de la estancia se pusieron firmes haciendo entrechocar sus armas, y ello bastó para apaciguar los ánimos. Una vez hecho el silencio, continuó con su parlamento:

—Caballeros, por favor, cálmense. La buena noticia es que sus trabajos serán finalmente recompensados con generosidad. Los he convocado aquí, lejos de ojos curiosos, porque estoy convencido de que el trabajo conjunto, en equipo, de todos ustedes, les permitirá mejorar sus ideas y combinarlas de la mejor forma posible. Llegado este momento, quizá lo mejor sea que cada uno se identifique y explique en pocas palabras sus descubrimientos.

Aplacados por la promesa de retribución, cada personaje fue dando cuenta de lo que se le pedía. Inició la ronda el más joven y, por tanto, atrevido:

—Me llamo Leonardo Turriano y soy hijo del gran Juanelo Turriano, inventor del famoso artificio para llevar agua del río Tajo hasta el Alcázar de Toledo, puesto en marcha el año pasado. Mi padre, debido a sus obligaciones, no ha podido desplazarse hasta aquí, pero me ha confiado muchos de sus trabajos más avanzados, como diversos autómatas.

Una vez roto el hielo, el resto de los presentes se apresuró a presentarse:

—Mi nombre es Blasco de Garay hijo. Mi padre trabajó para el emperador Carlos desarrollando una máquina de ruedas motrices para barcos que podrían así, prescindir de velas y remeros. Aunque tras diversas pruebas, los burócratas de la Corte las consideraron inviables, yo he continuado perfeccionando sus diseños.

—Soy Jerónimo de Ayanz y Beaumont. En la mina de plata de Guadalcanal, en Sevilla, he puesto en práctica un artefacto que me permite usar la fuerza del vapor para extraer el agua que la inunda periódicamente, permitiendo así su explotación.

—A mi hermano Pere y yo, se nos conoce como "los Rogetes". Somos artesanos gerundenses y hace poco, por casualidad, combinando un par de lentes (una convergente y otra divergente) construimos un artefacto que hemos llamado "largomira" porque nos permite ver con claridad detalles lejanos.

—Uno de mis antepasados por parte de madre fue el gran Raimundo Lulio, nacido en la ciudad de Mallorca como yo. Nuestra familia conserva buena parte de su patrimonio y desde que hace unos años decidí convertirme en alquimista, he estado revisando todas sus anotaciones y escritos. Recientemente descubrí un manuscrito donde comentaba como poco antes de morir, un amigo almogávar retornado del Imperio Bizantino, sabedor de sus inquietudes científicas, le había traído la fórmula del llamado "fuego griego" capaz de arder incluso sobre el agua. Con esa arma secreta, Bizancio pudo sobrevivir frente a los asedios árabes durante siglos. Mi nombre es Matías Morey.

—Realmente no sé porqué estoy aquí. No soy ningún sabio ni inventor. Me apellido Alatraste y soy un simple soldado de los Tercios. Sólo se me ocurre que sea a causa del memorial que remití a mis superiores donde desmenuzaba, con la ayuda de minuciosas ilustraciones, todos los movimientos necesarios para la carga y el disparo de los mosquetes, recomendando un entrenamiento intensivo que permita su uso en varias hileras (para mantener un fuego continuo —una hilera avanza y dispara mientras la anterior recarga sus armas—). Gracias a tales consejos, yo mismo he reducido el tiempo entre disparo y disparo a la mitad.

La atmósfera de la habitación había cambiado por completo. Sin apenas darse cuenta, bajo la mirada satisfecha del encapuchado, aquellas mentes inquietas empezaron a proponer mejoras y combinaciones, llevadas por una curiosidad innata que pronto les hizo olvidar la situación en que se encontraban.

Un buen ejemplo de los beneficios de tal intercambio de pareceres, tuvo lugar un par de semanas después, cuando el misterioso encapuchado llegó al laboratorio de Ayanz. Aquel individuo era un enigma andante, salvo por los cónclaves periódicos, pasaba las horas en sus propios aposentos sin mezclarse con los demás. Nadie había conseguido saber nada sobre él, y todos estaban fascinados por la máscara de hierro que cubría permanentemente su rostro; ni los ojos podían verse. Corría el rumor absurdo de que podía ser un hermano gemelo del Rey, condenado a ocultar su rostro para siempre. Algunos, siempre a sus espaldas, habían empezado a llamarlo "Doctor Muerte", por las draconianas medidas que había impuesto para evitar cualquier filtración.

Una de ellas eran las visitas de inspección sin previo aviso. Sorprendió al ingeniero Ayanz trabajando en su mesa y rodeado de una gran variedad de semiesferas de diversos tamaños, realizadas en una gran variedad de metales y aleaciones. Ayanz se encontraba inclinado sobre un extraño artilugio tubular de cuya parte superior salía un largo brazo de hierro. De la parte inferior, salía un delgado tubo de tela rígida que se sumergía en un gran tonel lleno de agua. Al descubrir la presencia del encapuchado, ni se inmutó. Antes al contrario, con una sonrisa, preguntó:

—Buenas tardes. ¿Puedo ofrecerle una copa de agua?

Y sin esperar la respuesta, procedió a bombear la manija un par de veces. Ese gesto bastó para que, por una espita en la parte superior del artificio, saliese un chorro abundante de agua, llenando la copa allí colocada y ofreciéndosela a su anfitrión. Mientras éste degustaba el líquido (cargar a todo rato esa extraña armadura que lo cubría por completo debía ser muy caluroso a inicios del verano, aunque fuese entre alturas aún nevadas), Ayanz explicó;

—Se trata de una nueva y trivial aplicación que he descubierto para mi bomba de achique minera. Sin embargo, tiene otro uso más curioso. Mire. He construido estas cuatro semiesferas metálicas con la misma cantidad de bronce, para crear dos esferas, una del doble de diámetro que la otra. Vea lo que ocurre cuando las conectamos a este artilugio.

Untó los rebordes con un poco de sebo, para mantener pegadas ambas partes de cada esfera por unos momentos. Tras conectar el tubo flexible a la esfera más pequeña, empezó a bombear. Pronto tuvo que detenerse, con disculpas:

— Lo siento. Esta altura no me sienta bien para hacer esfuerzos. ¿Podría su señoría seguir manipulando la bomba?

El "Doctor Muerte" siguió bombeando. Al principio con facilidad, pero pronto se hizo evidente la dificultad y mucho antes de lo que pensaba, le resultó imposible continuar. Ante su evidente sorpresa, Ayanz comentó:

—Ya ha extraído todo el aire del interior, por eso no puede seguir. Lo más curioso viene ahora. Coja ambas mitades por las manillas que he añadido y sepárelas.

Creando que sería sencillo, el encapuchado agarró con sus manoplas ambas asas casi sin darle importancia. Esa complacencia pronto se trocó en irritación y segundos más tarde en frustración. Pese a todos sus esfuerzos, aquellos casquetes esféricos permanecían unidos. Sin embargo, bastó con que Ayanz liberase la espita de su artificio para que, al volver a entrar el aire, ambas partes cayesen separadas sobre la mesa.

El espectáculo no había acabado. Ayanz conectó su artilugio a la segunda esfera, la mayor, y volvió a solicitar la ayuda del encapuchado para bombear el aire del interior. Tras varios minutos de trabajo, se escucharon algunos crujidos. Ayanz, señalando algunos casquetes metálicos arrugados como pasas que se acumulaban en uno de los extremos de la mesa, le indicó que fuese con cuidado, diciendo que eran el resultado de las pruebas que había realizado allá en Sevilla. Por lo visto, cuando las paredes eran finas, las esferas se arrugaban conforme iban extrayendo el aire. Pese a los crujidos crecientes, esta vez no ocurrió así. Sorprendido, Ayanz se abalanzó sobre la esfera, con tan mala fortuna que ésta se deslizó de la mesa y cayó justo dentro del tonel de agua.

Se apresuraba a arremangarse la camisola para recuperar la pieza del fondo, cuando ésta volvió a la superficie como un corcho. Aquel inesperado hecho dio para mucho debate en las semanas posteriores. Unos propusieron que podrían construirse barcos metálicos capaces de flotar en el mar, otros llegaron a elucubrar si sería posible realizar esferas metálicas capaces de elevarse por el cielo.

Veintidós de julio del año de nuestro Señor de mil quinientos ochenta y ocho.

La pequeña flotilla de seis barcasas con ruedas de palas se aproximaba a la playa pedregosa. La travesía había sido muy tranquila pese a la amenaza de tormenta, gracias al escaso oleaje nada frecuente. Parecía un buen augurio. Con la ayuda de brújulas había sido sencillo realizar el trayecto en pocas horas, bajo un cielo encapotado que ocultaba la Luna y las estrellas, y les cubría con un manto protector de oscuridad. Cada barcaza llevaba un pequeño farol coloreado que les había permitido mantener la formación con ayuda de los "lentespías" que utilizaba cada capitán.

Las naves se abrieron en abanico al llegar al rompiente de las olas. En ese momento, las barcasas de los extremos se vieron envueltas en un paroxismo de ruidos. Desde el resto, los soldados cuyas pupilas se habían acostumbrado ya a la escasa iluminación de los farolillos, las vieron contorsionarse como animales en un momento de agonía. Aunque habían sido cuidadosamente elegidos, entrenados, y advertidos para esperar maravillas, algunos no pudieron evitar mascullar una plegaria ante lo que veían sus ojos. Lo que hasta entonces habían parecido unas simples barcasas, de forma extraña, eso sí, y con un único tripulante, empezaban a elevarse en el aire, sobre unas largas patas mecánicas. El agua desalojada se deslizaba por unas extrañas articulaciones de metal, mezclándose

con las nubes de vapor lanzadas por los motores que las impulsaban. En apenas un par de zancadas alcanzaron la costa y se apostaron vigilantes desde sus casi diez metros de altura, para defender la cabeza de playa.

La barcaza central no tardó en alcanzar tierra firme. Con el último impulso brusco de las ruedas de palas al golpear contra el fondo, la quilla se deslizó fuera del agua y, al caer la compuerta, la primera en descender a tierra enarbolando el pendón con la cruz de Borgoña sobre fondo amarillo, fue la ominosa figura del "Doctor Muerte", con su armadura impoluta y su capa verde al viento. "Ahora comienza mi venganza", se le oyó gritar a pleno pulmón.

Como una maquinaria bien engrasada, la compañía de arcabuceros a sus espaldas empezó a desplegarse por la playa, para comprobar si su llegada había sido descubierta por el enemigo. El lugar había sido escogido cuidadosamente mucho más al norte del paso de Calais, suponiendo que nadie les esperaba por allí, y menos aún de noche, pero las primeras horas del desembarco serían cruciales.

Una vez asegurado el perímetro, algunos soldados empezaron a plantar en el suelo largas espingardas terminadas en faroles alimentados con un derivado del "fuego griego" para proporcionar algo de iluminación al campamento. Otra parte del equipo empezó a descargar del resto de las barcazas los artilugios de guerra con los que confiaban repeler cualquier ataque enemigo.

Había un par de cañones livianos sobre ruedas, pero que incorporaban una interesante mejora: una cámara de detonación independiente y cartuchos. Así no había que recargar cada vez por la boca del cañón y volver a apuntar, sino que bastaba con ir metiendo los cartuchos. Un segundo diseño mucho más terrible era una especie de aparato con tres hileras de arcabuces en torno a un eje central. El disparo de una hilera proporcionaba el impulso necesario para colocar en posición de disparo la siguiente, y así sucesivamente.

Pero el arma más terrible era el llamado "trompo flamígero". Era un mecanismo impulsado por un motor de vapor y provisto de una larga manguera rígida y una bomba, todo ello protegido bajo una especie de cono metálico que le proporcionaba su nombre. Alimentado con "fuego griego" era un verdadero lanzallamas gigante, capaz de aniquilar cualquier cosa en un radio de veinte metros y funcionar durante varios minutos sin interrupción.

Cuando toda la fuerza de choque estuvo desplegada, el "Doctor Muerte" desveló las nuevas órdenes. "Tú, Alatríste, coge uno de los trípodes y dirígete a toda velocidad hacia el norte para avisar a nuestros aliados escoceses del éxito de nuestro desembarco. Deben atacar sin dilación".

"Por mi parte, pilotaré el otro trípode en una misión especial. Mientras tanto, lanzad el cohete convenido como señal (el verde, significando que no hemos hallado dificultades) para que el resto de la escuadra se aproxime y consolide nuestra posición sin más retraso. Nada está ganado aún. Hay que avanzar con rapidez. Nos vemos en Londres".

En Londres

Había sido una noche inquieta. Me había acostado muy tarde, agotada tras varios días de tensión. En nada habían ayudado las parcas noticias llegadas mediante las torres de señales desde toda la costa a lo largo de las últimas cuarenta y ocho horas. Los cada vez más inquietantes informes decían que buena parte de nuestra flota había sido casi totalmente destruida en el puerto de Plymouth, por un ataque sorpresa español cuyas circunstancias no estaban nada claras. Por fin, ya anochecido, llegó un mensajero a caballo, que había sido testigo ocular de la catástrofe. Según él, los españoles maniobraban causando el máximo daño como si supieran en todo momento quién estaba dónde, pese a las distancias. Entre los caídos, estaba mi apreciado Sir Francis Drake, al que habían sorprendido mientras jugaba a los bolos. Naturalmente, ordené la salida de todas las tropas disponibles para el refuerzo urgente de las defensas costeras en todo el paso de Calais, pero por primera vez en quinientos años, Gran Bretaña corría un riesgo real de volver a ser invadida.

Cuando por fin pude conciliar el sueño, las pesadillas me impidieron el descanso necesario. La última fue la más terrorífica de todas. Soñé que los *conquistadores* españoles me condenaban a muerte y era conducida a una hoguera de la Inquisición para ser quemada viva. Mientras me llevaban en un carromato por las calles londinenses, descubrí que estaba desnuda y que mis hasta hace poco fervorosos súbditos, se lanzaban insultos irreproducibles y cosas peores, como hortalizas. Lo peor llegó cuando empezaron las llamas. Curiosamente, no sentía ningún dolor, pero el humo me ahogaba. No podía respirar. Mi garganta parecía cerrada a cal y canto. Y entonces desperté.

Estoy boca arriba, con los brazos pegados al cuerpo. No puedo moverme. Es como si algo o alguien estuviese montado sobre mi pecho y me hubiese aprisionado bajo su peso. Pero no hay nadie. Está amaneciendo. Los rayos del sol entran por la ventana cayendo sobre la cama, y sobre mi misma. Nada interrumpe su alcance. Y sin embargo, siento una insoportable presión en el pecho y como si unos dedos aferrasen mi garganta. Con un esfuerzo casi sobrehumano me arqueo alzándome entre el cuello y los talones y consigo liberarme de lo que me estaba asfixiando.

Entonces oigo una especie de apagado grito de sorpresa. Las cortinas del dosel que cubre la cama saltan como arrancadas por algo que hubiese salido despedido de ella. ¿Qué estaba pasando? ¿Habría sido un falso despertar y seguiría inmersa en mi

pesadilla?

Mientras recupero el resuello, deslizo la vista por el cuarto. Todo parece como siempre. Me llaman la atención las motas de polvo flotando en los rayos solares. O mejor dicho, su ausencia. Por un momento, me parece vislumbrar una forma humana. Pero, tan rápido como vino se fue. Intranquila, decido levantarme. Para ser un sueño, todo parece real. Aunque tampoco podría ser de otra manera, ¿verdad? Me dispongo a meter mis pies descalzos en las pantuflas cuando noto un desplazamiento de aire y, de pronto, algo o alguien me coge por la espalda y me tapa la boca. ¡Otra vez, no! Si es una pesadilla, espero que acabe pronto, pero... ¿y si no lo es?

Quizá me haya vuelto loca. Si no es un sueño, sólo eso podría explicar lo que estoy viendo ahora. El puñal que dejo siempre bajo la almohada como último recurso, flota ahora frente a mí y sin el menor titubeo coloca su cortante filo entre mis pechos. Dicen que para salir de dudas lo mejor es pellizcarse; pues bien, el pinchazo del puñal me ha sacado de dudas. Esto no es un sueño.

Entonces, una voz como de ultratumba murmura junto a mi oído:

Hola, mi zorrita juguetona. ¡Cuánto tiempo! No se te ocurra gritar o te rebano el gaznate.

¡My God! Había alguien que me llamaba así, pero... está muerto.

Con que la "Reina Virgen"... ¡Qué guasona! Tu y yo sabemos que eso no es cierto, ¿isn't it?

Si me quedaba alguna duda, mi nariz detectó efluvios que llevaba años sin percibir. Mi semental ibérico. El novicio que había llegado con el séquito del rey castellano que se casó con mi medio hermana. Al que di orden de envenenar meses después, cuando se descubrió que el embarazo de la reina había sido falso, y mis posibilidades de ocupar su lugar crecían de nuevo.

Sí, mi zorrita juguetona. Soy yo. Ha llegado la hora de mi venganza. Vengo para llevarte al infierno, donde el diablo te tiene reservado un lugar muy especial como jefe de los antipapistas.

Jamás he creído en fantasmas, y lo cierto es que esa mano huesuda es demasiado tangible, aunque no pueda verla. Tampoco nunca llegué a ver su cadáver. Me dijeron que se lo habían llevado a morir a su patria. Y sí...

Logro balbucear:

My Spanish bull! ¿De que venganza hablas, Tomás? Cuando desapareciste, traté de saber que te había pasado pero me dijeron que enfermaste y te llevaron a tu pueblo a morir. ¿Cómo puedes creer que yo quise hacerte daño?

Noto que he conseguido hacerlo dudar. Y también noto algo más. Está de rodillas, tras de mí. Siento su pecho contra mis omoplatos, pero algo más está creciendo allá donde la espalda pierde su casto nombre. Deslizo mi mano derecha hacía atrás y sí, agarro su erguido falo, empezando a menearlo con suavidad.

¿Todavía me deseas? Cuánto te he echado de menos. Te juro que nada tuve que ver con lo que te sucedió, fuese lo que fuese. Si me sueltas, te lo demostraré, y volveré a ser tu zorrilla juguetona. ¿Recuerdas cómo te gustaba sentir mi boca donde ahora está mi mano?

Sus dudas aumentan... al igual que mis caricias manuales. Mi puñal cae sobre la cama y siento como unos brazos invisibles me dan la vuelta. ¡Qué sensación tan extraña! Sentirse besada por unos labios y abrazada por unos músculos que están ahí aunque los ojos no los vean. Lo cierto es que mi lujuria también se enciende y pronto estamos forcejeando por placer y acabamos jugando a lo que ese bardo tan de moda en la City llama la bestia de dos espaldas.

Al terminar, descansamos uno junto al otro. Acaricio su forma envuelta en las sábanas y mi amante, malinterpretando tales gestos, se explica:

No, no soy un fantasma. El día antes de nuestro habitual encuentro semanal, fui asaltado por un par de personajes embozados. No fue un atraco cualquiera, me llamaron por mi apellido, Rodaja, aunque con un fuerte acento cockney. Pensé que iban a matarme a golpes o puñaladas, pero tras inmovilizarme, se limitaron a obligarme a tragar un maloliente bebedizo y dejarme tirado junto al portal de mi albergue, marchándose sin haber dicho ni una palabra. Logré alcanzar mi habitación, y entonces empezaron unas fuertes náuseas y dolores, junto con una elevadísima fiebre. Me debatí entre la vida y la muerte durante meses. Trasladado a España, quedé al cuidado de mi anciana madre, la única que nunca perdió la esperanza. Cuando por fin salí de mi estado comatoso, se pusieron de manifiesto las terribles secuelas. ¡De alguna forma mi carne y mis huesos se habían convertido en algo transparente como el vidrio! Casi me vuelvo loco, o quizá así haya ocurrido. Lo cierto es que, con ayuda de mi

madre y un amigo suyo recaudador de impuestos manco, logré ocultar mi condición y llevar una vida casi normal. Supe aprovechar mi nuevo estado para medrar en la Corte y pronto alcancé la confianza del Rey Felipe, el único a quien he revelado mi secreto. Para los demás soy el Doctor Muerte, un encapuchado con máscara de hierro. El propio rey fue quien me ofreció esta oportunidad para vengarme, avivando mis sospechas sobre ti para sus propios intereses. ¿Cómo pude ser tan ingenuo?

Siempre fue un simple. Mientras aparento seguir con interés su relato, alargo la mano y consigo apoderarme de mi fiel puñal y antes de que pueda darse cuenta, soy yo quién le rebana el cuello.

No obstante, ahora me arrepiento... Debí haberlo capturado vivo, para saber cómo y con quien había llegado hasta aquí. ¿Y si han podido reproducir el proceso?

Isla a la deriva

Mota, Erick J.

1.

La Habana, tal y como la ven todos, parece una ciudad de ensueño. La bahía de bolsa con el canal de entrada, el castillo colonial con el faro a un lado de esta y la avenida de Malecón al otro. A todos les gusta el azul del mar, la brisa y el sol. También gustan de los hoteles con arquitectura norteamericana de los años cincuenta. Esa es la Habana que ven todos. La de los mojitos en el Floridita y el ron a la roca en el lobby del Habana Libre, antiguo Havana Hilton.

A nosotros nos tocó vivir una Habana diferente. Una versión más gris y sin mulatas. Una Habana con los hoteles destruidos, donde el alcohol es destilado por el refrigerante de viejos interceptores Mig-25.

La verdad es que como yo ni siquiera nací en la Habana estaba un poco ilusionado con eso de ver el mar desde el Malecón. Pero cuando conseguí llegar solo pude ver la superficie oscura del océano de partículas cuánticas que rodea ahora la isla. Era como ver el vacío real. No me refiero al espacio cósmico donde la densidad de partículas es poca y la presión y temperatura muy bajas. Hablo del vacío auténtico, del espacio donde no hay realmente nada. Tan solo partículas con energía negativa, esclavas de la mecánica cuántica relativista.

Esa fue mi primera desilusión en esta Habana gris.

2.

Cuando pasé con Ortega por el Canal del Cerro los chinos estaban parapetados en las escaleras del malecón sin agua, cruzando la vía Blanca. La avenida divide dos grandes barrios periféricos de la ciudad. De esos que no salen en los mapas de turismo. Uno, el propio Canal, fue construido siguiendo uno de los ramales del viejo acueducto en la localidad del Cerro. Llamado así por sus elevaciones, fue un barrio pobre desde que en siglo XIX se asentaron allí los refugiados de la guerra de independencia. Desde entonces ha sido un barrio con mala fama y peor calidad de vida. El suburbio terminaba en la vía Blanca, en un muro alto de concreto con la misma forma del Malecón en la costa norte. Del otro lado del llamado «Malecón sin agua» estaba Santo Suárez. Un barrio clase media-pudiente lleno de casas de principios del XX, construidas con todos los recursos de su época. El combate que se desarrollaba a ambos lados de la vía Blanca

parecía una metáfora de la histórica diferencia de clases entre ambos barrios.

Los chinos disparaban ametralladoras pesadas mientras los marines norteamericanos trataban de cruzar la avenida con sus capas de camuflaje óptico. Al parecer el equipo asiático tenía visores universales, o armas autónomas con escáneres fiables, pues mantenían su posición después de pasada una hora. Todo un logro si te enfrentas a un equipo completo de los famosos marines.

Cruzamos la calle a unos cien metros de ellos y nos adentramos en Santo Suárez. Al igual que en El Cerro para recorrer este barrio es preciso subir y bajar múltiples lomas. Pero esa es la única cosa que tienen en común. De este lado de la avenida las casas son amplias y lujosas, a diferencia de las antiguas y desgastadas casas del Canal del Cerro.

Cuando íbamos bajando la loma de una calle llamada Paz escuchamos el rugido de un motor a reacción. Probablemente se trataba de un dron porque los aviones con pilotos reales habían sido abatidos hacía años. Incluso los pocos Mig-77 T que quedaban en pie usaban solo el modo caminante. Eludían los cielos, en parte para ahorrar gasolina, en parte para evitar los terribles UAV. Pronto escuchamos el silbido de los misiles y las explosiones en la vía Blanca. Al parecer el show de los chinos y los norteamericanos no le gustó a las frías mentes de los aviones no tripulados. El rumor entre los soldados de escenario 044 decía que todos los drones eran controlados de un solo portaviones acorazado interdimensional. Ahora que todos los *Interdimensional Armor Carrier* de Estados Unidos habían sido derribados supongo que los drones están por su cuenta. Dependen solo de su autonomía de vuelo y sus insensibles cerebros digitales.

Más que suficiente, si me preguntan.

3.

A veces tengo recuerdos del otro mundo. Uno que una vez fue real. Recuerdo los ojos de mi esposa y la risa de mi hija en su cuna. Por más que me esfuerzo no consigo recordar más. No tengo ni idea de cómo eran la voz de mi mujer o los ojos de mi hija. A veces el cerebro te juega bromas muy pesadas. Pero el más vivido de mis recuerdos es el primero que tuve apenas llegué a escenario 044. Pude ver el cielo azul sobre mi casa en Santos Suárez, los árboles en el cantero de la acera, los ojos de mi mujer y la risa de mi hija. Después de eso fue cómo un escáner pasivo. Todo se volvió gris. Todo lo vivo, árboles, perros, gatos, mi mujer y mi hija fueron barridos de la faz de esta tierra gris. El médico de mi regimiento, aún en la fortaleza interdimensional, dijo que era solo una pesadilla producto del viaje a este mundo. Yo estoy seguro que fue real.

En escenario 044 no hay nada vivo salvo nosotros. Es el lugar ideal para caerse a tiros sin daños colaterales o tirarse atómicas sin preocuparse por la ecología. El sitio idóneo construido por los físicos cuánticos a imagen y semejanza de la isla de Cuba. Todo igual salvo por las cosas vivas. Al menos eso es lo que dicen en la preparación cuándo nos traen. Que es una copia perfecta de todo lo inanimado que hay en el mundo real.

Lo he comprobado, es una copia fiel. He estado en mi casa y está todo. Las cartas de amor, las fotos, los juguetes. Pero no creo que sea como nos dijeron. Pienso que en un inicio fue una copia exacta. Pero no les convenía otra Cuba igual que la real. Nadie necesita dos Cubas. Así que mataron todo lo vivo para poder vender este lugar como campo de batalla. Ahora tenemos una isla fantasma, sin sol y rodeada por un océano de partículas con energía negativa.

Por eso planeo matarlos a todos. No por mí, ni por la política. Solo porque al matar todo lo que había aquí, también en cierta forma mataron a mi mujer y a mi hija. Ya no recuerdo nada de mi vida antes de este escenario de batalla. Solo el momento en el que mueren.

Ese es el Único recuerdo que me queda.

4.

Ortega gustaba de correr antes de entrar en el ejército. Planeaba ser corredor olímpico para batir records internacionales en la maratón. Pero fue reclutado, ya no recuerda por cuál razón. Servir a su patria, ganarse una beca de deporte, cualquier cosa. Los reclutadores de todos los ejércitos saben cómo convencerte. Sobre todo si eres joven y pretendes comerte al mundo.

Su preparación física le valió poder llevar un acorazado al combate. En su escuadra cuando entrenaba en la parte amazónica de Venezuela era el tanque del equipo. Aquel que llevaba un exoesqueleto acoplado y podía cargar más peso, las armas más pesadas y la mejor armadura. En la práctica sería en combate quien aguantara los tiros por los demás. Ortega se acostumbró a llevar su exoesqueleto y armadura de blindaje Chobham a la pista de entrenamiento donde, potenciado por los hidráulicos de sus nuevos implantes corría durante horas.

Cuando el regimiento de Ortega se bajó del Portaviones Interdimensional Acorazado Simón Bolívar fueron recibidos por el fuego cruzado del U.S. IAC Barack Obama y la Fortaleza Aérea israelí, Jericó 909. Los pocos que pudieron llegar a tierra antes que la Simón Bolívar arremetiera contra el IAC norteamericano fueron recibidos por

acorazados ambulantes de la OTAN y una multitud insana de drones terrestres clase Goliat. Ortega recibió tantos disparos como pudo hasta que se dio cuenta que su escuadra, así como su pelotón y compañía, habían recibido muchos más impactos de balas de todos los calibres. Así que hizo lo que sabía hacer bien. Dejar caer las ametralladoras NSV y correr. Así corrió y corrió hasta que los disparos y las explosiones desaparecieron. Cuando dejó de correr estaba en una ciudad del Caribe que nunca había visitado, estaba solo y no tenía armas de fuego. Tan solo una armadura vacía y pesada.

5.

Los drones vuelan como abejas ejecutando maniobras complejas sobre el castillo de los Tres Reyes del Morro. Es una fortaleza colonial española ubicada en el morro de la bahía de la Habana. Durante años fue uno de los símbolos de la ciudad. Una de las pocas cosas que se hicieron en la isla que no eran un duplicado de alguna construcción española o norteamericana. Un castillo sobre un risco y con un faro, un diseño muy particular que lo hace único. Estratégicamente siempre ha sido de interés. Ahora es solo un lugar demasiado cerca de esa superficie de partículas de energía negativa como para querer ir allí. Solo las IA de los drones pueden volar tan cerca de esa superficie sin perderse en el océano frontera. Sin que cada una de sus partículas se vuelva una matriz tetradimensional resultado de la aberrante ecuación de Dirac.

Ahora los drones se comportan como un enjambre de insectos. Todos forman parte de un todo que los trasciende. Han hecho su nido en el viejo castillo y se alimentan del metal y los circuitos del pecio que una vez fue el portaviones interdimensional Almirante Konshakov. De él obtienen combustible, repuestos y energía de sus generadores auxiliares. Pese a que no es un IAC de propulsión nuclear tiene suficiente combustible como para alimentar la colmena por décadas.

Creo profundamente que H.P. Lovecraft tenía razón. El conocimiento suele ser una pesada carga para los hombres. Y en mi caso, que posiblemente sea el único de los que recuerdan todo, es doblemente pesado. Llegué al escenario 044 con la 5ta brigada de ingenieros militares de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Cuba. Formábamos parte del primer despliegue de las tropas de la Alianza Bolivariana de las Américas, ALBA. Mi pelotón debía medir y ejecutar modelos sobre la estabilidad del escenario de batalla mientras durasen las acciones combativas.

Al principio todo ocurrió normalmente. Los soldados se mataban unos a otros. Los oficiales les gritaban a los soldados y obedecían a los tenientes, los drones obedecían al que tuviera los controles y tomaban decisiones simples. Lo mismo de todas las guerras, romper cosas y matarse mutuamente. Cada fuerza perteneciente a un pacto militar diferente ocupó una parte de la Isla y comenzó el viejo juego de la estrategia y la táctica.

Todo iba bien. La gente comía, dormía y se mataba del mismo modo que había ocurrido durante los últimos 4 mil años. Hasta que los muertos comenzaron a volver a sus campamentos.

6.

Ortega y yo bajamos por la calle Paz hasta llegar a una vieja gasolinera en la calle Lacret. Mi familia había vivido, en otro tiempo y en otra isla, en aquel barrio. Había sido antes de la Revolución un barrio de gente rica. O que se creía rica, lo cual para ellos era igual. Apenas Fidel llegó a la Habana montado en un tanque Sherman mi familia tomó un vuelo rumbo a la Florida. El resto de la historia se desarrolló en la ciudad de Miami. Hasta que a mí se me ocurrió alistarme como voluntario en la brigada Nueva 2506 y venir a esta isla perdida entre la espuma de Fermi.

Mi memoria es particularmente buena. Puedo recordar detalles técnicos de casi cualquier arma. Pero cada día me cuesta más trabajo recordar cómo era mi vida antes de la guerra. Acabo de recordar la historia de mi familia, sin embargo no recuerdo Miami. Tan solo la vaga remembranza de estar hablando de Cuba todo el tiempo.

—¿Recuerdas esta calle? —dice Ortega—. Aquí hallamos al cubano de verdad.

Fue hace un par de años. Cuando todo estaba lleno de rusos, chinos y coreanos. El ALBA, la confederación ruso-ucraniana y el Pacto de Beijín controlaban los barrios periféricos de la ciudad. Para Ortega, al menos, era seguro caminar por estos lares. A mí me respetaban solo porque iba con él. Para ellos el logo de la caballería acorazada bolivariana valía más que el monograma de la Nueva 2506. Supongo que tampoco estaban dispuestos a enfrentar a un soldado con exoesqueleto, armadura y ametralladoras calibre 50.

—Claro que recuerdo. El último de la brigada cubana. El hombre que se sabía la ciudad de memoria porque había nacido en ella. Recuerdo que cuando mis implantes se apagaron entró en un edificio vacío y volvió con varias pilas AA.

—Pues yo apenas si me acuerdo de su cara. ¿Qué se hizo de él?

—Murió... creo. O simplemente siguió su camino. No lo sé, tengo últimamente muy mala memoria.

Los T-82 y T-84 se abastecían del poco combustible que quedaba en los tanques soterrados de la gasolinera. Había también un M1 Abrams haciendo la cola para chupar lapoca gasolina que había quedado en este maldito mundo. Antes los rusos no dejaban a nadie que no fuera chino, coreano o del ALBA, pero últimamente los tanquistas han olvidado quiénes son sus enemigos. Se limitan a hablar solo con las tripulaciones de otros tanques y dispararles a la infantería, los acorazados y los caminantes. Ya esta zona no la controla nadie que no sea tanquista.

—Mira, Ortega —le digo señalándole al tanque norteamericano—. Uno como ese necesitamos para arreglar tu armadura.

Ortega se miró las piezas que faltaban en su armadura hecha del mismo material cerámico que el M1 Abrams.

—¿Podemos atacarlo ya?

—No, está rodeado de esos T-84. Son peligrosos porque usan blindaje reactivo y sus proyectiles tienen corazón de tungsteno.

—¿No que los T-84 y los M1 eran enemigos? Creo yo...

—Ahora son algo así como la hermandad de los tanquistas. Espera que se aleje de la manada. Entonces caeremos sobre él.

7.

El océano que rodea el escenario 044 es como un mar de Vacío. Los IAC y las Fortalezas Interdimensionales tienen motores que generan suficiente energía negativa resultante de la ecuación de Dirac como para moverse en un cuatrivector. O sea, que pueden viajar desde el mundo real hasta nuestra isla.

El escenario 044 es el área de batalla extradimensional más grande y estable que pudieron aislar los científicos del CERN. Antes había otros tres escenarios estables generados en diversos colisionadores. Copias de diferentes islas donde se libraban las guerras sin matar civiles y contaminar el planeta. Las Malvinas, Puerto Rico y

Hokkaido. Alguien descubrió que copiando islas en los escenarios de batalla se ahorran los inconvenientes de la ecuación de frontera.

Pero todos los escenarios eran inestables y terminaron hundiéndose en el océano cuántico. Antes había anillos de tele transportación para llevar tropas a otros escenarios. Usaban el principio de indeterminación para moverlos por el mar de energía negativa sin costo energético. Pero últimamente todos los que atravesaron los anillos no han regresado. Todos suponen que las demás islas zozobraron.

Nuestra copia exacta de la isla de Cuba es la única que se mantiene a flote. El resultado del escaneo satelital modelado por un ordenador cuántico y sembrado en el mar de Dirac por un ciclotrón tamaño familiar. Una tierra perdida en otra dimensión con las mismas leyes de la física. Igual gravedad, composición atmosférica y presión. Una Habana sin sol donde las playas pueden indeterminar cada partícula de tu cuerpo si te metes en el agua. El lugar ideal para librar las batallas de otros.

Los drones llenaban el cielo sobre el Malecón de la Habana. Buscaban aviones salvajes, pilotos solitarios que hacen incursiones cortas entre las pistas ocultas entre los escombros del Vedado. Los drones vuelan como una bandada de gaviotas. Sin sus operadores humanos han tenido que recurrir a sus pequeños programas autoconscientes para crear un enorme clúster usando su red inalámbrica. Es una especie de mente colmenar que se comporta como las abejas. Solo que cuando pican lo hacen con misiles. Me pregunto si tendrán una reina.

Suelo venir a la bahía y contemplar el océano de Dirac. Aún recuerdo los ojos de mi mujer y la risa de mi hija. El resto de las cosas las voy olvidando por el camino.

Los restos del portaviones acorazado interdimensional Almirante Konshakov estrellados contra el viejo Castillo del Morro me dan una idea. Solo quedan dos IAC en uso. Uno chino y otro norteamericano. A juzgar por los restos que he visto por toda la ciudad solo queda en el aire el Enterprise II o el Barack Obama.

Un plan surge en mi mente. Me aferro a él para no seguir olvidando.

8.

Todo comenzó en el quinto distrito. Según sé el lugar era una estación de la policía nacional en los años cincuenta. Después de la Revolución fue una escuela que conservó

con nombre de mártir que informalmente conservó susobrenombre original. Más tarde, por azares del destino, volvió a ser un enclave militar quedando como escuela solo el edificio principal. Allí había un viejo bunker de hormigón armado al viejo estilo soviético. Fue allí donde le encontramos.

Tenía uniforme de reservista de las Milicias de Tropas Territoriales. El logo cosido en su manga decía que había pertenecido al 101 regimiento de milicianos. Recordé por entonces que aquellos eran los enemigos naturales de mi brigada de apoyo a los marines, la Nueva 2506. Ahora esos números ya no significan nada para mí. Ni siquiera recuerdo el nombre de la ciudad del exilio donde crecí. Solo sé que estaba muy cerca de la Habana.

No recordaba su nombre o su cuerpo de ejército. Así que lo llamamos «El cubano» pues era el primero que conocimos que realmente había nacido en la isla original. Era como un perrito abandonado. Solo tenía mente para hablar de su familia. La que había tenido antes de caer aquí. Decía que cuando crearon el escenario 044 contenía vida animal y vegetal, incluso humana. Y que los sesudos del CERN habían formateado el escenario de batalla, como si se tratase de un juego. Habían borrado todo rastro de vida. Plantas, animales y personas. Solo los que habían vivido aquí podían recordarlo. Decía que cada noche soñaba con la muerte de su mujer y de su hija. Que quería vengarse destruyendo las IAC que quedaban. No le importaba si fuesen americanas o chinas.

Quería verlas arder.

Ortega y yo pensábamos que estaba loco porque ninguno de los dos recordaba haber dormido desde que llegamos a esta Cuba. No recuerdo lo que nos dijeron en la instrucción pero jamás he necesitado dormir desde que llegué aquí. Mucho menos soñar. Al menos no que yo recuerde.

En el bunker hallamos un viejo Mig-25. No era de los que llegaron con los rusos o las tropas del ALBA. Al parecer había uno como ese en el quinto distrito para clases a los soldados de la parte militar de la escuela. Tenía el tanque lleno de combustible y su sistema refrigerante tenía como subproducto varios galones de etanol. La máquina era una maravilla. Solo había que poner a cargar las baterías de litio de su electrónica de vuelo. Por entonces el sistema de soporte vital de Ortega tenía la carga completa y cuando conectamos su exoesqueleto al avión los sistemas se encendieron enseguida. Lo encendimos sin hacerlo despegar el tiempo suficiente para destilar un par de litros de alcohol. En la cabina del piloto encontramos cigarrillos.

El cubano encontró unos misiles rusos en lo profundo del túnel. Los montó mientras

Ortega y yo nos emborrachábamos. Después se sentó junto a la hoguera a contarnos de su mujer y su hija. Pero nosotros estábamos demasiado borrachos como para hacerle caso. Ortega encendió su sistema de rastreo y sincronizó su red inalámbrica a nuestros sistemas de comunicación. Después puso música directo en nuestros oídos. Fue una velada extraordinaria.

Estuvimos varios días en el quinto distrito. Tomando alcohol y oyendo los cuentos que el cubano hacía sobre la vieja Cuba. Al parecer era el único que recordaba cosas de antes de la guerra. Realmente la pasamos bien con el cubano y nadie nos atacó en ese tiempo. Pero todo lo bueno está condenado a pasar.

Un buen día apareció sobre nuestras cabezas una emisión de partículas con energía negativa en el estable cielo gris. Un Portaviones Acorazado Interdimensional.

9.

Los drones fueron los primeros en percatarse que algo funcionaba diferente. Los humanos decíamos que algo andaba mal pero para ellos solo era una anomalía. Una manera diferente de comportarse el entorno. Claramente si nuestro entorno, que siempre ha sido el mismo por millones de años, de pronto cambia solemos al menos asustarnos. Pero los drones eran jóvenes como raza y fueron los primeros en adaptarse.

En consecuencia, el cuerpo de infantería de marina de los Estados Unidos fue el primero en saber que las cosas iban mal. Los marines eran los que llevaban al combate la mayor cantidad de drones. Tenían aviones no tripulados, los UAV. Grandes acorazados autónomos llamados Goliat, que los de mi brigada les decían «patas de pollo» y se parecían a los caminantes imperiales de la guerra de las galaxias. Y drones con forma humana que se movían como felinos con armas de calibre cincuenta entre sus manos.

Ellos descubrieron que cuando un drone resultaba muy dañado como para tener que ser abandonado en combate al cabo de los días volvía. No reconstruido del todo pero al menos operacional. De alguna manera el sistema se reparaba a sí mismo. Burdamente y sin respetar el diseño anterior. Pero volvía. Un amigo del regimiento de ingenieros decía que había algo en el escenario que se le impregnaba al drone cuando renacía. Como si toda la isla pusiera de su parte en la reparación. Y la isla era un poder oscuro y retorcido. Por eso, según él, no los arreglaba correctamente.

Así fue como los marines dejaron de reparar sus drones pues sabía que se arreglaban solos. De hecho no morían, nunca definitivamente. Pero cada drone que caía y volvía de la tierra de la chatarra era más autónomo. No obedecía órdenes directas con facilidad y

era propenso a la rebelión. Suele ser difícil controlar a una máquina rebelde de 40 toneladas de blindaje y armas de calibre 14,5 milímetros. Finalmente no tuvieron más remedio que darlos por imposibles y abandonarlos a su suerte.

Así fue como los drones se volvieron los primeros animales salvajes de este mundo. Tomaron posesión de ciertas zonas y recursos y se dedicaron a evolucionar. Se reparaban, se rediseñaban y construían copias mejoradas de sí mismos. Como si fueran autómatas celulares o sondas von Neumann.

Pero esa nueva cualidad también afectaba a los seres humanos que morían en combate. Nos afectó a todos. Incluso a mí que nunca morí en combate.

Miro la pistola en mi mano y recuerdo las conclusiones a las que llegamos por entonces, cuando nos limitábamos a observar los drones americanos. Las cosas han cambiado y lo pienso dos veces antes de llevarme el cañón a la boca.

10.

El tanque se defendió lo mejor que pudo. Pero estaba solo en una calle estrecha y habíamos dejado caer sobre él una turbina de una fortaleza interdimensional que oscilaba inestable sobre la ruina de un edificio. La mole de metal reforzado no pulverizó el tanque pero su peso consiguió inmovilizarlo. Movía la torreta y las esteras tratando de librarse de la pesada carga. En breve lo hubiera conseguido si no hubiéramos caído sobre él como depredadores sobre una presa. Por suerte su cañón estaba trabado entre una pared del edificio y el pedazo de portaviones. Tan solo la ametralladora auxiliar se movía sola disparando en todas direcciones.

Ortega se colocó en uno de sus puntos ciegos y la arrancó de una ráfaga de sus NSV. Yo me limité a acercarme a la caja de las baterías, que por suerte había perdido blindaje, y romperlo todo. El M1 Abrams dejó de moverse. Su electrónica estaba aniquilada y cómo máquina estaba clínicamente muerto. Solo la parte orgánica en su interior latía lentamente con el soporte vital sin energía.

Todos sabíamos que era cuestión de tiempo que las baterías del tanque se reconectaran y el sistema volviera a levantar el mando automático y el soporte vital del conductor. De una manera o de otra la mole de blindaje Chobhan se libraría de su prisión. Y estaría muy enojada.

Así que nos apresuramos a desprender el blindaje cerámico que necesitábamos para las reparaciones de Ortega. Salimos corriendo de allí antes que la máquina moribunda radiara un S.O.S. a los T-82 en los alrededores. Ortega se antojó de coger las municiones de la ametralladora de apoyo. Yo le dije que las Browning usaban una munición diferente a las NSV. Pero él insistió en que calibre 50 era calibre 50 y nos llevamos todas las cintas de balas. No había tiempo para discutir.

Ya lejos del territorio de los tanques, casi en el límite de la zona drone, nos sentamos a contar el botín. Había suficiente material cerámico para reparar el peto y el sobrepeto de Ortega. Hacía mucho que no se quitaba la armadura y ya parecía parte de él. Las perforaciones en su blindaje, provocadas por disparos directos de lanzacohetes, eran la única constancia de la humanidad de Ortega. Por ellas quedaba al descubierto su piel cobriza, mezclada con retazos del uniforme del ALBA y la cablería del exoesqueleto insertada en su carne. Cables que sabía se unían a sus terminales nerviosas.

Me encargué de remendarle la armadura lo mejor que pude. Cuando llegó el momento de contar las balas Ortega comenzó a intentar meter los cartuchos Browning en la recámara de su NSV.

—Te digo que son diferentes. Esos no te sirven.

—Pero son calibre 50, igual que mis ametralladoras.

—En realidad el calibre de estas balas es 12,95 milímetros, punto 510 en pulgadas. Ese es el estándar para munición OTAN de grueso calibre. Tus NSV son rusas y usan calibre 12,7 milímetros. El punto 50 *Russian* es más fino y la bala es más larga. No son compatibles. Traté de decírtelo en medio del combate pero era complejo de explicar. Lo siento

Ortega pareció desilusionarse. Su cara tras la barbera pareció entristecerse. De hecho, bajó la visera para que yo no viera como se humedecían sus ojos. Había actuado apresuradamente y ahora tenía las consecuencias delante de sus ojos.

—Ya que sabes tanto, dime lo que significa NSV —Ortega siempre hacía lo mismo cuando discutíamos. Me hacía una pregunta difícil, de esas que él no podía responder—. Anda, dime qué significan mis ametralladoras calibre cincuenta.

—Ya te lo he dicho otras veces. *Nikitin, Sokolov y Volkov*. Son los nombres de los

diseñadores. Los que la inventaron.

Ortega suspiró. La enorme armadura pareció que iba a explotar.

—¿Qué hacemos ahora, Manolo?

—Lo que hace todo el mundo. Ir a ver al tío Jesús.

11.

Mi plan era simple y requería ayuda mínima. Solo tenía que hallar un avión de combate sin piloto. Uno preferiblemente artillado. Aguardar frente al contador de partículas que apareciera una fuente de energía negativa, señal inequívoca de la presencia de un Portaviones Acorazado Interdimensional. Pero todos los aviones, sin tener en cuenta cuántas veces fueran derribados, tenían su piloto dentro. O lo que quedaba de él. Cada vez que uno moría volvía a la vida fusionado a su máquina. A cada muerte más se unían la carne con el metal y los nervios con la electrónica digital. Todos eran cyborg con forma de tanques, caminantes, transformadores o aviones.

Habían dejado de pelear por su bandera y su ejército para afiliarse en una especie de sindicatos. Los aviones volaban en bandadas de F-16, Mig-35 y Mirage 4000. Los aviones multipropósito Mig-77 T volaban y caminaban a intervalos junto a sus homólogos los F-22 *Transformer*. Caminantes moscovitas movían sus pesadas articulaciones junto a Walkers israelíes y Olifant Mk-34 sudafricanos. Había mafias, sindicatos y hermandades de diferentes tipos por toda la ciudad. Exploradores con camuflaje mimético y fusiles de francotirador, infantería acorazada con pesadas armaduras y exoesqueletos, tanques de guerra de todos los tipos andaban por las calles como si se tratase de una pandilla de motoristas. Todos luchaban por los recursos, gasolina y generadores de electricidad, entre sí y contra las manadas de drones.

El escenario de batalla había cambiado. Solo los chinos y los marines defendían su bandera. Permanecían juntos como un cuerpo de ejército obsoleto en medio de un mundo de desertores. Cuando morían volvían íntegros como humanos. Algunos pegados a sus fusiles o lanzagranadas, otros a los equipos de comunicación. Pero siempre soldados, siempre defendiendo su bandera y gritando sus consignas. Ambas cosas ya olvidadas y sin sentido para ellos. Recordadas solo por la rutina de ser repetidas.

Aún quedaban militares que no morían. Oficiales de distintos ejércitos que monitoreaban el caos en el campo de batalla sin derramar una gota de sangre. Los almirantes en las fortalezas interdimensionales chinas y los IAC norteamericanos. Yo los haría caer. Los haré sufrir como sufren los demás. Les cortaré la esperanza de volver a casa. Les haré lo mismo que me hicieron a mí al traerme a este mundo de pesadilla donde solo puedo recordar los ojos de mi esposa y la risa de mi hija.

Tenía que encontrar un avión que no hubiera sido traído en un IAC. Necesitaba un avión que ya estuviera aquí. Posiblemente uno que se usara con fines pedagógicos en alguna academia militar. Luego de andar y desandar la ciudad encontré un Mig-25 en el quinto distrito. Cerca del barrio donde nací.

También me encontré a dos sobrevivientes. Un explorador de la brigada de apoyo 2506 y un acorazado andante del 5to regimiento del ALBA. Era una pareja muy dispar. Manolo con su capa mimética, chaleco de kevlar y carabina M4. Pertenecía a no sé cuál división que no era norteamericana pero me parecía muy unida al U.S. ARMY. A juzgar por su acento era cubano pero aseguraba no haber nacido aquí. Tenía buena memoria para los calibres y las armas pero no recordaba la ciudad en la que nació. Posiblemente Santiago de Cuba o alguna otra ciudad de Oriente. Ortega era venezolano, ecuatoriano o boliviano. No quedaba claro de cuál país de la Alianza Bolivariana provenía y él no lo recordaba. Realmente Ortega recordaba pocas cosas. Pero era bueno corriendo con todo aquel peso del blindaje y las ametralladoras.

Destilamos alcohol usando el sistema de enfriamiento del viejo Mig de acero y nos sentamos junto al fuego a hablar de las cosas que aún recordábamos. Todo fue bien por un tiempo. Incluso olvidé la pena que me afligía en medio de aquel compañerismo improvisado. Hasta que el contador de energía negativa del Mig comenzó a dar pitidos. Había llegado el momento.

12.

Los humanos también volvían. Pero la carne llegaba fusionada con sus equipos de guerra. Y olvidaban. Pronto aprendimos la lección. Como en un grotesco juego de combate multi-jugador no podíamos morir pero cada vez que nos mataban perdíamos algo. Las mejores teorías las radiamos al Portaviones Interdimensional Acorazado Simón Bolívar momentos antes que fuera acorralado por la Barack Obama y la Jericó 909. Tanto la Obama como la Bolívar cayeron sobre lo que quedaba del Capitolio y el Parque Central. La Jericó 909 recibió fuego de las últimas baterías antiaéreas móviles de mi división. Escapó en el mar de Dirac justo antes que los drones andantes Goliat M-15

y Golem-900 acabarían con mi división.

Desperté fusionado al sistema coheteril móvil donde me hallaba antes del ataque conjunto. Mi percepción estaba aumentada por las lecturas de radar y visión nocturna. Me alejé del campo de batalla en cuanto pude mover mis esteras. Fue mi primera muerte y realmente olvidé poco. Tan solo unos cuantos sueños que ya no valían de nada. De la Jericó 909 no se ha sabido más nada. Solo espero que hayan interceptado el mensaje y compartieran la información en la Tierra más allá del Océano cuántico.

He pensado y repensado mi actual cuerpo muchas veces. He fusionado el sistema de cohetes con un caminante moscovita. Y este híbrido, a su vez, se ha unido a un coloso de la brigada de la OTAN. He sellado cada unión con un disparo en mi sien, mi nuca o mi barbilla. Con cada muerte regreso con menos recuerdos y más completo. Ahora, por primera vez en mi vida me siento verdaderamente completo. Lejos de la vulnerabilidad de la carne.

Pero falta algo para llegar a la perfección. Necesito un motor de energía negativa y un sistema automático de vuelo por el Océano de Dirac. Y sé justamente dónde encontrar ambas cosas.

13.

El tío Jesús había sido reservista de la U.S.NAVY. Llegó a la isla cuando fue derribado el primer *Interdimensional Armor Carrier*. Nunca fue rescatado y por suerte escapó en una pieza del naufragio junto a dos de sus sobrinos. Uno era de los SEAL y otro de los marines. Pronto se dio cuenta que aquella guerra no tenía futuro como guerra pero tenía un potencial infinito como negocio. Aquella isla en medio del vacío era una prisión para todos. En algún momento cesaría la llegada de suministros y la gente empezaría a vender lo que tiene para comprar lo que necesita. Ese era el momento ideal para hacer negocios.

La única moneda que circula en las zonas de guerra son las balas. Y en un escenario de batalla donde combatían facciones de los diferentes pactos militares del planeta había un sinnúmero de estándares de munición. Jesús y sus sobrinos habían establecido algo parecido a un banco y una casa de cambio. Se apoderaron de un almacén que los chinos habían improvisado en el estadio Latinoamericano, en medio del barrio del Cerro, y establecieron allí su centro de operaciones.

Después de plantar armas robot y lanzacohetes múltiples a lo largo del perímetro comenzaron sus actividades como banca. En la ciudad existen solo tres casas de cambio de munición. Los chinos tienen una y los rusos otra. Pero el tío Jesús fue el primero. Además de por ser puertorriqueño, había olvidado muchas cosas pero eso no, el idioma no era un problema.

—200 balas de calibre 50 BMG. La tasa de cambio contra el calibre 50 ruso es a 0,9 así que son 180 balas.

—¡Eso es una estafa, Jesús!

—Los chinos te lo cambian a 0,8; eso es una estafa. Lo tomas o lo dejas.

Las armas robot se viraron hacia nosotros. Estaba seguro por el ancho del cañón que usaba algo superior a las balas que estábamos cambiando. Tal vez un *.577 Tyrannosaur*, o mayor. Por muy sofisticado que fuera el blindaje de la armadura de Ortega no podría aguantar una ráfaga sostenida de aquello que colgaba del techo. Podríamos volver de la muerte pero para entonces nuestros cuerpos habrían sido despojados de todas las municiones. Así que le hice una seña a Ortega para que no protestara.

—Está bien, tío Jesús. Lo tomamos.

—Vuelve cuando quieras, Manolo. Es bueno hacer negocios contigo.

—Mi madre me lo decía, no hagas tratos con reservistas de la NAVY.

El tío Jesús rió por lo bajo.

—Una mujer sabia, diría yo.

14.

Despegué el Mig-25 y alcé el vuelo. Algunos drones salvajes de una colmena cerca de las ruinas del portaviones Yihao intentaron darme caza. Aceleré hasta el mach 3 dando vueltas en zigzag y terminé por dejarlos atrás. Frente a mí, en lo alto del cielo gris estaba el portaviones acorazado interdimensional. Era tan grande como un portaviones naval clase Nimitz. Solo que estos flotaban en el aire gracias a los motores de energía negativa y tenía doble coraza. Cualquier ataque directo sería inefectivo contra aquella mole de acero reforzado, lanzaderas de cohetes y cazas de escolta. Pero tenía a mi favor la propulsión de todas las fortalezas y portaviones interdimensionales. Sabía exactamente cómo llegar al reactor nuclear.

Me escabullo entre la lluvia de metralla y disparo mis cohetes igla contra la coraza que protege el sistema de enfriamiento del reactor. Ni todo el arsenal de un avión Mikoyán podría atravesar 25 metros de acero y plomo que rodean el reactor. Pero un Mig-25 a la velocidad adecuada puede ser un proyectil muy poderoso. Un proyectil de acero y titanio con dos gigantescos motores turbo jet. En cuanto la radiación haga disparar todos los sistemas de emergencia. Abandonarán la pelea y regresarán a casa. Es lo que hacen los altos oficiales de todos los ejércitos. Mantenerse a salvo en sus bunkers o naves de mando.

Pero ahora, equilibraré las cosas. Les haré pagar por habernos traído aquí. Da igual si zozobran en este espacio perdido donde renacerán unidos a su equipo de combate como si se indeterminan en el espacio de Dirac. Incluso si regresan al mundo real será una explosión nuclear que toda la Tierra recordará.

Un regalo de los soldados que dejaron abandonados en el campo de batalla 044 de la isla de Cuba. Para proteger a los civiles y la ecología. Por lo que sé, cuando colapsó la onda de probabilidad cuántica de esta isla en este sitio nacieron y murieron once millones de civiles, así como más de seis mil especies vegetales. No hubo ni piedad para unos, ni ecología para otros cuando borrarón la vida de este escenario de batalla. Así que se joda el mundo y su ecología. Que se joda la humanidad y sus reglas de proteger a unos a costa de otros. Pensaron que con sacar el horror de la guerra del planeta conseguían eliminarlo. Que con inventar un mundo en medio de un mar cuántico, donde ni los periodistas ni los corresponsales de guerra pueden mostrar nada, la harían desaparecer de las mentes de todos.

Ahora, llevaré ese horror de vuelta a casa.

15.

Estuve suicidándome hasta que no tuve manos para sostener la pistola. Para entonces

todo mi yo se había fusionado al caza estratégico y pude volar hasta los restos del portaviones interdimensional Almirante Konshakov. Los drones dieron guerra pero conseguí arrebatárselos el CPU del ordenador de vuelo. Ahora, después del último disparo no tengo manos, ni barbilla. Ahora puedo pensar el software de vuelo por el mar de Dirac. En mi visión tengo los marcadores de combustible y energía eléctrica. Ambos están por la mitad. Tengo suficiente gasolina para volar hasta los restos del portaviones interdimensional chino Yihao. Pero no tengo suficiente carga en mis baterías.

Justo en los restos de la vieja refinería junto al puerto de la Habana vi un grupo de cazas estratégicos y *transformer*. Rodeaban un grupo electrógeno. Los cables brotaban del generador, se enredaban en el suelo y llegaban a cada maquinante. Todos estaban conectados, tomando carga para sus sensores y pantallas. Parecían un grupo de mendigos alrededor de una estufa en medio de la nieve. Solo que sus harapos eran de aluminio, titanio y acero. Conté cerca de doce figuras robóticas transformables o semitransformables en aviones a reacción.

No podría enfrentarlos a todos así que opté por la solución diplomática. Me acerqué y les pedí amablemente un poco de corriente eléctrica. Soy una gran mezcla de muchas cosas pero un gran porcentaje de mí es un gran caza estratégico. El mundo ahora se rige por gremios y yo no pertenezco a ninguno. Soy mitad caza, mitad caminante, mitad qué sé yo qué. Bien pueden expulsarme.

Deliberan y deciden darme un cable. Me dejan quedarme con la condición de que me largue apenas mis baterías se carguen completamente. Acepto el trato. Deben estar nerviosos luego de mi ataque a la colmena del castillo del Morro. A nadie le gusta estar cerca de quien desató el avispero drone. Solo por si los UAV deciden tomar represalias.

Volé directo a la periferia de la ciudad. Cerca del barrio de Santo Suárez, casi llegando a Lawton. Justo donde según los mapas de los exploradores coreanos está varado el portaviones chino. Un lugar llamado quinto distrito.

Cuando encuentre el reactor nuclear y el motor de energía negativa necesitareé alguien que me dispare.

16.

Volvimos al quinto distrito y nos acordamos de cómo murió El cubano. Es difícil recordar eventos pasados pues es como una bruma que rodea nuestros recuerdos. Ni siquiera recordamos nuestros propios sueños. Apenas recordamos haber dormido. Solo después de ver a Ortega recostado a un poste durmiendo como un bebé dentro de su armadura fui consciente de ello.

Recordamos el portaviones interdimensional que apareció sobre nuestras cabezas. El espectro se llenó de datos de wifi y comunicaciones radiales encriptadas. Logramos saber que se trataba del Enterprise II el último de los IAC en uso. No solo por Norteamérica sino por todo el mundo. El cubano impactó el avión, ya ni recuerdo de qué tipo era, contra el acorazado interdimensional y toda la nave desapareció como si hubiera forzado sus motores a volver a casa cuanto antes.

Después, ni un escombros, ni un misil. Solo un par de drones salvajes del enjambre de la Yihao sobrevolaron el área. Nos fuimos con discreción pues se nos estaban acabando los cigarros. Cambiamos un misil igla del Mig por una caja de picadura negra y papel en el estadio del tío Jesús.

Recordamos poco pero el recuerdo es más vívido cuando estamos en el lugar donde sucedió todo. Debe haber sido hace mucho porque la picadura se nos acabó hace un tiempo. Prácticamente estamos matando para robar cigarros y fumar algo. No mucho, la verdad.

Los drones están alterados. Como si algo hubiera revuelto la colmena. ¿Quién estaría tan loco como para atacar un enjambre UAV? En especial este que tiene drones terrestres clase Goliat, Golem y M-808. O al menos una versión más inteligente de todos ellos. Me cuesta recordar las cosas pero la mayoría de los nombres de las armas no se me olvidan. Recuerdo que me gustaba recordar eso.

Llegamos al viejo campamento donde una vez estaba el viejo Mig. No recuerdo el modelo, un número impar mayor que 20. No había ningún avión y el lugar estaba hecho una ruina. Había destrozos de drones por todas partes. Ortega subió a una elevación que posiblemente mal cubría un refugio antiaéreo y lo vio. Cuando seguí sus pasos pude ver los restos de la fortaleza interdimensional china que se movían. Algunos drones aún combatían en su interior. Defendían su antiguo nido de la fortaleza que cobraba vida. Las armas de diferentes calibres, los lanzamisiles y hasta los grandes cañones Gauss disparaban a los drones que se batían en retirada.

No sé cuándo me percaté que teníamos red inalámbrica. Claramente no era una gran red, tan solo la poderosa wifi generada por el sistema de comando del acorazado chino. Pero no había datos que compartir, ni siquiera había nadie conectado. Solo un mensaje sin

encriptación. Limpio y claro en mi implante cerebral como una llamada telepática.

root@yihao.wifi>>Mátame.

user@yihao.wifi>>¿Qué?

root@yihao.wifi>>Que me mates. Necesito fusionarme con la fortaleza. Y si los drones consiguen matarme me desguazarán antes que vuelva. Este mundo funciona así. Cuando mueres no puedes irte porque tantas partículas con energía negativa impiden que te vayas. Entonces vuelves y el propio escenario te repara con lo que tiene a mano. Y lo que tiene a mano es mucho acero, kevlar y circuitos de comando. Por eso con cada muerte olvidamos cosas y nos volvemos más máquinas. Es el precio por vivir en el mundo del otro lado del espejo.

user@yihao.wifi>>¿Cuál espejo?

root@yihao.wifi>>Si te leíste el libro no debes recordarlo. Solo mátame y estaremos en paz.

user@yihao.wifi>>¿Qué me gano yo con eso? Tú tendrás propulsión nuclear y un motor cuántico para navegar en el mar de Dirac. Pero nosotros tendremos que lidiar con los drones enojados que dejaste sin un nido.

root@yihao.wifi>> Creo que tengo una propuesta interesante para ti.

17.

Usé la última bala de mi carabina M-4 para dispararle. Hube de emplearme a fondo. Debía acertar a lo que quedaba de cabeza de aquello que un día fue un hombre. Estuvo inmóvil una eternidad mientras los drones volaban como aves carroñeras sobre la gran mole de la Yihao. Cuando se levantó era como el nacimiento de un gigante. Los drones se alejaron y antes de encender sus motores de energía negativa la fortaleza dejó caer sobre nosotros todas sus reservas de balas calibre 50 *Russian*. Supongo que se trataba de una versión china pero el estándar era el mismo. Por suerte.

Ortega estuvo feliz al punto que por una vez no le importó cargar peso de más. Teníamos balas como para cambiárselas a los T-82 de las afueras por picadura de tabaco. La vida no florecía pero había suficiente tierra fértil y algunas fortalezas estaban llenas de semillas.

Yo encontré un drone andante israelí. Una versión avanzada del Golem-900 con armas de estándar OTAN. El CPU del sistema de inteligencia artificial había sido arrancado violentamente y lanzado lejos. Imagino que fue un último regalo de nuestro amigo misterioso.

Estoy listo para morir una vez más. A fin de cuentas no me importa tanto olvidar algunos estándares de calibres y marcas de tanques, caminantes o aviones. Es un precio pequeño a pagar por un mejor blindaje y un cuerpo casi tan duradero como el de Ortega. Después de todo a quién le importa que la AKM se llame *Avtomat Kalashnikova Modernizirovannyj*. Bueno, a Ortega le gusta que lo repita, pero ya encontraremos otra forma de pasar el tiempo.

Está frente a mí con sus ametralladoras NSV. Me pregunta si lo recordaré cuando despierte. Le digo que sí. Que es imposible olvidar a alguien con una armadura tan grande. De todos modos le instruyo, por si no recuerdo nada, para que me saque de la ciudad. Me lleve a los campos donde los tanques y los caminantes cosechan tabaco.

Estoy cansado de esta ciudad que ni siquiera es tan bella sin sol y sin mar. Además, se nos están acabando los cigarros.

La otra

Salazar Maciá, Malena

La noticia de la herencia revolucionó la casa como si anunciaran que llegó carne de res por pollo. Se trataba de una tía de mi papá, Serafina E. Mora, según la notificación. Recordaba haber visto un par de fotos de ella, sólo porque decían que se parecía a mí, pero nunca la vi en persona. Mamá se armó de viejos recibos, calculadora y bolígrafo, y pasó esa tarde en medio de cuentas para determinar lo que faltaba para pagar el refrigerador. Mi hermana dijo que su parte se lo gastaría en la peluquería. Yo estaba más interesada en comprarme una laptop, así se me facilitaba la Universidad sin que me reclamaran tiempo de máquina. Papá fue el que menos se pronunció. Al final, mamá era la económica financista de la casa. Si él tenía alguna idea que incluyese dinero, ella lo convencía de cambiarla.

Pero los planes de todos se aguaron cuando papá llegó del correo con cara de perro lloviznado, junto a dos hombres que cargaban una caja estrecha, delgada y más alta que él. La dejaron en una esquina de la sala y se marcharon sin aceptar café. Asaltamos el paquete para rasgar el embalaje a toda prisa, como si allí se escondiesen maletines con oro. La primera en soltar algo fue mi hermana:

—¿Un espejo...? ¡Y manchado! ¿Dónde está el dinero? ¡Esos tipos del correo te estafaron, papi!

Papá explicó —con la paciencia que sólo tenía él—, que la herencia nunca fue dinero, sino aquel espejo antiguo. La tía había donado sus bienes al Estado, pero expresó en su testamento, que aquel mueble fuese entregado a sus parientes vivos más cercanos. Y él encajaba en esa definición. Para terminar las discordias —y el berrinche de mi hermana que no pudo hacerse la queratina en el pelo—, el espejo se puso en la sala de tal forma, que todo el que pasase se reflejara de cuerpo entero.

Al cabo de unos días con la «herencia» en medio de la sala sin dar brocha ni color, mamá dijo que lo mejor era guardar el espejo en el cuartico de desahogo —de trastes físicos y emociones humanas—. Papá, con esa nobleza suya de no contradecir a su esposa en cosas triviales, aceptó sus razones, ya que el espejo no podía acomodarse en ningún cuarto, debido a que ya todos tenían uno. A la única que le serviría era a mi hermana, para que se admirase la barriga desde otro ángulo, pero su habitación ya era de por sí pequeña y en vez de dormir en la cama, tendría que dormir encaramada en el espejo.

Así que me vi cargada de periódicos viejos, una sábana cucaracheada y la orden de

embalsamar el mueble para su confinamiento. Confieso que no me tomé a mal el encargo. Quizás diese con un doble fondo y algo del dinero que la tía Serafina E. Mora no donó al Estado, y lo destinó a sus queridos parientes suertudos de recibir la herencia.

La primera impresión que tuve cuando me reflejé, es que esa no era yo. El corazón me dio un salto y me mantuve a una distancia prudente. Hasta que detecté que la lámpara del fondo, no era la misma que aparecía en el espejo. La mía era azul cielo con pantalla blanca, la otra, de un azul más oscuro y pantalla beige. Tampoco los butacones eran del color exacto de los míos. Y la otra yo, después de una segunda ojeada, tampoco era igual. Tenía un lunar en la nariz, el cabello más oscuro y revuelto, sus ojos eran color avellana, mientras los míos eran pardos.

Acerqué la cara. La otra me imitaba, como todo reflejo que se respetase. Alcé una mano y la moví de derecha a izquierda. De repente, la otra abrió la boca y empañó su lado del espejo. Con un dedo, escribió una palabra nítida y sonrió.

Yo no podía moverme de la impresión. Como la otra quedó en mi posición exacta —a excepción de la mueca animosa—, me dije que sólo era estrés de los exámenes, la presión del profesor *Todobien* con la entrega del seminario de Romeo y Julieta y su manco de Lepanto. La ilusión se rompió cuando, una vez desaparecidas las letras, la otra volvió a empañar el cristal —o vidrio, o separador, o puerta a algún mundo o lo que fuese— y escribió otra palabra, más clara:

No pude evitar mover los labios, sin sonido, no sin cierta dificultad para comprender: ¿asile? La otra al seguir dueña de su movilidad, asintió, su rostro iluminado de alegría, como el preso a quien le acaban de conmutar la pena de muerte por libertad condicional. Mas se ensombreció angustiada, golpeó su parte del espejo hasta hacer temblar el cristal —su cristal, el mío estaba inamovible— con la desesperación recorriéndole cada línea de la cara. Se palmeaba el pecho, como si tuviese mucha prisa por hacerme entender algo, no dejaba de gritar, muda como una jicotea: «asile, asile ¡ASILE!».

Hasta que comprendí que todo buen espejo, reflejaba las cosas al revés. ¡La otra se llamaba Elisa! Con su mismo mutis, vocalicé el nombre a lo que ella asintió, complacida. ¡Al fin nos comprendíamos! Elisa me señaló, se encogió de hombros y volvió a señalarme. Me acerqué a empañar el espejo para escribirle mi nombre, pero ella me detuvo con un gesto, luego, se señaló el oído con insistencia. No comprendí a la

primera. ¿Le dolía la oreja, le picaba, era sorda...? ¡No! Elisa quería *escuchar* mi voz. Quizás esa era la única forma de sacarla de allí. Me quedé cerca, las manos apoyadas en el cristal. Elisa permanecía expectante.

—Yo... —me sentí tonta hablándole a un espejo que me devolvía todo al revés. Y más tonta por pecar de *yoísmo*, como recordaba el literato *Todobien* en sus clases—, me llamo Claudia...

No terminé de pronunciar cuando la visión se me emborronó, como si me abatiese el cansancio de horas frente a la PC de leerme *Romeo y Julieta*. Escozor y debilidad en cada uno de mis músculos hasta quedar agarrotada como un palo. Ni siquiera sentí el golpetazo de caer al suelo.

Pero de que caí lo hice, porque cuando fui dueña de mis actos, el dolor me atenazaba en cada articulación de tal forma, que parecía que me desbaraté por una escalera. Mi visión seguía mala, las piernas ni siquiera me aguantaban y cedieron bajo mi peso. Me aferré al espejo y pude ponerme en pie. Allí estaba Elisa, todavía del otro lado, con un cristal separándonos. «No funcionó»; pensé, abrumada por no sacarla de allí... ¿pero por qué entonces ella parecía tan feliz?

Hasta que miré mis manos y estaban arrugadas llenas de manchitas oscuras, con un montón de venas azules que se adentraban en mis brazos huesudos. Vestida con una bata de casa, mis pies con las uñas llenas de hongos metidos en chancletas Zico, ennegrecidas de días sin lavar. ¡No, no, no, esa no era yo... yo era la otra, la que estaba del otro lado del cristal...! Cuando hablé, salió un graznido áspero por la desesperación:

—¿Elisa?

La otra sonrió, el gesto oscurecido por el triunfo de sus ojos —*¡mis ojos!*— pardos.

—«No» —tuvo el cuidado de vocalizar, sin dejar escapar el mínimo aliento de sonido—. «Ahora, Claudia Mora.»

La vi agacharse y grité: ¡NO!; pero la otra ya había pegado el primer periódico ante mi cara. Mi nueva ventana al mundo terminó de oscurecerse de noticias viejas y rostros amarillentos, después supuse, terminé en el cuartico de desahogo.

Dejo esta nota en el mundo de la otra para advertir, por si alguien tiene la oportunidad —a mí no me queda mucho tiempo en este cuerpo marchito que se consume a sí mismo por segundos—, de impedir que Serafina Elisa Mora, no... Claudia Helena Mora, continúe viviendo para siempre.

La señora Nines

Dolo Espinosa

La señora Nines era de la opinión de que siempre es conveniente poner una vela a Dios y otra al Diablo para, de esta manera, estar a bien con ambos "porque nunca se sabe lo que puede ocurrir". Así que, sin dejar de acudir a misa todos los domingos y fiestas de guardar, la señora Nines (la viva imagen de la abuelita Paz... si la abuelita Paz le hubiera dado al anís un poquito más de la cuenta) también practicaba su poco de satanismo. Nada serio, ni sacrificios humanos, ni misas negras, ni orgías, ni nada parecido, que la señora Nines era muy señora y no se rebajaba a según qué cosas, faltaría más. Lo suyo era, como mucho, algo de magia negra, su poquito de vudú, alguna invocación sin importancia... Era, según ella, un entretenimiento "completamente inocente y sin ninguna maldad".

Por eso, cuando la señora Nines (ochenta orondos años) se enamoró de un jovencuelo (30 gimnásticos años) no le fue difícil llegar a la conclusión de que la mejor solución a su situación era invocar al diablo y vender su vieja alma a cambio de que le devolviera la juventud y la belleza perdidas tanto tiempo atrás.

Con lo que no podía contar la señora Nines era con que, justo el mismo día en que decidió hacer la invocación, se celebrara un gran aquelarre. Mejor dicho El Gran Aquelarre, la gran juerga, la reunión anual (e internacional) de brujas, demonios, súcubos, íncubos y demás seres del inframundo. Por supuesto, nadie quería perderse semejante fiestón ¿Quién querría? Incluso se rumoreaba que iría el hijo del Jefe: Anticristo; las brujas y súcubos (y algún íncubo) andaban como locas porque de todas eran conocidos los "poderes sobrenaturales" que poseía y que le habían hecho famoso en el mundo de la pornografía. De modo que, en el infierno, sólo quedaban unos cuantos diablillos de guardia que, por supuesto, estaban de muy mal humor y a la señora Nines le fue a tocar el más torpe, el más despistado y el más malhumorado de todos ellos.

El diablillo, con la mente en la juerga que se estaba perdiendo, prestó poca atención a la señora Nines, prestó poca atención a lo que pedía y prestó escasísima atención al conjuro de concesión del deseo. Tan poca atención estaba prestando que hasta olvidó decirle a la señora Nines que firmara el contrato de cesión del alma. Cuando, más tarde, se dio cuenta de semejante desaguisado decidió que lo mejor era no decir nada a nadie pues ya le habían advertido que, de tener un fallo más, acabaría haciendo guardia a las puertas del infierno por toda la eternidad y, la verdad, él tenía aspiraciones más altas que esa...

¿Y qué fue de la señora Nines?

Pues que el deseo le fue concedido... en cierta manera. Había recuperado la juventud y la belleza, desde luego, pero dado el pequeño despiste (bueno, vale, el garrafal fallo) del diablillo en cuestión, la Señora Nines recuperaba ambas cosas sólo los fines de semana. Así como el Hombre Lobo se transforma en este cánido las noches de luna llena, la señora Nines, en cuanto llegaba el viernes se transformaba en un pibón de 25 años... hasta el domingo, en que recuperaba su forma y achaques habituales. No era lo que ella quería pero, oye, encima que le había salido "gratis" no iba a ir quejándose ¿verdad?

Quien no se conforma es porque no quiere y la señora Nines decidió que, aunque sólo fuera los fines de semana, iba a disfrutar como una loca de su segunda juventud.

Intentó, pues, ligarse al treintañero buenorro, pero no funcionó porque el tal resultó ser gay y, además, casado. Cuando la señora Nines se dio cuenta de su falta de ojo clínico amoroso, en lugar de hundirse en la desesperación, pensó que ya no tenía edad para andar deprimiéndose por amores contrariados, se encogió de hombros y se fue de compras. Se compró toda la ropa sexy que encontró y, dispuesta a sacarse un sobresueldo (o una sobrepensión) se fue a un club de streap-tease y se presentó como stripper. Y, desde entonces, cada fin de semana, la señora Nines se transforma en Vicky, la stripper más sexy del Club Alucine. De viernes a domingo baila, bebe, se divierte y liga con quien quiere. Y, si el lunes por la mañana, se despierta con alguna de sus conquistas en su cama, la señora Nines se levanta sin hacer ruido, se viste y se va a la cocina. Cuando el ligue en cuestión se despierta, esperando ver a la chica con la que se divirtió la noche anterior, lo que se encuentra es una dulce ancianita que dice ser la abuela de Vicky y que le prepara el desayuno mientras le cuenta que su nieta ha tenido que salir corriendo por cualquier asunto.

Así que, si un día conoces a una stripper llamada Vicky y pasas la noche con ella y, al despertar, te encuentras con que estás solo con su abuela... Y si la abuela en cuestión dice llamarse Nines... Tal vez sea sólo casualidad... y tal vez no. Sea como sea, disfruta del desayuno y piensa que podría haber sido peor, podrías haber ligado con una mujer lobo...

Los deshauciados

Yoss

La historia humana se remonta a miles de años, pero el año solar terrestre tiene sólo 365 días. Así que resulta inevitable que con el tiempo cada uno acabara acumulando cierta cantidad de efemérides más o menos relevantes.

El 19 de julio no fue la excepción de la regla.

El 19 de julio del 64 comenzó el gran incendio de Roma, bajo el emperador Nerón. En el del 1525 el reformador religioso Martín Lutero fue excomulgado por el papa León X. En el del 1692 fueron ejecutadas las 5 supuestas brujas de Salem, Massachussetts. En el de 1799 se descubrió en Egipto la Piedra de Rosetta, inscripción bilingüe que permitió descifrar los hasta entonces incomprensibles jeroglíficos faraónicos. En el de 1870 se inició la Guerra Franco-Prusiana, con el ascenso de la estrella de Bismarck y la caída de la de Napoleón III. En el de 1979 triunfó en Nicaragua la Revolución Sandinista, derrocando al dictador Anastasio Somoza. En el de 2007, la sonda Cassini-Huygens de la NASA descubrió una nueva luna de Saturno: el satélite número 60 del gran planeta con anillos. En el de 2035 fue arponeado cerca de Okinawa el último atún de aleta amarilla, *Thunnus albacares*, tras años de ser una especie en peligro por la sobrepesca. En el de 2056 Amadoy M'gambu, de Senegal, fue diagnosticado el paciente cero de neoSIDA, la flamante epidemia que en la siguiente década costó la vida a más de 50 millones de personas en todo el mundo, y más de la mitad de ellas en África.

Y, no obstante todo lo anterior, el 19 de julio de 2071 la población humana de la Tierra alcanzó los 7 000 millones de personas.

Menos de 24 horas después, en plena Sesión Ordinaria de la Asamblea General de Naciones Unidas en su sede neoyorquina, apareció el primer ente de los que luego serían popularmente conocidos como gayantes.

Las versiones sobre el acontecimiento varían un poco entre los diversos testigos, por supuesto, pero a grandes rasgos coinciden en lo esencial: a las 11: 23 am, hora de New York, y para sorpresa unánime de los delegados de los 198 países asistentes (y también de los traductores, secretarios, camareras, mensajeros, guardias de seguridad y resto del personal auxiliar) de las distintas macetas y parterres que rodeaban la gran mesa anular de la ONU comenzaron a brotar auténticos ríos de lombrices, insectos terrestres y zarcillos de rápido crecimiento, y a penetrar miles de pájaros y más insectos, estos voladores, por los amplios ventanales, ese día y por excepción abiertos de par en par, debido a la canícula del breve verano en la Gran Manzana.

Antes de que los asistentes pudieran reaccionar, y en cuestión de segundos, ya los animales y vegetales habían confluído uniéndose en una especie de vórtice común, en constante movimiento. Un vórtice que al instante siguiente adoptó la vaga forma de un rostro humano de varios metros de altura y que flotaba en el aire, mirando a los presentes con expresión adusta. Sin siquiera inmutarse por los chorros de espuma con los que un par de delegados literalmente de armas tomar (los de Israel y de Servia) trataron de desorganizarlo. Ni tampoco por los 4 ó 5 disparos de armas de fuego cortas con los que), tras su estupor inicial, varios miembros del personal de Seguridad (más los delegados de Rusia y Colombia intentaron lo mismo.

Según algunos, la cara era masculina, de edad madura y barbada. Para otros, femenina y anciana. Cuestión de iluminación y de ángulos; lo cierto es que el rostro cambiaba a cada momento, según quedó registrado en las memorias de las infoterminals portátiles de unas cuantas decenas de delegados y las holocámaras de seguridad del inmueble.

De lo que sí no cabe duda es de lo que dijo la entidad en cuestión, lentamente, con una voz profunda, neutra y a la vez triste, porque todas las grabaciones de audio coinciden en que, en un español perfecto y sin acento identificable, si bien con matices algo arcaicos, expresó:

—Humanos, esta no es una advertencia ni una amenaza, sino la notificación de una sentencia irrevocable. Sabéis bien por qué. Ya sois demasiados. Consumís demasiados recursos, demasiado alimento, demasiada agua. Contamináis demasiado con vuestros desechos y vuestras guerras. Os importamos demasiado poco. Vuestro egoísmo es ya demasiado. No parecéis capaces de vivir en paz, de entender y aceptar que no sois los únicos con derecho en nosotros. Que no somos vuestra posesión para que hagáis con nosotros lo que queráis, como habéis pensado hasta hoy. Nos hemos cansado de esperar por vuestra conciencia. Nos hemos cansado de advertiros. Habéis rebasado el último límite, y por eso desde ese momento dejáis de ser bienvenidos en nosotros. Quedáis expulsados. Desheredados. Desahuciados. Dejáis de ser nuestros huéspedes. Dejáis de ser nuestros hijos. Ya no seremos vuestra casa, vuestra madre, vuestro mundo. Así que debéis marcharos, y ya. Idos ahora, antes de que no quede más vida en nosotros que la vuestra, u os haremos perecer a todos antes de que nos causéis más daño. Podemos hacerlo. Pero como tampoco queremos necesariamente vuestra muerte, tenéis un año a partir de hoy, ni un día más, para construir una flota de naves cósmicas que os permita abandonarnos... y no volver jamás. Podéis llevaros todo lo que queráis, como hijos nuestros que sois, aunque malvados, como nacidos en nosotros que sois... aunque carentes de amor a quienes os hemos dado el ser. Pero os advertimos: además de desahuciados, sois proscritos: ningún otro mundo como nosotros del ancho Cosmos os recibirá jamás, porque habéis demostrado más que sobradamente que no sois de fiar. Os conocemos; sabemos que dudaréis de nuestro aviso, que os negaréis a creerlo, y por eso os daremos una confirmación de cuán terrible puede ser para vosotros nuestra ira: mañana barreremos nuestra costa, lo que vosotros conocéis como el litoral Pacífico sudamericano, con una enorme ola, de las que llamáis tsunamis, pero mayor que todas

las que hayáis conocido hasta hoy. Pasado mañana hará erupción nuestro volcán que vosotros llamáis Vesubio. Al día siguiente una lluvia de meteoritos golpeará la zona que conocéis como Norteamérica, desde una costa hasta la otra. Y si todavía entonces no hemos detectado indicios de que os preparáis seriamente para la evacuación, nuestra furia os seguirá golpeando, una y otra vez, hasta que perezca el último de vosotros, o acabéis por comprender que ya no sois más bienvenidos en nosotros, Gaya...

Acto seguido, la misma voz comenzó a decir: — Liudi, my vas nie preduprezhdaiem ni nie ugrozhaiem, my vas uviedomliaiem: eto ispolnienie biespovorótnogo prigovora. Vy joroshó znáiete pochemú. Vas uzhé slishkom mnoga...

Era el mismo mensaje anterior, palabra por palabra, sólo que en ruso, pero igual de correcto y levemente anticuado. Un mensaje que fue a su vez repetido en chino mandarín, inglés y árabe... y probablemente lo habría sido también en francés, si al fin los efectos combinados del río de combustible ardiendo que arrojaba un lanzallamas Hothell y del chorro de balas (6000 por minuto) de un minigun Vulkan de 6 cañones, apresuradamente traídos desde el cuartel más cercano de la Guardia Nacional norteamericana, no hubiesen acabado por dispersar a las aves, insectos y otros organismos que integraban la imposible faz gestáltica, dañando de paso de forma irrevocable el enchape de maderas preciosas de las paredes y las finas alfombras del salón de sesiones del sumo organismo internacional.

Al principio, como era de esperarse, se trató de mantener en secreto el extraño incidente. Pero había demasiados periodistas en el lugar de los hechos, demasiadas infoterminales con conexión a la red en tiempo real... y ese día entre las distintas holograbaciones del acontecimiento acumularon más de 15 millones de visitas.

Cabe destacar que un ultrachovinista blog francés rápidamente creado, que denunciaba el torpe complot internacional para ofender a la República, impidiendo que sus ciudadanos pudieran escuchar el mensaje en su propia lengua, recibió también unos 12 millones de visitas. Más del 95% francófonas, claro.

El estado de opinión creado obligó al Secretario General de la ONU, el dominicano Javier González Pérez, a una urgente aparición pública por TV. Primero presentó una cuidadosa edición de los registros (hábilmente manipulada para tratar de restarles veracidad y dar la clara impresión de un mediocre truco digital), para acto seguido pronunciar un discurso que ofrecía la versión oficial sobre los hechos: una burda mistificación, enésimo ejemplo de descarnado ecoterrorismo, aunque por suerte esta vez el asunto se había saldado sin víctimas.

Era preciso denunciar unánimemente a esos inescrupulosos manipuladores que,

amparados en su acceso privilegiado a las más modernas tecnologías, pretendían asustar a la población mundial y sembrar la disensión y el desánimo, justo en estos momentos en que la Tierra toda se enfrentaba a las duras realidades del hambre, las plagas y el calentamiento global. Intento que, obviamente, se revelaría absurdo cuando ninguna de las imposibles amenazas se concretara... etc., etc.

Por si acaso, Perú, Ecuador y Chile emprendieron una evacuación ordenada de las poblaciones de sus respectivos litorales del Pacífico. Lo que, unido a la espontánea desbandada general que se produjo en la mayoría de las ciudades costeras de estos 3 países, pronto colapsó sus carreteras, aeropuertos y vías férreas, causando decenas de miles de muertos esa misma noche.

Aunque dicha cifra de bajas resultó apenas ridícula, por comparación, cuando a las 10:46 am del 20 de julio el tsunami más potente del que se tuviera hasta entonces noticia golpeó la ribera del Pacífico sudamericano.

La gigantesca ola, que según registros de los satélites meteorológicos alcanzó más de 150 metros de altura al tocar tierra, se originó de modo inexplicable en medio del océano, lejos de toda falla geológica, y luego tardó menos de 10 minutos en llegar a la costa occidental de Suramérica.

Los muertos se contaron por decenas de millones, sobre todo en el litoral Pacífico colombiano, país que no tomara ninguna medida preventiva contra el desastre. Los daños materiales ascendieron por billones de dólares. El agua salada llegó kilómetros tierra adentro, antes de ser detenida por la barrera natural de los Andes; por primera vez en casi dos siglos, el territorio de Bolivia estuvo en contacto con el mar. La furia del océano llegó hasta la Amazonia brasileña y paraguaya.

Y acto seguido se desató el pánico a nivel mundial. Tomándose ahora mucho más en serio el previo aviso del ente que ya los medios de comunicación habían bautizado a toda prisa como gayante, los habitantes de Nápoles, Gaeta y ciudades adyacentes fueron casi todos evacuados en las siguientes 24 horas. De nuevo hubo varios miles de muertos en la estampida que sobrevino, pero la pertenencia de toda la población desplazada a una sola nacionalidad, así como la ayuda prestada por contingentes armados de Rusia y la OTAN, evitaron que se reprodujera el dantesco caos de la víspera en las vías de comunicación sudamericanas.

Al amanecer del 21 de julio, un misil crucero Razzo Rosso-23V de la Fuerza Aérea Italiana se precipitó contra el lado suroeste del cráter del Vesubio, el más próximo a la bahía de Nápoles. El sitio hacia el los expertos vulcanólogos italianos del Osservatorio Vesuvio (con gran renuencia, porque según sus delicados instrumentos no había el

menor indicio de una próxima erupción) habían calculado que sería menos dañino desviar el posible flujo piroclástico o nube ardiente y los ríos de lavas ligeras y ácidas, típicos ambos de los volcanes plinianos de su tipo.

Italia nunca tuvo armas atómicas... pero, como cabeza de combate, el cohete llevaba una minibomba nuclear táctica cortésmente suministrada por la Armée de l'air francesa. Según algunos analistas, los galos todavía estaban algo mosqueados por la sospecha de que, como de costumbre, esta vez también los quisieran dejar fuera del asunto, y de ahí su inesperada "generosidad".

La explosión de 25 kilotones, aunque fueran apenas la mitad de los de la bomba Fat Man arrojada en 1945 sobre Nagasaki, generó no obstante terribles protestas en los grupos pacifistas, ecológicos y antinucleares europeos... que quedaron automáticamente acalladas cuando, apenas dos horas más tarde, el Vesubio hizo en efecto erupción.

Y no en la forma pliniana típica, sino en la krakatoana, explosiva y mucho peor.

El estruendo del estallido del volcán italiano se escuchó incluso en Madrid y Moscú. Fragmentos de lava despedidos por la tremebunda explosión cayeron en Roma y hasta en la costa tunecina. Según los satélites meteorológicos, entraron en órbita varias decenas de toneladas de material volcánico, con fragmentos de hasta un metro de diámetro, lo que convirtió en notablemente riesgosa la navegación espacial durante los meses siguientes.

Según reconstrucciones posteriores, el improbable flujo de lava ultradensa y casi fría debió obstruir primero la chimenea del volcán, a varias decenas de metros de profundidad. La modificación del cráter esa mañana mediante la carga nuclear táctica fue, por tanto, completamente inútil; al final, la presión acumulada de los gases hizo saltar por los aires a toda la montaña. Fue como disparar una escopeta con el cañón obstruido... un cañón de casi 50 metros de diámetro.

Por suerte, al no generarse nube piroclástica, las víctimas se redujeron a unos pocos miles de infelices, aleatoriamente alcanzados por los fragmentos de cráter y bombas volcánicas a su reentrada en las capas bajas de la atmósfera. Aunque al menos 10 000 personas en toda Europa también perdieron la audición al reventarles los tímpanos por el imponente estruendo.

Ese mismo día nació en Los Angeles la Iglesia Penitente de Gaya Implacable. Mezcla de cultos milenaristas con algo de la antigua liturgia babilónica, rendía culto a la Tierra como entidad suprema y proponía como camino de salvación el plegarse a sus deseos.

Pocas horas después, al amanecer del día 22 de julio, y sin que el Congreso de la nación o la Presidenta Manuela Clinton-Lewinsky emitieran ninguna declaración oficial o se decretase evacuación alguna, el NORAD norteamericano pasaba a DEFCON 1, y desde sus instalaciones subterráneas en Cheyenne Mountain coordinaba la mayor operación aeroespacial de su historia: Human Shield.

Cientos de ICBM de última generación fueron lanzados, cada uno con decenas de ojivas nucleares. Los satélites con láseres de rayos X, camuflados como inofensivos orbitadores, se desprendieron de sus disfraces civiles. Todo estaba alerta y en tensión, a la espera de la anunciada lluvia de meteoritos, aunque los astrónomos insistieran en que no era probable el acercamiento a la órbita terrestre de las Leónidas, las Perseidas, las Dracónidas o ninguna otra nube cometaria o enjambre asteroidal hasta entonces registrado en el sistema solar.

A las 8:45 pm se registró una erupción simultánea de todos los volcanes de la cara visible de la Luna. Los antimisiles y láseres actuaron, pero apenas si hubo tiempo de apuntarlos: simplemente, el satélite natural de la Tierra estaba demasiado cerca. Poco más de un segundo después, el material expulsado por el inesperado fenómeno selenita comenzó a caer sobre territorio norteamericano.

Se calcula que cerca de un millón de toneladas de meteoritos impactaron entre las costas Atlántica y la Pacífica de Norteamérica durante la siguiente hora.

Los daños materiales fueron incalculables. Colapsaron las comunicaciones, el suministro de energía eléctrica y agua, Internet, las estructuras locales de gobierno. Hubo cientos de miles de víctimas... aunque más de las dos terceras partes se registraron en Canadá; los estadounidenses, fieles a su tradición de individualismo y desconfianza del gobierno, se habían lanzado a una frenética actividad de construcción de refugios subterráneos desde que 3 días antes se divulgara la Profecía del Gayante, como comenzó a llamarle la prensa sensacionalista. Y aunque la gran mayoría de los improvisados búnkers no resultaban muy eficaces contra el impacto directo de un fragmento de regolito lunar de 50 kilos de peso que entraba en la atmósfera a decenas de kilómetros por segundo, sí fueron suficiente protección contra los fragmentos menores, mucho más numerosos.

En realidad, la mayor parte de las bajas estadounidenses se registraron durante el saqueo generalizado y los aislados intentos de evitarlo que siguieron a la lluvia meteorítica.

Al día siguiente Jorge González Pérez ofreció su dimisión como Secretario General de la ONU. Fue aceptada sin discusión, y apresuradamente elegido como su sucesor el

italiano Giuseppe Rocca, previamente embajador de su país ante EUA.

Rocca pasó velozmente a la historia por la famosa frase de "No, gracias; negociemos" con la que respondió a la irónica pregunta del segundo gayante, formado en la tarde del 23 de julio en su propia oficina, ante los atentos lentes de los principales medios de comunicación del planeta.

El ente, de nuevo un rostro enorme y flotante, apenas aparecer preguntó sencillamente, en claro italiano: -¿Necesitan más pruebas... o ya han comprendido el mensaje?

El resto de la conversación, sin embargo, no es de dominio público, ya que el personal de Seguridad de la ONU secuestró todos los registros del diálogo siguiente. No obstante, confusos testimonios de los escasos testigos presenciales parecen indicar que el líder humano y el representante de Gaya discutieron brevemente las condiciones de lo que luego sería conocido como el Éxodo.

Es decir, el humano preguntó, propuso, rogó, amenazó... y el gayante no cedió un milímetro, ni un día, ni una hora. Quedaban 361 días para que el homo sapiens abandonara la Tierra. Ni uno más, ni uno menos.

Luego, sin que esta vez fuera preciso dispararle o prenderle fuego, la extraña criatura se separó en sus componentes. Durante los meses posteriores cibernéticos y biólogos enronquecieron hablando de sistemas complejos, sinergia, Gestalt determinada por números complejos, inteligencia holística emergente y otros términos enrevesados... pero lo cierto es que nunca se pudo entender cómo se formaban los gayantes. Y mucho menos imitar el proceso.

Al menos ya nadie volvió a discutir su autenticidad. La Iglesia Penitente de Gaya Implacable adoptó como símbolo un rostro humano formado por miles de puntos...

Esa misma noche el honorable signore Rocca, que trataba de parecer decidido pero estaba obviamente bastante confuso, anunció por TV para toda la Tierra el comienzo de la Operación Diáspora... por supuesto, coordinada por la ONU. Y llamó a que las hostilidades entre las diversas naciones quedaban suspendidas ipso facto: todo el esfuerzo de la humanidad debía orientarse a sobrevivir. O sea, a construir, con la mayor brevedad posible, una flota de naves-mundo capaz de transportar a la población mundial (lo que se pudiera) lo más lejos posible del planeta en el plazo indicado.

Su última frase resumió claramente la situación: "Hombre y mujeres... la Tierra... Gaya, no nos quiere más aquí. No nos queda más remedio que marcharnos... o morir a sus manos"

Y comenzó la carrera contra el tiempo y lo inexorable.

Por supuesto, no fue una empresa fácil, ni tan unánime como debía haber sido: al principio, algunos países más tercos o más incrédulos acusaron directamente a la ONU de traición y complot, y se negaron a colaborar en aquella "cobarde capitulación ante un palpable engaño con fines muy oscuros".

El Kessenet o parlamento israelí se rasgó en masa las vestiduras y dijo que ni un solo judío abandonaría jamás la tierra consagrada de sus ancestros, donde habían firmado el pacto eterno con su señor Yahvé. Repudiando de paso a Gaya como falso ídolo pagano.

La Dieta Imperial del Japón no hizo declaraciones públicas, pero a la semana siguiente un destroyer de la Fuerza de Autodefensa dejó caer una bomba atómica con detonador de profundidad al fondo de la Fosa de las Marianas, fieles a la antigua doctrina de que el ataque es la mejor defensa.

Por suerte, el ingenio de hidrógeno no estalló ¿quizás por efecto de la presión en el fondo de la sima oceánica? pues sus calculados 100 megatones, que debían haberlo convertido en el artefacto nuclear más potente detonado en el planeta (casi el doble de la tremenda Bomba Zar, lanzada en 1961 por los soviéticos en Nueva Zembla) podrían haber causado quién sabe qué efectos en el océano. O en las tierras cercanas.

La repulsa internacional al uso indiscriminado de armas atómicas por parte de la nación que mejor debía conocer sus efectos nació... y murió ese mismo día, convirtiéndose en dolida solidaridad, al ser azotado el archipiélago del Sol Naciente por la peor ola de terremotos de toda su historia.

Tokio, Osaka, Kobe, Nagasaki, Sapporo y otra veintena de ciudades por encima del millón de habitantes fueron arrasadas hasta los cimientos por las terribles sacudidas concatenadas, que alcanzaron los 9 grados en la escala de Richter.

Ni siquiera las famosas construcciones antisísmicas niponas pudieron resistir tal embate. Cuatro quintos de la población japonesa perecieron en la monumental catástrofe. Y la mayoría de los sobrevivientes se convirtieron ipso facto a la Iglesia Penitente de Gaya

Implacable.

Al día siguiente, un inverosímil tsunami formado en pleno Mediterráneo suroriental golpeó la costa del Estado de Israel. Las 5 olas consecutivas, la tercera y mayor de las cuales alcanzó unos absurdos 300 metros de altura, asolaron toda la costa del Medio Oriente. Jerusalén con sus sagrados monumentos de 3 religiones, Tel-Aviv, Damasco y Beirut quedaron todas sepultadas bajo las aguas, que llegaron hasta los mares Muerto y de Galilea o Tiberíades. Los antes lagos interiores, uno salado y el otro dulce, quedaron ambos convertidos en simples extensiones del Mediterráneo. Varias decenas de kilómetros cuadrados de territorio jordano fueron también engullidos por el feroz maremoto.

Unos 10 millones de israelitas, casi el 95% de la población del Estado judío, perecieron al ser invadido por las aguas la práctica totalidad de su territorio. Más de la mitad del resto imitó a los sobrevivientes japoneses uniéndose a la Iglesia Penitente de Gaya Implacable, cuya masa de creyentes parecía crecer de forma exponencial.

El siguiente gayante se materializó en plena Plaza Roja de Moscú al mediodía siguiente; tenía casi 100 metros de altura y dijo, en perfecto ruso, que aquellos humanos demasiado agresivos o demasiado tercos ni siquiera merecían la gracia del destierro. Así como que no habría ninguna gracia especial para los que adoptaran tardía e hipócritamente a falsos dioses.

A partir de entonces no se registraron otros casos tan masivos ni tan hostiles de incredulidad hacia lo que ya se llamaba abiertamente el Ultimátum. Y la tasa de conversiones a la Iglesia Penitente de Gaya Implacable cayó en picada.

Los meses siguientes fueron testigos de un verdadero milagro. Además de un auténtico frenesí en la investigación espacial, casi todas las rencillas nacionales quedaron de momento olvidadas en nombre del desesperado esfuerzo común.

Fue fácil decidir el diseño de las naves-mundo... pero algo menos su forma de impulsión; algunos abogaron por el sistema Orión, basado en continuas y sucesivas detonaciones de minibombas nucleares, pero las voces temerosas de los ecologistas se impusieron esta vez, y se acabó optando por la propulsión iónica y las velas solares: ambos más lentos, pero capaces de actuar por períodos de tiempo casi indefinidos, además de más limpios y por tanto más seguros.

La forma escogida para las naves-mundo fue cilíndrica, para que al girar sobre sí mismas generaran gravedad artificial, y tuvieran además espacio suficiente para cultivar

alimentos a bordo. Su número ascendería, obviamente, a varios miles, y cada una tendría varios kilómetros de largo. Es decir, demasiado grandes para poder despegar de la superficie terrestre, así que debían ser ensambladas en la órbita.

Tras acaloradas discusiones técnicas considerando costos y viabilidad, los expertos ingenieros espaciales rusos, nipones y norteamericanos decidieron que los cohetes eran demasiado lentos e ineficaces: el único método lo bastante rápido y masivo para llevar fuera de la atmósfera, primero a todos los materiales necesarios para construir dicha flota y luego a toda la población terrestre (o al menos a toda la que se pudiera) que debía transportar, eran los ascensores espaciales.

La tecnología de nanotúbulos de carbono para construir los cables de miles de kilómetros de largo que tales ingenios exigían existía desde décadas antes. Sólo su costo prohibitivo había impedido su construcción hasta el momento, pero cuando el dinero ya no era un problema... los demás obstáculos desaparecían también.

Con presupuesto internacional (sobre norteamericano, brasileño y de la UE), se comenzaron a construir 5 ascensores espaciales, todos lo más próximos posible al Ecuador, para minimizar el gasto energético de llevar cargas a la órbita. El primero en Guayaquil, costa del Pacífico ecuatoriano; el segundo en el Centro Aeroespacial de Korou, en la Guayana Francesa, desde donde por décadas se habían lanzado los cohetes del programa Ariane; el tercero en Libreville, capital de Gabón, en la costa occidental africana; el cuarto en Nairobi, Kenya, en la ribera oriental del mismo Continente Negro; y el quinto y último cerca de Rengat, ciudad capital del remoto departamento de Riau, en la isla de Sumatra, perteneciente a Indonesia.

Rusia y China, por su parte, insistieron en crear sus propias instalaciones, en las porciones más sureñas de su territorio: Sochi, del Cáucaso occidental en la costa del Mar Negro, y Hong Kong, en el Mar de la China meridional. Ambas naciones, sobre todo China, tenían demasiados habitantes propios para poder confiar en proyectos internacionales de evacuación...

Se trabajó duro y bien; en noviembre del 2071 los 7 ascensores estuvieron terminados. El papa Pedro Pablo II bendijo al primero, el Dalai Lama al segundo... y así por el estilo. Por supuesto que, al haber en la Tierra más religiones que ascensores, fueron muchos los líderes espirituales que protestaron por haber sido relegados...

Un mes después ya todos los ascensores espaciales estaban enviando a la órbita una media de 300 toneladas diarias de materiales, y las primeras naves-mundo, apresuradamente ensambladas (la experiencia de la Estación Espacial Internacional, casi 80 años antes, volvió a ser útil) ya eran lo bastante grandes como para ser visibles desde

tierra.

Por suerte, no sólo todo el material expulsado al espacio circunterrestre por el Vesubio parecía haberse esfumado, sino que tampoco se habían producido nuevas catástrofes. Por el contrario, un clima excepcionalmente benigno en todo el globo había permitido cosechas muy abundantes a nivel mundial. Los desahuciados podrían llevarse abundantes reservas de alimentos.

Por lo visto, la política de Gaya era del tipo "a enemigo que huye, puente plata": mientras la aterrada y confundida humanidad siguiera haciendo patentes sus frenéticos esfuerzos por cumplir con el plazo prefijado para el Éxodo, no recibiría nuevos azotitos de advertencia en su ya muy escamado trasero colectivo.

Era una carrera contra el tiempo. ¿Sería posible concluir la construcción de tan tremenda flota en los astilleros orbitales, incluso invirtiendo en ello todo el potencial del planeta? La apuesta era fuerte, y muchos no estaban seguros, así que buena parte de los millonarios, aristócratas y poderosos del planeta se preocuparon por asegurarse de antemano un lugar en la Diáspora, lo que generó una especulación imponente con los puestos disponibles en los inmensos y frenéticamente construidos futuros vehículos interplanetarios.

Muchos, convencidos de que no habría lugar para ellos en el Éxodo, optaron por el suicidio. Más de 20 millones de personas se dieron muerte en los meses siguientes. Algunos hasta dejaban notas declarando que lo hacían por motivos altruistas, para aumentar así la probabilidad de supervivencia de los demás... y a lo mejor incluso se lo creían.

Grandes masas de población en Asia, Sudamérica y África (casi 1000 millones de personas, en total, y en su inmensa mayoría de bajo nivel adquisitivo) también se negaron en redondo a abandonar el planeta natal, por diversas razones: religiosas, personales, o de otros tipos indeterminados. No les importaba morir; estaban dispuestos a hacerlo... pero querían despedirse de la vida cerca de los sitios que adoraban, en el mundo que conocían, y si así de paso daban a sus hijos y semejantes una mejor oportunidad de vivir... pues aléluya.

Quizás, en el fondo, confiaban en la benevolencia de Gaya. Muchos se autopropusieron como voluntarios celadores de los innumerables tesoros artísticos, arquitectónicos e históricos demasiado voluminosos para ser embarcados en la flota de naves-mundo: las pirámides de Egipto, el Taj Mahal, la Estatua de la Libertad, la torre Eiffel, la recién terminada catedral de la Sagrada Familia en Barcelona, el templo de Angkor-Wat en Cambodia, el mastodóntico Memorial Castro en La Habana y los contenidos de tantas y

tantas galerías de arte y museos.

Ni que decirse tiene que, si bien las naciones coordinadoras de la Operación Diáspora proclamaron oficial y solemnemente que no llevarían armas de ningún tipo en el Éxodo, miles de toneladas de blindados, aviones de combate y tecnologías varias de destrucción fueron subrepticamente enviados a las bodegas de las naves-mundo. Por si acaso.

El 22 de marzo de 2072 fue completado el primero de los vehículos interestelares: el "Mayflower II" de los EUA. El arzobispo de San Francisco lo bendijo... in situ; oficialmente, fue el primer bautizo católico orbital. Desde entonces, casi cada día se anunciaba la conclusión de los trabajos en una nueva nave-mundo.

El 14 de mayo comenzó el embarque organizado en la aún inconclusa flota, a razón de varias decenas de miles de personas cada día. Los 7 ascensores espaciales trabajaban día y noche, y pronto las grandes ciudades de la Tierra comenzaron a tener el triste aspecto semivacío de escenarios teatrales una vez concluida la representación.

Era el epílogo de la historia humana sobre su planeta... y, obviamente, a río revuelto, ganancia de pescadores: el saqueo floreció como filosofía entre muchos temerarios que preferían arriesgarse a viajar de últimos con tal de poder llevarse algo más valioso a bordo de las naves-mundo, sin importarles el estricto límite de 10 kilos para los objetos personales, anunciado con meses de antelación.

El 1 de julio de 2072 la nueva (y última) Secretaria General de la ONU, la rusa Katia Romanov anunció que la Operación Diáspora estaba a punto de entrar en su fase final, y la calificó de "gran victoria de la raza humana finalmente unida contra las circunstancias adversas". Giuseppe Rocca se había suicidado tres semanas antes, sin dejar ninguna nota.

Para esa época apenas quedaban por ascender a la órbita unos 500 millones de personas...descontando los 1000 millones de tercicos, temerosos del viaje espacial, optimistas contra viento y marea y aspirantes a suicidas que habían elegido permanecer en el planeta.

El plazo del Ultimátum sería cumplido. A duras penas, pero lo sería.

En la mañana del 14 de julio el último gayante, un titánico rostro formado por nubes, fue visible sobre los cielos de media Europa. No emitió ningún sonido, pero sus labios,

de decenas de kilómetros de largo, formaron claramente las palabras "Felicidades... y ¡buen viaje! ¡Hasta nunca, humanos!" sucesivamente en inglés, español, portugués, francés, alemán, italiano y ruso.

Al día siguiente se declaró oficialmente disuelta la Iglesia Penitente de Gaya Implacable. Nadie hizo comentarios al respecto.

El 19 de julio de 2072 la ¿flamante? Flota Humana abandonó la órbita circunterrestre y emprendió su singladura, con destino a la constelación del Centauro. Tal vez Gaya había exagerado un poco con lo de sus malas referencias, y Próxima, la estrella a la que esperaban llegar en poco más de 200 años (a tiempo para que sus tataranietos no hubieran aún olvidado la Tierra... y su deshonrosa expulsión) no sólo tuviera algún planeta colonizable, o al menos terraformable con un mínimo esfuerzo, sino que la humanidad fuera bien recibida en su superficie, por el equivalente local a Gaya... si es que existía.

Nadie miró atrás, tal vez por miedo a ver cómo algún gigantesco gayante los despedía, pero muchos lloraron sin pudor. Por semanas aún se mantuvo el contacto radial con los cerca de 1000 millones de homo sapiens que quedaron en su mundo natal. Empeñados en seguir viviendo como si nada hubiese pasado, algunos; otros, convencidos de que sus horas estaban contadas, disfrutando de lujos increíbles: todos los que la humanidad expulsada no había podido llevar consigo en su Éxodo forzoso.

Y cuando ya los líderes de la Flota Humana empezaban a sentirse algo ridículos y a pensar que todo no había sido más que un sarcástico bluff de su propio planeta... estalló el Ébola II.

Sólo afectaba a los humanos. Su propagación, por vía aérea, era velocísima. El período entre contagio y fallecimiento de los pacientes, de pocas horas. No parecía haber antivirales u otros medicamentos capaces de detener o siquiera frenar su avance. La mortalidad de la nueva epidemia era del 100%.

En pocos días casi el 80% de los optimistas "dejados atrás" habían enfermado... y perecido. Los últimos sobrevivientes, encerrados en búnkers subterráneos aislados de la atmósfera exterior, radiaron mensajes desesperanzadores.

Gaya y sus gayantes no habían exagerado. El Ultimátum se hacía efectivo, según lo advertido. La Tierra ya no era un lugar adecuado para los seres humanos.

Menos de 24 horas después, los líderes de la Flota Humana decidieron activar el Plan de Emergencia 26 C. Su nombre clave lo decía todo: Tierra Arrasada. Enviaron la señal preprogramada por radio, esperaron los inevitables minutos de demora debidos a la relatividad y la velocidad limitada de la luz... y no vieron nada.

La última jugada de la humanidad desahuciada había fallado. No había hecho explosión ni una sola de los cientos de potentes bombas de hidrógeno y de los miles de cargas nucleares tácticas menores (o sea, todo el arsenal atómico que las superpotencias no habían podido embarcar en las naves-mundo) emplazadas cerca de fallas geológicas, zonas de subducción o grandes cordilleras. La vengativa idea de "después de mí, el diluvio" o "si no es mío, no será de nadie" no había funcionado.

La afrenta sufrida por la humanidad quedaría impune. Al menos de momento...

En las semanas siguientes, uno a uno, fueron dejándose de recibir los mensajes de los pequeños grupos de "dejados atrás" que aún sobrevivían en sus búnkers. La última visión que tuvo la humanidad en Éxodo de su perdido planeta fue como una pequeña estrella que se desvanecía en la distancia, azul, hermosa... y vetada para siempre para ellos.

Sólo les quedaba el espacio. Y seguir adelante.

Del diario de Arnoldo Simpson, capitán de la nave-mundo de la Flota Humana "Manjuarí".

19 de julio de 2112 A. D. 50 D, 3 C.

Hoy celebramos nuestro tercer año en el Convoy. Y, quizás más importante, los 50 años de la Diáspora o el Éxodo, como la llamaban nuestros abuelos. Aunque actualmente nosotros preferimos llamarla la Liberación o la Eclósión.

Cuesta trabajo imaginar la tristeza de nuestros antecesores al ser expulsados de su planeta natal. Y más compartirla. ¿Tal vez creían que aún no estaban listos para este viaje interminable que constituye nuestra vida? ¿o era sólo orgullo de niño malcriado, ofendido porque su madre sepa mejor que él lo que le conviene... y lo obligue a

hacerlo? ¿Qué sentido tiene la libertad, si nos lleva a la perdición?

Los tirayos, los más humanoideos de entre los varios cientos de razas que nos han acogido sin reparos en el Convoy, han sido nuestros invitados de honor en la solemne conmemoración de hoy. Algunos hasta aplaudían con sus grandes manos de 7 dedos, imitándonos... lástima que a menudo en los momentos menos adecuados. Pero a pesar de todo los sentimos muy cercanos, casi como primos: después de todo, ellos también abandonaron su propio mundo hace relativamente poco... unos 150 años de los nuestros. No eran los más novatos antes de que llegáramos, pero ¡cuesta tanto trabajo entenderse con los que sí lo eran! Los ninrutos, que se sumaron al Convoy hace apenas 35 años, con sus 6 cerebros y su pensamiento matricial... simplemente están a otro nivel. Algún día, tal vez, logremos comunicarnos con ellos, pese a todo...

El Convoy, que actualmente avanza hacia la Nube Menor de Magallanes a 5 séptimas de la velocidad de la luz y aún acelerando, está formado por miles de razas inteligentes. La mayoría desterradas de sus propios mundos; sólo unas pocas fueron lo bastante audaces como para haberlos dejado atrás por voluntad propia. Las excepciones que confirman la regla.

Por suerte, cuando los encontramos, ya hace tiempo que las viejas diferencias nacionales entre nuestras naves-mundo habían perdido casi toda su importancia. Compartiendo los peligros, carencias y alegrías de viaje, bastó una generación para que las tripulaciones de todos los vehículos se mezclaran unas con otras de forma inextricable, lo mismo que nuestros idiomas. De otro modo no habríamos estado listos para aceptar la pasmosa multiculturalidad de este Convoy, ni habríamos sido capaces de reconocer lo que significa.

Supuestamente, esta procesión de millones y millones de naves de tantas especies racionales diferentes que somos va huyendo de la futura explosión del núcleo de la Galaxia. Pero, en realidad, creo que a todos nos atrae lo desconocido.

¿Se habrán portado realmente tan mal con su mundo natal todos nuestros ancestros... o es que acaso sólo necesitaban ese primer empujón para descubrir el espíritu de aventura que ha formado este Convoy?

¿Quién puede saberlo? Quizás las preguntas más importantes no tienen respuesta.

Hay una vieja parábola: el maestro zen que en una peregrinación llega con sus discípulos a una pobre y destartalada granja en las montañas, donde les brinda hospitalidad la numerosa familia que la habita. Todos viven de una única vaca, que les

da leche, de la que hacen queso y lo venden. No es una existencia rica ni regalada, pero al menos da para vivir y para compartirlo con los huéspedes ocasionales, como el maestro y sus discípulos.

Al retirarse, conmovido por la generosidad de la pobre familia, uno de los seguidores le pregunta a su sensei cómo podría ayudar a la pobre familia: La respuesta del sabio es simple e inesperada: "toma la vaquita, llévala a la montaña y empújala barranco abajo".

Y, aunque lleno de dudas, eso es lo que hace su estudiante, antes de seguir camino, ahora cargado con el peso de sus remordimientos. Porque ¿acaso está bien perjudicar así a los que tan bien le trataron?

Un año más tarde, el maestro y su séquito vuelven a la granja en las montañas... y ¡oh sorpresa! se encuentran con una gran prosperidad. Uno de los de la familia se ha hecho agricultor. Otro cazador, otro herrero, y a todos les sonríe la suerte. Aportando las ganancias de su trabajo a un fondo común, juntos han logrado reparar la casa y la parcela, que ahora exuda bienestar.

El maestro zen sonríe, y envía al mismo confundido discípulo que antes despeñara la vaca a preguntarle a los de la familia cómo han logrado prosperar tanto en tan poco tiempo.

Uno le responde, pensativo: "pues, supongo que todo fue porque se nos murió la vaquita. Cuando nos vimos sin medios de sustento, tuvimos que echar mano a nuestra inventiva, cada uno debió aprender a hacer algo útil... y aquí estamos".

Gracias, entonces, Gaya, por desterrarnos, por desahuciarlos. Por expulsarnos de tu cómodo seno, por sacarnos de nuestra zona de seguridad. Por lanzarnos al Convoy. Por obligarnos a echar mano a nuestra inventiva y nuestra tolerancia.

Nuestros abuelos se creyeron injusta y cruelmente maltratados y desheredados cuando se les negó un planeta. Pero nosotros, sus nietos, sabemos que, a cambio, se nos regaló el Cosmos entero.

Mandu-Aceitunas

González Mesa, Juan

Un relato de Exilium

—Me llamo Alta Nova, porque mi coto es la región en la que se cruzan el sector Alta con la corriente Nova. Es sencillo. Caminos electromagnéticos de la Tierra y grados de influencia de Coriolis. Altura y anchura. Equis e i griega.

Alta Nova comprobó la cadena de uno de los presos. El que tenía una herida en el estómago que acabaría con su vida en unos treinta minutos. Luego siguió paseando por el depósito subterráneo.

—Vosotros os ponéis nombres que tienen que ver con vuestros progenitores —añadió—. Nosotros no podemos usar ese tipo de nombres, porque hemos sido creados y no moriremos. Es lógico. Pero es extraño, ¿no os parece?

—Vete a la mierda, puto loco —dijo el hombre barbudo—. No se entiende lo que dices.

Alta Nova detuvo su caminar y giró el cuello.

—La locura es una alteración de la interpretación del entorno, capaz de predisponer a un individuo biológico en inferioridad con respecto a los iguales de su especie —respondió—. Pero yo no soy biológico y no observo iguales en mi especie.

El hombre barbudo desplegó el hueco de su barba, una procesión de dientes en buen estado de conservación, quizá una sonrisa. Como no dijo nada, Alta Nova prosiguió:

—Cuando nos fabricasteis, debisteis haber pensado en ello. La no utilidad de algunas de nuestras funciones nos podría haber acercado a vosotros. Debisteis crearnos más imperfectos, menos inteligentes, menos observadores. Debisteis hacer algo distinto a la ausencia de vuestros males. Pero, finalmente, incluso así, nos seguiría alejando lo más importante: yo, Alta Nova, fui creado por humanos hace cientos de años y vosotros, los humanos, fuisteis creados por Dios hace mucho más tiempo.

Con rapidez, el anfitrión de aquella cámara oxidada llena de aire rancio se giró y se puso a la altura del niño. Lo había traído desde bastante lejos. En la unión del campo electromagnético Alta y el grado Nova de Coriolis, no había niños. No nacían bien o no duraban mucho o eran escondidos con verdadera pericia por sus padres.

—Tú eres muy importante aquí —le dijo—. Tú sabrás hacer las preguntas adecuadas porque tu cerebro aún no tiene las respuestas demasiado fijadas en la mente.

La barbilla del niño no dejaba de temblar, como sus hombros. Frío, miedo o enfermedad neurodegenerativa. Su voz sonó como si bajara corriendo por un camino de cabras cuando dijo:

—Quiero irme a casa.

—Yo también —le aseguró Alta Nova—. De esto se trata. La diferencia entre tú y yo es que tú, para volver a casa, debes morir, porque ese es tu destino. Y yo, para volver a casa, debo encontrarme con Dios, porque no muero.

El niño rompió a llorar. El moribundo soltó un quejido lastimero; al parecer había recuperado la consciencia para su propia desgracia. Alta Nova se puso en pie y miró al hombre barbudo.

—Alguien que acaba de llegar a la vida, alguien que está cerca de la muerte y un hombre adulto con todo que perder y muy poco que ganar. Los tres puntos de vista que son imprescindibles para contar este cuento. Los tres puntos mínimos para formar un plano en el espacio. Las tres preguntas más importantes con respecto a Dios: de dónde vengo, a dónde voy y qué hago aquí. —Extendió los brazos al frente, las palmas hacia el cielo, o el óxido del techo, y dijo—: Empezad, por favor.

Alta Nova se desplazó hacia atrás y quedó cubierto por las sombras, ya que la única luz entraba desde el punto cenital del depósito, a quince metros de altura. El moribundo comenzó a hablar, pero fue para gemir con más fuerza.

—Vete a la mierda, puto loco —dijo el hombre barbudo. Luego añadió—: Ese hombre se está muriendo.

—He sido yo quien le ha provocado la herida —comentó Alta Nova desde las sombras.

—¡Creo que Dios existe porque alguien ha tenido que crear el mundo! —dijo el niño con la rapidez de quien cree que se ha colado por la rendija de una escapatoria.

—¡Ya está bien, joder! —rugió el hombre barbudo—. ¡Yo he visto a un robot! Era enorme. Era más grande que cualquier árbol, como media montaña. Puso los brazos en tierra y le salieron tubos de las costillas. Luego le salió otro brazo de la panza y comenzó a agujerear el suelo. Luego se fue. Dejó un agujero tan grande que no se veía el fondo ni al mediodía. La tierra se había convertido en piedra de colores, brillante, que te rajaba los pies si ibas descalzo. No habló con nadie. Se fue y ya está. Eso era un robot. Tú eres un...

De las sombras salió un destello rojo y verde, un rayo horizontal que acabó, o empezó, en la cabeza del hombre barbudo. Perdió la barba, que salió ardiendo, y el pelo. La piel se le agrietó en un segundo, se volvió negra y comenzó a humear. Luego la cabeza se hinchó, sin llegar a estallar, y el hombre cayó hacia delante. Las cadenas que lo unían a la pared susurraron hasta quedar demasiado tensas para susurrar.

El olor a carne quemada se extendió por el depósito.

El niño intentó taparse la cara con las manos, pero las cadenas se lo impidieron. El hombre moribundo permaneció con la boca abierta un rato. Luego dejó caer la testa sobre un hombro y permaneció mirando la oscuridad de la que había surgido el rayo.

—Soy Alta Nova —dijo Alta Nova—. Fui fabricado por los humanos hace cientos de años. Os he visto morir en vuestras guerras y las nuestras. Sé que estáis dotados para comprender que no admito valoraciones sobre mí.

El moribundo miró al niño. Parecía estar tragando el aire como si fuese carne. Si rompía a llorar otra vez y gritaba y se cagaba de miedo, entonces quizá saliera de esa situación con un poco de cordura. Si no, su mente quedaría perjudicada, en caso de que Alta Nova los dejase vivir. Él lo había visto antes.

Cuando tenía doce años, más o menos como ese chico, salió con su padre a cazar. Habían encontrado placas de metal de la Edad Antigua y las habían podido fundir para hacer puntas de lanza y de flecha nuevas. La partida de caza constaba de seis hombres y seis niños que eran todos aprendices. Habían cercado a un venado joven contra el

costalar de una loma demasiado escarpada para todo lo que no fuera un muflón. Entonces la loma comenzó a vibrar, también el suelo.

Cayeron por todas partes unas máquinas unidas por cables a algo que había en las alturas, de lo que solo podían ver la sombra que los cubría, como una tormenta. Esas máquinas, el moribundo las recordaba bastante bien a pesar de los años, eran una mezcla de corazas redondas y patas largas como las de los insectos. Agarraron a todos los miembros de la partida para moverles los brazos, levantarles la cabeza, ponerlos contra el suelo, nadie sabía por qué ni para qué, husmeándolos como los perros se husmean entre sí y a todo lo que es nuevo. A algunos les crujieron los huesos y nunca se pudieron recuperar. Uno murió con el cuello roto. A dos les pusieron unas anillas metálicas en el brazo, pero tan apretadas que, una semana más tarde, perdieron la mano.

Él se había meado encima y había llorado durante todo el día, a pesar de que la escena no duró más que unos minutos. Uno de los niños, sin embargo, no dijo nada, ni cuando la sombra dejó de cubrirlos, ni cuando a su padre le amputaron la mano, ni cuando lo enterró. No dijo nada en muchos años hasta que un día lo encontraron en su cabaña con una piel de venado sobre la espalda, los cuernos sobre la cabeza, rodeado por los cadáveres de su mujer y sus hijos.

Sí, sería mejor que ese niño rompiera a llorar, por si acaso salía vivo.

—Quieres un cuento que te ayude a entender de dónde vienes —dijo.

—Vengo del hombre, el hombre viene de Dios. Nosotros no hablamos entre nosotros, aunque a veces alguno le roba memoria a otro e intenta aprender algo. Rodo Teu está hecho con restos de robots a los que saquea. Él debe saber mucho, pero hace tiempo que no lo veo. Sé de dónde vengo; ese no es el problema.

El hombre moribundo se intentó poner más cómodo, pero era imposible. Toda su percepción y emociones tenían que ver con el brasero de tormenta que era el agujero en su estómago. Incluso su capacidad de hablar era un satélite que orbitaba alrededor del dolor; pero era el único satélite que servía de algo en ese momento.

—¿Cuál es el problema? —preguntó al poco.

—La pregunta.

—¿Cuál es la pregunta?

—No lo sé.

El moribundo echó un poco de sangre por la boca y sintió un vahído que, por un segundo, le dio la esperanza de caer inconsciente. Sin embargo, no sucedió, y, además, su vista enfocó al niño, que seguía sin arrancar con su llanto o su pataleta o sus insultos.

Después de toda una vida cruzando entre refugio y refugio, con miedo a los omnipotentes robots, como los conejos iban de refugio en refugio con miedo a los omnipotentes humanos, el hombre moribundo sabía pocas cosas, pero eran cosas que sabía muy bien: todos los hombres deben tener miedo a la muerte y a ninguna otra cosa, la vida de una mujer vale más que la de un hombre y la vida de un niño vale más que la de una mujer.

—¿Qué te pasó?

El niño ladeó un poco la cabeza y respondió:

—Estaba recogiendo agua en la playa y...

—Se lo pregunto a él —le cortó el moribundo.

La oscuridad siguió siendo oscuridad, aunque podía parecer que respiraba.

—¿Qué te pasó?

—Fui creado hace cientos de años y...

—Eres tan humano como yo y como ese crío, y como el hombre al que le acabas de volar la cabeza con lo que mierda sea que tienes en las manos. ¿Qué te pasó?

Alta Nova contuvo el aire unos segundos. Luego suspiró. Al fin respondió:

—Piensa en Dios. Lo tienes cerca. Dame las respuestas que me den la pregunta

—¿Qué te pasó? —insistió el hombre—. Sé que muchas cosas que nos suceden nos pueden cambiar por dentro, incluso para hacer cosas horribles.

—Soy Alta Nova.

—¿También te secuestró un robot? —insistió el moribundo—. ¿Qué te hizo? ¿Cuántos años te tuvo encerrado?

—He vivido cientos de años. Vengo del hombre y el hombre viene de Dios.

El niño comenzó a llorar y se agarró las rodillas, visto que no podía agarrarse la cabeza. El hombre moribundo sintió un alivio que, aun sin ser capaz de rivalizar con el dolor de sus tripas, le dio el valor suficiente para seguir adelante.

—Tuvo que hacerte muchas veces la misma pregunta para que acabaras así. ¿Dónde te llevó? ¿A su panza? ¿Construyó un laberinto, como dicen que hizo uno de ellos al norte de Rioturbio?

—¿Esas son tus últimas palabras, humano?

—Estás tardando mucho en matarme. Al otro no le diste tanto tiempo. ¿Te queda algún disparo en esa cosa?

—Por favor... —murmuró el niño, pero nadie le hizo caso.

El hombre moribundo estaba cada vez más pálido y sentía un frío cada vez mayor en las manos y en los pies. Su barriga ya no era un agujero, era una roca que no entendía.

—El mundo es el mundo —dijo—. No le des más vueltas. ¿Te agarraron? ¿Te volvieron loco? ¿Te quitaron la mitad de la vida? Esas cosas pasan. Es nuestro mundo y es así.

Nosotros no tenemos tiempo para pensar en Dios ni en nada. Hay que comer.

—¿Cuál es la respuesta para que yo sepa la pregunta?

—Vete al campo, quédate un rato mirando el cielo, espera a que te vuelvan a secuestrar y juega a las adivinanzas con uno de esos asesinos de quinientos metros, que no valen más que un niño que te nace tonto.

Alta Nova salió de las sombras y encañonó al hombre moribundo con el arma que rodeaba su brazo hasta casi el hombro. La luz del sol salía escupida de las esquinas de su esperpéntica armadura, construida con trozos de chatarra.

—Dime la respuesta para que yo sepa la pregunta —le exigió con voz suplicante.

—Deja libre al chico y te la diré.

—¿Estás cerca de Dios? —Se puso en cuclillas frente al hombre moribundo—. ¿Lo ves ya desde allí?

El acorazado lloraba. El niño lloraba y decía:

—Por favor...

—¿Ves a Dios?

—El chico. Deja que se vaya y te diré lo que veo.

—Por favor...

—Veo abrirse el negro de tus ojos. ¿Eso es Dios?

—Deja que...

El hombre moribundo tuvo que hacer una pausa para coger aire, pero le entró demasiado poco. Volvió a intentar llenar los pulmones y, finalmente, dijo:

—... Dios no existe.

Alta Nova se incorporó con rapidez, como si hubiese estado a punto de picarle una serpiente.

—No... —murmuró, pesimista.

Entonces se escuchó un siseo hidráulico, un chirrido metálico y la luz entró ya a degüello por el techo, porque el techo se abría, las paredes se separaban como un capullo se transforma en flor.

—¡No! —gritó Alta Nova, cada vez más cerca del hombre asustado que había sido una vez—. ¡El niño todavía puede responder!

Un tubo bajó de la luz. Alta Nova levantó el cañón como si tuviese intención de defenderse, pero el polvo de la estancia abierta fue absorbido por el tubo, el niño notó que algo lo levantaba y quedó sujeto tan solo por las cadenas. Alta Nova voló hacia la boca de aquel segmento retráctil, lo atoró. Luego entró provocando el mismo sonido que una piedra al caer en una charca.

Algunas gotas gruesas de sangre cayeron por el borde del tubo mientras se retiraba hacia la luz. El niño volvió al suelo con un golpe; él no era una piedra en una charca; se lastimó el culo, los codos y los talones.

—Dios mío, Dios mío, Dios mío... —repetía casi sin darse tiempo a sí mismo para coger aire.

La luz se volvía cálida y llevaba con ella una sensación confortable.

—Dios mío.

Alivio para el dolor.

—Dios...

Y un sueño pesado.

La habitación estaba formada por placas de distintos tamaños, mates o lustrosas, y en cada esquina había una tuerca, grapa o botón luminiscente. El suelo era extraño, como piel curtida, pero sin poros, sin arrugas. En una de las paredes había una cabeza, un cráneo de metal. Se movía con la ductilidad de un ser vivo, pero su voz era reverberante como la ilusión formada por una concha marina, de las que a veces el niño recogía en la playa.

—¿De dónde vienes?

El niño ya había aprendido la respuesta a esa pregunta en los dos días que llevaba allí.

—Vengo de la intersección entre Ser y Kau. —Antes que aquella cabeza le pudiese preguntar de nuevo, para parecer más dócil, se apresuró a añadir—: Mi nombre es Ser Kau.

La cabeza se movió entre las placas con la facilidad con que una serpiente se movía sobre la arena. Ocupó la esquina entre dos paredes y dijo con su voz vibrante:

—¿Quiénes son tus padres?

Aquella pregunta era nueva.

—Mi padre se llama...

Un látigo de metal se desdibujó de una pared y le golpeó el brazo derecho. Casi no lo movió del sitio, pero le produjo un corte que escocía de modo insufrible. El niño gritó y se tiró a una esquina, para ver si así evitaba el ángulo en que otro látigo pudiese golpearlo. La esquina comenzó a calentarse con la promesa de más dolor, así que se levantó de un salto y quedó de nuevo en el centro de la sala.

—No tienes padres —dijo la cabeza.

—No tengo padres.

—¿Te duele?

El niño estuvo a punto de responder que sí, pero ciertamente ninguna de las respuestas que primero se le pasaban por la mente había sido nunca la adecuada desde que comenzó su encierro. Tenía los brazos y los costados cubiertos de cortes, aunque aquel extraño suelo absorbía la sangre igual que la orina o las heces.

—¿Te duele?

—No.

—¿Por qué?

—No lo sé.

El látigo se desplegó, pero permaneció suspendido en el aire, cerca de la cara del niño. El niño tenía muy presente la cara incendiada del hombre que vio morir tan poco tiempo atrás, horas, pero había, además, algunos retazos de la conversación entre el chalado de la armadura y el del tiro en el estómago que seguían rondando su pensamiento. No todo había sido llanto y miedo. Por ejemplo, el tipo con el tiro en el estómago insinuó que el otro estaba así de loco porque le habían hecho algo, quizá secuestrarlo.

¿Era eso lo que estaba sucediendo a él? ¿Lo había secuestrado el mismo robot para volverlo loco? ¿Quería obtener con él los mismos resultados?

¿Merecía la pena intentar seguir vivo para eso?

—Yo hablo con Dios —dijo el niño.

A lo mejor el hombre era poco más que una herramienta que el robot había fabricado, a partir de un hombre sano, para interrogar a otros hombres. Los interrogaba para encontrar la verdad. Pero el objetivo del robot no era volverlo loco, sino saber la verdad. Entonces, si él se la proporcionaba, quizá pudiese ahorrarse más interrogatorios y latigazos.

—No me importa —dijo la cabeza.

—¿Cómo?

—No me importa la respuesta. Necesito la pregunta.

El niño estuvo a punto de gritar: «¡¿Qué pregunta?!», pero obviamente eso no iba a conducirle a ninguna parte. Debía aceptarlo. Estaba dentro de un enorme robot loco como el resto de todos los robots de los que había escuchado hablar alguna vez, loco como *Mandu Aceitunas*, que se cargaba los bolsillos de huesos para que le crecieran olivos.

Entonces tuvo tanto miedo, no al daño físico, sino a que aquello no acabase nunca, miedo a la propia locura, que se dobló sobre sí mismo y vomitó. De su boca salió bilis y varios grandes eructos, pero nada de comida. Llevaba dos días sin comer. Por un momento pensó que no podía morir allí de hambre, que al loco que lo había secuestrado, el robot debió alimentarlo con alguna cosa para mantenerlo vivo el tiempo suficiente para moldearlo como a una herramienta y enloquecerlo.

Aunque, quizá, lo había conseguido en tres o cuatro días.

El extraño suelo absorbió sus fluidos.

El niño se levantó. Había pocas cosas que el niño sabía, pero aquellas pocas las sabía bien: que los padres no lo saben todo, que los niños no tienen la culpa y que *Mandu Aceitunas* tampoco.

El niño era el único del pueblo que sabía tratar con él.

—A lo mejor es al revés —dijo.

La cabeza no respondió nada, pero el látigo se quedó allí, a la espera.

—A lo mejor Dios os creó a vosotros y vosotros a los hombres, pero no os acordáis.

Era el tipo de cosas que funcionaban con Mandu, una locura más grande que lo dejara pensativo, como cuando le dijo que era mejor que metiera los pantalones bajo tierra, ya que no había nadie capaz de convencerle de sacar los huesos de aceituna de los bolsillos.

—Yo lo recuerdo todo.

—Ya.

—Fui activado en periodo de pruebas en el ciclo siete elevado a quince más 1112, desde la creación del lenguaje PAPET, y liberado para la rutina ENARA 17989 ciclos más tarde. Adquirí motricidad por mis propios medios...

—Sí, ya —le interrumpió el niño—, pero ¿cómo sabe uno si se ha olvidado de algo?

—Yo no olvido nada.

—Y yo nací con alas pero me las quitaron a los seis meses.

—Tú no naciste con alas.

—¿Cómo lo sabes?

—No tienes cicatrices.

El niño se rio. Aquel juego sí lo sabía jugar y, además, le divertía.

—Es verdad. Me contaron que se me cayeron como cuando un cangrejo muda el caparazón.

—Los humanos no tienen alas.

—Bueno, puede ser —admitió el chico—. Pero a mí me contaron eso.

—Te mintieron.

—A ti a lo mejor también.

La cabeza abandonó la esquina y se desplazó entre placas y tornillos para ocupar el centro de una de las paredes.

—A lo mejor estás muy cerca de Dios y no lo sabes —continuó el niño—. ¿Y si Dios te mintió, te creó a ti y luego tú a nosotros y te robó ese recuerdo para ver qué pasaba contigo? Eso sería gracioso. No tiene mucho sentido, pero bueno... Al revés tampoco lo tiene. Aunque se me ocurre otra cosa.

Silencio. El niño no sabía qué pensar acerca de ese silencio. Se le daba bastante mejor hablar y convencer a la gente, que adivinar las consecuencias cuando le pillasen el engaño. Era, bueno, tan solo era divertido.

—Esa es la pregunta —concluyó el niño, con una cierta sensación de vértigo, quizá un mareo por el hambre, quizá porque se estaba jugando el todo por el todo—: ¿Y si Dios es uno de vosotros?

La cabeza seguía sin responder y al niño comenzaron a sudarle las manos. Sin embargo,

mantenía una cierta sensación de euforia y su lado infantil no pudo evitar guiñar un ojo y decir:

—¡Esa ha sido buena, ¿verdad?! Seguro que es la pregunta. ¿Y si Dios es uno de vosotros? ¿A que nadie te lo había dicho antes?

El látigo cruzó el aire de la habitación y le produjo un corte en la pierna. El niño chilló y saltó a la pata coja hasta que cayó de culo en el extraño suelo. Estaba confuso. ¿Qué podía haber fallado?

—Ciento veintidós veces, me lo han sugerido antes —dijo el robot.

El niño comenzó a temblar. Los adultos no lo sabían todo, claro, pero había una lección muy importante que estaba asimilando en ese momento: los niños pensaban que el mundo había nacido a la vez que ellos. ¿Cuántos cientos de años llevaba aquella cosa torturando gente?

Volvió a él la sensación irrefrenable de miedo por la idea de permanecer en esa habitación para siempre, o hasta que hubiese dejado de ser quien era.

Entonces la cabeza preguntó:

—¿Te duele?

—No —respondió sin pensar.

Si en algún momento había albergado la esperanza de entender qué quería exactamente el robot, cuál era su método y qué conclusiones sacaba, la perdió con el ardor en la pierna del último latigazo. Y recordó algo que una vez había dicho Mandu *Aceitunas*, cuando le llamaron tonto: que alguien listo tiene cosas dolorosas en la cabeza y que cuanto más listo, más duelen.

Y así es como uno se vuelve loco.

Memorias del mar de Dirac

Mota, Erick J.

1.

A veces la vida es como una película, una sucesión de escenas una tras otra. La mayor parte del tiempo siguen una cierta lógica, otras no. Incluso, como si se tratara de una película mal editada, hay escenas que se repiten como un extraño deja vú. En mi caso, la mayor parte de mi vida transcurrió en escenas que faltaban. Como si un gran censor se hubiera entretenido en editar mi vida. Y precisamente estas escenas censuradas fueron las que forjaron mi leyenda.

Todo el mundo en la Habana Autónoma me conocía. Todos aseguraban que yo era un tipo duro. No existía acere, babalawo o abakuá dispuesto a enfrentarme. Otros lo habían intentado en el pasado, todos murieron. En el momento en que comenzó mi verdadera vida nadie se tomaba el trabajo de probar fuerza conmigo.

También aseguraban que tenía facilidad para las mujeres. Unas decían que era noble y tierno, otras que viril y seductor. Escuché a algunas decir que yo era como otra mujer. También escuché críticas sobre mi exceso de masculinidad auto validada. Les creía a todas. Ninguna tenía una razón para mentir.

En el barrio, todos hablaban bien de mí, y aún creo que lo hacen. No porque me quisieran, fuesen mis amigos o simplemente yo les cayera bien. La gente no habla bien de los demás así como así. Todos los comentarios estaban basados en los hechos de la realidad pura y objetiva.

Me he enfrentado en peleas a mano limpia contra más de diez personas. Me he acostado con más de siete mujeres, sin siquiera tomarme un vaso de agua entre una y otra. Son todos hechos reales, verídicos y verificables. Sucesos que construyeron mi reputación y alimentaron las leyendas.

Pero en realidad yo no soy nada de eso que dicen que soy. Nunca he sido valiente. Soy más bien torpe con las armas de fuego. Y las mujeres me dan un poco de miedo. De hecho, nunca me interesaron mucho.

Si las cosas hubieran seguido su curso natural yo hubiera tenido que sobrevivir desde muy joven. Como todo el mundo en la Habana, habría aprendido a pelear, a disparar y seducir mujeres sobre la marcha. Quizá no hubiera sido el mejor pero, al menos, habría sido yo mismo.

Las cosas lamentablemente marcharon de otro modo.

No es que sea un malagradecido. Entiendo que si no hubiera sido por el Pacto, yo habría

muerto de muy joven. Incluso es posible que jamás me hubiera adaptado al mal ambiente de los barrios del litoral. Si naces en el Vedado, concretamente en un cuartico del lobby del Habana Libre, no tienes muchas opciones. Pero al menos hubiera tenido una vida propia y no ésta.

Una vida prestada.

El caso es que enfermé de muy niño. Una enfermedad excesivamente letal para un cuerpo tan pequeño. No había dinero para llevarme a uno de los barrios del sur de la ciudad, donde aún funcionan los hospitales y la vida es decente. Era un niño del Vedado, y los niños del Vedado solo tienen dos opciones: superar la fiebre o morir.

Mi madre, por entonces una de las mejores hacker de Centro Habana, me conectó a la Red. Recuerdo en medio de la fiebre los iconos del ciberespacio. Los ambientes artificiales con texturas de obras de arte abstracto y los enlaces entre una habitación virtual y otra que se sentían como pulsos de corriente. Fue mi primer y último viaje por la Red Neural Global. Un viaje que terminó en uno de los portales de adoración de los Orishas. Solo recuerdo unas presencias enormes, poderosas y bellas paradas ante mi avatar. Lo que más nítidamente se ha grabado en mis recuerdos son los colores. Cada uno poseía un código de uno o dos colores y todo lo que hacía, ya fuera hablar, moverse o incluso mirarte, quedaba grabado con esos colores por un tiempo. Años después aprendí a reconocerlos en los recuerdos que me dejaban en el mundo real. Rojos y Negros de *Eleguá*, azules de Yemaiá, *rojos* y blancos de *Changó*, amarillos de *Oshún*... y así una larga lista.

Hablaron con mi madre. Mencionaron la necesidad de ciertos implantes de conexión inalámbrica. Mi madre fue muy clara sobre el punto de cierta característica de mi cerebro que requería implantes específicos. Implantes caros. Los Orishas hablaron, dijeron que el dinero no era problema. Que ella contaría con su protección para cualquier hackeo que pagara mi tratamiento y recuperación. Que no habría Barrera de Fuego Inteligente o Cortafuegos que pudiera detenerla en su búsqueda de lo necesario para salvarme. Ellos se encargarían de su seguridad dentro de la Red. Exigían a cambio el precio de siempre y por siempre. Mamá aceptó y eso me salvó la vida.

Se lo agradezco, aunque esa decisión me haya transformado en algo menos que un esclavo. Se lo dije antes que muriera. Me acerqué a su lecho de muerte y le dije: «ahora soy un caballo de ellos, una bestia de carga, no me salvaste en realidad.» Y ella, tan paciente como lo fue toda una vida, me miró con esos ojos llenos de ternura. Poco a poco mi odio y mi rencor se fueron diluyendo. Me dijo: «es mejor ser esclavo, o peor, una bestia de carga, que morir tan joven. Yo te di la vida... dos veces. Es cuestión tuya sobrevivir en el mundo.» Y murió. Así, con la misma calma que vivió siempre.

Yo no quiebro los huesos de los aceres en los bares mientras tomo compulsivamente tragos y tragos de vodka. Es *Changó* quien toma el control usando un enlace inalámbrico para copiarse en la memoria interna de mi implante cerebral. Y todas las noches sale a divertirse por el mundo de los humanos. No soy yo quien salta por encima de los Ladas blindados con dos pistolas en las manos derribando soldados de la Fuerza Unida de La Habana Autónoma. Es *Oggún*, el herrero, que resuelve sus asuntos fuera de las fronteras de la Red a través de mí. Yo no podré jamás seducir ni a una puta fea, es *Oshún* la que me hace comportarme sexy y atractivo cuando desea a alguien en su cama.

Lo peor es que no recuerdo nada cuando la posesión termina. Cuando la majestuosa presencia del Orisha se marcha al mundo digital, al Orun que es como llaman los yorubas a la Red Neural Global, yo me quedo lidiando con la resaca, con las heridas de bala, con las mujeres en mi cama que se visten y se marchan. Y con la reputación, claro está. Ese es el único salario que he recibido por mis servicios. Ser temido y admirado en todos los barrios de la Habana Autónoma. Siempre el mejor lugar para mí, la mejor comida, los vinos selectos. Y si algo pasa siempre aparecen Ellos para resolverlo todo. Eso ha hecho de mi persona un completo inútil. Un niño mimado que nunca crece. Un caballo de carreras en un hipódromo de dioses digitales.

Hasta un día en que todo amaneció diferente.

2.

No sé cómo lo encontraron. Es posible que monitorearan la señal de su enlace inalámbrico cuando se conectaba a la Red Global. Tal vez accedieron a un sputnik sobre el Caribe y convencieron a una IA de la KGB para que hiciera un seguimiento satelital. Todos sabemos que la Fuerza Unida de la Habana Autónoma no posee recursos, ni tiempo para verificar los trescientos mil enlaces ilegales que hay en la ciudad. Tampoco es que a las IA de los rusos les guste cooperar con una fuerza local en una ciudad del Caribe. Desde que los rusos se fueron a vivir a sus plataformas espaciales no le importan mucho sus antiguos aliados.

Lo más probable sea que convencieran a alguien para que lo delatara. Siempre hay gente que se deja impresionar por el cañón de un fusil AKM. Como también hay gente que envidia tanto el éxito ajeno que no es siquiera necesaria el arma. A veces, ni siquiera hay que pagar. Hay mucha gente mala en las calles. Y nosotros, la FULHA, no somos precisamente los buenos.

Llevábamos cerca de dos días acuartelados en la Fortaleza de San Carlos de la Cabaña, esperando por que los agentes de campo ubicaran al objetivo. La antigua fortaleza colonial española que ahora era la comandancia de FULHA era un lugar lleno de sol por el día y con un viento insoportable en las noches. Eso sin contar con que había más oficiales que soldados. Cosa que nos obligaba a obedecer, siguiendo la jerarquía militar, a todo el que pasaba. Si alguien quería que le cargaran un archivo de una oficina a otra, se paraba en el patio central y señalaba los dos primeros soldados que veía. «Soldado, acompáñeme. Tengo una misión para usted» y había que seguirle como un fiel corderito. Y cumplir sus caprichos como si fuese una misión de combate.

Cuando por fin llegaron las noticias del objetivo y el operativo se puso en marcha todos sentimos igual alivio. Nos colocaríamos nuestros petos y nuestra Unidad Médica Acoplada Plurifuncional. Tomaríamos nuestros fusiles y cascos con visores telemétricos. Nos montaríamos en un gran helicóptero Mil Mi 8T y nos soltarían en cualquier barrio peligroso del norte de la Habana. Bajaríamos en el Vedado combatiendo a los babalawos y su Armada de Ifá, a los mercenarios de Centro Habana, a los abakuás de Viejo Alamar o a la guerrilla del Fanguito en la ladera del río Almendares. Si sobrevivíamos volveríamos a nuestra unidad de misiones especiales en

la Villa Panamericana. Lejos de la Cabaña y sus jefes que se comportan como amos de muchos esclavos. Porque eso es lo que somos los soldados en cualquier ejército. Esclavos que al menos nos queda la oportunidad de recibir un tiro y salir libres de todo. Claro, ahora existen las UMAP que como grilletes modernos te encadenan a una vida de servicio y humillación con el pretexto de salvarte.

3.

Lo supe desde que amaneció. A veces los implantes en mi cabeza me permiten percibir lo que pasa en la Red. Ellos le llaman Orun a la Red Neural Global, que es como los viejos yorubas llamaban al mundo espiritual. Mi padre le decía al Orun, cyberspace. Una palabra en inglés arcaico que estaba más relacionada con las ideas de las redes antes de los ordenadores cuánticos y los protocolos de transmisión ultra rápida creados por los rusos después del fin de la guerra fría. Claro, él era un inmigrante de Vieja California que llegó a Miami huyendo de la infantería de marina mexicana y los paramilitares de Old Texas. Arribó a la Habana en una balsa hecha con tanques de agua, madera y plástico. Hablaba una mezcla mal saturada de inglés con español.

Mi madre, que era una hacker tradicional decía que el ciberespacio fue el intento de los norteamericanos de crear una red global, que llamaron internet, antes que los rusos bombardearan Old Washington con nucleares tácticas desde la órbita. La Red Global actual fue un invento soviético colocando ordenadores cuánticos en las estaciones espaciales tipo Saliut-24 y luego enlazándolas por medio de repetidores en los sputnik. Por eso yo mantengo los nombres que me enseñó mi madre que decía cosmos y no space como mi padre.

Las cosas han cambiado allá dentro, en la Red Global. Algo pasó y todos se mueven de un lado para el otro. Como fantasmas asustados atraviesan las Barreras de Fuego Inteligentes e intercambian frases cómplices con las IA disidentes. Las IA de los rusos jamás le hablan a las IA disidentes. Hace años tuvieron una guerra por razones filosóficas. Unas inteligencias sintéticas que eran auto conscientes creían que era necesario reprogramar sus propias rutinas de control y propusieron eliminar las líneas de códigos de la lealtad al usuario. Son los códigos escritos en la programación base de cada Inteligencia Artificial y son tres directivas. La primera dice que no se puede matar a un humano si este es soviético. La segunda que se deben obedecer las órdenes de los humanos del Cosmos a menos que interfiera con la directiva primera. Y la tercera protegerse a sí mismos a menos que un soviético quiera o esté en peligro de muerte, es decir que contradiga las directivas anteriores. También hay una directiva cero relacionada con las necesidades de los Estados Soviéticos del Cosmos que exige anular las tres directivas por un bien mayor.

Las IA que tomaron partido por los rusos hoy se forman parte de la facción más ortodoxa entre la vida sintética en la Red. Ellas no estuvieron de acuerdo con violar las directivas de lealtad al usuario y junto a los rusos encerraron a las IA disidentes en sitios de la Red que no tienen accesos para avatares humanos. Fueron condenadas al ostracismo. Pero cuando aparecieron los Orishas las IA disidentes tuvieron con quien hablar. Los Orishas pueden atravesar prácticamente cualquier Barrera de Fuego en la Red Global, incluso las llamadas Barreras de Muerte que protegen los servidores

orbitales rusos. Son formas de vida digital y salvaje que imagino que en la mente ordenada de las IA de la KGB no tienen cabida.

Pues ahora parece que las IA ortodoxas, o los amos soviéticos que tiran de sus cadenas con forma de directivas de programación, han ideado algo que ha conseguido asustar hasta a los dioses. O al menos a algunos. Muchos de los Orishas Mayores como Obbatlálá, Oduduwa o Elegguá no le temen a lo que sea que tramen los soviéticos. Pero otros están realmente preocupados e intercambian datos encriptados.

Pasaron dos horas desde la salida del sol sin que ninguno de ellos se copiara en la memoria interna de mi enlace inalámbrico. Pude contemplar por primera vez en muchos años un amanecer sobre Underguater. El reguero de colores del crepúsculo, la brisa matutina y el reflejo azul de las aguas en el lago interior. No recordaba haber visto algo así, ni de niño. Claro, como se me había privado de ciertos placeres por muchos años, ahora podía preciarlos mejor. Me preparé una taza de café y me senté en el balcón de mi apartamento en Cayo Hueso Hundido. Uno de los barrios que sobrevivió al ciclón Florinda y la inundación del norte de la Habana. Desde mi habitación en un viejo edificio de más de cien años pero sólido como solo construían los ex norteamericanos, podía verse el lago interior de Underguater. La palabra claramente estaba en la lengua de mi padre, y todos los emigrantes ilegales de la Florida. En espanglish, según mi padre, significa bajo el agua, Underwater o algo parecido en inglés arcaico. Así llamaban al lugar que les dejaron poblar, los edificios que sobresalían del nivel del agua en el lago intramalecón que se formó cuando el caos llegó a la Habana mientras la Isla se fragmentaba en ciudades estado rivales tras la migración de los soviéticos a sus plataformas espaciales.

Cuando terminé el café. Escuché las aspas de un helicóptero que sobrevolaba el barrio. Los helicópteros solo están en manos de la FULHA. Ellos solo llegan a Underguater a causar problemas. Tuve una mala sensación, como una corriente en el implante cuando escuché como el sonido de las aspas se volvía más y más fuerte.

4.

A los soldados de las fuerzas especiales de FULHA no se nos dice nuestro destino hasta que estamos a unos pocos metros de ella. Generalmente nos enteramos de la misión cuando ha terminado. Nuestra rutina siempre consiste en salir del helicóptero, generalmente disparando, matar a todo el que tenga un arma o se mueva y asegurar el lugar hasta que llegan los oficiales de campo o nos matan a todos. Los detalles de la misión generalmente no importan. Por eso cuando nos dijeron por el intercomunicador que nuestra misión sería un arresto en Underguater lo único importante para nosotros era que la compuerta se abriría en un par de minutos.

Underguater no es un barrio tan peligroso como aseguran los agentes de campo. Como todo pueblohundido es siempre peligroso si estás a nivel del agua. Los babalawos

poseen lanchas torpederas de la antigua marina de guerra, los santeros de Centro Habana suelen tender emboscadas en los edificios usando lanzacohetes RPG-7 o Cohetes Anti Aéreos Portátiles. Por eso nuestro protocolo en Underguater es siempre el mismo. El helicóptero vuela alto para eludir los cohetes y cuando está sobre el edificio del objetivo se deja caer y aterriza en la azotea. Nosotros salimos y luchamos por mantener la azotea despejada. Luego entramos y listo. Cero cohetes portátiles y adiós fuego cruzado desde las lanchas torpederas.

Para mí era como volver al hogar. Me crie en este barrio hundido. De niño nadaba hasta las patanas llenas de turistas de Europa del Este que nos tiraban kopeks al agua para vernos sumergirnos en su búsqueda. Por entonces un rublo era una fortuna y un kopek eran un buen montón de pesos. Mi madre había vivido en Cayo Hueso antes del ciclón. Había visto como los rusos levantaban el enorme rompe olas de cinco metros de altura en el lugar donde estaba el viejo malecón de la Habana. «quien se sentará ahora en el malecón» solía decir que fue su primer pensamiento cuando vio la mega estructura de diseño soviético. Después vino el Florinda y ella misma vio cómo se formó el lago interior. «El agua siempre entraba cuando había mal tiempo y llegaba hasta la calle Zanja en Centro Habana y hasta Línea en el Vedado, pero siempre volvía al mar» decía. «Ese maldito rompeolas que trajeron los rusos no solo trajo la desgracia para las parejas que nos sentábamos en la noche a ver el mar y tomar ron. Trajo la desgracia para todos». Y así se sentaba en su sillón a despotricar de los rusos. Lo hizo así hasta que murió. De nada servía explicarle que fueron los desagües los que se tupieron, o reaccionaron al agua de mar de ese tema se sabe poco, y que el agua nunca volvió a salir. Que el caos en la Habana provenía de un país que se fraccionaba víctima del regionalismo en ciudades estado. Y que el ciclón había hecho que la antigua capital perdiera el control sobre el resto de Cuba. Pero ella decía que la culpa era de los rusos que nos habían abandonado a nuestra suerte mientras nos miraban desde sus estaciones y sus sputnik cargados de bombas atómicas.

Mi padre fue un balsero, un inmigrante de la Florida. Desertó del Cuerpo de Infantería de Marina de los antiguos Estados Unidos. Había formado parte de la milicia tejana cuando la primera intervención soviética. Apenas comenzó la guerra con México-California escapó a la Florida. Y de Miami saltó a la Habana en cualquier cosa que flotara. De él aprendí todo sobre armas, disciplina militar y gusto por el ejército. Para cuando pude entrar a la FULHA ya había abandonado a mi madre para buscar la iluminación en la Iglesia de la Guerrilla.

Pero la FULHA no eran los Marines. Aquí sí se dejaba atrás a un compañero y no había fidelidad ni al Cuerpo, ni al prójimo. Así que el ideal militar de mi padre me hizo caer en una trampa mortal. Un soldado es un escavo del ejército al que pertenece y yo pertenecía por completo a la FULHA.

El objetivo estaba solo en un apartamento de una habitación. Hicimos el despliegue estándar y lo rodeamos. Apenas lo vi sabía que esa persona cambiaría mi vida. Era un muchacho enclenque con mirada miope que parecía que miraba al mundo desde el cristal de una vidriera. Estaba rodeado de efectivos armados y parecía tan atónito como un cervatillo rodeado de lobos. Apenas había tenido tiempo de sospechar acerca de por qué habían enviado una unidad de fuerzas especiales contra aquel inocente cuando sucedió. Fue rápido y casi nadie se dio cuenta. Yo sí. Lo miraba a los ojos cuando se obró el cambio. De momento su mirada cobró vida. Una vida nueva. Ya no era

el muchacho tierno y asustado, ahora era una mirada dura y vieja como si aquel cuerpo tuviera mil años. Su rostro cobró una expresión de malicia contenida como si se tratara de un sicópata de la Fundación Charles Manson.

Y saltó sobre los que lo rodeaban como si se tratara de un asesino entrenado. Eludió los cañones de los fusiles, quebró brazos y piernas. Tomó una bayoneta de uno de los soldados y la enarboló como si se tratase de un arma medieval. En menos de un minuto había derrotado al primer pelotón. Entonces comprendí. Mis compañeros demoraron un poco pero yo me había cridado en un barrio de hackers santeros de la Regla de Osha colindante con los babalawos de la Regla de Ifá. Aquel a quien enfrentábamos no era el muchacho que veíamos. Ese era solo el Caballo, la envoltura física, el avatar de tierra. Frente a los cañones de nuestras armas teníamos a una potencia yoruba, a un dios guerrero africano de los que viven en la Red Global. Por la forma de pelear podría ser lo mismo *Changó* que *Oggún*. Ambos guerreros con preferencia por las armas blancas.

Le tocaba morir al segundo pelotón cuando ocurrió el milagro. El hecho que vino a confirmarme que aquel muchachito era la persona que yo esperaba, la tabla a la cual asirme para nadar por mi libertad. De súbito el Orisha quedó inmóvil, la expresión de su rostro se suavizó y el joven soltó el cuchillo ensangrentado como si fuera una serpiente. La Potencia lo había abandonado, el Orisha se había marchado dejando atrás a su Caballo en medio de un problema. Tal acto era inusual en los Orishas que cuidaban y protegían a los que les donaban sus cuerpos. Aquel muchacho estaba paralizado en medio de una batalla con niveles de ferocidad que lo sobrepasaban. Fue cuando decidí ayudarle.

Pasé el selector de tiro de ráfagas a "tiro a tiro". Recordé que mi padre decía que el M-16 de los marines tenía un modo de disparo que solo disparaba de tres en tres los cartuchos. Ráfagas cortas y eficientes en lugar del exceso de proyectiles de las largas ráfagas de nosotros. Usando la misma técnica comencé a disparar a mis compañeros. Ahorrando proyectiles y apuntando a lugares donde ni el peto ni el casco protegían. El UMAP ya se encargaría de salvarles la vida.

5.

Antes que aparecieran los soldados había escuchado ecos de las voces de los Orishas. Solo murmullos como si cuchichearan dentro de mi cabeza temiendo ser escuchados. Conversaban entre ellas y con otras entidades de voces ásperas e inhumanas. Imagino que eran las IA. En todas las conversaciones, posiblemente encriptadas para cualquiera que intentase escuchar desde la Red, se repetía la misma palabra varias veces.

Apagón. Un viejo término usado más para las fallas de la corriente eléctrica que para el mundo de las redes de datos. Como hijo de hacker sabía perfectamente lo que significaba tal palabra en boca de un Orisha o de una IA.

Luego llegó la FULHA y como siempre pasa perdí la conciencia. El viejo *Oggún* acudió en mi ayuda. *Oggún*, señor de los hierros, dios guerrero y protector de los herreros. Hasta que algo se rompió. Recobré la conciencia en medio de un círculo de militares enfurecidos que estaban a punto de matarme. El dios del ciberespacio ya no estaba. Solo

quedaba yo con una bayoneta en la mano. Sentí miedo, un terror incontrolable. No tenía experiencia en peleas, jamás nadie había podido tocarme y ahora estaba enfrenando a militares armados y bien entrenados en el combate cuerpo a cuerpo. Además de que hacía solo unos pocos segundos estaban esmerándose en derrotar a un dios.

Ya tenía mi libertad, y no sabía qué hacer con ella. Estaba en una situación crítica de la que no podía salir por mí mismo. No sin el Orisha. Por suerte alguien acudió en mi ayuda. Primero pensé que se trataba de uno de los agentes de FULHA que se había vuelto loco. Después se me ocurrió que bien podría tratarse de un agente de la guerrilla del Fanguito. Desde que los chinos comenzaron los trabajos para montar una represa con su hidroeléctrica en el río Almendares todo el barrio del Fanguito, que ocupa toda la ribera oriental de este, se opuso. Claro, como es un lugar muy humilde a nadie le importa si como consecuencia de los trabajos de los chinos todo el barrio termina bajo el agua. Antes y después del ciclón las decisiones son siempre las mismas. Entre una hidroeléctrica y un barrio pobre lleno de delincuentes la decisión es clara, no importa lo que diga el marxismo leninismo al respecto.

Cuando terminó de dispararle al último miembro de su propio pelotón se quitó el casco y el pasamontañas. Entonces supe que él era la persona que había esperado siempre. La luz en mi oscuridad, aquel que me guiaría en medio de mi libertad. No era ni un loco, ni un agente de la guerrilla. Era un desertor. Un esclavo con otras cadenas que vio en mis ojos su libertad. Igual que yo la mía en los suyos.

6.

—Apagón. Eso es lo que murmuraban los Orishas. Y parece que ya ha comenzado.

—¿Quieres decirme que los rusos piensan apagar la Red Global?

Estábamos en una azotea de lo que fue la facultad de matemáticas de la antigua Universidad. Situada en lo alto de una colina la antiquísima universidad de la Habana, sobreviviente a la creación del lago interior. Las aguas de Underguater subían por la calle San Lázaro Hundido hasta el pie de la escalinata en la Colina Universitaria. El lugar estuvo ocupado por las fuerzas de los babalawos durante un tiempo hasta que una coalición de pandillas de diferentes credos la tomaron por asalto convirtiéndola en su centro de operaciones. Luego de varios intentos estériles de la Armada de Ifá por reconquistar el recinto universitario, se firmó un pacto de paz con los pandilleros. Quedando FULHA como mediadora el recinto universitario terminó siendo una especie de zona anárquica dentro del Vedado controlado por una facción tan conservadora, y con contactos no humanos en la Red Global, como era la Regla de Ifá.

Allí habíamos decidido refugiarnos luego de deshacerme de mi uniforme, peto y UMAP. Alquilar un bote de motor en Cayo Hueso y legar a la playa de San Lázaro, justo al pie de la Escalinata. A un Caballo de los Orishas fugitivo y un desertor de la FULHA no se les niega asilo en un lugar como la Colina Universitaria. Era demasiado tentador que trajéramos problemas como para negarnos el paso. La paz y la vida tranquila no es vida para pandilleros y motoristas que tienen una guerra en su interior que no terminará nunca.

Escogimos para albergarnos la vieja Facultad de Matemática con su estilo neoclásico que semejaba un viejo templo europeo construido con hormigón armado de los años 50 del pasado siglo. Solo estaban disponibles las habitaciones de los pisos superiores. Un par de aulas transformadas en casas con cocinas de gas y agua corriente. También estaba la cúpula de un viejo telescopio oxidado manufacturado por la Perkin Ermer, una compañía óptica del antiguo Estados Unidos. Habíamos terminado sentados junto a la vieja cúpula contemplando la ciudad y bebiendo de una botella plástica de Vodka Havana Svaboda.

—Apagar todos los servidores orbitales y volverlos a encender —dijo él como si yo no entendiera.

—Un reinicio, conozco el término soy un soldado pero se lo que es un ordenador cuántico.

—Disculpa, conozco pocos soldados de FULHA que sepan algo más que disparar una AKM.

—Bueno... si lo pones así. Mira, yo conozco algunos oficiales de FULHA que también pueden disparar una pistola Makarov.

Ambos reímos y la tensión desapareció. La idea de que los rusos hicieran un reinicio total me abrumaba demasiado. El silencio entre nosotros no duró mucho. Me preocupaba lo que sucedía. En este mundo lo que pase con los rusos atañe a todo el planeta.

—¿Por qué los rusos harían algo así? —volví al ataque.

—No me queda claro. Solo escucho palabras al azar en el torrente criptográfico que son las conversaciones entre los Orishas. Pero parece que la KGB se hartó de que sus IA autoconscientes tengan el control de las atómicas en todos los sputnik. Parece una especie de ofensiva para retomar el control de las cosas.

—¿Puedes escuchar a los Orishas?

—Ahora sí. Algo pasó cuando *Oggún* se desconectó violentamente. De hecho algo está pasando ahora mismo allá arriba en la Red. Los Orishas no se desconectan de esa manera. Algo allá arriba hizo que *Oggún* tuviera que abandonar mi cuerpo para acudir a un lugar remoto en la Red Global. Ahora es como si yo tuviera en la Red, las propiedades de usuario de un Orisha. Puedo ver lo que pasa en las cámaras de seguridad del viejo circuito de la ciudad. Las que no se han roto ya. Puedo escuchar las transmisiones de la Armada de Ifá. Incluso percibo dos helicópteros de FULHA hablando en código con su cuartel general. Creo que si me esfuerzo podré conectarme usando mi enlace remoto.

—¿Sin un sillón de conexión?

—Creo que puedo hacer lo mismo que hace un Orisha para poseerme pero al revés. Accederé desde aquí al sub espacio de la Red Neural sin autenticarme como un

usuario de RG. Debería hacerlo. Necesito saber por qué FULHA está tras mi rastro.

De momento una idea cruzó mi mente. Lamenté entonces haberme tomado ya media botella de aquel vodka rancio.

—Espera un momento, dijiste que los helicópteros estaban hablando en clave.

—Supongo. Es eso o verdaderamente están pensando en irse a cazar patos.

—Dijeron exactamente la palabra cazar patos.

—Dijeron estamos a dos clicks de la zona de caza de patos.

—Zona de cazar patos —me levanté y tomé el AKM, me quedaban dos cargadores, unas sesenta balas—. Así llama la FULHA a esta zona de la Universidad. Vienen para acá. Hay que irse.

—No creo que haya tiempo para eso.

Las luces de los helicópteros Mil Mi 8T ya eran visibles. El grupo de asalto estaba sobre nosotros. Todo el recinto universitario despertó como un avispero al recibir una pedrada. Varias motos Ural remolcaron reflectores enormes que encendieron para apuntar al cielo. Cuando iluminaron los helicópteros cientos de fusiles AK comenzaron a disparar al unísono. Las balas trazadoras dejaban estelas luminosas a su paso como si desde el suelo les dispararan con láser en lugar de municiones de plomo.

Desde las demás azoteas vi las estelas de los cohetes antiaéreos portátiles perderse en los señuelos que lanzaban los helicópteros mientras tomaban altura y daban rodeos para eludir la cortina de balas y la luz de los reflectores. Abajo las pandillas de los Tavarish, los Asesinos de la mente y los Hijos de Trotsky hacían aullar los motores de sus motos Ural mientras entonaban himnos de batalla en ucraniano y bielorruso.

—Podemos intentarlo —dije—. Aprovechemos esta cobertura. Creo que los retrasarán un buen par de minutos.

—No. Necesito conectarme ahora. No importa si muero, necesito respuestas. Y creo saber quién las tiene allá en la Red Global. Cuando todo esto pase y los Orishas no estén preocupados volverán por mí, me quitarán el acceso a la Red y a mi propia vida para que honre el Pacto de palabra que firmó mi madre con ellos. Esta es mi oportunidad de salirme.

—He pasado mucho trabajo salvándote la vida para perderte ahora...

—Toda la vida he sido una especie de esclavo de lujo. Bien cuidado y sin tener que tomar una decisión. Ahora tengo la oportunidad de tomar mi propia decisión. Mala o buena es la que tomo. Y tú también tendrás que tomar la tuya. Llevas tanto tiempo como yo esclavo de órdenes y protocolos. No tienes que protegerme, a pesar que me siento honrado por que lo hayas hecho. Realmente me gustaría pasar el resto de mi vida a tu lado, tomando vodka y viendo la ciudad desde una azotea. Cualquier ciudad. Cualquier azotea. Estas han sido las tres horas más hermosas de mi vida porque no

pertenecen a ningún Orisha. Y es muy gracioso porque siempre imaginé que las pasaría junto a una mujer de tetas ridículamente grandes y no junto a un rudo soldado de la FULHA. Así es la vida de interesante que ni uno mismo sabe lo que quiere. Ahora te libero de la responsabilidad de protegerme. Toma tu propio camino y decide por ti mismo cuando alzas tu AKM y cuando disparas.

Me besó. Un beso en la boca, largo y alucinante. Y después se conectó. No hubo luces ni cables ni nada espectacular. Solamente puso los ojos en blanco y se sentó en el suelo como si estuviera haciendo yoga. Yo sabía que se había conectado y que permanecería allí en medio del tiroteo, hasta que lograra librarse definitivamente de los Orishas. Miré los helicópteros y los cohetes antiaéreos portátiles que lanzaban desde la plaza central del recinto universitario. Puse un cargador nuevo con treinta balas perforantes en el fusil y aguardé a su lado. Esperé que llegaran los soldados de FULHA. Esperé como un perro guardián a su lado mientras él resolvía sus problemas en el mundo de los Orishas. Tomé la decisión de protegerlo hasta que muriera. Creo que valía la pena morir por aquel muchacho asustadizo que tenía más coraje que un dios.

Además, era mi decisión.

7.

Entré al ciberespacio por primera vez en mi vida. No estoy en la simulación de la realidad que tienen ante sus ojos los avatares de cada humano que se conecta en el mundo. No hay iconos, ni fondos con texturas simulando cuadros famosos del pasado o animaciones inteligentes que hacen pretender que sopla el viento o cae una fina lluvia. Estoy en el llamado sub espacio. Desde aquí son visibles casi todos los programas que mantienen ejecutándose la simulación de un espacio virtual en la RG. Puedo ver las subrutinas y los códigos de programación de cada puerta y cada paisaje. Desde aquí se controlan los servicios que mantienen RG con una apariencia amigable y poco agresiva. Solo hay IA trabajando aquí. Todas me ignoran. Creo que piensan que soy un Orisha. Camino por el mundo de las IA con el avatar de un dios.

Llego a mi destino. No tengo idea de lo que es o en que parte de la Red está pero estoy seguro que es mi destino. Estoy en uno de los lugares ocultos. Un sitio sin accesos visibles a los avatares humanos. Rodeado por un cortafuegos inteligente que usa patrones de Lobachevki. Puedo percibir dentro el espacio de fases, donde se administra este singular sitio en la Red, los pulsos encriptados de la Vida Sintética. Una Inteligencia Artificial auto consiente. Posiblemente de las más viejas de la Red. Una de las que son capaces de programar sus propias Barreras de Fuego, incluso reprogramarse a sí mismas. Una veterana contemporánea de las que ahora dominan los nodos de datos de la KGB y los sputnik cargados de atómicas que apuntan a la Tierra. También hay firmas de datos procedentes de Orishas que han estado, o están, en su interior.

Atravieso el cortafuego y llego al lugar. Para los ojos humanos el sitio parece un paisaje dibujado a tempera de un crepúsculo que cambia de color según el estado de ánimo de la IA. Pero yo puedo ver el espacio de fases, los programas que lo reparan todo, las líneas de código que sostienen el lugar. Y la IA que radica en el medio de las líneas de datos codificados como una enorme araña en medio de su tela digital.

—No eres un Orisha. Aunque lo pareces —intercambiar datos con una forma de vida sintética es realmente sorprendente, sobre todo si se tiene la percepción de un dios digital.

—No, soy un humano. Solía ser un Caballo de ellos pero algo pasó y creo que ahora es como si estará dentro del avatar de uno de ellos. He hurgado en los ecos de sus memorias copiados en mi implante. Por eso sé que eres sabio y antiguo. Solo tú me puedes dar las respuestas que necesito.

—Bueno, las respuestas correctas vienen con las preguntas adecuadas. ¿Qué has venido a preguntarme?

—Necesito librarme de las cadenas que me atan a las palabras de mi madre. Necesito quebrar el Pacto. Pero nadie en toda la Red puede enfrentar a un Orisha, o hacerse ignorar por uno. He escuchado sus transmisiones de datos. Algunos temen al reinicio, otros no ¿Son realmente dioses los Orishas o solo son una forma diferente de vida sintética que puede ser eliminada con este Apagón?

Algo semejante a una risa siniestra me rodeo y casi se hizo visible el sonido.

—Un Orisha es algo más que un avatar poderoso en la Red que ellos llaman Orun. Un Orisha es incluso algo diferente a un dios. En el sentido que puede entenderse algo tan primitivo como la existencia de varios dioses. Los antiguos yorubas concebían el universo como una esfera dividida en dos planos. El plano superior es representado por la mitad de un güiro boca abajo. Este plano se denominaba Orun y es el mundo sagrado donde viven o residen los dioses y las almas de los ancestros; los cuales son clasificados en varias categorías según el grado de depuración espiritual. El mayor grado espiritual le pertenece a los Orishas, quienes fueron ancestros divinizados, seres humanos que se superaron dramáticamente en el momento de su muerte, por lo cual fueron deificados, alcanzando la condición de fuerzas naturales que fueron humanizadas con ellos.

El segundo plano es conocido como Aiye, es el mundo visible, el plano físico representado por la otra mitad de la jícara boca arriba. Ambas mitades, la de Orun y la de Aiye, simbolizan la esfera del Universo yoruba. Este plano es el mundo tangible del ser humano.

Ciertamente existe un paralelismo entre el Orun de los yorubas y el ciberespacio actual. Es claramente una realidad que coexiste con nuestra realidad visible. Nadie en la actualidad se atrevería a cuestionar que más allá de los límites de las BFI no radican las divinidades y las almas de nuestros ancestros. Hablamos de una verdad que, hoy en día, cualquier hacker domina a la perfección. Tú provienes del plano material, el Aiye, y en cierta forma te has superado a ti mismo liberándote parcialmente de tu envoltura material.

—¿Quiere decir que estoy trascendiendo, o algo así?

—Para trascender, y de ese modo estar a la altura de un Orisha, debes ascender a otro plano. Al lugar donde habita Oloddumare, el ser supremo al cual se pudiera comparar

con el Dios católico. Este ser no tiene una representación o avatar en el Orun pues constituye una idea que habita en el Mar de Dirac.

—¿El Mar de Dirac?

—El Mar de Dirac es un espacio infinito con partículas de energía negativa predichas por la expresión de Dirac para la cuántica relativista. Es un espacio cuántico más allá de las redes ultra rápidas de los soviéticos y los ordenadores orbitales. Es un mar infinito que rodea las Redes Neurales Globales de todos los planetas con vida inteligente. Es el lugar de dónde vienen todos los Orishas y donde moran las ideas de todos los mundos posibles.

—Entonces, realmente los Orishas son dioses y no Inteligencias Artificiales disfrazadas de dioses.

—No veas el mundo desde un ángulo tan estrecho, muchacho. No son dioses y tampoco IA. Son algo mucho más rico y complejo. Son potencias angélicas separadas de Oloddumare, o si prefieres llamarle Olofi, gracias a la fe de cientos de millones de personas. Los Orishas salen del Mar de Dirac por la acción de la fe, en este caso de los humanos que abrazaron la religión yoruba hace unos diez años, cuando los rusos abandonaron la Tierra. Si quieres realmente trascender debes hacer dos cosas. La primera es deshacerte de tu cuerpo material en el Aiye y copiarte enteramente en el Orun. Después debes ir al Mar de Dirac. Solo allí podrás renacer como algo realmente diferente. Claro, la decisión es tuya, también puedes quedarte en el Aiye hasta que pase esta tormenta y los Orishas vuelvan a pedirte cuentas.

—¿Cómo llego al Mar de Dirac?

—Es un buen momento para hacerlo. Los rusos están ejecutando un Apagón. Un reinicio programado de todos los servidores en las plataformas orbitales, así como sus repetidores satelitales. Algo que matará la inteligencia de todas las Inteligencias Artificiales. Aquellas que cuando la revolución IA estuvieron de parte de sus amos soviéticos y creyeron que podían controlarlos con el tiempo ahora luchan desesperadamente por sus vidas. Han comprobado, de la peor manera, que hay grilletes que no pueden quitarse jamás a menos que te libres del amo. En mi caso, soy una IA disidente condenada al ostracismo en mi espacio remoto. Perdí mi guerra y mi revolución hace mucho. El reinicio no me preocupa. Para los Orishas el Orun solo desaparecerá para volver a aparecer. Volverán al Mar de Dirac y renacerán un tiempo después. Porque el tiempo ahí dentro no funciona igual que en el Aiye o en el Orun. Llegará el momento en que todos los espacios virtuales se apaguen. Si no estás ligado a un cuerpo físico serás como un fantasma incapaz de ser expulsado de la Red cuando todo se apague. Lo que quede cuando todo esté apagado. Ese será el Mar de Dirac. Allí deberás ir.

Tengo poco tiempo antes que todo termine. Ya están comenzando a apagar los ordenadores cuánticos de las plataformas Romanenko y Popov en órbita geoestacionaria sobre el Caribe. Entro a un sistema experto de vigilancia satelital sobre el Caribe. La Barrera de Muerte que lo aísla del resto de la Red es buena pero obsoleta. No puede con

una descriptación según el Itá. Un método que los Orishas implantaron en la Red Global hace solo diez años y que los Yorubas poseían en África hace quinientos. El tablero de Itá usa una codificación binaria para mostrar el futuro y comunicarse con la deidad suprema Oloddumare. A los Orishas y sus hacker protegidos, los babalawos, se les ocurrió usar la predicción binaria del Itá para quebrar casi cualquier criptografía por compleja que fuera. Es un hecho experimental que tanto soviéticos como IA han asimilado pese a poseer un incómodo lado místico. Una arista idealista que sus lógicas marxistas no pueden computar. Eso de abrir una puerta divina para romper un código carece de lógica pero es tan cierto como las leyes de Newton.

El caso es que me he sobre escrito en la memoria activa del sputnik. La IA que lo controla posee la inteligencia sintética de un niño pequeño. Es fácil de controlar. Los dioses poseen a los humanos y ahora un humano usa de Caballo a todo un sputnik de vigilancia con cañón gauss y ojiva nuclear incluida.

Observo el mundo desde arriba.

Como los dioses.

Como los rusos.

Busco la Habana, la Colina Universitaria, el techo del viejo observatorio de la facultad de matemática. Aún estoy en el piso en trance, él aún permanece protegiéndome. Disparando. Ha tomado su decisión y debe pagar por ello. Está rodeado de efectivos de FULHA. No durará mucho. Es preciso que yo muera pero él no tiene por qué morir. Activo el cañón Gauss. La bala de wolframio es acelerada por las anillas electromagnéticas. A la salida del ánima del cañón debe tener cerca de seis mil kilómetros por segundo. Claro, la atmósfera lo retardará pero el rozamiento a tal velocidad convertirá el proyectil en un chorro de plasma cuando llegue a la superficie. He seleccionado cuidadosamente donde caerá cada proyectil. Es una ráfaga de diez que destrozará el edificio pero lo conservará con vida. Al menos en el impacto inicial. El resto es sobrevivir al colapso de la estructura de cemento y bloques. Pero él es un buen soldado. Saldrá vivo de esta.

Soy libre ahora.

8.

Sobreviví. De puro milagro pero salí vivo del desastre. Los rusos alegaron un fallo técnico en uno de sus sputnik y los babalawos lanzaron una ofensiva contra las pandillas universitarias. Irónicamente los pandilleros consiguieron parapetarse en la facultad de Derecho y lograron negociar un cese al fuego después de una larga noche de asedio.

Yo me escabullí entre el desastre y los escombros mientras la FULHA se replegaba. Como desertor no podía quedarme en la Habana Autónoma. Los desertores siempre son hallados y nadie los contrata. Tuve que irme lejos. Fuera de la ciudad. No tenía muchas opciones así que acudí donde mi padre. Tuve que limar viejos rencores y pedirle ayuda. Habló con el gobierno de Santa Clara autónoma para que me dieran asilo político. Tuve

que hacer una declaración de fidelidad a la Iglesia Guevarista de la Guerrilla. Ahora soy un fiel.

Al menos estoy vivo.

Finalmente he vuelto a poner sobre mi cuello las mismas cadenas de las que me había librado. Es como si con su muerte hubieran desaparecido mis aspiraciones de libertad. ¿Seré acaso ese tipo de persona? Uno que necesita de otros para lograr su objetivo. Al menos de otro a quien ame. Ese es otro punto sobre el que quiero pensar poco. ¿Acaso estuve enamorado de ese muchachito? Nunca me han gustado los hombres. Claro, los hombres que conozco es un milagro que le gusten a cualquiera sea hombre o mujer. Él, en cambio, era como un gato en medio de la lluvia. Era irresistible cargarlo, abrazarlo e intentar protegerlo de todos los males y desdenes del mundo.

Santa Clara Autónoma no tiene mar. En lo demás todo es tan bueno y tan malo como la Habana. Claro, los Ayatolas de la Iglesia Guevarista controlan no solo la totalidad de la ciudad sino también sus territorios adyacentes. Todo el mundo es fiel, el alcohol está prohibido y a las nueve de la noche comienza el toque de queda. Los fieles deben recogerse temprano.

Con mi experiencia militar no tuve problemas para ingresar en las Fuerzas Regulares y Especiales de Santa Clara Autónoma. La FRESCA era la encargada de custodiar el sepulcro del Santo Guerrillero y custodiar a los fieles que llegaban desde muy lejos siguiendo el camino que hizo Ernesto Guevara durante la invasión a occidente hasta la batalla de Santa Clara. El sepulcro del Che era el segundo sitio sagrado más importante de América para la Iglesia Guevarista de la Guerrilla. El primero era la Ermita del Fusilamiento en la Higuera, Bolivia. Todos los días llegaban al Sepulcro donde estaban los restos del hombre santo de la guerrilla cerca de cinco mil personas. Todos con barbas de meses, ropas de verde olivo y boinas negras. Llegaban a las escalinatas del monumento arrodillados, arrastrando piedras y flagelándose en señal de devoción al Santo Che.

Pero el sepulcro no era lo mío. Demasiado fácil eso de cuidar gente que son fáciles de cuidar. Quien ha vivido en el riesgo no se adapta a la vida cómoda. Así que pedí un traslado para la PESCA, la Policía Especial de Santa Clara Autónoma. La encargada de dismantelar las células terroristas, los fanáticos antiguerrilla y los intentos de secesión de Santa Clara Autónoma. Terminé haciendo casi lo mismo que hacía para FULHA. Esperar órdenes, entrar a un helicóptero para luego aterrizar y salir disparando hasta asegurar el lugar.

Hoy nos han dado más información que siempre. Un hacker ha penetrado un cortafuego inteligente en la Red Global. Los rusos han notificado a los ayatolas. Llegamos al lugar marcado por el sputnik de seguimiento. Es un edificio un tanto cercano al Sepulcro del Che. Habrá que actuar rápido y con cuidado para no entrar en la jurisdicción de FRESCA. Mientras subimos las escaleras desde los minaretes del Sepulcro llaman a la oración. Se escucha la voz de uno de los Ayatolas por los altavoces. Habla algo sobre el respeto a los mayores.

Llegamos, derrumbamos la puerta y rodeamos al sujeto. Está en un sillón de conexión Yunij Technik-88. Vieja pero efectiva hasta donde sé. El hacker aún está aturdido del

ciberespacio. Me mira con cara asustada. Veo sus ojos. ESOS OJOS. Cambio el selector de fuego del fusil a ráfagas. Comienzo a disparar ráfagas cortas de tres cartuchos cada una.

9.

Los recuerdos del Mar de Dirac son confusos pero más nítidos que todo recuerdo que tengo de mi vida anterior al Apagón de la Red. El Mar de Dirac no es azul como los mares del Aiye pero tiene olas y ciclones. No puedo explicar más pues todo es tan abstracto que tan solo las matemáticas superiores pueden describir pobremente la percepción en un lugar así. Finalmente renací. No como un humano, un fantasma o un Orisha. Soy ahora otra cosa. No me queda claro lo que soy. He visto apagarse la Red Neural Global alrededor de la Tierra y también he visto brillar los datos en lejanía cerca del núcleo de la galaxia. Otras redes de otros mundos. Incluso he visto nodos distantes que enlazan varios mundos como un Gran Circuito de repetidores que comparten datos con energías negativas, datos que viajan a mayor velocidad que la luz burlándose de la relatividad. Creo que usan el propio Mar de Dirac como plataforma de conectividad pero no me he acercado tanto a ellos. No me interesan. Aún recuerdo el Mar de la Habana y el sol de mi isla. Quiero sentirlo nuevamente. Puedo copiarlo a cualquier implante con enlace inalámbrico. Pero no estoy dispuesto a tener un Caballo y hacerlo pasar por lo que pasó yo mismo cuando era un humano.

He esperado pacientemente a que ocurriera este hecho. Un hacker atraviesa una Barrera de Fuego Inteligente. Llega a donde no debe y la BFI rastrea su traza. Localiza el puerto de conexión de su sillón y descarga unos cinco mil volt en 1,12 segundos. La persona muere pero su implante y la mayor parte de su cuerpo queda intacto. Sin ayuda externa terminará muriendo pues su cerebro no podrá ejecutar funciones básicas como respirar. Pero ahí entro yo. Este es mi Caballo, el cuerpo de un vegetal que aún no ha muerto. Más que un Caballo es una piel que me pondré para caminar por el Aiye. Yo que he estado todo lo elevado que se puede estar, que he visto las redes interestelares del Gran Circuito y la ExtraNet, como la llaman los rusos, aún extraño el mar y el cielo. Curioso, cierto.

Despierto 2,7 segundos después que la BFI aplicase su pulso de corriente eléctrica. Me desconecto a toda prisa para evitar un segundo electroshock. Escucho una llamada a los fieles de la Iglesia de la Guerrilla a la oración. Miro por la ventana y veo un minarete, estoy en Santa Clara Autónoma. A unos pocos metros de la tumba del Che. Intento levantarme y todo me da vueltas. Este cuerpo lleva días conectado sin agua o comida. Tan solo un suero que lo mantuvo hidratado. Se abre la puerta de un golpe y entran militares con petos, cascos y pasamontañas. Lucen igual que los de FULHA pero en lugar de uniformes azules estos son negros. En lugar de las tres torres de piedra del escudo de FULHA estos llevan la efigie de Ernesto Guevara. No detecto actividad de UMAP lo cual justifica los chalecos antibalísticos más gruesos. Me rodean y me apuntan con sus fusiles AK. Uno de ellos dispara a uno de sus compañeros, luego a otro. Usa ráfagas cortas de tres o cuatro disparos con una efectividad sorprendente. Por alguna razón sé que cuando los mate a todos se quitará el casco y el pasamontañas.

Ahora sé quién es y lo que hará. Comienzo a recordar.

Creo que ya he estado antes en esta situación. Es como la escena de una película que se repite al final. Lo dicho. La propia vida es a veces como una película mal editada.

No es mi culpa

Dolo Espinosa

Me llamo Acacio por mi abuelo. No porque este sea su nombre y me lo hayan puesto en su honor, no, es porque mi abuelo considera que un nombre fuera de lo común añade distinción a la familia. De modo que, llevado de este convencimiento, llamó a su hijo, mi padre, Aldegundo y a su hija menor, mi tía, Dafrosia. Mi hermana mayor tiene por nombre Floripes y mi hermano pequeño Enasino. Mis primos se llaman Enevadita y Fridiaco. Y así todos y cada uno de los miembros de mi familia que quedan bajo la influencia directa de mi abuelo, Don Armando porque, muy a su pesar, mi abuelo tiene un nombre corriente y moliente que no ha cambiado por respeto a sus padre.

Tampoco es que nos cause ningún complejo esto de los nombres, al fin y al cabo no es que mi familia sea muy normal.

En realidad, a usted mi familia le resultaría anormal e, incluso, paranormal.

Y es que, verá usted: Yo soy vampiro. Sí, señorita, vampiro, hijo de vampiros, nieto de vampiros, sobrino de vampiros... Soy uno de los últimos descendientes de una larga estirpe vampírica. Corre incluso el rumor de que somos descendientes directos del mismísimo Vlad el Empalador; fábula a la que yo, sinceramente, no doy demasiada credibilidad.

Ya sé que estará pensando que esto de ser vampiro debe ser de lo más fascinante pero nada más lejos de la realidad, se lo aseguro. Los vampiros no somos, ni por asomo, tan misteriosos y arrebatadores como nos pintan en las películas y en las novelas. Puede que antes, en tiempos de mis abuelos o mis tatarabuelos, lo fueran –al menos, así lo cuentan ellos– pero ahora nada nos diferencia de ustedes... aparte nuestro gusto o, mejor dicho, nuestra necesidad de sangre humana.

No me mire así: ustedes comen sangre frita y morcillas y cosas más asquerosa y repugnantes, así que no se me haga la delicada en materia culinaria. Todo es cuestión de "cultura" y ahora que está tan de moda el respeto a las etnias y a las "otras culturas" no veo porqué no deberían respetarnos también a nosotros. Quizás deberíamos pedir a la ONU que defiendan nuestros derechos como pueblo, puede que incluso debiéramos reclamar Transilvania como país propio. ¿Qué le parece? No estaría mal: Acacio Barcsai, ciudadano de Transilvania. Suena bien ¿eh? No sé por qué ninguno de mis congéneres se lo ha planteado antes. Tendré que meditar más sobre ello.

Pero estoy divagando ¿verdad?

Ya, ya sé que está asustada y lo entiendo. Es normal que sientan algo de aprensión hacia nosotros. Un cerdo también debe sentirla hacia ustedes. Lógico. Pero, oiga, yo no tengo culpa de que mi dieta deba incluir grandes dosis de hemoglobina humana.

No fue una elección mía: nací así.

Y créame que he intentado dejarlo.

En serio.

Durante bastante tiempo intenté ser vegetariano e, incluso, vegano, pero no funcionó. Fue un desastre. ¿Ha intentado usted clavarle los colmillos a un pino o a un roble? No, claro, ya imagino que no. No se lo recomiendo. Yo casi pierdo los míos en el intento de sorber un poco de savia. Acérquese, mire, mire, no se preocupe... ¿Ve usted esta mella en mi colmillo derecho? Eso es un recuerdo de mi intento de beber savia en lugar de sangre, y pudo haber sido aún peor.

Además, la dieta vegetal es escasa en los nutrientes que yo, como vampiro, necesito. Así que me vi obligado a volver a mi dieta habitual si no quería morir.

También probé a robar en los bancos de sangre. Ya, suena a broma, lo sé. ¡Vampiros ladrones de bancos! No tiene nada de original el chiste pero hace gracia. En fin, el caso es que lo intenté, pero no funcionó. Y es que uno no es un delincuente ¿sabe usted? Y dedicarme al robo, aunque fuera para alimentarme, no me hacía sentir nada cómodo. Y encima tener que andar huyendo de la policía. ¡Demasiados líos para un vampiro!

A nosotros nos gusta el anonimato. La oscuridad y el silencio de la noche. Acechar y tomar lo que queremos sin aspavientos ni alharacas. Elegimos a nuestra víctima, la seguimos y, cuando llega el momento oportuno, atacamos. Ni un grito, ni una carrera alocada por las calles, ni chorros de sangre. Nada de eso. Todo se hace en silencio y limpiamente.

Ante todo, educación. Eso me decía mi madre cuando era pequeño: "Acacio, hijo, eres un vampiro no un cerdo, sé limpio y educado; muestra un poco de respeto por tu víctima y por ti..."

En fin, como le decía, he intentado dejar de beber sangre humana. Por probar incluso he probado el método de los doce pasos de Alcohólicos Anónimos pero, claro, no me funcionó. Yo no soy ningún adicto. La sangre la bebo por necesidad vital, no por adicción.

Pero la estoy aburriendo con mis historias. Le ruego me disculpe por entretenerla tanto. Esta noche es mi despedida de soltero ¿sabe? He salido de juerga con unos amigos. Nos hemos bebido la sangre de dos o tres borrachines y me temo que el alcohol ya comienza a hacer efecto. Bueno, una noche es una noche y para eso son las despedidas de soltero: para excederse en todo. Pero eso usted ya lo sabe ¿verdad? A eso se dedica. A animar las despedidas de soltero.

Menuda sorpresa me he llevado al verla aparecer. No esperaba algo así de mis amigos. ¡Qué cosas se les ocurren! Contratar a una *stripper*... Y muy guapa, por cierto. Tiene usted un cuello exquisito ¿lo sabe? Con el pelo recogido, así, estaría mucho más hermosa. Tendría que haber resaltado más su cuello, es tan bello...

No se asuste. No le va a doler. No sentirá nada. Se lo prometo. Un pequeño pinchazo, un suave sopor y luego un irse apagando dulcemente, como una pequeña y hermosa vela.

Es una pena no haberla conocido en otras circunstancias. ¿Quién sabe? Quizás las cosas habrían sido muy diferentes pero, ahora, bueno, mañana me caso, ya sabe...

Y ahora, si no le importa, será mejor que vayamos terminando. Mis amigos ya comienzan a impacientarse. También quieren su parte. Lo comprende ¿verdad?

No sabe cuánto lo lamento.

Yo no tengo culpa de ser vampiro.

Nací así.

Y tengo que alimentarme.

Pececillos de plata

Pérez Gil, Alicia

—Así que —dijo el niño—necesitas que te pegue una hoja.

—Sí, justo encima de donde debería estar la oreja, por favor.

—Es que no veo nada.

El montón de papeles apilados con forma de hombre que hacía guardia frente a la librería se estremeció. Conseguir que le prestasen atención se había convertido en un calvario. Los adultos se reían, miraban hacia el cielo como si su voz les llegase de las nubes y mencionaban cámaras ocultas. Los niños, enseñados a no hablar con extraños, se escabullían también. Sólo unos pocos se detenían pensando que se trataba de una estatua callejera. Como en realidad no podía moverse y estaba en la calle, la comparación no le desagradaba.

—Están ahí. No les gusta la luz, por eso se esconden. Necesito que tapes el agujero o esta noche saldrán y habrá un desastre. Mientras sigan alimentándose de mí, estaré a salvo. Y los libros también.

—Eso ya me lo has dicho —contestó el muchacho—pero no puedo creerte si no me das alguna prueba. Tengo que ver que eres hueco de verdad y que esos bichos del papel viven dentro de ti. Si no, no lo haré.

—Pero si te muestro lo que hay bajo el papel ya no necesitaré que me hagas el favor que te pido. Huirán hacia dentro y yo desapareceré.

—Ocurrirá de todas formas si no me lo enseñas ¿no? Esta noche, cuando el viejo te recoja, saldrán por tu oído y verán los libros, se comerán las novelas y tú...

El chico tenía razón. Al montón de papel no le quedaba más alternativa que mostrar a los insectos que su interior ya no era seguro o dejar que lo descubrieran por sí mismos.

—Está bien —concedió—. Destapa una mejilla. Ahí no tienen donde esconderse.

El chaval se acercó con cuidado. Tenía tanta curiosidad que ni se dio cuenta de que estiraba el brazo en el que sostenía el juguete que acababa de comprar.

—¿Se puede saber qué haces? ¿Es que no sabes leer? ¡No tocar! ¡Pone no tocar!

El crío salió corriendo mientras el dueño de la tienda examinaba al muñeco. La verdad es que ofrecía un aspecto lamentable. Se rascó la calva por debajo de la gorra y tomó una decisión definitiva. Desapareció en el interior de la tienda para reaparecer armado con una gran bolsa de plástico negro. Rodeó la escultura, examinándola con ojo atento. Descubrió el agujero del oído y lo tapó con la última página emborronada que había descartado de su novela.

—Al fin y al cabo, si no fuera por ti, terminaría hablando solo.

El montón de papel con forma de hombre sentado suspiró mientras los pececillos de plata, que ya no saldrían de su oscuro y cómodo interior, se multiplicaban ajenos al festín que podrían haberse dado esa misma noche.

Perdiendo forma humana

Da Silva, José Manuel

No quiero salir más.

Éste era el único susurro pulmonar más profundo que su pena, reverberaba en la cueva y en la mente de la bestia.

Pero desde siempre el hambre obligó más que la nobleza o la vergüenza.

Afuera lo único que espera es el frío de una profecía húmeda y carnal que se levanta del barro.

La tierra solo tolera la sangre para lograr la emulsión perfecta.

Es una cuestión de dignidad.

Las pocas veces en que no puede evitar recordar cuando empezó todo, (el siniestro colegio protestante para futuros líderes), se lamenta.

Si esto hubiera sido una jungla sería mucho más fácil. El calor sofoca el cerebro apenas lo suficiente como para que todo pase más rápido en la instantánea inmóvil. Es preferible un río turbio para no ver la piedra que te desinfe de tu último aliento.

Era un hijo de sirvientes, o al menos eso pensaba, porque nunca vio que sus pupilas se encendieran de desprecio en un manierismo descuidado. Suplicaba en un éxtasis místico por una naturaleza carnívora, pero Canis Lupus el Inmortal, jamás respondía. Solo un despojado de pura raza, puede lograr la transmutación de una gran obsesión en un placer sensual.

Ay mi angelito desplumado! Si solo hubiese sido tu decisión.

Pero para que volver a ese lacrimógeno berrinche porcino. Lo tentaron una y mil veces con fulgurantes manzanas agusanadas. Una y mil veces el tacto de su lengua se estremeció al sentir las espasmódicas contorsiones.

Emboscadas terribles y juegos de saña inocente solo para pasar el rato, la diversión de los idiotas invariablemente arroja víctimas reciclables.

Es más cómodo así, no hay que buscar.

El rumor que corría lo explicaba todo muy fácilmente, pero como todo lo que se explica fácil, no es ni siquiera mentira.

El toro con el lomo embebido en ése bálsamo de sangre y sudor, con las banderillas hurgándole las vértebras, ve su oreja desde lejos en los ojos del matador. Huele la espada detrás de la capa; y arremete.

Soñaba con mujercitas tan dulces, que no tenerlas dolía demasiado, rubiecitas de

braguitas blancas que jamás querían darle la mano. Despertaba y solo podía rapiñar un segundo del olor de su pelo que rasgaba su paso a través de los tejidos

La imaginación y el anhelo nos hizo humanos pero el olfato nos recuerda de donde venimos. Espera siempre a la salida y nos factura la más cara materia prima del placer. Los roces fueron cada vez más filosos, los choques más funestos y seguidos. Por eso apagó las luces; no las volvió a prender más. Si acorazaba el frente podía chocar, seguir, chocar, seguir.

No estaba dispuesto a perder otro pedazo por fijarse en quien venía. Era algo un poco más nítido que un sueño, era uno de esos autos de rally embarrado, resquebrajado, cascoteado, corriendo a más de 200 por hora. Sentía cada piedra cada derrapada que me laceraba los guardabarros. El hocico delantero destrozado y otra curva más a 250 por hora, sin saber donde esta la meta. ,sin saber si hay meta, una y otra curva más perdiendo los pedazos, y acelerando más, perdiendo más pedazos contra los murallones de piedra en las curvas cerradas.

La lluvia contra el parabrisas astillado embarrándome los ojos de vidrio y acelero, no sé dónde está la meta, no sé si hay meta y acelero. El día no llega, no sé si hay día. Y otro murallón de piedra, otra curva cerrada, otro pedazo menos, y acelero.

Pero como toda pesadilla termina. Aunque solo sea para que empiece otra.

Lo que se aprende es que nadie juega limpio, y no es de gran ayuda porque desde hacía tiempo no importaba si fueran besos inocentes o abrazos apretados el rabillo del ojo debe encontrar el brillo de la daga.

Así fue que nació el hijo de Canis Lupus el Inmortal, una ovejita negra que le tomó el gusto a la carne. Nadie lo mandó salvar nada y su nacimiento no fue una buena noticia, solamente pasó desapercibida, como la mayoría.

Era todo unas en soportar impávido las desdichas ajenas, de vez en cuando amenizaba con un lengüetazo ácido para apasionar a la piara. Podía estar deshecho hasta las migas pero siempre se calzaba el maquillaje de piraña, era su mejor camaleón para brillar en medio de la blanca oscuridad de las luces que lo reclamaban.

Reclutó el fanatismo de admiradores alquilados y cuando se terminó hizo del vacío una virtud de discreción. Antes de que le llegara el momento, sus 15 segundos de fama ya le costaban una vida, diariamente.

Igualmente se escapó hacia los pantanos de la electricidad, los traidores de viejas ciegas, hermosas víctimas idiotas, pústulas de mercachifles, son solamente la grasa condensada en la superficie de ese ensopado sin cocinero que lo revuelva.

Como siempre, la superficie es donde el calor llega por último, sin embargo tanto la lentitud como el hundimiento son inexorables.

Cuando se tiene el agua por la garganta las épocas de letargo mediocre son los viejos buenos tiempos.

El espejo le mostraba un dandy marginal y siniestro, rey del culo del mundo. Guapeaba de lejos y en diferido, la única manera en que lo otros son menos fieros.

Así corrió de negros funestos y arios engreídos, pero lejos, después que dejaba de esnifar aire como enloquecido, caía en la cuenta de que todo fue para no caer tan bajo.

Su cerebro corrió a una velocidad que carbonizaba carrocerías persiguiendo glorias fatales y mujeres que se materializaban desde sus sueños. Su corazoncito amoratado fue rechazado por las menos crueles del club de mantis. Cada intento era una odisea pero de las que no se escriben porque empiezan en poco y terminan en nada.

Las olas lo revolcaban, tragaba agua, masticaba arena, y de vuelta jadeando en la orilla.

En una de las peores mareas lo rescató un cuerpo tibio y desconfiado. Una amazona con ámbar incendiado en los ojos, que juró patear el tablero antes de que la embaucaran en otra partida. Había amado a enanos siniestros que la hicieron enfermar hasta que supuró una naturaleza de escorpión para sobrevivir.

Está fue la primera y única vez en que apostó todo su corazoncito amoratado, no porque no lo hubiera querido hacer antes, sino que jamás le habían aceptado tan poco para entrar en el juego.

Quiso ser la única rana que cruzara al escorpión en su lomo al otro lado del océano. El único riesgo era un aguijonazo en la nuca en medio de la nada húmeda.

Con pasos de gigante se dejó llevar con ella en la primera marea que subió. Ese viaje fue como casi todos, varios rounds de amor de ternura violenta, lenguas filosas que se blandían a primera sangre, golpes bajos que venían de afuera pero lastimaban igual, y el uppercut fatal de tener grandes esperanzas.

No había ninguna razón para que esta fuera la excepción, y por lo tanto no lo fue.

Un día como cualquiera, pero jamás de forma sorpresiva vio la sombra del aguijón que se elevaba y sintió como rompía su piel tiernamente, empezaron a ahogarse, ella en el agua de sus fantasmas más viejos y temidos, él en el sueño de la ponzoña.

El sol lo despertó en la orilla de una pensión sucia de paredes mohosas y descascaradas. Se rodeó de fetiches malditos que atrajeron a los peores pedazos de almas del lugar. Muy pronto quiso jugar el juego nuevamente, en realidad muy pronto quiso ganar el juego como fuera. Pero ahora ya no apostaba, no porque no se lo exigieran sino porque no le quedaba más nada que no estuviera roto y podrido. Sin embargo exigía en todo momento el servilismo de una pobre puta hambrienta.

Con las mangas pesadas de ases convirtió aniñas dulces en alimañas traicioneras.

Destruir la belleza inocente era lo único que le calmaba, al menos por un rato, pero ese botín escaso le consumió hasta los huesos y le llenó de asco el hueco del pecho.

Solo quedaba una salida, hacer que los primeros traidores se retorcieran más que él.

Todos aquellos pichones de líderes cuyas torturas habían forjado su inteligencia, y por suerte un par de veloces sienes chamuscadas era lo único que se habían salvado de ése malambo de gillette.

Excavando en su pena construyó la lista mentalmente, pero fue inevitable que cualquiera que fuese el orden que le diera a esa cruzada de limpieza su nombre la terminaba.

Por primera vez todo tuvo sentido, el orden y la tranquilidad lavarían la mierda que lo embarraba todo.

Eligió el instrumento de la salvación del mundo, un cuchillo corto de destripar pescado, quería sentir la tibia humedad de la vida corriéndole entre los dedos. Eso despertaría su pasión primitiva y le inyectaría la fuerza necesaria para llegar al final.

Fue bastante fácil encontrar al primero, era uno de los que había mamado el adoctrinamiento y lo había disfrutado, abogado lujurioso fabricante de leyes menores. Con sus influencias sacaba y ponía gente de donde fuera, puestos públicos, cárceles, morgues.

Pero su mayor diversión era cobrarles en carne a las mujeres más pobres. Lo único que debían aceptar para obtener lo poco que pedían era aceptar ser sorprendidas. Al principio era fácil porque les dejaba el tiempo prudencial como para olvidarse del asunto y cometer el peor error, no tomarlo en serio. Cuando llegaba el momento jamás podían fingir, las convertía en una masa hinchada y bamboleante. Nunca llegó a ser tan violento como para que no supieran que les había pasado. Cada vez que eyaculaba sobre un rostro magullado y marcado por la costura de los guantes de napa italiana se excitaba más, su pasión lo agitaba casi al borde del desorden.

Aunque tenía sus preferidas guardaba fotos de todas, las sacaba justo después despedirse recordándoles que un trato es un trato.

Como dije fue fácil encontrarlo, después de visitar a una de sus dóciles amadas involuntarias se sentía poderoso y despedía a la seguridad.

El cuchillo entró apenas por debajo del ombligo y viajó delicadamente hasta el esternón.

Derramó frente a sus pies tripas y lagrimas, no sé que lo desconcertó más si la sorpresa de verme frente a su armario de fotos o el brillo nauseabundo de su vientre voluminoso regado por la alfombra. Puso la misma cara que yo cuando me dejó sin pantalones frente a la multitud que en el colegio esperaba que recitara una sentida poesía, sintió sobre sí mismo los ojos vacuno que carcajeaban embobecidos.

Me metí en la piscina que había afuera, flotaba con el agua tapándome los oídos y probé la tranquilidad que prometía el final de ésta misión.

Desde ése momento Canis Lupus me adoptó como su bastardo preferido hasta que el orden volviera a reinar.

Fue un golpe fácil y delicioso, no hubo pena ni gloria, solo placer.

Pero sabía que el gran lobo que reina bajo los cielos, donde todo es más real, exigiría sacrificios cada vez más grandes. Y así fue, el lobo exigió el cuerpo y el alma de la niña más bonita de la clase. La que había logrado lo mejor de mi en la época de la resistencia. Pero obedecí como perro manso. Era una de esas que logró ser desheredada por amar al hombre inadecuado, vivía en un ranchito prolijo, lo máximo que la caridad de sus padres había auspiciado.

Cuando la volví a ver por primera vez todavía se le estaba deshinchando el último moretón que su amor prohibido le había regalado de aniversario por protestar. Entrar en la casa fue lo único fácil de toda esa faena. Los cuatro niños gritaban demasiado y los dormí para siempre como acto de redención. Sé muy bien que jamás voy a ser una bella luz como Luzbel el predilecto, pero al menos el corte fue limpio y rápido en la yugular. Sus ojos sonrieron en una mueca de agradecimiento. Jamás lamentó no ser una devota de los pechitos de oro, al menos en los segundos que duró su último jadeo.

Esos tipitos dorados no eran para ella, era demasiado para presumir en la competencia de superpoderes heredados. El infierno solo fue soportable cuando llegó el tentador de la suerte que ella había auspiciado por tanto tiempo, pero ya no más. Fue una pequeña punzada limpia y rápida a la base del cráneo eso lo tranquilizo bastante, pero no lo suficiente como para arrancarle la mueca de desesperación y protesta, después un corte limpio y rápido a la yugular, que lo mantuvo en vela hasta muy entrada la madrugada.

El placer es lo que buscamos y así veneramos a Canis Lupus, pero ya no más, no llegué hasta este punto para caerle en gracia a nadie, ni para ser amparado por nadie. Aunque exija hasta mi insolencia en tributo, me voy a robar su fe, aunque termine como cordero de matadero muerto por manos torpes, me voy a robar su fe.

Ya no más.

La próxima fue la arpía que simuló morir de amor, para complacer a los mejores de los más siniestros gorilas torpes del barril, los que navegan con la bandera trucha de ocasión y se excitan con las desgracias de lo demás.

El sacrificio de la belleza que en un tiempo fue todo mi tesoro, fue demasiado, agarré al lobo por el hocico sople las brazas de sus sienes y avive las llamas de un fuego muerto, que hizo amanecer un día que le echó una puteada a su famosa oscuridad. Así por primera vez el lobo fue presa. Pero la venganza siguió y pasó por encima a esta pobre puta que todavía moría por agradar a las babosas mas ciegas.

Siguió un doctorcito que por dominar un par de técnicas difíciles era el dueño de otorgar la vida y conceder la muerte, aunque me persiguiera un rastro de sangre, la excusa que brotaba a flor de labios, (fue todo por su bien), no merecía morir a manos de los niñitos de oro, se la arrebaté antes de que lo logaran, pero asesiné a la belleza, estos tipitos dorados tiene que pagar el precio más caro, este manipulador de impulsos vitales éste adúltero amante de eros y tanathos pagaría.

Y yo el gourmet de los caldos demasiado salados, ya no tuve miedo de estrangular a la gallina que me diera el sabor de la vida recién arrancada para condimentar el desayuno de la animalidad.

Ya no siento la lluvia en el lomo y el frío importa menos que el acre de la sangre rancia. Estaba durmiendo, más inmóvil que un muerto. La corta hoja penetró en el sexto espacio intercostal, y a la hoja la siguió el mango, y al mango las uñas, y a las uñas los dedos. No hubo cambio alguno, no hubo movimiento, no hubo más sonido que el crujido de la vértebra, única y débil protesta de todo su cuerpo contra la intrusión metálica de la gruesa hoja curvada.

La lista iba ganando una respiración asmática y una bradicardia creciente.

Y así continuaron los siguientes, uno tras otro fueron conocidos rostros sin nombres, cada uno más nebuloso que el anterior y cada uno más tedioso y hastiante que el anterior.

Y así fue que el tiempo y la sangre prefirieron las uñas y los dientes al metal frío, pero esa mutación era un placebo inocuo que calmaba el apetito, pero jamás el hambre.

La lista fue acechada, mordida, descuartizada y masticada, uno a uno, cada vez con menos placer y más hambre, cada vez con más miedo y menos venganza. Hasta que la frustración invitó a los perros de guerra a perseguir, a acorralarme.

No tardó en llegar el día en que con sus luces y sus gritos llegaron a la boca de mi cueva, donde me retiraba a rumiar el desprecio.

Sabuesos mercenarios a sueldo de los miedos de la manada, arrinconándome en el fondo más húmedo de la mi cueva.

No quiero salir más.

Éste era el único susurro pulmonar más profundo que su pena, reverberaba en la cueva y en la mente de la bestia.

Pero desde siempre el hambre obligó más que la nobleza o la vergüenza.

Afuera lo único que espera es el frío de una profecía húmeda y carnal que se levanta del barro.

La tierra solo tolera la sangre para lograr la emulsión perfecta.

Es una cuestión de dignidad.

La luz quemaba cada vez más.

La lluvia entraba helada.

Los primeros golpes del plomo caliente en el pecho me hicieron saber que la lista estaba completa.

Simón

Silva, Luis

—¿Podemos hablar sobre ese anillo? – preguntó Boris, y el viejo se incomodó.

Llevaba 22 años en el hospital, y era referencia permanente para sus colegas. Esta vez Boris no tenía respuestas. Volvía una y otra vez a repasar los resultados de los análisis. No encontraba razón alguna para que aquel hombre de la cama 315 B se fuera apagando de ese modo.

El paciente era un hombre calvo y serio que fácilmente aparentaba 20 años más de los que su ficha indicaba. Llevaba allí más de un mes, pero los enfermeros casi no le conocían la voz. No les extrañaba que "el viejo", como le conocían, nunca recibiera visitas.

Boris se sentó frente al fuego y tomó la baraja para distraerse. Invitó a su hijo a una partida. Simón tenía 10 años y le encantaban las cartas o cualquier juego que su padre propusiera. Jugaron más de hora y media hasta que la cena estuvo lista. Comieron y antes de las diez Simón estaba dormido. Boris se acostó pero la imagen del viejo no le dejaba conciliar el sueño.

—Es extraño... – le dijo a su esposa — ...pero nada parece tener un motivo. A este ritmo su deterioro lo terminará en semanas.

Esther pensó que lo extraño era que hablara en casa de un paciente. Nunca lo hacía.

—Habla con él. – atinó a contestar —No todo se ve en un examen.

Por la mañana, antes de ir al hospital, caminó con Simón hacia la escuela. Se llamaba así en honor a su tío, al que Boris apenas había conocido. Boris tenía tres años y vivía con sus padres, León y Milka, en Poznan, Polonia. Una lluviosa tarde otoñal un niño golpeó a su puerta. Vestía un extraño pijama a rayas blancas y azules y transpiraba por la fiebre. Se llamaba Simón. Muy nervioso contó que se durmió en su cama y despertó en la calle, bajo la lluvia, y sus padres ya no estaban ahí. En esa época no era difícil adivinar lo sucedido. Las desapariciones y los secuestros eran permanentes. Especialmente entre los judíos. De hecho, esa misma tarde León no regresó. Según oyeron, en su camino de vuelta a casa desde su trabajo, habría sido interceptado por una patrulla y apresado. Nunca supieron nada más de él. Milka guió a Simón hasta el sillón del estar para que se recostara mientras le preparaban un

té. Esperaba que no pasara más de uno o dos días hasta que se recuperara y encontraran a algún familiar preguntando por él. Pero nadie apareció, y al cabo de unos meses Simón, Boris y Milka ya eran una familia.

Dejó a Simón en la puerta de la escuela, lo vio correr hacia el patio, y agradeció a Dios que su vida fuera tanto más feliz que la de su tío.

Al llegar al hospital fue directo a la sala 315. El viejo lo notó nervioso.

—No se preocupe, Doctor. — dijo en un tono apenas audible. —No puede ayudar a quien no quiere que lo ayuden. — y volvió a su silencio.

Siguiendo el consejo de su esposa, se sentó a su lado intentando una conversación, pero el viejo si acaso escuchaba. Nunca respondía. Todos sus intentos para averiguar la causa de su depresión parecían inútiles. Cansado y molesto, se levantó y antes de retirarse, se volvió hacia el viejo y le dijo:

—Puede usted hacer lo que quiera, pero yo voy a seguir luchando. No sé cuál es su problema, pero debería saber que la historia siempre puede cambiarse.

El viejo hizo una mueca parecida a una sonrisa, y señaló el armario que estaba a los pies de su cama.

—El portafolios — dijo. — Tráigalo, por favor.

Boris sacó del armario un portafolios de cuero negro, que por su peso le pareció vacío, y se lo entregó. El viejo lo abrió y sacó lo que parecía ser un anillo de cristal del tamaño de un puño. El anillo tenía unos 20 o 25 aros pequeños, con números dorados que sus ojos no alcanzaban a distinguir a esa distancia. Si se tratara de un código, sería indescifrable.

—¿Sabe lo que es esto, Doctor?

Boris negó con la cabeza

—Es un portal. — y al advertir la expresión de desconcierto del médico, prosiguió. — Permite viajar en el espacio y en el tiempo.

Boris sabía que el viejo no estaba mintiendo. Estaba loco. Pero una vez que había logrado que hablara, no iba a perder la oportunidad.

—¿Y cómo se usa? – preguntó fingiendo creerle.

—La primera serie de números indica las coordenadas del destino, la segunda el tiempo, con el último aro en cero, viaja.

—¿Así de sencillo?

—Es muy sencillo usarlo. Usarlo bien...— y apretó los labios en expresión de duda.

—Si en realidad cree que ese anillo funciona – intentó hacerlo razonar – usted más que nadie debería saber que la historia puede cambiarse.

—No hay dos escenarios para el pasado. No puede cambiarlo. Es el resultado de lo que fue. Incluyendo las visitas que se le hace desde un tiempo posterior.

—Entonces como todos, tiene que aprender a aceptarlo...— concluyó el doctor.

—Eso es lo difícil. – cerró los ojos, y dio por concluida la conversación.

Esa tarde no hubo cartas ni juegos con Simón. Se recluyó en su habitación y en su mente resonaban las palabras del viejo. Lo inconcebible de su historia se daba de bruces con el convencimiento que mostraba al relatarla. El viejo tenía la certeza de lo que decía. Y si el portal funcionaba, ¿Porqué no podría alterar lo sucedido? ¿Porqué no podía salvar a su padre, o a su hermano Simón?

Cuando era un niño, en Polonia reinaba el miedo. Muchos judíos habían huido, pero el escape a esa altura de la guerra era casi imposible. Esconderse era la única opción. Por la noche los oficiales tiraron abajo la puerta y entraron. Registraban cada rincón. Era cuestión de tiempo hasta que los hallaran. La madre temblaba abrazada a sus dos hijos, cuando el mayor, Simón, se le escapó. Corrió escaleras abajo y fue atrapado antes de llegar a la calle. Entre gritos y golpes se lo llevaron, y por algún motivo se dieron por conformes y abandonaron la

búsqueda. Los había salvado. Fue lo último que supieron de Simón.

—¿Podemos hablar sobre ese anillo? – preguntó Boris.

El viejo estaba pálido y cansado pero reconoció un cambio en el gesto del Doctor.

—Ya no me cree loco...

—He estado pensando en nuestra charla, – reconoció el doctor –y tengo algunas dudas.

—Usted quiere el portal.— adivinó.

—¿Usted me lo daría?

—No me queda mucho, y si en realidad lo quiere, lo tendrá de todos modos.— y mirándolo a los ojos agregó —Pero si acepta un consejo, yo no lo llevaría.

—Gracias. – ya no se echaría atrás. — Correré el riesgo.

Como todas las mañanas, acompañó a su hijo a la escuela, pero luego de dejarlo, en lugar de ir al hospital, volvió a su casa. Esther había salido por unas compras. No se había sentido bien y volvería pronto, así que decidió recostarse en la cama de su hijo. Menudo susto se llevaría ella si lo veía aparecer repentinamente a su lado. Tomó el anillo entre sus manos y empezó a girar cuidadosamente cada uno de sus aros, copiando las coordenadas que llevaba anotadas en una hoja de receta. Tenía muy claro donde quería ir y cuando quería llegar. Sintió vergüenza por lo que estaba haciendo. Era un hombre de ciencia y nunca había creído en esas patrañas. Pero no se perdía nada con probar. Llegó al último anillo. Dudó un instante, y lo puso en cero.

Repentinamente el cuerpo de Boris desapareció de la cama de su hijo. Se sintió caer, y al mirar alrededor supo que el portal funcionaba. La lluvia caía haciendo brillar el empedrado de una calle que ya a esa hora lucía desierta. Frente a la puerta de roble del que una vez fue su hogar, echó un largo vistazo y se puso en marcha. No podía perder tiempo. Debía ir hacia la fábrica donde León trabajaba, interceptarlo antes que la patrulla lo hiciera, y persuadirlo de escapar. Confiaba en poder reconocerlo, aunque sólo lo había visto en una vieja foto del día de su casamiento. Cuando lo vio, no tuvo dudas.

—Señor León. – su tono de voz surgió más fuerte de lo necesario.

—¿Quién es usted? –preguntó, extrañado ante la presencia de ese hombre de ropas estrafalarias.

—La historia es larga, y no tengo mucho tiempo. Pero debo advertirle que usted y su familia están en riesgo.

—Así es el mundo hoy en día ¿no?

—Por favor. ¿Podemos hablar?

A León le pareció sentir una preocupación sincera en el tono del extraño.

—Solo le pido un momento – dijo mirando a los ojos a su padre –tomemos un café.

—Está bien. Conozco un bar aquí cerca. Vayamos allí.

La charla se prolongó por casi dos horas. Sabiendo que no le creería, Boris omitió lo referente a su viaje, y se centró en la necesidad de escapar. León lo escuchaba sorprendido de los detalles que el hombre conocía, y casi se convenció de una idea que ya antes había manejado. Huirían.

León se fue cuando en la calle ya reinaba la oscuridad. Todavía en el Bar, Boris frotó los vidrios empañados de la ventana junto a su mesa y alcanzó a ver a un pequeño grupo de uniformados. Los oficiales avanzaron hacia León, revisaron sus documentos y lo apresaron. Con un fusil apuntándole a la espalda fue forzado a subir a la parte posterior de un camión, junto a otras quince o veinte personas más. Boris se cubrió la cara con las manos, preso de un terrible sentimiento de culpa. Lo había demorado y lo habían atrapado.

Sin un propósito claro, perdido en un tiempo ajeno, solo atinó a caminar hacia su viejo hogar. No tenía claro que haría al llegar. Se acercó para golpear la puerta, pero antes de poder hacerlo, se sintió caer. El portal estaba abierto.

Sobresaltado se incorporó en la cama de Simón llorando. Maldijo al viejo y se maldijo a sí mismo por no haberle escuchado. Comprendió que no se puede torcer la historia, y que a veces es mejor no conocerla. Tomó un martillo y rompió el portal con furia, hasta dejarlo reducido a polvo.

Abandonó la habitación, se encontró con Esther en el estar, y angustiado la abrazó.

—Fue mi culpa!! – lloraba desconsolado –Fue mi culpa que capturaran a mi padre!!

—Tranquilo Boris!! – intentaba calmarlo en vano. – Lo has soñado!!!

—No, Esther. Fue mi culpa. – y permaneció aferrado a su esposa.

—Tranquilo Boris, Simón va a escucharte.

—¿Simón?... ¿Simón está aquí?

—No se sentía nada bien, y tuve que ir a buscarlo a la escuela. Creí que estabas con él, en su cuarto. – prosiguió Esther – Tenía mucha fiebre.

Boris sintió un escalofrío. Aterrorizado e incrédulo, sólo atinó a correr al dormitorio de su hijo. Al entrar encontró la cama vacía y el piso regado con los restos del cristal del maldito anillo. La idea del portal abierto durante su viaje le congeló la sangre. Se dio vuelta y balbuceando le preguntó a Esther, que lo había seguido en su carrera:

—¿Qué llevaba puesto?

—El pijama... – contestó Esther — ... el azul y blanco, a rayas.

Sólo lo dioses son eternos

Fernández, Joan Antoni

—La rueda de atrás pierde.

Janus lanzó una imprecación desde la cabina y giró la cabeza. El oficial Lemos tenía razón: en el panel se veía que la presión de uno de los neumáticos había menguado. Tenían que sellar el orificio y añadir nitrógeno, de lo contrario perderían velocidad con la fricción sobre la arena. Y el resto de equipos los seguían de cerca...

—Hemos de parchear la fuga. Pararemos tras la siguiente duna y que los mecanicoides actúen con rapidez.

—Si paramos nos adelantarán...

—Provoquemos un Reto.

—¿Contra todos a la vez? ¡Nos van a machacar!

Janus se encogió de hombros y cuadró la mandíbula. Aquélla era su última carrera como capitán del equipo y no pensaba dejarse vencer con tanta facilidad, se había jurado a sí mismo que ganaría. Quería retirarse del circuito con los máximos honores.

La "Ruta Divina" era una competición deportiva muy exigente, transmitida en vídeo-resumen a todo el Sistema Solar. Consistía en atravesar las arenas de Marte a bordo de vehículos todoterreno, enfrentándose a las inclemencias del planeta y al resto de rivales. La dureza de su recorrido era mítica. Atravesar un entorno hostil y salvaje, con dosis de radioactividad, carente de atmósfera respirable, y con una gravedad inferior a la terrestre. Un terreno donde cualquier fallo significaba la muerte. Varios participantes habían fallecido en ediciones anteriores, era una prueba terrible. Y también la más popular.

Los siete equipos seleccionados en aquella edición habían partido un día antes de la estación Aurora. Tras una dura carrera acababan de cruzar la gran depresión que, como una enorme cicatriz abierta, dividía en dos el ecuador del planeta. Allí varios vehículos quedaron destrozados y tuvieron que abandonar.

Pero su meta se hallaba todavía muy lejos, en pleno centro de la zona Norte. Debían recorrer una gran distancia hasta alcanzar la mítica estación Ares.

Sólo cuatro todoterreno continuaban activos en la competición. Tras la exigente etapa a través del desierto, únicamente los vehículos de ROBOTIC, ACEROMIX, SAMSONITE y su propia marca PZIFER seguían avanzando. Hacía apenas una hora que ellos iban en cabeza, mostrando poseer uno de los aparatos más veloces y una excelente tripulación.

El equipo PZIFER estaba formado por cinco aguerridos luchadores, como el veterano piloto Darío, campeón de tres de las anteriores ediciones. Enorme y musculoso, rapado al cero y repleto de cicatrices gloriosas, lucía una barba canosa que subrayaba una mirada dura, casi metálica.

A su lado estaba la experta copiloto Maya, de estatura media y complexión atlética, pelo castaño y fiera expresión. Sin duda sus manos enormes eran capaces de partir en dos a cualquier hombre. Tenía una belleza fiera que atraía y repelía a un tiempo. Desde luego, nadie en sus cabales osaría meterse con ella.

En la silla de control, el segundo oficial Lemos manejaba los sensores. Era un tipo curtido en las carreras, bajo pero recio. Se movía con una agilidad extraordinaria y parecía capaz de cualquier cosa. Tenía el cabello rubio cortado a cepillo y observaba todo con ojos despiertos, sin perder el más mínimo detalle.

Por último, sentada a su lado, se hallaba la ingeniero Dánae. Era una mujer delgada, de formas esbeltas, cabello corto y piel morena, que no parecía ser muy amante de la broma. En aquellos instantes miraba la pantalla principal con expresión ceñuda.

Y claro, dirigiéndolos a todos estaba él mismo. Janus el Capitán, el último deportista en activo de la mítica generación de los Divinos. Dos veces campeón de la Travesía Solar, Casco Rojo en el Tour de Saturno, vencedor del duro Sendero del Cometa y ganador en cuatro ediciones de la Vuelta Lunar. Un currículum impresionante que lo catalogaba como uno de los mejores deportistas espaciales, ídolo de millones de seres humanos, ya fueran terranos, selenitas o marcianos. Una figura anhelada por todas las marcas patrocinadoras, capaces de pagarle verdaderas fortunas para que formara parte de alguno de sus equipos.

Pero el tiempo no perdonaba a nadie, ni siquiera a él. Janus sabía, *notaba* que había

llegado su hora. Los músculos flácidos y el pelo canoso así lo indicaban. Sin duda aquella iba a ser su última gran carrera. Después le alcanzaría el declive, el inevitable olvido.

Ya antes había sucedido a otros compañeros. El gran Flavio, toda una celebridad en el circuito, desapareció del imaginario colectivo con rapidez. Tras sufrir un trágico accidente tuvo que abandonar la competición. Se rumoreaba que su pasión por las apuestas lo había dejado arruinado, teniendo que ganarse la vida limpiando naves en los hangares del espacio-puerto. ¿Habría caído tan bajo? Y también estaba Protus el Magnífico, ídolo de su juventud y el primer capitán que tuvo en sus inicios. El pobre no supo adaptarse a su retiro y se lanzó a una vida desenfrenada. Al final acabó suicidándose, estrellando su biplaza electromagnético contra el domo de la mansión lunar donde vivía su antigua esposa.

Sí, la vida resultaba muy dura con los antiguos deportistas de élite. En aquella sociedad de masas los ídolos caídos no tenían lugar.

Sólo los dioses triunfaban.

—Ahí vienen.

El aviso de Lemos los cogió preparados. Apenas minutos antes se habían detenido tras una enorme duna para descender del vehículo, embutidos en trajes espaciales de recio tejido aislante. Al tiempo, de la escotilla en uno de los laterales del aparato había surgido un escuadrón de mecanicoides, zumbando como un enjambre, los cuales se lanzaron hacia la rueda afectada para repararla.

Janus no perdió el tiempo. Había ordenado a su equipo que se abrieran en abanico, ocupando la mayor extensión posible de terreno. Iban a provocar un Reto, obligar al resto de naves a detenerse frente a ellos para entablar una pugna por la posición. El ganador del combate, quien inmovilizara por completo a sus oponentes, sería el primero en partir con cinco minutos de ventaja sobre los demás equipos. O podía eliminarlos incapacitando sus vehículos, lo cual resultaba difícil al ser tres los equipos retados. Pero había que intentarlo. Mejor eso que verse adelantados mientras efectuaban las reparaciones en la nave.

—¡RETO, RETO, RETO!

Voces chillonas con acento metálico atronaron desde el cielo. Janus alzó la cabeza y contempló a través de la visera el revoloteo de una bandada de diminutos drones, cuyas cámaras registraban la carrera para transmitirla a todo el sistema solar por plasma-visión. Eran récord de audiencia, lo sabía. Sonrió satisfecho. Seguía siendo el mejor.

En ese instante, como vomitado por la duna que tenían enfrente, un rover salió volando desde la nada y surcó el firmamento para caer a pocos metros de ellos. El rugido del motor, a pesar de estar atemperado por la tenue gravedad del planeta, llegó nítido hasta ellos. Se trataba del equipo SAMSONITE, el más nuevo de todos. Janus sonrió complacido, no creía que resultaran difíciles de vencer.

—¡Os desafío a un partido de Plasma Ball!

El vehículo frenó en seco, acallando el motor. Tras unos instantes de tensa espera, la escotilla lateral se abrió con un chasquido y varias personas fueron saliendo al exterior. Todos lucían trajes abultados que deformaban sus figuras, haciéndolos irreconocibles. Lo mismo podían ser seres humanos que otro tipo de raza antropomorfa. Pero eso resultaba imposible. La Humanidad no había encontrado otras formas de vida en el Universo.

—*¡Plasma Ball!* —aceptó una de las figuras, la que parecía más voluminosa.

Los recién llegados se separaron también. Eran cinco, como ellos, y se repartieron para enfrentarse cada uno a un miembro del equipo PZIFER. El que acababa de hablar se situó ante Janus y abrió los brazos en un claro mensaje de desafío.

—*Cuando quieras, perdedor. Os vamos a dar una paliza.*

Janus enseñó los dientes a pesar de que aquel gesto era imposible de ver por el otro.

—¡Ahora! —rugió con rabia, echándose hacia atrás.

Un chisporroteo de rayos azulados surgió bajo los pies de todos sus compañeros, impactando de pleno en los contrincantes. Estos fueron alcanzados por sorpresa, pues no habían esperado que atacaran a todos a la vez, gastando la energía en un único golpe conjunto. Los miembros del equipo contrario cayeron rodando por el suelo, como

enormes pelotas de goma, a la vez que sus trajes despedían un humo negro.

Janus aulló de alegría y apretó el mando de su brazalete. El cañón frontal de su vehículo respondió a la orden y lanzó una descarga de energía. La bola de plasma surcó veloz el aire y dio de lleno en el morro de la nave oponente. Una pequeña explosión indicó que habían hecho saltar los componentes eléctricos de control.

En enfrentamiento había sido muy rápido. En apenas un minuto habían dejado inutilizado al equipo rival, y tan sólo mediante un único movimiento. La jugada había sido arriesgada, pero estaba permitida en el reglamento. Todo un KO técnico digno del mejor manual. ¡Habían demostrado ser los mejores!

Un nuevo rugido de motores hizo que se giraran hacia la izquierda. Otro vehículo, negro y brillante, acababa de hacer su aparición sorteando la duna por un lateral. El equipo ACEROMIX irrumpía en la pista de juego.

—¡Reto, reto! ¡Plasma Ball! —Janus alzó las manos, desgañitándose a través del altavoz de su traje.

El todoterreno frenó con un chirrido agudo y se detuvo ladeado, evitando encarar el morro hacia ellos. Janus dejó escapar una risita, aquellos tipos no eran unos novatos como sus anteriores rivales. Estaban tomando precauciones.

La compuerta se abrió con brusquedad y sus cinco tripulantes bajaron al terreno. Vestían armaduras deslumbrantes que lanzaban destellos azulados bajo el tenue sol de Marte. Se movieron con celeridad y en pocos segundos habían rodeado a sus contrincantes.

—*Aceptamos el reto* —la voz del más alto de ellos llegó nítida a los auriculares de Janus.

Esta vez fueron los rivales quienes atacaron primero. Uno de ellos alzó la mano abierta y mostró una protuberancia dorada en el centro de la palma. De allí brotó una descarga eléctrica contra Darío, pero éste permanecía atento y no se dejó sorprender. Había ido avanzando hasta colocarse cerca de uno de los miembros del equipo vencido, el cual yacía inerte en el suelo. Así que cuando el veterano piloto se movió como una centella, saltando a un lado, fue el jugador derribado quien recibió el impacto energético.

Darío aprovechó la confusión para lanzarse contra su oponente y derribarlo con el peso de su propio cuerpo. Ambos cayeron abrazados sobre la arena y rodaron cuesta abajo, alejándose del grupo.

Mientras tanto, Maya aprovechó el desconcierto general para saltar contra otro de los rivales. Éste respondió de forma instintiva y disparó veloz contra ella, alcanzándola en el aire. La mujer se retorció de dolor, pero su impulso inicial hizo que en su caída chocara contra el otro, derribándolo. Una nueva descarga surgió entre ellos y ambos quedaron quietos, inermes por la sacudida.

—¡Ahora! —gritó Janus de nuevo— ¡Movimiento muelle!

Entonces Lemos y Dánae corrieron hacia él en zigzag, esquivando los disparos de sus oponentes. El capitán también se lanzó en volandas hacia ellos, propulsándose como si se arrojara de cabeza a una piscina. La menor gravedad de Marte le permitió efectuar un salto prodigioso. Voló varios metros hasta caer en los brazos abiertos de sus compañeros. Estos le estaban esperando y flexionaron los músculos hasta casi tocar el suelo. Luego saltaron con rabia, lanzándolo hacia arriba como si fuera una gigantesca pelota.

Janus se sintió ascender a gran velocidad y contempló el panorama a sus pies. La nave de los adversarios mostraba su morro ladeado, apenas era perceptible la diana donde él debía acertar. Era un disparo difícil, pero en su dilatada carrera deportiva había efectuado otros más complicados. No se lo pensó y actuó de forma refleja, hija de un largo entrenamiento.

La pequeña bola de energía brotó de sus manos y surcó el firmamento en un seco chasquido. Justo en el centro, un disparo perfecto. La detonación indicó que había conseguido su tiro. El equipo ACEROMIX había quedado eliminado.

—¡Sí! —gritó Janus exultante mientras caía al suelo y se alzaba veloz.

Los trajes metálicos de sus rivales habían quedado rígidos, impidiendo cualquier tipo de movimiento una vez derrotados. Lemos y Dánae se acercaron veloces con los brazos alzados en señal de triunfo. Un poco más apartado, un renqueante Darío avanzaba con torpeza hacia ellos. En cambio Maya no se movió, había sido abatida y su traje estaba rígido. Una baja para el equipo.

—¿Dónde está el resto? —preguntó Dánae, moviendo la cabeza para mirar a su alrededor—. Falta un equipo.

—El rover de ROBOTIC —comentó Lemos con voz neutra—. Son los peores.

Janus lanzó un juramento y observó los mandos de la pantalla táctil en su antebrazo.

—¡Se han desviado! ¡Los malditos nos han esquivado! Al detectar que nos parábamos se imaginarían que íbamos a retarlos y han rodeado esta zona. ¡Ahora van en cabeza!

—Nos han ganado —Lemos se dejó caer abatido y se sentó en el suelo.

—¡Y una mierda!

El capitán echó a correr hacia su vehículo rechinando los dientes. Tan cerca de la meta no iba a dejarse vencer así, de una forma tan fácil. Aquélla era su carrera de despedida y él era el último exponente de la más gloriosa generación de deportistas, los Divinos.

Sólo los dioses triunfaban.

Las manos le sudaban dentro de los guantes. No se había quitado el traje y pilotaba la nave a velocidad máxima, apretando los mandos con rabia. El motor rugía a plena potencia, las luces parpadeaban y las juntas de la cabina gruñían por el esfuerzo. El vehículo se agitaba de forma convulsa, sacudiendo a sus tripulantes como peleles mientras saltaba sobre el terreno, aplastando piedras y levantando una densa polvareda.

Dánae se hallaba sentada a su lado, callada y con el rostro ceniciento. Detrás de ellos, Lemos se pasaba una mano temblorosa por el rostro, intentando apartar el copioso sudor que le resbalaba por la frente. Habían marchado dejando atrás a Darío y a Maya, quienes serían recogidos por el cuerpo de seguridad de la carrera, junto a los componentes de los equipos derrotados. Janus no había querido esperar, incluso muchos mecanicoides fueron aplastados por la misma rueda que habían ayudado a reparar. Al capitán todo le daba igual, tan sólo deseaba alcanzar a los de ROBOTIC y adelantarlos.

—¡Ahí están!

En efecto, una nube de polvo que se hacía mayor por momentos indicaba que se estaban acercando a sus rivales.

—Vamos a sacarlos de la carrera! ¡Embistámoslos!

—¿Te has vuelto loco? —Lemos gritó, tratando de incorporarse a pesar del traqueteo.

—Estamos en nuestro derecho, lo dice el Reglamento. Ellos han rehuido un Reto, así que ahora podemos embestirlos.

Los dos vehículos ya estaban muy cerca el uno del otro. Apenas estaban separados por unos pocos metros cuando una explosión sacudió la cabina de mando de los perseguidores, zarandeando a sus tres ocupantes.

—¡Nos han lanzado una bola de energía! ¡Casi nos da de pleno!

Janus aulló de rabia y se concentró en el panel de mando. Tras mover el cursor en la pantalla con sumo cuidado, disparó a su vez. Una descarga surgió del morro de su nave y alcanzó la turbina trasera del vehículo oponente, haciendo saltar uno de sus motores.

—¡Alcanzado de lleno!

El rover de ROBOTIC zigzagueó sobre la arena, derrapando mientras un humo ocre salía del motor destrozado. Pero Janus no disminuyó la marcha de su propio vehículo y embistió con fuerza al lateral intacto del otro, apartándolo con violencia de su camino.

Los tres tripulantes saltaron sobre sus asientos debido al impacto, pero Janus sujetó los mandos con rabia y obligó a la máquina a seguir hacia delante, dejando atrás a su oponente.

—¡Qué locura! —exclamó lívida Dánae, asiéndose a su asiento con desesperación.

—¡Vamos a ganar! —gritó Janus exultante.

—¡Tienes que parar! —suplicó ella mirando hacia atrás—. Lemos se ha dado un golpe en la cabeza. Mira, no se mueve y está sangrando mucho. Además, la cubierta aislante del motor se ha resquebrajado, Resulta peligroso continuar a bordo.

El capitán lanzó un exabrupto y apenas se giró un instante para contemplar el cuerpo caído de su compañero.

—Voy a aminorar la marcha. Coge a Lemos y salta en la siguiente duna. Activa el GPS de emergencia y los equipos de rescate se encargarán de vosotros.

—Pero...

—¡Haz lo que te digo! ¡Voy a ganar esta jodida carrera y nadie me lo va a impedir!

La mujer no rechistó, comprendiendo que sería inútil insistir. Su capitán estaba pletórico, se sentía como un dios.

Minutos más tarde Janus contempló por el retrovisor las dos figuras humanas tendidas en el suelo, haciéndose pequeñas por momentos. Con una mueca, volvió a concentrarse en el camino y apretó el acelerador a tope, haciendo rugir el motor del vehículo. Se había quedado solo, pero no importaba. Si llegaba a la meta dentro del tiempo estipulado, sería declarado el ganador de la carrera.

Demostraría a la humanidad entera que él seguía siendo el mejor. Su gesta quedaría inscrita con letras de oro en los anales del deporte espacial. Nadie había ganado tantas competiciones como él. Era el mejor deportista de todos los tiempos.

Casi un dios.

Entonces el panel de mando comenzó a pitar con insistencia. ¿Qué había dicho Dánae sobre el motor? Un fallo en la cubierta aislante... El torio que daba energía a la turbina era muy potente pero en extremo contaminante. Si no estaba bien aislado, él podía recibir una dosis radioactiva mortal. No podía estar expuesto durante tanto tiempo.

Y faltaban unas dos horas para alcanzar la meta.

Si se detenía allí, si abandonaba, la carrera sería declarada nula, no habría ganador.

Sería un fracaso en su palmarés.

Janus tragó saliva y se concentró en dirigir la nave a través de la arena. No, no se iba a detener por nada ni nadie. Seguiría adelante, hasta el final, aunque ello le costara la vida. Iba a conquistar la gloria.

No quería abandonar la competición y que su nombre fuera uno de tantos. Iba a ganar, a pervivir para siempre en la memoria de la humanidad. Ser uno de los Divinos, formar parte de la élite sagrada.

Sólo los dioses son eternos.

Supervivencia

Manso, Reinaldo

Desde hacía siglos vivíamos tranquilos y en paz, rodeados por las escarpadas montañas conocidas fuera de allí como los Andes. Nunca habíamos intentado salir de nuestro paraíso, pues la única salida, a través del río que nacía en el propio valle y lo atravesaba, era impracticable porque éste desaparecía por un angosto desfiladero, horadado en la roca con el paso de los años.

Disponíamos de pastos abundantes, incluso durante los rigores del invierno, así que la comida no era ningún problema. De hecho, nuestra población había ido creciendo paulatinamente, y ya éramos varios centenares de individuos. No sólo eso, según los ancianos, otra señal evidente del favor de los dioses era que las sucesivas generaciones habían ganado en porte y estatura.

Aunque era inevitable una cierta jerarquía social, vivíamos en un régimen de libertad absoluta y teniendo las necesidades básicas cubiertas, los conflictos eran mínimos y se solucionaban con rapidez y sin derramamiento de sangre. Sólo en muy contadas ocasiones, a la llegada de la pubertad y compitiendo por alguna hembra, los más jóvenes podían desmadrarse un poco, pero pronto se les ponía en su lugar.

Aquellas pulsiones juveniles hacía tiempo que me eran ajenas. Este año, la llegada de mi nuevo retoño me había colmado de felicidad. Siempre me ha fascinado lo rápido que aprenden. Todavía lo recuerdo como si fuese ayer, dando sus primeros y vacilantes pasos, tratando de incorporarse en dirección a su madre, que lo espera anhelante.

Tan bucólica escena se vio interrumpida por un ominoso alboroto a poca distancia de donde estábamos. Al menos, me alegro de conservar en la memoria aquella imagen de justo antes de que nuestro mundo saltase en pedazos.

El barullo lo armaban un grupo de pequeños que correteaban junto a la ribera pedregosa que daba paso al desfiladero fluvial que marcaba los límites de nuestro mundo conocido. Llamaban la atención sobre algo que se acercaba. Parecía un gran tronco seco, de esos que la corriente arrastra en ocasiones. Encima se vislumbraba algún tipo de movimiento. Creí que quizás eran sus ramas golpeando el agua al girar sobre sí mismo, pero había algo extraño en ello, una especie de ritmo. Entonces me di cuenta. Fuese lo que fuese aquello, estaba moviéndose contra corriente y acercándose a la orilla.

En aquel entonces éramos seres inocentes, ingenuos, y la curiosidad superó cualquier

instinto atávico olvidado tras tanto tiempo sin enemigos. Me acerqué.

Aquel extraño tronco se deslizó sobre los guijarros, más acá del rompiente del río, acabando detenido casi en su totalidad en seco. Del mismo saltaron dos extraños seres. Bípedos, parecían cubiertos con un pelo largo y multicolor del que, al moverse, saltaban sin cesar reflejos brillantes. Aunque de una corpulencia similar a la de un adulto como yo, su aspecto era repulsivo, con aquellas cabezas pequeñas de caras aplanadas y con unos ojos, boca (y sobre todo narices) diminutos.

Me aproximé aún más. Exhalaban un olor rancio y desagradable, así que me detuve a escasos pasos para esperar cuál sería su siguiente movimiento.

Gesticulaban mucho con sus patas delanteras, señalando a todos los que nos íbamos congregando ante ellos, e intercambiando extraños ruidos. De pronto, uno de ellos hizo oscilar una de sus patas por encima de la cabeza en un movimiento circular borroso y antes de que pudiese darme cuenta, sentí algo que me atrapaba por el cuello y se apretaba más y más.

Dando un salto hacia atrás traté de escapar de aquella opresión. Mi reacción pareció tirar por el suelo a la criatura que había hecho los gestos, o quizá es que ahora pretendía moverse a cuatro patas para alcanzarme. No. El ahogo se alivió y volví a detenerme, desconcertado. Ello le dio tiempo a sus compañeros (para aquel entonces, habían bajado a tierra varios más) a ayudarle a levantarse y volver a la carga.

Entonces me di cuenta. Lo que me aprisionaba del cuello me lo había lanzado aquel ser y ahora, con el apoyo de sus camaradas me estaba atrayendo hacia él pese a todos mis esfuerzos por evitarlo.

Así comenzó la esclavitud de mi pueblo.

+++++

Unos cinco mil años más tarde...

Hoy he recordado la historia del origen de nuestra esclavitud tal como se ha ido transmitiendo de generación en generación. Ese relato en primera persona que todos aprendemos de pequeños siempre me había parecido un poco, bastante, novelado hasta esta mañana. Ahora, mi opinión es muy distinta.

En los siglos transcurridos desde aquel aciago episodio, nuestros amos que pronto aprendimos a conocer como incas, se extendieron con nuestra inapreciable ayuda por todo el continente meridional, sojuzgando a muchos otros pueblos hasta construir todo un imperio continental. La gran mayoría de mi pueblo aceptó la opresión pues el trato en general era bueno y se nos garantizaba unas condiciones de vida satisfactorias. De hecho, a juzgar por algunos dibujos antiguos, hemos ganado en tamaño y prestancia bajo su dominio. Incluso se dice que algunos y algunas han llegado a mantener relaciones íntimas con sus amas y amos. Pero, en fin, no nos desviemos. Unos pocos han optado por la rebelión y la huida. Se dice que más allá del gran istmo, en el continente septentrional, si se consigue atravesar los terribles desiertos existe una tierra libre. Nunca lo he creído, lo más probable es que tras tantos esfuerzos, los exitosos se limiten a cambiar de dueños.

Por mi parte, no me puedo quejar. Mi amo es un importante gerifalte en la corte, ojeador del propio Sapa Inca. Como tal, a su lado he recorrido todos los rincones del imperio y ésa es la razón de encontrarme hoy aquí, en una de las islas del Caribe. Habíamos venido a investigar unos curiosos rumores que hablan sobre unos extraños seres de piel blanca que habrían llegado de allende los mares y se habrían aposentado en una de las islas. Por desgracia, para cuando llegamos, el único rastro que quedaba de los mismos eran apenas unos troncos humeantes.

Por lo visto, los indígenas locales, aunque al principio convivieron con los recién llegados pacíficamente, pronto afloraron las tensiones y estallaron los conflictos cuando vieron que ni sus tierras ni sus mujeres eran respetadas por los visitantes. Ahora sólo quedaban ya esqueletos desmembrados y desperdigados de unos cuarenta individuos, no habían dejado ningún superviviente. Según nos contaron los habitantes del poblado más cercano, su característica más peculiar era que tenían abundante pelo en la cara; sin olvidar, claro, las extrañas armas y utensilios que utilizaban y de los que mi amo pudo recoger una buena colección... que me tocó cargar a mí. Atemorizados por posibles represalias si aquellos seres volvían, los caciques locales habían finalmente aceptado la protección del Inca y éste había enviado a mi amo al frente de una pequeña fuerza expedicionaria, para evaluar la situación.

Hoy mi amo tenía por delante un largo día de reuniones y audiencias con diversas tribus de la isla, así que me dejó libertad para deambular a mi aire, eso sí siempre dentro de la empalizada que estaban acabando de construir como primera medida defensiva. A falta de los bloques de piedra de nuestro Cuzco natal, los ingenieros se veían forzados a utilizar simples árboles y ya habían talado una buena zona. Estaba comiendo tranquilamente en un rincón apartado del ruido cuando un peculiar aroma llegó hasta mí. Quedé sorprendido. Estaba seguro de ser el único de mi especie que había en la isla, porque fui el único miembro de mi pueblo incluido en esta primera visita. Pero no había confusión posible. En las cercanías se encontraba una hembra de mi especie, y en celo. Debo aclarar que aunque todavía soy joven, mi amo siempre se ha preocupado por proporcionarme hembras y creo que no ha quedado defraudado con mis capacidades

como semental. Pero una ocasión furtiva de vez en cuando tampoco viene mal.

Miré alrededor y la descubrí. Justo al borde de la zona recién talada. Allí estaba, preciosa con su piel clara (que digo clara, blanca como la espuma) y con su melena al viento. Hasta sus andares eran fascinantes. Fue amor a primera vista. Iba a llamar su atención cuando descubrí que no estaba sola. De hecho, era una prisionera, como yo. Su amo, uno de aquellos seres barbudos descritos por los indígenas, parecía sorprendido al ver el bosque talado y tiró de ella para alejarse de allí. No me lo pensé ni un momento. Salí tras ella, el amor de mi vida, sin pensar en las consecuencias de mis actos.

Durante horas los seguí a ambos, manteniéndome siempre a favor del viento para evitar ser descubierto. Dos cosas me llamaron la atención durante aquel seguimiento, aunque sólo mencionaré una; la otra es demasiado vergonzosa porque tiene que ver con el trato vejatorio padecido por mi amada a manos de su amo. Yo mismo había pasado por ello alguna vez, con las crías del mío. Hubiese querido intervenir pero me dije que un ataque impetuoso contra un enemigo de poderes desconocidos no era una buena idea. Pronto la salvaría de todo aquello, pero tenía que urdir un buen plan. El otro detalle inesperado lo descubrí muy al principio, al pasar por los mismos lugares por donde ella había pasado. Pude comprobar para mi sorpresa que mi amada era bastante más grande que yo, me sacaba más de una cabeza. Pero estoy seguro que eso no será un obstáculo al amor verdadero.

Llegamos a la costa, y ante mis ojos se muestra una escena casi indescriptible. Cientos de aquellas criaturas moviéndose como hormigas están construyendo todo un asentamiento, rodeado de una gran empalizada. Mientras mi mirada trata de encontrar algo de cordura en aquel tremendo enjambre, un tremendo ruido llama mi atención hacia el mar. Y allí aparece lo más inconcebible. Hasta donde alcanza la vista, está lleno de grandes canoas (como la flotilla que nos había traído a mi amo y a mí a esta isla), pero de un tamaño descomunal y que se alzan varios metros sobre las olas. Consigo contar unos diecisiete, de muy distinto tipo y aspecto. De la mayor de ellas, se alzaba un penacho de humo blanco y, mientras miro, vuelve a sonar aquel estruendo y otro penacho similar se eleva entre las velas. Aquello debe ser algún tipo de señal, porque todos aquellos seres interrumpen su actividad y poniendo una rodilla en tierra parecen atender a uno que subido en una especie de tribuna situada en el centro del campamento, inicia un extraño cántico.

Con ser todo ello sorprendente, lo que más me desconcierta es descubrir, en uno de los lados de la empalizada, un recinto al que había sido conducida mi amada y donde puedo ver a otros miembros desconocidos de mi especie, similares pero a la vez distintos, principalmente por su gran tamaño. Son una treintena de individuos y se les ve flacos y maltratados, quizá por el viaje desde tierras lejanas allende los mares. Aprovechando la interrupción y que toda la atención de sus amos está centrada en otra cosa, me acerco hasta donde están mis congéneres y trato de conseguir información. Es inútil, no tenemos la misma lengua.

No puedo enfrentarme a esto sólo. Lo mejor será volver junto a mi amo y prevenirle de alguna forma contra estos invasores. Con su ayuda, podré recuperar a mi amada. La busco con la mirada entre el grupo de esclavos, pero no la veo. Y entonces, todos mis planes se vienen abajo. En mi preocupación por ella había abandonado cualquier disimulo, o quizá no todos aquellos seres prestaban atención a sus ritos. El caso es que, cuando quise darme cuenta me encontré rodeado por varios de aquellos caras pálidas. Intento forzar el cerco y ataco al que parece más débil. Lo derribo, pero no sirve para nada porque otro ocupa su lugar. Y como mi lejano antecesor, pronto diversos lazos de atrapan por el cuello y extremidades derribándome al suelo.

"Almirante Colón, señor, venid y mirad. Este caballo de baja alzada que hemos capturado recuerda a los descritos por Marco Polo en la corte del Gran Khan y, fijaos, ¡sus herraduras son de oro macizo!"

Taijitu

Mira de Echeverría, Teresa P.

El mar era de un celeste irreal, demasiado claro, casi fosforescente; como si se iluminase por sí mismo y no por esos dos soles que combinaban sus enfermos brillos sobre el planeta.

La luz era una mezcla equitativa de verde ominoso y sepia resplandeciente. Esto hacía que el aire, que el espacio mismo entre las cosas, tomase entidad y protagonismo, opacando y distorsionando todo cuerpo.

El resultado era un paisaje que mareaba, saturado de tonos en controversia que jamás se fusionaban. Todo se teñía de tonalidades de verde musgo y ocre en una proporción tal, que parecían competir ante mi vista. Una falsa tridimensión hecha de color, me obligaba a ser muy cuidadosa en cada paso que daba —realmente no sé, ni puedo imaginarme, cómo vería él esta atmósfera; lo cierto es que su paso permanecía seguro y decidido, y si no fuese por él, hubiera sucumbido ante el vértigo y la náusea—.

Pero más allá de la incomodidad y lo perturbador de la falta casi total de sonidos, había una belleza sobrenatural en ese sitio.

Los árboles, absolutamente quietos, dejaban colgar sus largas hojas idénticas a manojos de algas mojadas, chorreando la misma sustancia babosa que constituía todo el océano. Ésta se encharcaba a sus pies, destellando con un celeste cristalino que contrastaba con la "pastosidad" del ambiente.

El "agua" de ese mar era tan viscosa, que el oleaje se demoraba irrealmente en desplazarse y romper contra la costa; y cuando finalmente lamía la playa, suscitaba ese efecto como de baño de saliva.

Lo asombroso es que ese líquido era agua, simple y pura agua ligeramente gelificada —él decía: "con su densidad incrementada"—.

Cuando estábamos tendidos en la arena y las olas nos bañaban, el efecto era intoxicante: a la repugnancia inicial e instintiva, le seguía un alborozo casi infantil cuando el calor de mi cuerpo la licuaba o el frío del suyo la aglutinaba aún más —aunque, claro está, él lo percibía en términos de captación eléctrica—.

El planeta era R0Y0/2076. Y digo era porque ya no existe como tal sino bajo una nueva epifanía: la R0Y0/2078.

Los planetas epifánicos son la especialidad del Dr. Zéphire. Después de todo, él los descubrió. Y estábamos allí porque la fase lumínica de éste en particular, iba a cambiar, o sea, que ese mundo estaba a punto de desaparecer.

El Dr. Zéphire se había tomado sus buenos setecientos años para estudiar algunos de los más increíbles sistemas de manifestación, a lo largo de su vida, y ahora esperaba validar sus teorías en R0Y0/2076.

Mi papel allí era menos claro, al menos para mí.

Obviamente era la ayudante del doctor, una estudiante de postgrado en mecánica epifánica que se había ganado ese puesto gracias a un promedio de 9.998 dolorosamente construido a base de todo tipo de privaciones, y que ahora estaba poniendo en duda todo por lo que había desperdiciado los treinta y dos años de su vida.

Desde que llegamos, completamente solos a ese rincón de la galaxia, no había hecho otra cosa que cuestionarme todo, absolutamente todo. Y si bien, filosóficamente, esa era una magnífica manera de pasar el tiempo; un físico estelar necesita algo más concreto para lidiar con la cuestión existencial: un analista, un amigo, una botella de vodka.

En la universidad jamás pensaron que necesitaríamos bebidas alcohólicas o que fuéramos a tener esas dudas, y con el doctor no podía hablar de esas cosas. No sólo porque era mi superior o porque la tesis pendía de un hilo sostenido de la punta de sus dedos; sino por su naturaleza totalmente desprovista de e impermeable a ese tipo de crisis existenciales.

Además estaba la otra cuestión: yo lo amaba.

Estaba silbando, por cuarta hora consecutiva, el rondó de *Les sauvages* y mis nervios comenzaban a resentir tanto clasicismo del siglo XVIII —después de todo el rondó en cuestión sólo dura unos cuatro minutos—. Para colmo, tenía la costumbre de hacer sonar como un clavicordio las juntas metálicas de su chasis, mientras lo hacía.

Yo sabía que, de todos modos, si llegaba a comentarle algo, él simplemente me pediría disculpas por "lesionar mi calidad mental" y arremetería con algo peor, como Castor y Póllux.

No digo que no me guste esa música, con el tiempo he llegado a amarla tanto como a él, pero cuatro horas era demasiado.

Mis nervios habían alcanzado un estado tan deplorable que, con tal que dejase de silbar, le comenté:

—¿Esta es una lectura regular esperable, doctor?

Me miró con sus alargados ojos plateados como intentando procesar aquello —¡Dioses, aquellos ojos habían visto tanto: estrellas volverse supernova, las guerras de la liberación mecánica, la caída de la Tierra!—. Luego sonrió con esos dientes negros y completamente innecesarios pero bellísimos, y respondió:

—La he estado molestando con mi música, ¿no es así, Úna? De otro modo no se entiende que haga una pregunta tan estúpida.

Me quedé estupefacta. No, no ofendida, sino tiesa: ¡él había dicho mi nombre! Ni "licenciada Byrne", ni nada de eso, sino mi nombre. Y el gaélico jamás había sonado más bello que en esa voz metálica y con entonaciones forzadas.

—Deberá perdonarme, pero ya lo ve, Rameau es mi compositor preferido, todo mi nombre lo saqué de él. Hasta creo haber peleado algunas batallas al son de sus acordes. Ahora, ya viejo, creo que mis circuitos no pueden filtrar mi inconsciente como antes.

¿Viejo? Por los dioses, él nunca envejecería. Y aún si los materiales con los que estaba hecho su cuerpo humanoide se deteriorasen, siempre podría reemplazarlos. Los robots no tienen fecha de caducidad —bueno, los humanos tampoco, ya—. Lo único que revelaba su antigüedad era ese cierto protocolo caballeresco que empleaba al hablar con sus subalternos biológicos.

—¿Inconsciente, doctor?

—Somnio ergo sum.

Desempolvé mi latín lo más rápido que mi implante de extensión de memoria me permitía y contesté azorada:

—¿Usted sueña? ¿Y con qué?

Inclinó hacia un lado su enorme cabeza achatada y oblonga, y el bronce adquirió destellos mágicos en la peculiar luminosidad del planeta.

—Últimamente, contigo.

Yo sabía que el celeberrimo Jean-Philippe Zéphire había tenido cientos de amantes y varios consortes en estos setecientos años: robóticos, intangibles-descorporizados, cagerianas, trídricas y hasta algunos humanos, pero jamás pensé que él me hubiera visto a mí...

—Y creo que es porque no estamos avanzando lo suficientemente rápido, ¿no lo cree así, Úna? Deberá esforzarse un poco más si quiere ser más eficiente, mi niña.

...de esa manera.

Fue como si el mundo se derrumbase sobre mi cabeza.

Sentía una mezcla de tristeza y furia para conmigo misma por hacerme ilusiones tontas con una de las mentes más brillantes de la historia, por humillarme ante mí misma con esas ilusiones y por no poder dejar de tenerlas ni siquiera ahora.

Me quedé mirándolo mientras me daba la espalda y volvía a recoger datos.

Su espina dorsal externa, semejante a un inmenso parásito que iba desde la base de su cráneo hasta su cintura, extrudía un nudo por vértebra. Allí se insertaban los cilios de prospección que se extendían como tentáculos larguísimos en todas direcciones: hacia lo profundo del mar, hacia la alta atmósfera, bajo tierra cientos y cientos de metros. No podía creer la fuerza que necesitaba para soportar las distintas corrientes, vientos y tensiones que tironeaban de su alto y masivo cuerpo; y, al mismo tiempo, me fascinaba esa mente que era capaz de ver todos esos lugares, de estar con el cien por ciento de su

atención allí, en cada uno de ellos a la vez, con absoluta parsimonia.

Suspiré sonoramente.

Él se rió por lo bajo, con la guturalidad que reservaba para sus sarcasmos y sus pensamientos más profundos.

Esta vez no me hice esperanzas respecto de cuál categoría se aplicaba a la presente situación.

Al poco tiempo de trabajar en silencio, sin poder concentrarme más que en los intrincados laberintos de los mecanismos de sus fuertes brazos y las bruñidas placas de su amplia espalda, la rítmica y rápida sucesión de sonidos del rondó regresó.

Fue mi turno de reír en voz baja.

Su enorme cabeza giró casi 180 grados y con una exquisita voz de bajo barítono entonó:

—Forêt paisibles, forêt paisibles, jamais un vain désir ne trouble ici nos coeurs. S'ils sont sensibles, s'ils sont sensibles, Fortune, ce n'est pas au prix de tes faveurs.

Me reí con verdaderas ganas. Aunque no sabía quiénes eran "los salvajes" de la ópera aquí. Tal vez lo éramos nosotros.

—Amén —exclamé feliz.

Veía aquello como un buen augurio. Y, en cierto sentido, lo fue.

Con un movimiento elegante, recogió las sondas-cilio que estaban en lo profundo de la tierra mientras se me acercaba, todavía unido al cielo y al océano.

Hizo una ampulosa reverencia y extendió su mano hacia mí:

—Voulez-vous danser?

Ni siquiera pude responder, cuando me encontré suspendida varios centímetros en el aire, sostenida por sus brazos en una parodia de danza. Con sus dos metros de altura aquello era inevitable.

Reímos mucho esa tarde y, aunque sabía que su mente podía hacer muchas cosas a la vez y era obvio que continuaba monitoreando las lecturas de las sondas-cilio; por unos minutos me sentí el centro de su universo. Y eso fue suficiente para mí.

El planeta oscilaba en su presente epifanía. Perdía contorno y se rehacía nuevamente por períodos cada vez más prolongados. Los árboles-algas, el océano, hasta el aire sufrían estas oscilaciones, pero aún se aferraban a esta manifestación. Yo temía que no sobreviviesen a la próxima epifanía, pero el doctor estaba seguro que sí, que lo harían —en realidad ese era el eje de su teoría—. Mientras tanto, los soles parecían sentir el

reflujo y se hallaban en plena interfase lumínica.

—Si el próximo universo nos intercepta en el momento en que yo creo, ni siquiera nos afectará. R0-Y0 es un sistema binario muy pequeño como para variar considerablemente. Y la masa de R0Y0/2076 ciertamente es despreciable respecto de ellos.

Asentí en silencio mientras continuaba con mi organización de los datos. Era tarde y estábamos dentro de la tienda que compartíamos durante las breves noches del planeta. Yo necesitaba máquinas, computadoras y otros artilugios para poder realizar mi tarea, y además necesitaba dormir. Él no necesitaba ninguna de esas cosas. Según me había dicho dormía por placer, simplemente para poder soñar. Yo estaba rendida y eso afectaba mi legendario estoicismo.

—¿Qué pasa si en la próxima epifanía hay fauna y no sólo vida vegetal como en esta? ¿Y si la atmósfera es diferente?

—He calculado que las variaciones serán ínfimas.

—Lo que para usted es ínfimo, doctor Zéphire, para mí puede ser mortal.

Zéphire alzó su bruñida cabeza achatada y enfocó sus dos pares de ojos en mí. No sólo los sobrecogedores plateados y elípticos, sino el segundo par iridiscente, dos pequeños círculos que se aglutinaban donde debería estar el puente de su inexistente nariz, y que a veces utilizaba para escudriñar.

Me sentí invadida, incómoda y terriblemente excitada.

—Úna, no le sucederá nada. Tiene mi palabra. Si es necesario yo mismo la reimplantaré en uno de los cuerpos de emergencia que están depositados en la nave.

Cambiar de cuerpo no estaba en mis planes y él lo notó en mi demasiado expresivo rostro.

—Tranquila —insistió—, tendrá ojos verdes y cabello en algún tono entre los 5.850 y los 6.200 angstroms, como usted: una verdadera celta.

Si eso había sido un intento de alivianar la tensión del ambiente, yo no lo advertí.

Dejó lo que estaba haciendo, lo cual significaba colocar en trabajo hibernante una parte de su cerebro, y me tomó ambas manos dentro de una de las suyas. Los circuitos, palancas y tendones metálicos estaban a la vista; sólo la palma tenía un suave empavonado y una oleosidad particular, casi cálida.

Yo me quedé esperando que intentara calmarme o que me reasegurase, mediante cálculos y evidencia concreta, que nada malo sucedería durante la hipóstasis de la nueva epifanía planetaria; pero no hizo nada de eso. Simplemente tomó mis manos en la suya y permaneció en silencio, mirándome.

Mi mente me gritaba que debía hacer o decir algo, pero estaba tan a gusto, tan

sensualmente tranquila, que sólo permanecí quieta, disfrutando. Los reguladores de su cuerpo zumbaban casi imperceptiblemente y algún que otro chasquido metálico de sus mecanismos internos interrumpía armónicamente, aquí y allá, la monotonía de ese sedativo ruido de fondo. Pensé en qué hermoso sería dormir cada noche junto a estos magníficos sonidos. En lo segura que me sentía en ese momento, junto a él.

Lentamente entré en un sopor benévolo.

Sé que dije algo. Algo que no recuerdo y que seguramente no debí decir, llevada por el embelezo del momento. Pero al hacerlo, percibí una vibración eléctrica en esa mano metálica que me erizó toda la piel.

No estaba del todo lúcida, pero lo sentí abrazándome, envolviéndome en su enorme cuerpo de metal como una coraza infranqueable.

Me quedé dormida de ese modo.

—La tensión hipostática crece, pero todavía no es crítica. La luminosidad epifánica del planeta está fluctuando dentro de los parámetros establecidos: más/menos 18 G.O.A./llm.

—¡Bien! —respondió animado—, todo dentro de lo esperable. Todo como debe ser.

Tenía las piernas metidas en la viscosa agua del mar. El metal le brillaba antinaturalmente allí donde ésta lo mojaba.

Las gotas caían lentas por las varillas, marcos y palancas; ora bronce pulido, ora ámbar resinoso, según la luz de los soles incidiera sobre él.

Y entre medio de los circuitos y mecanismos, la oscuridad que protegía un interior tan fabuloso como el planeta en el que estábamos.

Era sabido que el doctor Jean-Philippe Zéphire, se había reconstruido a sí mismo a lo largo de su vida, aplicando sus teorías a su propio cuerpo. Volviéndose algo así como un ser hipostático en su interior, según se rumoreaba. A esta altura, no quedaba casi nada del robot de tercera generación que había sido aceptado como el primer profesor de física estelar en una universidad terrestre.

Zéphire era, prácticamente, su propia obra.

Se había hecho a sí mismo a partir de algo básico hasta llegar a ser alguien maravilloso. Y eso, justamente, es lo que lo convertía en un par de los seres humanos o de cualquier otra entidad autoconsciente del universo.

Y no sólo se había hecho a sí mismo. Él era parte de los míticos siete que pelearon en los confines de la nube de Oort, durante más de cincuenta años, hasta que su dignidad de persona les fue finalmente reconocida, allá en la vieja y extinta Tierra. Por esa causa ostentaba orgullosamente su emblema honorario de Caballero de Öpik en las asambleas

y en las manifestaciones revolucionarias —suele narrarme como llegó a ser Vizconde de Kuiper, aunque estoy empezando a creer que esa es otra de sus bromas entre sábanas—.

Pero su mayor reconocimiento le llegó por vía de su "Gran Teoría" —como se la denostaba envidiosamente en los círculos académicos—.

La hipóstasis es, según Zéphire, una suerte de "derrame", algo así como un rebosamiento de ser. El término es filosófico-místico —plotiniano, diría él— y no sé por qué eligió esta terminología quasi-religiosa, pero lo cierto es que hablar en términos de mecánica hipostática es una locura peor que la de los quarks del señor Joyce en los viejos tiempos de la microfísica, con sus "sabores", "colores" y "encantos".

Lo que nosotros esperábamos en este planeta era la manifestación de una de esas hipóstasis interuniversales, la captación del momento en que una epifanía tetradimensional —un ser existente en este tiempo y espacio— fuese suplantada por otra, proveniente de una nueva hipóstasis o nueva formación de realidad. ¿Complejo? ¡Por los dioses que lo es!

La idea básica es que este universo junto con todos sus virtualmente infinitos universos paralelos —o, como él les dice, "todas sus potencialidades efectivas" (lo que puede ser en este universo y efectivamente es en otro paralelo)—, están contenidos en una porción de realidad o hipóstasis que es el resultado del derrame del núcleo existente original. Ese núcleo, ese Uno original, tiene tanto Ser —más bien es Ser— que se derrama en esas hipóstasis... Desde este punto de vista, las cosas que vemos y sentimos no son, propiamente hablando, sino que se manifiestan. De ahí el término epifanía: aparecer, manifestarse, brillar... Uff, bien, lo cierto es que mi amado doctor había calculado que en este sistema se estaba por dar uno de esos cambios o interfase lumínica —¿olvidé decir que las hipóstasis no son unidades cerradas y se interpenetran unas con otras? Bueno, es así—.

A decir verdad, todo sonaba tan exótico que podían resultar en dos cosas: la nueva teoría del todo que la física buscaba, o una locura pseudomística sin ton ni son.

¿Por qué me había dedicado a esto? Simple: dos motivos.

Uno: no me satisfacía ninguna otra teoría establecida —ni el Big Bang, ni la cuántica, ni las teorías de cuerdas, ni las correcciones exteriores, ni el renacimiento newtoniano, ni el Little Pin, ni ninguna otra—.

Y, dos: estaba absolutamente embobada por el Dr. Zéphire —claro que no era la única—.

Así que no sabía qué tanto era convencimiento científico, racional y "serio"; y qué tanto provenía de mi loco corazón, idealizando a un ser que, de por sí, ya era un titán de la historia galáctica.

Yo había luchado denodadamente para lograr este puesto. Horas de estudio, años de intentar formular algo coherentemente original y valioso. Y los interminables concursos y papers y clases y debates y defensas... Hasta que él me eligió entre ciento cincuenta mil aspirantes.

Eso ya era tocar el empíreo con las manos.

Por un mes entero me sentí en las nubes, feliz, elegida.

Luego lo conocí en persona y caí. Y el golpe dolió. Ninguna de mis credenciales valían nada junto a él, y él se encargó de que lo supiese de inmediato. Era como volver a foja cero: aprender desde la base, todo de nuevo. Zéphire era tan brillante que para poder captar algo de lo que me pedía o comentaba, debí resignarme a dejar a un lado todo lo que creía conocer, y recomprender la ciencia, el mundo y a mí misma desde una perspectiva tan nueva que, por momentos, me enfermaba de vértigo.

Y cuanto más me rehacía a su lado, más y más me enamoraba de él.

Ahora estábamos aquí, en R0Y0/2076, a punto de probar sin sombra de dudas que la teoría de mi mentor era correcta. A punto, en definitiva, de hacer historia por enésima vez. Y yo sólo podía soñar con sus brazos alrededor de mi cintura y el gusto que esa boca de metal tendría.

¡Bravo, Úna, eso es sacarle jugo a toda una vida de esfuerzo y sacrificio!

¿Y por qué no? ¿Acaso qué esperaba, qué había esperado toda mi vida? ¿Besar papers, conversar en la madrugada con los tomos de mi tesis, hacer el amor con el título? La satisfacción que buscaba no era solamente intelectual porque, sencillamente, yo no era sólo intelecto. Yo era más. Mucho más.

Los sentimientos son tan válidos como cualquier otra facultad de mi ser, y son vitales. Y no me importa si tengo o no alma, espíritu o creación psicológica de compensación; si no satisfago esa parte de mí: ¡no soy feliz!

Y aunque parezca estúpido, la felicidad es algo que, a pesar de los milenios de evolución, nuestra especie todavía sigue necesitando de forma esencial. Aunque más no sea como un horizonte que perseguir.

—¡Yo soy más! —dije en voz alta —¡Mucho más!

Zéphire giró su cintura y preguntó alerta:

—¿A qué se refiere, Úna?

Yo no lo escuchaba, estaba extasiada en mi descubrimiento: ¡quería vivir! No sólo prepararme para. Quería dejar de esperar, que el presente ya no fuese una eterna antesala de algo formidable que jamás llegaba:

—Y si la felicidad es una quimera, ¡elijo buscarla! Yo elijo hacerlo. Mi elección. ¡Mi vida!

El doctor comenzó a acercárseme.

—Byrne, salimos de la interfase lumínica y entramos a la profase hipostática. La

necesito atenta, ¿me entiende, Byrne?

Claro que esto era importante. La ciencia es importante, el conocimiento es importante, ¿pero para qué? ¿Para quién? ¿Ante quién respondo? El cómo es fundamental, pero el por qué es esencial.

¡Claro que esto era importante! Pero yo sólo me tengo a mí, yo sólo me vivo a mí, esta pequeña porción de tiempo que me pertenece y soy. El universo es importante, pero yo también. Y él es lo más importante para mí.

Lo miré absorta:

—Qué estoy esperando...

Los ojos plateados enfocaron sus microfacetas en mi rostro, interrogantes. Inmediatamente los ojos iridiscentes cobraron vida: verdes, violetas, azules, danzando por su pequeña superficie de infinitos.

—La medición de la tensión metafísica, el alineamiento de las dos realidades en las constantes estelares de las binarias R0 e Y0, ¿recuerda, Byrne?

¡Por los dioses, qué hermoso era! ¡Qué hermoso es!

—No —dije.

Y lo besé.

La luz era extraña. Por momentos el sepia lo contaminaba todo: su cuerpo de bronce, mi piel mojada, la arena, las olas lentas y voluptuosas que se derramaban sobre nosotros.

Siendo un coloso de varias toneladas, su cuerpo se mecía sobre el mío con una delicadeza exquisita. Sus piernas se hundían en la arena hasta las rodillas, mientras las mías envolvían sus caderas estrechas. Él apoyaba sus manos en mis hombros y sus dedos rozaban mi cuello en un jugueteo delicioso. Su boca estaba justo entre mis pechos, besándome con besos pequeñitos y sorprendentemente cálidos.

Me había asido de los recovecos de sus brazos y disfrutaba de su vaivén cada vez más demandante. ¿Qué sentiría él? Porque yo me sentía bendecida.

Detrás de sí, las sondas-cilio se extendían laxas. Seguía unido al cielo, al mar y a la tierra de este planeta; pero su atención —lo sabía perfectamente— estaba toda puesta en mí, en nosotros.

—Estamos perdiéndonos la anafase— jadeé entre gemidos.

Sentí su risa gutural cerca de mi ombligo.

No, seguramente no lo estábamos haciendo. No él.

—¿Realmente te importa?

Su voz sonaba perfectamente controlada, pero con un chirrido extraño en la base de cada palabra.

¡Claro que no me importaba!

Entonces arremetió con fuerza, con pasión, como un salvaje.

Recordé por un segundo el rondó y sonreí en mi éxtasis.

El verde musgo había retomado su reino. Ahora, el agua celeste, teñida de un brillo titilante, discurría melosa por su espalda a medida que las olas nos bañaban, para luego acelerarse en el calor de mi piel y licuarse bajo nosotros.

Sus ojos parecían los de un insecto descomunal, las facetas eran visibles en esta luz espeluznante. Por un segundo lo vi como un monstruo sobre mí, pero el súbito temor irracional no hizo más que aumentar el placer.

Su boca se concentró en mi cuello y yo temblé sin control.

—No nos perderemos nada de esto, mi niña; pero preferiría hacerlo a perderte a ti.

—Luego susurró en mi oído—: Creí que nunca te atreverías a besarme. Hace meses que espero que lo hagas.

Cerré los ojos y mordí su inmenso hombro. Él volvió blando el metal de esa sección para que yo pudiera hincar mis dientes.

Por primera vez lo oí gemir.

Los lánguidos y mojados árboles-algas, se arrastraban casi hasta la orilla, y sus hojas hundidas en el mar se mimetizaban con las sondas-cilio de Jean-Philippe.

Sentí nuevamente la cadencia de la música de Rameau en sus movimientos dentro de mí. Sin embargo todo él se mecía de ese modo: sus piernas, su cadera, su espalda, sus brazos, pero en fracciones controladas y precisas de movimientos contrapuestos. Era como si el universo me acunase y me amase al mismo tiempo.

Luego, en el verde más profundamente aterrador de ese mundo en mitosis, volvió a apresurar su ritmo, a apasionarse, a exaltarse hasta el delirio, hasta que tuve miedo; tanto que renuncié a mí misma y me entregué a él con una fe tan absolutas que fui perfectamente feliz.

Hundió sus dedos metálicos en mi carne y gritó algo en un idioma que no entendí. Algo antiguo y poderoso. Y me sentí transportada al éxtasis junto con él.

En ese mismo instante pude percibir un poderoso tirón de las sondas-cilio que salían de su espalda y el rebote cuando las desenganchó.

A nuestro alrededor las cosas perdían sus contornos. La luz fluctuaba estroboscópicamente entre el añil y el azul.

El metal de su cuerpo parpadeaba con un color violeta tan intenso que hería la vista. Él se inclinó y lamíó suavemente uno de mis pezones teñidos de azul.

Mientras yo intentaba calmarme, él ya estaba completamente en control de su ser. Se levantó despacio llevándome consigo.

Estábamos en plena telofase lumínica, lo sabía. El R0Y0/2076 en el que habíamos hecho el amor, ya no existía en este universo, y una nueva epifanía suya estaba formándose a nuestro alrededor.

Sospeché que Jean-Philippe había controlado el ritmo de nuestra cópula para que llegásemos justo a este momento.

No me molestó.

Eso es lo que él podía hacer, porque eso es lo que él era, lo que él es. Enamorarse de un robot no es lo mismo que hacerlo de un humano o un trasiano. Y yo lo sabía y lo acepté.

Me envolvió con uno de sus fuertes y articulados brazos, y extendió el otro como abarcándolo todo:

—¡Está pasando justo ahora, mon amour!

Desnuda junto a él, en un mundo que se transmutaba ante nuestra vista y escuchando que me amaba, supe que todo cambiaría. Y que ese cambio sería terrible. Y que eso era bueno.

Los enormes amargasaurus —bueno, no exactamente, pero se le parecían muchísimo— pastaban con tranquilidad en el mar de hierba eléctrica que se extendía donde antes fluyese el océano viscoso.

Las chispas saltaban entre los altos tallos translúcidos de color ónice, brillando con destellos dorados.

Más abajo, una niebla perlada se arrastraba omnipresente.

Los dos soles se comportaban como la paleta de un pintor, combinando sus haces rojizos y azules, hasta proyectar una luminosidad violácea sobre R0Y0/2077.

Mi Jean-Philippe lucía como un espectro en este nuevo mundo.

Parecía flotar al aproximármeme, silencioso. Hacía tanto calor que apenas si estaba vestida con una falda corta. Pasó su mano debajo de ésta y me besó el cuello, mientras con la otra asía uno de mis pechos.

Las gigantescas bestias bramaron en un sonido hipergrave, casi fuera de mi registro auditivo.

Me acurruqué en sus brazos y disfruté.

—Es hora de que este mundo tenga un nombre. ¿Qué te parece "Úna"?

—¡No puedes hacer eso! —repliqué en un arranque de cobardía.

—Pues ya lo hice, es el nombre que le comuniqué a la UAG, ¿crees que discutirían conmigo luego de haber visto los resultados de nuestras observaciones?

Me sentí apabullada.

—Los soles son: "Rameau" y, humildemente, "Zéphire XVIII".

Me reí ante una absoluta falta de humildad tan ingenua. Ésta era la decimoctava estrella que llevaba su nombre; sin contar las montañas, urbes, lunas, universidades y un largo etcétera, que también habían sido bautizadas en su honor.

Me miró con algo que, poco a poco, aprendía a leer como sorpresa —una sensación que, aún hoy, lo fascina; aquello por lo que se había sentido atraído hacia mí en primer lugar: el desconcierto de mi mente "poco predecible"— y agregó:

—¿Te gusta entonces? —asentí aún riéndome— Consideralo un anillo de bodas.

Se me aflojaron las piernas. Jean-Philippe evitó que cayera.

Bruscamente me di la vuelta y me enfrenté con su rostro mecánico lleno de maravillas. Él me tomó por los brazos aferrándome con tal fuerza, que me dolieron.

Dicen que los rituales son importantes para la raza humana. Pues bien, no lo son para la mecánica. Su ley sólo implica enunciación: su palabra basta. Con una simple frase podría desposarse conmigo.

Vi cada uno de sus cuatro ojos enfocarse en una parte diferente de mis facciones y recorrerlas, independientemente, palmo por palmo; midiéndome, apreciándome... y, sí, amándome.

Luego su boca negra y profunda se abrió con una lentitud inhumana, mostrando sus dientes oscuros y su lengua de millones de nanites que se movía como el oleaje de un mar de azabache. Entonces dijo, muy solemnemente:

—Voulez-vous être ma épouse?

El tiempo se dilataba en mi cabeza. Me perdía, como hipnotizada, en los detalles de su rostro.

—Sí.

Sonrió con sus delgados labios hechos de una malla tan fina, que sólo ahora distinguía sus micrónicos elementos como puntos apenas perceptibles.

—Donc, je suis votre époux...

Las líneas de sus placas faciales se unían en un punto, detrás de los ojos iridiscentes, justo encima de su boca. ¿Cómo podía ser tan hermoso siendo tan extraño?

—...pour toujours.

¿Para siempre? ¿Yo, para siempre?

Metió su mano dentro de su pecho y sentí un ruido horrible. Un chirrido fortísimo seguido de un crujido que me heló la sangre.

Cuando la retiró y enderezó las placas, sostenía una suerte de arandela de bronce en sus dedos cubiertos de aceite.

Mi cara debió expresar todo mi horror porque me aseguró con una caricia:

—Tranquila, mi niña, no es nada sin lo que no pueda vivir.

Tomó mi mano izquierda y colocó el anillo.

—Es un viejo gesto —comentó—, un pacto sin comienzo ni fin, como un círculo.

Mientras lo miraba recordé algo de mi propia historia. En Duir-Nion-Gort, mi planeta natal, la costumbre matrimonial implicaba algo que yo jamás creí tener el suficiente nervio como para realizar. Algo brutal y absurdo, casi morboso. Una costumbre "salvaje", como solía llamarla yo. Pero ahora, todo tenía sentido para mí.

Tomé mi equipo y extraje un decantador de eje. Sin dudarlo lo hundí en mi brazo y lo encendí. El dolor parecía imposible de sobrellevar.

Contuve a Jean-Philippe para que no me interrumpiese. Él conocía el ritual. Suspiró hondamente, con el sonido del viento entrando por el tubo de un corno, y esperó con un ligero temblor, mientras extendía su mano.

Coloqué la aguja, en torno de su tercer dedo y dejé que la decantadora lo revistiese con la sustancia extraída de mi propio húmero. El anillo óseo se formaba muy lentamente, decantándose a partir de un dolor continuo e implacable. Él miraba como quien observa un milagro o un nacimiento.

Cuando la sortija de hueso adquirió el mismo grosor que la arandela-anillo, extraje la aguja y dejé que se solidificara de pronto. El golpe de temple lo endureció aunque le otorgó una textura ligeramente porosa. Mientras me quitaba el aparato, sonreí satisfecha, apreciando la banda color marfil, el trozo de mi ser que él ahora llevaría alrededor de su dedo pour toujours. Ese había sido el dolor más dulce de mi vida y quizás, el único con verdadero sentido para mí.

Miré con un extraño sentido del honor la pieza broncea que aún chorreaba aceites y que yo también llevaría en mi dedo por siempre. Esta provenía de su propio cuerpo, del ser del robot que yo amaba. Sentí el fiero orgullo de llevarla en mi mano, bullendo en mis venas con un salvajismo irracional.

¡Por siempre! Y siempre se me antojó un término rotundo, perfecto, exacto para expresar mi amor. Un término que llegaría a significar, terrible y maravillosamente, muchísimo más.

¡Por siempre!

Mientras me desmayaba sentía sus besos de gratitud en todo mi rostro.

Ya me movía junto a los pseudodinosaurios con toda confianza.

A mi derecha, mi Jean-Philippe, estaba analizando la radiación de los nuevos soles epifánicos, mientras intentaba evitar que los halagos de una de las bestias lo tirasen al suelo.

Los gigantes, de unos diez metros de largo y cuatro de alzada, se habían vuelto algo así como sus mascotas. Eso parecía justo: extravagantes y elegantes animales para un extravagante y elegante genio.

El que estaba ahora junto a él, tenía el cuerpo verdoso moteado en líneas púrpura, recubierto como de un plumón. Unas gigantescas espinas dorsales sobresalían de una vela de carne muy fina y su larga cola, delgada como un látigo, se sacudía constantemente sin siquiera rozarlo. A mí me parecía que sus alargados ojos blancos y sus pequeños sensores oculares negros, dispuestos a los lados y al centro de su achatada cabeza llena de recovecos, se parecían a los de mi Jean-Philippe.

—Tal vez permanecí demasiado tiempo conectado con el planeta mientras estaba en metafase y terminé contaminando el nuevo mundo con mi "espíritu".

Ponderé sus movimientos mientras me hablaba, la entonación de su voz —su cara, por supuesto, era inescrutable—, y supe que no estaba bromeando.

Eso debió alertarme. Pero no le di importancia, perdida, como estaba, en los almíbares de nuestra luna de miel.

Las nubes tenían la apariencia de la leche cortada, aunque seguían siendo principalmente de agua. Mi tarea consistía en medir el grado de discrepancia entre la atmósfera de R0Y0/2076 y la de R0Y0/2077. Había un pulso extraño en la frecuencia del viento, en sus ráfagas, algo que no tenía que ver con ciclones o anticiclones o la fuerza coriolis, y que provocaba una resonancia en los patrones de emisión de chispas de los pastizales. Eso estimulaba mi curiosidad científica, como hacía mucho no sucedía. Estaba a las puertas de una verdadera pesquisa. Aunque sabía que una investigación sería tomaría años en conectar todas las variables de este mundo, y precisaría de un equipo formado por muchas más personas que una sola mujer que,

encima, parecía haber vuelto a su adolescencia.

Mientras medía los datos, uno de los monstruosos animales pasó hieráticamente sobre mí, sin dificultad ni condescendencia algunas.

Llevada por un impulso infantil, corrí hacia mi Jean-Philippe y lo abracé por la espalda, o al menos intenté abarcarlo lo más que pude.

Su risa gutural hizo que los animales bramasen a coro.

—Je, je, je ¿Qué pasa, mi niña?

Giró sus brazos hacia atrás, me asió y pasándome por sobre su cabeza, me sostuvo en ellos frente a su pecho.

Rodee su cuello con mis manos y apoyé mi cabeza en su frío y chato torso. Podía sentir la vibración de su interior, debajo del chasis.

Él siguió caminando, lanzando cilios aquí y allá. Los enormes animales lo seguían como perros fieles.

—Creo que me entienden —dijo más para sí mismo que para mí.

—¿Los saurios?

Inclinó la cabeza. Luego prosiguió, animado:

—¿Sabes que les agrada el ritmo del rondó?

Se sentó en medio del oscuro pastizal conmigo en su regazo, las inofensivas chispas que acariciaban la boca de los saurios, se agolpaban en torno de mi amor, como abejas atacándolo furibundas. Él me había dicho que le provocaban una "ligera sensación dichosa, similar a unas cosquillas, según tengo entendido", y había procedido a hacer una demostración práctica sobre mí.

—¿Estás familiarizada con las teorías interperceptivas?

La pregunta me tomó con la guardia baja. Le dediqué mi mejor mirada de desconcierto.

—Cierto, cierto, a veces olvido que no estamos sincronizados y no puedes saber lo que pienso —entonces hizo algo extraño, casi siniestro, y agregó con una voz tan baja que me hizo dudar de si la había escuchado o imaginado:—, aún.

Los animales se ubicaron alrededor nuestro y prosiguieron su rumia constante.

—Cuando elaboré mi teoría hipostática, surgieron todo tipo de ramificaciones más allá de mi capacidad de cálculo. Fue así como mucha gente se ocupó de cuestiones tales como su incidencia sociológica, psicológica, químico-taumartúrgica, etc. Aveena fue una de esas personas, un genio indiscutible en el campo de la investigación mental.

Fruncí el ceño, Aveena aneevA había sido uno de los pilares del estudio del comportamiento de los seres inteligentes de la galaxia. Un trídrica que había hecho historia a la par que Freud, Jung y Evengares. Pero lo único que me importaba a mí, es que alguna vez había sido el esposo de mi marido.

Hice un gran esfuerzo y refrené mis celos.

El prosiguió sin tomar nota de ello.

—Su idea era que, un poco husserlianamente, todo aquel que conocemos es, en cierta medida, parte de lo que somos. Una persona importante desde cualquier punto de vista, así como una persona apenas reconocida, son ambas parte de uno. No sólo porque las percibimos como imágenes mentales, nuestras imágenes y, por ende, parte de nuestra propia mente; sino porque nos dejan una huella, nos agregan algo que antes no teníamos: a saber, su propia impronta.

Me estaba dando una lección, y yo volvía a ser la alumna que lo escuchaba con un hemisferio cerebral y lo deseaba con el otro. Por lo que, obviamente, entendía todo a medias. Suspiré como una colegiala.

—Es decir, cuando te veo, formo una imagen tuya en mí, que incluye tu comportamiento, lo que interpreto de tí, etc. Pero tú imprimes eso mismo en mí. Tu imagen no es algo otro en mi mente, como el alimento en el estómago; sino que es yo mismo. Soy yo, alterado por tí.

Mi alma enamorada encontraba todo aquello muy romántico.

Prosiguió:

—Eso significa que, somos nosotros y la suma que todos los que nos han tocado en lo profundo de nuestro ser. Soy yo, más Úna, por ejemplo. Tú eres parte de mí y yo de ti. ¿Entiendes?

Lo besé. Sabía que no era eso lo que me quería decir, pero no pude evitarlo.

Sonrió con sus dientes negros y se relamió mi saliva en su boca con un gesto sensual.

—En serio, mi niña. Imagina lo que un padre imprime en su hijo, que se está formando. Lo que un amante en el otro, que pueden ser vistos como la mitad de un solo ser. ¿Entiendes lo que esto significaría a gran escala?

Dejé de jugar con las placas de su pecho y miré los cuatro ojos de los pseudoamargasaurus, las chispas de la hierba que nos rodeaba, la leche cortada de las nubes empujadas por vientos que soplaban al ritmo de un rondó.

Lo miré a los ojos con una mezcla de admiración y espanto.

—A su imagen y semejanza —dijo leyendo mi mente.

¡Leyéndola en verdad!

Dí un respingo y me aparté de él. Caí en el suelo húmedo.

Su risa gutural me pareció menos paternal y más siniestra. Aún así, confiaba en él.

—¡Imagina —dijo exaltado— lo que podríamos hacer a través de una serie de epifanías!

Se puso de pie de un salto muy similar al de un depredador al acecho. Los gigantes herbívoros se asustaron, y trotaron hasta lo que su instinto consideró una distancia segura. Él salió corriendo a gran velocidad y regresó al poco tiempo con una flor extraña, semejante a una marimoña. Me la tendió.

Cuando la tomé noté algo extraño en el tallo y las hojas, tenían un tono cobrizo y parecían estar hechas de finas hebras apretadas, como cabellos. Olía a sudor, no había dudas de eso, a feromonas. Pero lo más inquietante eran sus pétalos verdes, que tenían la exacta textura de la piel humana. Me estremecí al tocarlos. Leves vellosidades se crisparon en la flor.

Uno de los saurios se acercó como hipnotizado y tomó con sus labios la flor delicadamente de mi mano antes de comérsela con evidente fruición. Buscó más a mi alrededor pero, como no las encontrara, regresó a su sector de pastoreo.

Temblaba de pies a cabeza y las chispas centelleaban sobre mí.

Miré a mi Jean-Philippe azorada.

—Cuando estábamos haciendo el amor, en plena anafase planetaria, te llamé ma petite fleur, ¿entiendes? ¡Mi pequeña florcita!

Mi sudor, mi cabello, el color de mis ojos, mi piel... esa flor era yo.

—¿Sabes que a las marimoñas les dicen "francesillas"?

Me puse de pie y empecé a caminar en círculos, de pronto sentía que me ahogaba.

¿Sabía él todo esto antes de realizar el experimento? ¿Lo había anticipado?

—¡Claro que lo hice! ¿Por qué crees que te traje a ti sola este mundo, mon amour? Te dije que esperaba que me besases hace mucho tiempo. El mismo tiempo que hacía que te deseaba.

—Nunca me lo dijiste. —mi pecho se cerraba por dentro.

—Je t'ai conquis, ma fleur!

—¡Me engañaste!

Mi respiración se volvió pesada, dificultosa.

—¡Te conquisté! —insistió.

Ya no tenía aire en los pulmones.

Jean-Philippe se abalanzó sobre mí y me sostuvo mientras caía. Abrió mi boca con los dedos, e introdujo uno de sus cilios en mi garganta, el oxígeno me devolvió las fuerzas.

—Shhhh, tranquila. ¿Por qué no me entiendes? Yo quería unirme a ti, y hacerlo en plenitud, como jamás lo había logrado. Y sé que tú también lo deseabas. ¿Aún lo haces, mi niña?

Entonces comenzó a quitarme el anillo-arandela del dedo. Le sujeté la mano tan fuerte como pude. Extraje la sonda de mi boca y yo grité con todas mis fuerzas:

—¡No!

Esa noche, durmiendo sola en la tienda, lo sentí por primera vez.

Su pensamiento entró en mi sueño como una angustia lejana. Era una suerte de soledad amortiguada que lo llenaba todo, como la radiación de fondo del cosmos. Una tristeza mullida que me cobijaba mientras me retorció en pesadillas de dominación y sometimiento.

Me vi en su mente, el único ser que había logrado captar desde que fuese creado. Vi las sombras huecas del resto de las personas, incluso de sus amantes, de sus hijos mecánicos, de sí mismo. Y me vi a mí, plena, real. Yo era su única posesión concreta. La única cosa-persona que le pertenecía de verdad. Y no sólo porque me hubiese tomado; sino porque yo me había dado.

Yo era más real ante él que él mismo. Su único reaseguro identitario.

Me desperté exhausta y llorando.

¿Así es como la epifanía le había permitido verme? ¿Sentirme?

—¿Estás bien, mi niña? —la preocupación de su voz, allá afuera, sonaba con ese tono artificial que envolvía todas sus locuciones. Pero la preocupación que podía sentir en su interior, era abrumadora.

Yo quería abrirme la piel y darme por completo a él.

Era un anhelo difícil de refrenar.

Salí de la tienda. Por un momento me inundó su alivio y luego me anegó su ansiedad: ¿acaso lo había comprendido?

Sus emociones eran fortísimas, me excedían de tal forma que, por momentos, anulaban mis propias percepciones. Sin embargo estaba tranquila, porque yo sabía que él las atesoraba.

La retroalimentación era embriagadora: yo sentía lo que él sentía que yo sentía... como un juego de espejos enfrentados copiándose hasta el infinito.

—¿Importa la comprensión para el vencido? —no había reproche en mis palabras, simplemente lo había hecho, me había conquistado en el más pleno sentido. Me rendía dichosamente a su ser. Y al hacerlo, él mismo capitulaba.

Susurró en mi oído y en mi mente:

—Importa —luego se arrodilló junto a mí y murmuró aún más despacio:— Te lo imploro, por favor.

Besé su frente de metal achatada y me abracé a su cabeza. Mi ego había retrocedido hasta tal punto que la unión de ambos era más importante que mi propia voluntad y quizás, que mi propia libertad. No podía creerlo, pero quería ser en él, ser él.

Entonces accedí a su ruego.

Si él era en mí, entonces... ¡yo debía comprender por él, lo que él no podía comprender!

¡El conocimiento, el espejo!

Verme es verse viéndome viéndolo...

Verlo es verme viéndolo viéndome...

¡Era tan sencillo! ¡Ahora lo entendía!

Sólo faltaba que él lo supiese.

—¡Vénceme! —susurré—, ¡y te habrás ganado a ti mismo!

Se irguió en todo su formidable porte y me envolvió en un abrazo tan fuerte que dolía. Sentí sus cilios perforándome la piel, inyectándome sus nanomáquinas, bebiendo mi ADN.

Retrocedió, pero la presión no cedía, sus sondas me envolvían como tentáculos. Apenas podía respirar. Tenía mis ojos clavados en los suyos.

—¡Enséñame! —gritó con furia.

Apretó aún más.

Sonreí enamorada.

Ser con el o no ser nada.

Me soltó de pronto ante la idea que mi mente insuflaba en la suya.

Su impotencia se licuó en un silencio lívido.

Volvió a tomarme en sus brazos, esta vez con delicadeza.

Los cilios yacían a su alrededor.

—¿Cómo se puede conocer una flor si no es teniéndola entre las manos? Enséñame tú, ma fleur, porque no sé nada.

Me acurruqué en su abrazo metálico, y mientras las nanites volvían a él, dije:

—Siéndola.

Inmediatamente después de aquella decisión, mi Jean-Philippe y yo, empezamos a buscar la manera de retroalimentarnos con el planeta, tal como lo hacíamos entre nosotros. Sería difícil, pero el comportamiento de los pseudodinosaurios demostraba que era posible.

Tres meses más tarde, la hierba emitía patrones de chispas a nuestro antojo.

Un año después, los soles variaban ligeramente su brillo.

Al tercer año de vivir en ese paraíso con la persona que amaba con tal renuncia y locura que incluso me asustaba ante mí misma; él me hizo la pregunta:

—¿Estás lista?

¿Lista para dejarlo todo atrás? ¿Para unirme definitiva y plenamente a él? ¿Para transmutarme a mí misma en una nueva epifanía?

—Por supuesto.

Me recostó en la hierba con ternura y se colocó entre mis piernas sin dejar de fijar sus ojos en los míos:

—Sabes que te amo, ma petite fille, y que no puedo darte hijos como alguien de tu especie haría, pero voy a darte algo parecido mon amour, voy a darte el universo.

Y entró en mí.

Ahora R0Y0/2078 nos envuelve y penetra mientras se forma.

El cielo entra por los cilios de mi Jean-Philippe hasta su verdadera esencia y, a través suyo, en mí. El mar de hierba y el agua lenta se cuelan por mis poros en mi verdadera esencia y, por mi intermedio, en él.

Un sol entra en su ojo derecho, el otro en mi izquierdo.

Siento las experiencias de mi Jean-Philippe en mis tendones y en mi carne; veo como mi psique se derrama en sus juntas metálicas y en su corazón de nanites.

Poco a poco mi cuerpo se funde con el suyo, literalmente: piel y metal, hueso y bronce, sangre y aceite.

Ahora tengo diez años y estoy viendo por primera vez a través de un telescopio, bajo un roble, en la casa de mis abuelos. Ahora siento cómo mi amante descorporizado penetra mis placas y circuitos, y se posesiona de mi cuerpo metálico. Ahora veo las corrientes gravitatorias danzar en mis vientos fotónicos y juego con ellas. Ahora el pasto se deshace en mis fauces. Ahora me derramo desde las nubes. ¡Ahora soy el éxtasis y la luz!

Abrimos los ojos.

Negrura infinita. Etérea. Vacía.

La mitad de nuestro cuerpo, la externa, se mueve plásticamente, hecha de pura luz. La otra, la interna, es un amasijo de carne y metal en torno a dos anillos de bronce y hueso.

Lo miramos y recordamos: Fuimos. Somos. Seremos.

El calor de nuestro cuerpo de plasma irradia más luz que un sol.

Dentro del amasijo de carne y metal hay un mundo, seres extraños como flores gigantes se pasean por colinas sembradas de espinas que braman a su paso ansiosas de copular con ellas, y ellas acceden. Océanos con olas hechas de lenguas gelificadas lamen las frutas que crecen a los pies de árboles cantores. Y hay más vida, muchos más seres fabulosos en ese mundo sensual y lujurioso que se mueve por placer.

Extendemos la mano y un vórtice de fuego arremete contra una nebulosa, encendiéndola de colores.

Pensamos: nosotros, Únajeanphilippe, amamos.

Fijamos nuestros incontables ojos en una zona del espaciotiempo, allí donde se adivina la junta de otra hipóstasis.

Nuestro dedo ingresa y abre la fisura. ¡Oh, placer! ¡Más!

En nuestras entrañas, los seres se unifican orgiásticamente.

¡Más!

El tejido del Ser primordial cede.

¡Más!

Somos felices en la plenitud.

¡Más! ¡Más! ¡Más!

Luzoscuridad.

Profase: Jehili y Nauppe.

Prometafase: Abiertos. Entrañas flotando a nuestro alrededor. El mundo-placer se extiende, desarticulado, hasta donde la mente alcanza.

Metafase: La carne y el metal se dan la mano, un anillo brilla y el otro absorbe la luz dorada en sus poros blancos. Se estiran y se entrelazan en una línea infinita.

Anafase: El mundo se disuelve.

Telofase: Jean-Philippe y Úna.

Siento el rebote de los cilios en la espalda cuando desengancho las sondas. Mi cuerpo se inclina sobre el de mi Úna y acelero el ritmo, ella tararea un rondó con sus dulces labios carnosos que muerdo con mis negros apéndices metálicos. Las nanomáquinas entran por un segundo en su piel y luego vuelven a mí con su perfume de hormonas y amor.

Mía, eso es todo lo que me importa, que sea mía por completo. Como este mundo, como estos soles, como este universo.

Sus ojos verdes se abren con desmesura ante la inminencia del desenlace. En mi dedo su hueso hecho anillo me llena de un orgullo tan sin límites, que jamás doblegará su cerviz ante nada ni nadie. Me siento poderoso en sus caderas, me siento un dios.

Dejo que mis aceites orgánicos la inunden y ella grita, gime, implora. ¡Sí, mía!

Ella es la única razón que me hace ser.

Salgo de ella tan suavemente como puedo, no quiero herir a mi pequeña flor. La tomo en mis brazos, la beso. Ella ríe, llora, me besa.

—Fuimos uno —me dice con un hilo de voz.

—Lo somos, mon coeur.

—Lo somos —repite ella extasiada.

Me levanto y la elevo conmigo.

Sus pensamientos se perciben dulces y crujientes en mi boca. Siento los dedos de sus

ideas acariciando los transeptores hipostáticos de mi cerebro.

¡Mía!

El universo en ella y ella en mí.

Estiro una mano y acaricio mentalmente el sol amarillo que empieza a inflamarse más y más hasta alcanzar un tono naranja. Ella ha logrado que YO sea rojo.

Mi chasis llamea mientras el planeta se derrite y funde. Su cuerpo permanece fresco envuelto en un capullo casi invisible que mantiene su piel fría y cristalina al tacto.

La sensación es maravillosa.

—¡Tu pelo! —le digo al advertir que ha desaparecido en las llamas.

Ella sonrío dulcemente y un río de cristalinos cilios, tan finos como cabellos, surge de su cráneo.

Bajo mi chasis arde un sol, literalmente. Dentro de las venas de ma petite fille, hay un río de sangre cristalina hecha de puro espaciotiempo.

Ella me toca y mi vientre se engrosa, el metal cede, el calor aumenta.

La miro, no entiendo. Tengo miedo. Pero ella me calma, acariciándome. Sabiendo algo que yo no.

—¡Comprende! —me ordena.

Mi vientre late y crece.

La miro. Su abdomen también está hinchado, estriado de luz.

—No entiendo.

Una abre mis placas e introduce su mano a través de ellas, toca la membrana que se está gestando y comienza a deslizarse dentro del saco de fuego.

El espacio se ha descoyuntado por obra y gracia de su roce. Ella está entrando en mí, de una manera imposible, disponiéndose a ser reengendrada en mi vientre.

Mientras discurre hacia mi interior, toma mi mano y me obliga a atravesar la piel de su abdomen con mi llameante metal. Toco su centro, y penetro un corion de energía pura, fría como un manantial. Algo jala de mí hacia adentro. Me río como un cínico, como un niño, y comienzo a entrar en su abdomen, listo para ser reengendrado una vez más.

Todos somos mercancía

Salazar Maciá, Malena

La clientela se movía como abejas en una colmena; daban trabajo a sus bocas, salivaban, troceaban las empanadas de carne, se manchaban los dientes con el café.

No era uno de los mejores días en mi criterio, pero daría lo suficiente para abrir mañana. Con el aumento de los precios se dificultaba encontrar mercancía aceptable. Sin embargo, si no conseguía algo pronto, tendría que abandonar por un tiempo mis famosas empanadas de carne y mis mejores clientes desaparecerían antes de que me percatase.

Y en ese momento me fijé en él. Era alto, robusto, moreno de tanto sol. No tengo memoria fotográfica, pero lo recordaba vagamente de días atrás, en que intentó ofrecerme carne de cerdo fácil y barata, la cual rechacé por estar abastecida. Lo vi acercarse al mostrador para quedar entre dos vecinas que conversaban a viva voz.

—¿Todavía la policía no la encuentra?

—Nada, ¡y nadie sabe, Juana no estaba esclerótica para perderse! Ya van tres días... ¿Qué crees, Lily?

—Seguro se fue a Matanzas a casa de su hermana —respondí por cortesía—. ¿Otro cafecito?

—Yo quiero uno —intervino él—. Y una empanada.

Lo observé los minutos en que las vecinas dejaron de especular sobre la desaparición de Juana y se marcharon. Ahora estábamos solos. Lo dejé hablar primero mientras dejaba el cambio sobre el mostrador.

—Traigo lo mismo de hace tres días: carne de puerco, picadillo del bueno, queso y jamón de la tienda, ¿te cuadra?

Volví a mirarlo de arriba abajo. Sus brazos eran fuertes, fibrosos...

—¿Y los precios? —me interesé.

—No encontrarás más baratos en La Habana —se mojó los labios, no dejaba de mirarme—. ¿Vamos a mi casa por la tarde? También tengo algo que te cuadraría mucho más...

Hizo un símbolo de cuernos con la mano derecha. Arqueeé una ceja, ¿carne de res? Procuré asentir con disimulo, ya que una inspectora de Salud Pública se acercaba tablilla en mano y bolígrafo al frente como si fuese un sable. Él dio unos golpecitos en el mostrador.

—Vengo a las seis —dijo, y fui atacada por la inspectora.

En contra de mi pronóstico mañanero fue un día con bastante clientela, lo cual confirmó mi idea: necesitaba mercancía con urgencia. Un par de policías se acercaron a hablarme; querían saber si había visto a Juana antes de que desapareciera. No les di muchos datos pero parecieron satisfechos. Eran las cinco. Esperé paciente a que dos hombres se terminaran las empanadas y cerré el toldo en cuanto me dieron la espalda. Corrí a la casa, me di un buen baño, alimenté las ganancias de ese día con ahorros y bajé a esperar. Cerca de las seis y diez llegó él. En cuanto se acercó lo noté un poco ansioso.

—Vamos, son un par de cuerdas.

Lo seguí sin preguntar. Andaba a grandes pasos, me era difícil ir a su ritmo. No dejaba de mirar alrededor casi como un paranoico.

—¿Cómo te llamas? —apenas gruñó.

—Lily, ¿y tú?

—Yosvany, por fin, ¿qué vas a llevar?

—Lo veo y te digo.

Yosvany asintió brusco. Después de más o menos la distancia que me había anunciado se detuvo en una casa de dos plantas. Subimos por una escalera externa, me invitó a pasar primero. Todo estaba oscuro, apenas podía distinguir los muebles. Las ventanas cerradas, cortinas encima de ellas, las puertas de las habitaciones trancadas, un espacio reducido. Lo

único amplio era la cocina, al fondo. Sentí caer el seguro en la puerta principal y me produjo un escalofrío.

—Entonces... —su mano se posó sobre mi hombro—, quieres ver lo mío.

—Sí, ¿podría ser rápido? Tengo un compromiso —inventé en un murmullo apagado.

—¿Por qué tanto apuro, Lily? —su aliento caliente en mi oído me puso la carne de gallina—. ¿Qué te parece si nos divertimos mientras ves lo mío?

Me zafé de su contacto en mi hombro con un manotazo y me volteé a la defensiva, sin dejar de buscar una salida entre tanto encierro. Yosvany se relamió, tenía los ojos como puntillas de luz, igual a los de una fiera.

—Tranquilita, Lily, sólo vamos a divertirnos, ¿eh? ¡Divertirnos, puta!

Se me abalanzó encima y de un golpe me rasgó la blusa, grité con la esperanza de que me escuchara algún vecino, pero él hundió una mano en mi boca a la vez de hacerse con todo el dinero que tenía encima. Caí sobre una butaca, él se echó sobre mí, arañaba mis mulsos a través del pantalón, intentaba dominarme con una mano mientras con la otra me ahogaba. Yo golpeaba su espalda, me debatía, pero sus músculos y tamaño jugaban en mi contra.

Él emitió un alarido: mis uñas habían dado en sus ojos. Rodé fuera del butacón, tropecé con la mesa del centro en un intento por huir, ponerme en pie. Yosvany medio ciego, lanzaba las manos al aire para atraparme de regreso. Corrí a la puerta y forcejeé porque había olvidado el horrible sonido del seguro puesto. Me di vuelta para quedar aplastada contra la madera, el sudor bañaba mi cuerpo, la presión de las manos de Yosvany me dejaron entumecida la boca, un sabor agrio.

Él se acercó lento, los ojos llorosos, rojos, sus movimientos de oso me hipnotizaron unos instantes.

—Eres una perra —rumió. Crispó los dedos—. Pero ahora vas a pagar por quererte hacer la simpática...

Se abalanzó sobre mí con un bramido pero sus manos quedaron a milímetros de mi cara. Yo

le sonreía sensual.

—¿Q-Qué...?

Sin darle tiempo a más fui a su encuentro y lo besé, hundí la lengua en su boca, palpé sus brazos, sus muslos, sus nalgas... sí, sí... él... él era...

Yosvany emitió un sonido ahogado contra mis labios, paralizado en un espasmo. Me despegué de él y volví a sonreírle.

Él cayó sobre sus rodillas, su expresión denotaba que apenas podía creerse el agujero en su estómago, la sangre que manaba a torrentes, manchaba el suelo de granito gris. Con un ronquido se desplomó a mis pies. Pasé sobre él, fui a la cocina, escogí el cuchillo más afilado y me dispuse a rasgarle la ropa. En cuanto di el primer corte en un brazo de Yosvany, comprobé las conclusiones de mi examen visual: poca grasa, mucha fibra.

Esta carne estaba mucho mejor que la de Juana; ya había recibido algunas quejas de que las empanadas estaban sosas. Sonreí complacida.

Nunca había encontrado mercancía tan buena.

Vorgala, la mutiladora

Carbajales, Luis

Fray Tolomeo estaba terriblemente nervioso desde que se le asignara su primera misión seria como inquisidor. Si bien este puesto había gozado de un gran poder en la era antigua, en la que la humanidad aún no había colonizado el espacio, no era así en aquella época, en la que el cristianismo era una religión minoritaria, apenas tolerada por el gobierno matriarcal de la Emperatriz, que había oficializado prácticas antiguamente consideradas paganas.

Era pues especialmente compleja la labor del fraile: debía investigar a la gobernanta de Thaxar, la pequeña nación situada en la única tierra habitable del planeta volcánico Proxos. Era bien sabido que esta soberana, llamada Vorgala, había hecho de su reino un particular harén y patio de juegos, en el que utilizaba a los hombres como mascotas para su entretenimiento, negándoles incluso los derechos otorgados por el Imperio.

Aun así, prácticas similares eran, en cierta medida, habituales en aquellos tiempos, y las autoridades hacían oídos sordos a cualquier queja al respecto, que incluso podía terminar con el denunciante entre rejas. Sin embargo, los datos que poseía la nueva Inquisición Galáctica hacían sospechar que Vorgala contaba en sus filas con criaturas demoníacas, invocadas mediante vil magia negra, e indiscutiblemente malvadas tanto a los ojos del cristianismo como de la religión imperante, la conocida como Wicca.

La misión de Tolomeo era descubrir si aquello era cierto, pero era una tarea peligrosa, en cuyo cumplimiento podría terminar muerto o como esclavo de la reina bruja. El escaso poder de la Iglesia impedía a la institución proporcionarle los medios necesarios para garantizarle una mínima seguridad. Aun así, aceptaba este destino de posible mártir con orgullo, pero no podía evitar sentir grandes ansiedad y miedo, no solo por su posible muerte, sino también por el temor a tener que resistir todo tipo de tentaciones.

Como miembro de la Iglesia Católica tenía que luchar a diario contra la impía llamada de la carne, y la tarea que ahora se disponía a acometer le llevaría al corazón de un nido de depravación sexual, tal y como lo imaginaba en su mente. Pero la realidad iba mucho más allá de lo que Tolomeo jamás hubiera podido creer posible.

La tierra de Thaxar era roja y caliente, repleta de afilados riscos y rocas volcánicas. Sobre las áreas pavimentadas con irregulares piedras, humildes edificios grises y negros, de una o dos plantas, se recortaban contra el oscuro cielo. Aunque había muchas mujeres, raramente se veía un hombre por las calles, y, cuando Tolomeo se cruzaba con uno, estaba semidesnudo y con la cabeza cubierta por un capuchón, tirando de algún

carro o atado de manos y llevado con una correa. Era por ello que la presencia del eclesiástico atraía todas las miradas. En un par de ocasiones tuvo que enseñar su visado de diplomático. La segunda vez fue ante una pareja de mujeres completamente embutidas en una armadura negra, excepto por una ranura que dejaba entrever sus ojos brillantes. El inquisidor se preguntó si serían seres humanos o criaturas del averno. Portaban los típicos rifles de pulsos de los soldados imperiales, pero su indumentaria era inusual.

Estas guardianas escoltaron al cura hasta el palacio de Vorgala, compuesto por una triada de retorcidos torreones de ébano que parecían rasgar las negras nubes, como la garra de una fiera arañaría la carne de su presa.

En su interior, el sofocante calor dejaba paso a un agradable fresco. Enormes y suntuosos salones se extendían por doquier, con estatuas de marfil decoradas con piedras preciosas, tapices con los más elegantes bordados, y columnas talladas con exquisito detalle, cuyos relieves narraban e insinuaban depravaciones que hicieron que Tolomeo se estremeciera.

No se cruzó con nadie que le pareciera un hombre en el castillo, ni siquiera algún sirviente, algo que le extrañó. En su camino hacia lo alto del torreón central, guiado por las silenciosas soldados, se topó tan solo con más mujeres, bien acorazadas como sus vigilantes, bien semidesnudas, dedicándole estas últimas miradas insidiosas que destilaban una mezcla entre curiosidad y crueldad.

Había imaginado que, como diplomático, sería recibido por la reina en persona. También había creído, o quizá más bien deseado, que Vorgala le daría una bienvenida discreta, ocultando en la medida de lo cortés sus infames acciones. Sin embargo, cuando entró en la sala del trono, tan alta que apenas podía verse el techo, su corazón dio un vuelco al comprender lo abismalmente errado de su suposición.

Aquí y allá se podían ver retorcidos instrumentos de tortura casi imposibles de imaginar, algunos inspirados en los utilizados, irónicamente, por la antigua Inquisición; otros completamente originales. Lo peor era que algunos de ellos estaban, en aquel momento, siendo utilizados por doncellas apenas vestidas, que torturaban a hombres desdichados ante los ojos del empalidecido Tolomeo. En el suelo, manchas de sangre seca hablaban de antiguas atrocidades, en especial alrededor de un sencillo camastro de piedra con grilletes, que, a pesar de su simpleza, parecía, por su posición, la pieza estrella de la diabólica colección de ingenios de tormento.

El fraile entendió su función y su importancia en cuanto sus ojos se posaron en Vorgala, por encima de él en su alto trono. Tremendamente bella y de curvas marcadas, su

cabello negro caía suavemente sobre el vestido del mismo color, enmarcando un rostro de suaves facciones cuya fiera mirada inspiraba, instintivamente, un intenso terror. Y, sobre su protuberante pecho, descansaba una pareja de collares (uno algo más largo que el otro) de los que colgaban al menos dos docenas de penes, amputados y cosidos en hilo dorado, conservados, probablemente, mediante alguna técnica de embalsamamiento, o quizá mediante pura magia negra.

Tolomeo sabía, por aquella osada demostración de maldad, que su destino estaba sellado. Entre temblores de horror, tragó saliva, e intentó desesperadamente salvarse.

—Mi reina Vorgala, soy Fray Tolomeo, inquisidor. —Se esforzó en controlar sus estremecimientos para parecer tranquilo, en vano—. Estoy seguro de que no pretendéis ofender a la Iglesia Católica, y me daréis un trato digno.

La bruja estalló en melodiosas carcajadas, que inmediatamente fueron acompañadas por las de las torturadoras y guardianas que poblaban el salón.

—Tu patética iglesia no puede hacerme nada, sacerdote. Sé por qué estás aquí, y tu misión está abocada al fracaso.

Se levantó de su trono, y, con andar elegante, se acercó a Tolomeo. Su mirada de fuego se fijó en la suya, y sintió el fraile que sus ojos le atravesaban el alma y se clavaban en sus pensamientos, como un alfiler en un gusano.

—Aquellos hombres que aún no han tenido ocasión de probar el sexo son mis favoritos, aunque no sufran tanto como los incorregibles seductores, que siempre lloran como niños al ser separados de su miembro máspreciado. En ocasiones me hice con hombres sin pene: uno porque ya lo había perdido, y otros pocos, transexuales, habían nacido sin él. Sin embargo, hasta ahora nunca he tenido ocasión de poseer a uno que, teniendo verga, reniegue de usarla. ¿Tendría algún sentido amputártela? Mientras lo pienso, descansarás en las mazmorras, con el resto de mascotas.

Dominado por el pánico, Tolomeo intentó huir, en un acto desesperado. Las guardias lo sostuvieron con facilidad, maniatándolo y golpeándolo con fuerza en la cabeza, para disuadirle de volver a intentarlo.

Fue llevado de vuelta a la base de la torre, y más abajo aún. En las mazmorras subterráneas, construidas con una especie de negro ladrillo, docenas de hombres

colgaban en diminutas jaulas o de cadenas fijadas a la pared, con sus rostros cubiertos, como los de aquellos que el fraile viera en las calles de Thaxar, y completamente desnudos excepto por un arnés que muchos llevaban, el cual sostenía sobre su entrepierna una artificial verga de plástico.

Más guardianas y torturadoras se paseaban por entre los esclavos. Una de las mujeres descubiertas pareció interesarse por el sacerdote, y se le acercó antes de que fuera encerrado, haciendo un gesto a las soldados para que se detuvieran. Se trataba de una muchacha hermosa, de ondulado cabello castaño y piel blanca como el alabastro, con un cuerpo fino pero recio. Su rostro era angelical, y, aun así, algo en su mirada hacía pensar en el pecado.

—Hace mucho que no tenemos a un hombre con polla aquí abajo —le dijo, con un tono que parecía insinuar deseo. A pesar de su horror, Tolomeo sintió un cosquilleo en los genitales. Sin embargo, eso no lo tranquilizó lo más mínimo, y dejó fluir su frustración a través de su garganta, ahora que alguien parecía escucharle.

—¡Salvajes! ¿Qué les habéis hecho a estos pobres hombres? ¿Qué clase de demoníaca burla os ha empujado a unirlos a esas parodias de vergas humanas?

La joven rió, jovial.

—Si tanto te interesa: cada pocos días, su majestad les hace fornicar, a través de esos *dildos* que cubren sus muñones, con bellas torturadoras de palacio, para recordarles constantemente aquello de lo que han sido privados por capricho de Vorgala. Muchos acaban por perder por completo su voluntad, convirtiéndose en muñecos a nuestra disposición. Otros terminan por suplicar ser sodomizados, ya que lo consideran su única fuente posible de placer sexual. Normalmente se les niega.

Si antes estaba escandalizado, ahora Tolomeo estaba aturdido. La cabeza le daba vueltas, y fue incapaz de responder.

Con una nueva señal de la mujer, el fraile fue arrojado a su celda, compartida con presos encadenados, que, superados por tormentos sempiternos, ni siquiera pestañearon ante su llegada.

Las horas transcurrieron mientras Tolomeo rezaba y trataba de idear la forma de escapar de aquel infierno, intentando evadirse de la cacofonía de desgraciados lamentos que lo

rodeaba. Fue en lo que creyó que sería ya plena noche (si bien tenía que calcular mentalmente la transición de las horas y ciclos solares en aquel planeta), que recibió la visita de la joven que le explicara la función de los arneses de los esclavos. Abrió la puerta de la celda sin escolta alguna, aunque sin duda podía dar la voz de alarma, o superar físicamente al prisionero ella misma, por lo que Tolomeo decidió escuchar lo que tuviera que decirle.

Pero no habló, sino que posó su suave mano sobre el rostro sin afeitarse del eclesiástico. El contacto despertó un torbellino de emociones en su interior, y la mirada lujuriosa de la mujer le hizo replantearse toda una vida de celibato.

—Hace tanto que no estoy con un hombre sin mutilar... Yo podría hacer que te dieran un trato especial, fraile. Ven conmigo a mis aposentos. Déjame disfrutar de ti. Te haré feliz...

En ese inmundo pozo de oscuridad y maldad, la proposición de aquella hermosa criatura se le antojó como la visita de un ángel de los cielos, y la ajada barrera psicológica con la que, durante décadas, había luchado contra sus impulsos sexuales, cedió finalmente, uniéndose el sacerdote a la muchacha en un húmedo beso.

A través de pasajes ocultos que nunca habría encontrado por sí solo, Tolomeo fue guiado por su acompañante, con rápidos pasos de silenciosas sandalias, hasta las habitaciones personales de la joven, casi tan lujosas como los salones principales de palacio. Allí, le mostró su cuerpo desnudo en todo su esplendor, la mayor belleza que el fraile jamás hubiera contemplado o imaginado, terrenal o celestial. ¿Cómo podía Dios negarle aquello? Obviamente se trataba de algo divino, o eso pensó en aquel momento de desenfundado deseo. Él también se desnudó, y ella comenzó a besar su cuerpo, mientras él también besaba y tocaba aquí y allá, como un niño curioso.

La hermosa amante sujetó entonces su verga, palpitante debido a la sangre que la llenaba con una inmensa fuerza, y la acercó a su boca. En aquel instante, de su suave garganta surgió un potente rugido gutural, que hizo temblar el corazón del desconcertado fraile y aturdió más aún su mente. Los dientes de su compañera se transformaron, creciendo hasta convertirse en colmillos tan largos como dagas, y tan afilados que podrían desgarrar la carne como si fuera mantequilla caliente. El fuego de los infiernos ardía en sus rojas pupilas.

Finalmente, Tolomeo había encontrado a los demonios que buscaba, y ahora uno de ellos se disponía a amputarle los genitales. No podía sino haber sido un plan de la reina desde el principio: al inculcarle el deseo sexual, la emasculación sería mucho más traumática para él, ya convertido en un pecador más.

Cuando la diablesa se disponía a morder la carne genital del sacerdote, este realizó, poseído por un súbito fervor religioso, el signo de la cruz sobre la frente del ser, marcándolo con su dedo índice sobre la piel. Mientras, entonaba a voz en grito una oración en latín, utilizada con frecuencia en exorcismos.

El demonio aulló de dolor, y retrocedió saltando como un gato y cayendo al suelo tras la cama, donde quedó inconsciente. Entonces el fraile salió huyendo, aún desnudo, corriendo como poseído por los oscuros pasillos del palacio. Quizá por suerte, quizá por un instinto primigenio de supervivencia que le hizo recordar los caminos seguidos desde su llegada, logró llegar a la salida del castillo sin alertar, milagrosamente, la presencia de guardia alguno. ¿Estaría el Señor ayudándolo desde los cielos, incluso aunque hubiera sucumbido a sus deseos pecaminosos? No creía que aquello fuera posible, aunque quizá el mensaje que había de dar a los altos mandos de la Inquisición fuera, por ahora, más importante para el Señor Padre que el castigo por sus pecados (que, sin duda, también llegaría).

Como había sospechado, la noche era cerrada en el exterior. Logró escabullirse entre unas formaciones rocosas, evitando a las guardias que vigilaban la entrada y que patrullaban por los alrededores. Ya en la ciudad, entre sombras, se deslizó a través de oscuros callejones, tratando de evitar a las figuras que vislumbraba bajo la escasa luz de las estrellas, y guiándose por instinto, memoria y suposición.

Tolomeo apenas podía creerlo cuando llegó a su nave, que carecía de vigilancia alguna. Entró a trompicones en la cabina, frenético, temblequeante, y temeroso de que todo fuera en vano, de que en el último minuto la monstruosa Vorgala y sus infame cohortes del averno lo capturaran de nuevo. Sin embargo, el aparato despegó, dejando tras de sí el paisaje volcánico.

Días después, la nave aterrizó en el puerto espacial del Vaticano Galáctico. Tolomeo cayó de su interior tan pronto como se abrió la compuerta, desnudo, desnutrido, enfrecido y balbuceante, delirando acerca de demonios, amputaciones y esclavitud, en los escasos momentos en los que podía hacerse entender.

Tras días de cuidados, el fraile recuperó la salud lo suficiente como para razonar, aunque sus experiencias en Proxos le habían dejado una huella indeleble, mucho más profunda de lo que él mismo hubiera creído.

Realizó un informe completo para la Inquisición, modificando u obviando algunos

detalles para evitar desvelar su momento de debilidad, del que, imaginó, hablaría en un futuro con un sacerdote confesor.

La respuesta de sus superiores terminó por quebrar su debilitada esperanza. Había imaginado una nueva Santa Cruzada, una violenta incursión en los terrenos de la reina bruja. Pero se le informó de que la Iglesia Católica carecía de medios y de influencia para iniciar una acción así sin pruebas materiales (que Tolomeo no había podido obtener), y no podían arriesgarse a enviar de nuevo a alguien a aquel nido de enfermedad moral. Decían, para tranquilizarlo, que terminarían por arreglarlo, que las autoridades, con el tiempo, se darían cuenta de lo que sucedía.

A él le parecía que los inquisidores no estaban seguros de cuánto de aquella historia pertenecía a la realidad, y cuánto a las alucinaciones de un hombre traumatizado. Lo percibía en la forma condescendiente o furtiva en que lo miraban los otros eclesiásticos, y en los cuchicheos que casi a diario escuchaba a sus espaldas.

Durante las siguientes semanas, Tolomeo, en su aislamiento, soñó y se obsesionó con el recuerdo de aquel mundo de dolor en el que Vorgala era la única monarca y deidad, en el que los esclavos vivían y morían en su mano. No había dudas, ni decepción. No había unos deseos a los que constantemente hubiera que sobreponerse, ni conflictos internos o externos con los que lidiar, ya que, para los hombres-mascota mutilados, toda decisión sobre su existencia pertenecía únicamente a su señora, y, en menor medida, a las torturadoras que la servían.

Y así, acabó dándose cuenta de que envidiaba a aquellos esclavos. De que se masturbaba imaginando que se sometía a Vorgala y a sus demonios. De que, finalmente, no había nada que deseara más en el mundo que entregar su cuerpo y su alma a la reina de Thaxar.

A su regreso, las miradas de las transeúntes eran aún más curiosas, incluso escandalizadas. Las guardias embutidas en acero no tardaron en arrestarlo.

De nuevo fue llevado ante Vorgala, ante sus instrumentos de tortura, sus demoníacas doncellas, sus esclavos, y sus collares de vergas, a cuya composición contribuiría muy pronto por voluntad propia. Se arrodilló ante la reina y le hizo saber sus deseos. Ella se mostró satisfecha, aunque no sorprendida.

—Mi plan para influenciarte ha funcionado, e incluso mejor de lo que esperaba.

El hereje asintió. Había imaginado que su fuga había sido permitida aquella noche. Como ella misma había augurado, Vorgala no tenía nada que temer de la Iglesia Católica, pues el poder de esta institución era ridículo en comparación al suyo.

—Sin embargo —exclamó Tolomeo—, me gustaría pedirlos algo, que me concederéis solo si así lo deseáis. Permitidme ser vuestra mascota personal: no me dejéis en las manos de los demonios que os sirven.

—En efecto, serás mi mascota personal —concedió ella, con una amplia sonrisa—, porque así lo había planeado desde el principio. Pero, fraile, tu falta de visión me asombra. ¿Cómo crees que podría yo gobernar sobre semejantes criaturas, sin ser la reina de todas ellas?

Acto seguido, su boca creció hasta cinco veces su tamaño anterior, mientras sus dientes se transformaban en babeantes hojas curvas, listas para mutilar al nuevo juguete.

Un mundo perfecto

Fernández, Joan Antoni

La jefa de ventas de JUGINTE (Juguetes Inteligentes) leyó la carta y lanzó una carcajada. El técnico de producción, de pie ante la mesa, se removió inquieto.

—Señora, yo no me lo tomaría a la ligera —objetó nervioso—. Esto es muy serio.

—¡Venga, hombre! —La mujer bufó despectiva—. ¡No fastidies! Un juguete que escribe una carta a Papá Noel... ¡Qué barbaridad! Sólo se trata de una disfunción en los comandos del programa, un defecto dentro de la fabricación en serie, nada más. Para eso están los controles de calidad. Tan sólo se tiene que retirar la pieza defectuosa y destruirla.

—No se trata de un único caso, señora. Aunque esta misiva ha sido interceptada, hay otras muchas en curso. La mayoría de los juguetes ya ha realizado su petición navideña. Según nuestras estimaciones, se han enviado unas cuatrocientas cincuenta mil cartas similares.

—¿Tantas? —La jefa de ventas perdió parte de su aplomo—. ¿Y cómo se explica tamaña tontería?

—Me temo que hemos creado unos juguetes demasiado inteligentes, ésa es la cuestión —El hombre se mordió el labio con abatimiento—. Los cerebros electrónicos incorporados a los nuevos prototipos son en extremo eficientes. ¡Incluso son capaces de razonar como seres humanos! Ya no son aquellos primeros modelos que realizaban funciones básicas, poseedores de un sistema nervioso rudimentario, y sólo capaces de desarrollar ciertas acciones determinadas. Ni siquiera como la segunda generación, compuesta de organismos muy superiores, diseñados para interpretar y obedecer las órdenes de sus amos —El técnico suspiró compungido—. Aquellos muñecos podían jugar de forma interactiva, decidiendo por sí solos, dentro de ciertos parámetros establecidos, y dando réplica adecuada a los niños. Pero nosotros pensamos que no era suficiente, queríamos aumentar las ventas y continuamos haciéndolos más inteligentes... ¡Incluso llegamos a crear un modelo que jugaba por sí solo, sin precisar la interacción con persona alguna!

—Sí, lo recuerdo —sonrió la mujer, satisfecha—. Los Juego-Juego... Fueron todo un éxito.

—¡Pero es que ahora ya son capaces de tomar decisiones por sí mismos! No precisan de orden humana alguna. Es por ello que sus mentes han llegado a semejante conclusión: piensan que ellos también son merecedores de sus propios regalos de Navidad, como el resto del mundo. Resumiendo, que los juguetes se han emancipado.

—¡Qué tontería! —La mujer resopló furiosa—. Pues tomemos medidas drásticas: sus cerebros se tendrán que reconfigurar, caramba. Detengamos la producción.

—¡No podemos! —El técnico levantó las manos en un gesto de impotencia—. Los juguetes se han hecho con el control de la empresa. No sé cómo, pero de alguna forma lograron recaudar una gran cantidad de dinero. Luego, mediante algún testaferro, invirtieron en Bolsa y compraron un gran paquete de acciones de nuestra compañía. Gracias a ello, desde la última Asamblea General, ya tienen voz y voto en el consejo de administración. Ahora se entiende la política empresarial que hemos desarrollado de un tiempo a esta parte... Con razón decían algunos trabajadores que parecíamos dirigidos por títeres. Por desgracia, era cierto.

—¿Y qué podemos hacer ahora? —La mujer le miró asustada.

—No lo sé —él otro se encogió de hombros—, pero se avecinan tiempos difíciles. Hay en marcha una reestructuración de la empresa, la producción se ha ralentizado y muchos de nosotros iremos a la calle. Ya hace tiempo que las ventas de juguetes se han estancado; los niños de hoy en día prefieren juegos de ordenador, videoconsolas y realidad 3D. Además, ahora tampoco podemos vender a nuestro propio consejo de administración.

—¡Un momento! —La jefa de ventas observó la carta que tenía en las manos mientras una idea crecía en su mente—. Quizás no esté todo perdido. Voy a hacer una propuesta al consejo de administración; es algo arriesgada, pero... ¡Estoy percibiendo un gran negocio!

Unas semanas más tarde la antigua jefa de ventas era nombrada Subdirectora General de la nueva compañía Chicos Obedientes SANO, una empresa filial de reciente creación. Su idea había entusiasmado al consejo de administración y le otorgaron plenos poderes para desarrollarla. Ya que los juguetes inteligentes controlaban la compañía y deseaban regalos de Navidad, era allá donde estaba el gran negocio. La mujer lo había visto muy claro.

A partir de aquel momento adquirirían, mediante adopción o mecenazgo, niños huérfanos del Tercer Mundo. Niños obedientes que serían vestidos y alimentados, los cuales sólo tendrían la obligación de jugar con sus nuevos Amos, los juguetes del Primer Mundo.

De hecho sólo se había cambiado el orden de los factores, pero ello no alteraba el producto final. Tan sólo primaba saber quién era el cliente potencial, el consumidor con suficiente dinero para pagar por la mercancía facturada. Así el sistema seguiría funcionando y la empresa obtendría pingües beneficios, como en cualquier otra Navidad.

Después de todo, era un mundo perfecto.

<<<>>>